NOVELS
FREYA SAMPSON
La última biblioteca
Una novela sobre la importancia de defender los lugares que nos unen
MAEVA
NOVELS
NOVELS

FREYA SAMPSON

La última biblioteca

Una novela sobre la importancia de defender los lugares que nos unen

Traducción:
Puerto Barruetabeña Díez

MAEVA

Índice

Portada
Dedicatoria
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Agradecimientos
Nota
Créditos

Para Andy, Olive y Sid

Capítulo uno

SE PUEDEN SABER muchas cosas de una persona por los libros que escoge en la biblioteca.

Cuando las cosas estaban tranquilas en el trabajo, a June le gustaba entretenerse con un juego: elegía a un usuario y se inventaba la historia de su vida, basándose en los libros que leía. Ese día se había decidido por una señora de mediana edad que había seleccionado dos libros de Danielle Steel y una guía de viaje de Islandia de Rough Guides. Tras pensarlo un rato, decidió que la mujer estaba atrapada en un matrimonio infeliz, seguramente con un marido zafio y agresivo. Por eso estaba planeando huir a Reikiavik, donde se enamoraría de un islandés fornido y barbudo. Pero justo cuando pensara que había encontrado por fin la felicidad, aparecería su marido para anunciarle…

—Pues este libro era una verdadera bazofia.

La señora Bransworth, que estaba delante del mostrador sacudiendo un libro delante de su cara, la sacó de la ensoñación. Se trataba de *Los restos del día,* de Kazuo Ishiguro.

—Menuda basura sin sentido. ¿Señores y criados? Propaganda capitalista, más bien. Hasta yo escribo mejor.

Esa señora iba a la biblioteca varias veces a la semana, vestida siempre con un viejo abrigo ribeteado con pelo y mitones, incluso en pleno verano. Parecía que escogía los libros al azar: un día era un manual de fontanería y al siguiente un autor que había ganado el premio Nobel. Pero, se llevara lo que se llevara, el resultado era siempre el mismo.

—Estoy pensando en devolver mi carné de la biblioteca como forma de protesta.

—Lo siento, señora Bransworth. ¿Quiere ser la primera en escoger entre los que acaban de llegar?

—Seguro que no hay más que basura —replicó, y se alejó

como una tromba en dirección a la estantería de la sección de deportes, dejando tras ella un leve olor a cabra mojada.

June acabó de cargar el viejísimo carrito con los libros devueltos y empezó a recorrer la sala. La biblioteca de Chalcot se encontraba en un edificio de ladrillo rojo lleno de corrientes de aire, construido en los años setenta del siglo XIX, y que en el pasado había sido la escuela local. Se había convertido en biblioteca ochenta años después, pero había mantenido las características originales; entre ellas, el tejado de pizarra que goteaba cada vez que llovía con ganas, el suelo de madera que crujía a cada paso y una familia de ratones pertinaces que se estaban comiendo poco a poco las cajas de archivos que se almacenaban en el desván. La última vez que el Gobierno regional redecoró la biblioteca fue allá por los noventa, cuando puso fluorescentes para la iluminación y alfombras de un verde muy institucional. Pero a ella le gustaba imaginar cómo sería cuando aún desempeñaba su función originaria y había niños con la cara sucia sentados en hileras de pupitres donde ahora estaban las estanterías, aprendiendo a escribir en pizarrines llenos de polvo, como recién sacados de una escena de *Jane Eyre*.

Mientras empujaba el carrito hacia la entrada de la sala, vio que su jefa iba directa hacia ella. Del bolso le asomaba un ejemplar de *La señora Dalloway*.

—Ven a mi despacho. Ahora.

Marjorie Spencer era la directora de la biblioteca, un cargo que lucía en una chapita prendida en la blusa, como si fuera una medalla. Se vanagloriaba de que solo leía novelas para intelectuales, pero June sabía que había renovado la trilogía de *Cincuenta sombras de Grey* al menos tres veces.

Siguió a su jefa a su despacho, que en realidad era un almacén-barra-sala común en el que, años atrás, Marjorie decidió poner una mesa. Incluso había colgado una placa con su nombre en la puerta. No había sitio para más sillas que la suya, así que June tuvo que encaramarse a una pila de papel de impresora.

—Esto tiene que quedar estrictamente *entre nous*. Acabo de recibir una llamada del Gobierno regional —empezó Marjorie, jugueteando con el collar de perlas que llevaba al cuello—. Quieren que vaya el lunes a una reunión urgente. En

la sala de juntas. —Hizo una pausa para comprobar que su empleada estaba lo bastante impresionada por esa información—. Tendrás que arreglártelas sola mientras yo estoy fuera.

—Vale.

—No puedo cancelar la sesión de canciones infantiles con tan poca antelación, así que necesito que te ocupes tú.

June notó una presión en el pecho.

—Ahora que lo pienso, lo siento, pero se me había olvidado que *Alan* tiene…

—Nada de peros. Además, te servirá de práctica… Cuando me jubile, en Navidad, es posible que la persona que me sustituya quiera que tú te ocupes de esas actividades.

A June se le cayó el alma a los pies solo de pensarlo.

—Marjorie, ya sabes que no soy capaz de…

—Por todos los santos, June. Son canciones infantiles, no himnos de góspel.

Abrió la boca para replicar, pero la mujer ya se había vuelto hacia el ordenador con un gesto que decía, sin opción a réplica: «No molestar».

Salió del despacho intentando ignorar esa presión bajo las costillas. Eran casi las cinco de la tarde, así que empezó con la rutina de la hora de cierre. Mientras ordenaba los libros y los periódicos que la gente había dejado por allí tirados, se imaginó las caras expectantes de los niños y los padres, observándola impacientes, esperando que dijera algo. June se estremeció de forma involuntaria, y una pila de periódicos se le cayó al suelo.

—Muchacha, ¿necesitas ayuda? —Stanley Phelps estaba sentado en su silla y no le quitaba la vista de encima.

—No, gracias —contestó mientras recogía las páginas desperdigadas—. Son las cinco. Me temo que tienes que irte ya.

—¿Puedes ayudarme con esto primero? «Fomentar contactos para prevenirlo.» Once letras, empieza por A.

Ella pensó un instante, tratando de desentrañar la definición como él le había enseñado.

—¿Podría ser «aislamiento»?

—¡Bravo!

Stanley Phelps, aficionado a la novela histórica ambientada

en la Segunda Guerra Mundial, llevaba yendo a la biblioteca casi cada día desde que ella empezó a trabajar allí, diez años atrás. Lucía una chaqueta de *tweed* y hablaba como un personaje sacado de una novela de P. G. Wodehouse. Ella se lo imaginaba viviendo con una grandiosidad trasnochada, durmiendo con un pijama de seda y comiendo arenques ahumados para desayunar. Hacer el crucigrama de *The Daily Telegraph* era uno de sus rituales diarios.

—Antes de irme, quiero darte un detallito que te he traído.

Stanley metió la mano en una bolsa reutilizable de supermercado arrugada y sacó un ramillete de flores un poco mustias, atadas con un trocito de cordel.

—Feliz cumpleaños, June.

—Oh, Stanley, no era necesario —exclamó, y sintió que se ruborizaba.

Ella nunca hablaba de su vida privada con nadie de la biblioteca, pero hacía unos años, Stanley había descubierto cuándo era su cumpleaños, aún no sabía cómo, y ya no se le había olvidado nunca.

—¿Vas a hacer algo especial esta noche? —preguntó.

—Voy a ver a mis amigos de toda la vida.

—Espero que lo pases bien. Te mereces una gran celebración.

—Gracias —contestó June contemplando las flores para no tener que mirarlo a él.

A LAS CINCO y media salió a la tarde cálida de verano. Cerró con llave la puerta de la biblioteca y recorrió la avenida The Parade; dejó atrás la tienda del pueblo, el *pub* con la banderita de Reino Unido ondeando sobre la puerta y la panadería-pastelería en la que ella y su madre compraban dónuts con mermelada todos los sábados. Un par de usuarios de la biblioteca estaban en la puerta de la oficina de correos, y los saludó con un gesto de cabeza. Después giró para bajar la colina y pasó por delante del campo deportivo y del restaurante The Golden Dragon de comida china para llevar, hasta llegar a Willowmead, una urbanización de los años sesenta, que era un laberinto de casas adosadas idénticas, con jardines minúsculos y contenedores de basura junto a las

entradas. Allí vivía desde que tenía cuatro años, en una casa con una puerta verde y unas cortinas de un color rojo desvaído.

—¡Ya estoy en casa!

Se quitó la chaqueta, colocó los zapatos en el zapatero, donde se quedarían hasta el lunes por la mañana, y entró en el salón. Uno de los marcos de fotos estaba torcido y lo recolocó mientras observaba con el ceño fruncido a la adolescente con el pelo encrespado y aparato dental que le devolvía la mirada desde la foto. Por suerte hacía muchísimo que le habían quitado el aparato, pero seguía teniendo que vivir con esa loca mata de rizos castaños, que solo conseguía controlar recogiéndoselos todos los días en un moño bien apretado. Tras enderezar la foto, cruzó el salón hasta la enorme estantería que cubría la pared de la izquierda, llena a reventar de hileras perfectas de lomos de libros: Adichie, C.; Alcott, L. M.; Angelou, M. Encontró el que quería y se lo llevó a la cocina; metió una lasaña congelada en el microondas y se sirvió una copa de vino.

No se oía ni un solo ruido en la casa, aparte del leve sonido de la televisión de los vecinos de al lado. Revisó el correo que había llegado aquella mañana: un folleto sobre la recogida de los cubos de basura y un ejemplar de *The Gazette*. Miró entre las páginas del periódico, por si se había colado alguna tarjeta de felicitación, pero no había nada. Se le escapó un leve suspiro y después dio un sorbo a la copa de vino.

El pitido del microondas la sobresaltó. June sacó la lasaña, la volcó en un plato y le añadió unas rodajas de pepino como guarnición. Se sentó y cogió el libro. Estaba maltrecho y gastado tras años de lecturas, y apenas se podían leer las palabras *Orgullo y prejuicio* de la cubierta. Lo abrió con cuidado para leer la dedicatoria.

18 de junio de 2005

Para mi querida Junebug:

Que tu duodécimo cumpleaños sea el más feliz del mundo. Nunca estarás sola si tienes la compañía de un buen libro.

Con todo mi amor,

Mamá

June se llevó un trozo de comida a la boca, pasó a la primera página y empezó a leer.

Capítulo dos

—*Alan Bennett*, ¿dónde demonios estás?

Era sábado por la mañana y June no lo encontraba por ninguna parte. Había buscado por toda la casa, en el cobertizo, e incluso había mirado en el desván por si había subido persiguiendo algo, pero no había servido de nada.

—Vamos, *Alan*, no tiene gracia —volvió a llamar, pero solo obtuvo un obstinado silencio como respuesta.

Metió una rebanada de pan en la tostadora y encendió el hervidor. Se quedó escuchando el lento siseo del agua mientras rompía a hervir e intentó ignorar la sensación de intranquilidad que se le había instalado en el estómago. Tenía por delante un fin de semana, largo y maravillosamente vacío. Pero, aunque la perspectiva de todas esas horas de lectura solitaria era algo que, por lo general, le producía una gran felicidad, aquella mañana estaba con los nervios a flor de piel. En los más de diez años que llevaba trabajando en la biblioteca había conseguido evitar la actividad de las canciones infantiles, o cualquier otra en la que hubiera que hablar delante de un grupo de personas. Pero de repente el lunes tendría que ponerse ante docenas de niños y sus padres y hablar, cantar canciones y entretenerlos como…

Le dio un mordisco a la tostada, pero fue como si comiera cartón, así que apartó el plato.

Cinco minutos después se sentó en el sofá con un grueso volumen con las esquinas dobladas: *Guerra y paz*. Era una novela que había empezado a leer y había abandonado varias veces, pero, con sus más de mil páginas, era el proyecto perfecto para distraerse ese fin de semana. Además, era un libro que a su madre le encantaba, y por eso siempre se había sentido culpable por no haber sido capaz de terminarlo. Levantó el ejemplar de tapa blanda y se lo acercó a la nariz para inhalar el tranquilizador aroma a papel antiguo y polvo.

También notó otro olor: a jabón, con un toque muy leve de humo. Cerró los ojos y se imaginó a su madre sentada a su lado, con las piernas recogidas bajo el cuerpo, en esa postura que ella adoptaba siempre para acurrucarse, con el libro en el regazo y un cenicero en equilibrio sobre el brazo del sofá. Las dos habían pasado cientos de fines de semana así, la una junto a la otra en un silencio feliz, interrumpido de vez en cuando por la risa gutural de su madre, provocada por algo que estaba leyendo. Recordar aquellos momentos hizo que se le encogiera el corazón por la nostalgia, así que abrió el libro y empezó a leer.

Llevaba unas treinta páginas cuando sonó el timbre de la puerta. Durante un momento se preguntó si sería el cartero con una pila de tarjetas de felicitación que se le había olvidado entregar el día anterior, pero un momento después se enfadó consigo misma por tener una idea tan ridícula.

Cuando abrió la puerta se encontró a su vecina de al lado, Linda, que llevaba un vestido fucsia y unos enormes pendientes de oro. Linda estaba obsesionada con las novelas de Jilly Cooper y siempre, aunque fueran las nueve de la mañana, iba vestida como si el protagonista, Rupert Campbell-Black, estuviera a punto de aparecer en Chalcot para llevarla a un baile en una casa de campo después de una cacería. Llevaba en brazos a *Alan Bennett*, que parecía indignado.

—Mira a quién he encontrado escondido en mi armario de la ropa blanca. Granujilla escurridizo…

Alan soltó un bufido de rabia, se zafó de los brazos de Linda y se alejó de un salto.

—Lo siento, Linda. Lo he estado buscando por todas partes.

—No te preocupes. ¿No estás ocupada, no? —Y antes de que pudiera contestar, la mujer cruzó la puerta y entró en el salón mientras gritaba—: Lo quiero sin leche, que estoy a dieta.

June preparó té, lo sirvió en dos tazas descascarilladas y lo llevó al salón, donde se encontró a su vecina repantingada en el sofá, hojeando *Guerra y paz*.

—Dios, chica, ¿por qué te torturas con esto? —preguntó Linda antes de tirar el libro al suelo con una mueca de asco.

—Era uno de los favoritos de mi madre.

—Siempre tuvo un gusto terrible para los libros. ¿Sabes que le regalé todos los de Jilly y nunca se leyó ninguno? —Linda enarcó las cejas, dibujadas con un color demasiado llamativo, en un gesto de horror y se echó a reír.

—Tengo que admitir que ese es un poco demasiado, incluso para mí.

—Menos mal que a tu madre también le gustaban la ginebra y los cotilleos, porque si no, no nos habríamos hecho amigas. —Linda le dio un sorbo al té—. Ayer estaba pensando… ¿Te acuerdas de cuando cumpliste siete años y te hicimos aquella tarta de *Charlie y la fábrica de chocolate?* Intentamos que nos saliera el gran ascensor de cristal, pero lo único que conseguimos fue achisparnos un poco y que quedara todo torcido, como la torre inclinada de Pisa. —Soltó una fuerte carcajada y el té caliente que sostenía en la mano salpicó el sofá.

—Vosotras dos me hacíais siempre las mejores tartas de cumpleaños —reconoció sonriendo.

Cuando June cumplió seis años, Linda y su madre le habían hecho la araña gigante y el lúcido cerdito rosa de *La telaraña de Carlota,* y cuando cumplió diez, intentaron reproducir con *fondant* a Hermione y Hagrid de *Harry Potter,* pero aquello acabó pareciendo algo sacado de una película de terror.

—¿Por qué no querías una tarta de princesas, como las otras niñas de tu edad? —exclamó Linda, y puso los ojos en blanco en un gesto de fingida irritación—. Pero, bueno, ¿qué tal tu cumpleaños? ¿Has quedado con tus amigos?

—Bien, gracias —respondió.

—Mmm… —Algo en el tono de la mujer dejó claro que sabía muy bien que los únicos amigos que iba a ver eran Elizabeth Bennet y el señor Darcy—. Bueno, te he traído un regalito.

Sacó un paquete rectangular del bolso y June lo abrió emocionada. Sus regalos siempre iban en la misma dirección: el año pasado había sido un libro titulado *Cómo conseguir que alguien se enamore de ti,* y el anterior fue C*ómo suprimir las preocupaciones y disfrutar de la vid*a. En esa ocasión arrancó el papel y apareció *Cómo dar otro rumbo a tu vida en noventa días.*

—Lo vi en la tienda de segunda mano y me acordé de ti —

explicó Linda con evidente orgullo.

—Genial. Gracias. —Leyó el texto de la tapa trasera e intentó parecer entusiasmada.

—¿Te gusta? Es que pensé… —Linda guardó silencio un momento y June esperó para oír las palabras que sabía que iban a salir de su boca—. Hace casi ocho años, cariño. Sé que todavía echas de menos a tu madre, y yo también, pero creo que ya es hora de que le des un giro a tu vida.

June le dio un sorbo al té. Esa era la conversación que Linda sacaba todos los años, más o menos por la época de su cumpleaños, y había aprendido por experiencia que lo mejor era quedarse callada hasta que ella soltara todo lo que necesitaba decir.

—Bueno, esto no es lo que soñabas cuando eras pequeña, ¿no te parece? —continuó—. Antes de que tu madre enfermara, tenías grandes planes: ir a la universidad y ser escritora. ¿No crees que ha llegado el momento de que lo intentes?

—Todos los niños tienen sueños locos, Linda. Además, me encanta trabajar en la biblioteca.

—Bueno, está bien, pero no tienes que hacerlo en un pueblo diminuto como Chalcot. Siempre quisiste ir a Cambridge. Seguro que allí también hay bibliotecas.

—Pero ¿por qué iba a querer irme de aquí? Es mi hogar.

June examinó el salón: la estantería llena de los libros de su madre y los suyos, la repisa de la chimenea cubierta del montón de adornos de porcelana que habían ido coleccionando a lo largo de los años, las paredes forradas de cuadros y fotos en marcos desiguales.

—¿Y qué iba a hacer con *Alan Bennett*? Estoy segura de que no soportaría mudarse a un sitio nuevo.

Al oír su nombre, *Alan* soltó un maullido poco entusiasta.

—Mira, no quiero presionarte, cariño. Si estás feliz aquí, me parece genial. Solo pensaba que tal vez querrías algo más en la vida. Eso es todo.

June dejó el libro y miró a Linda con su sonrisa más cariñosa.

—De verdad que te agradezco que te preocupes, pero me encanta mi vida. No cambiaría nada.

—Está bien. Pues si es así, supongo que irás esta tarde a la

feria de verano.

La sonrisa le desapareció del rostro.

—La verdad es que hoy estoy un poco liada.

—Venga… Me acabas de reconocer que *Guerra y paz* es un rollo. Y antes te encantaba la feria. —Linda se levantó del sofá y le devolvió la taza vacía.

—De verdad que tengo mucho que hacer, Linda…

—Vendré a buscarte luego —respondió su vecina—. Y, como ya te conozco, señorita, te lo advierto: no se te ocurra fingir que no estás en casa.

Capítulo tres

A LAS TRES de la tarde, June se encontró subiendo la colina detrás de Linda, de camino al campo deportivo del pueblo. Era un día de calor abrasador, con el sol brillando con fuerza en un cielo totalmente despejado. A ella nunca le había gustado el verano, y no solo porque las quemaduras del sol fueran un tormento para su piel pálida y llena de pecas. Incluso en su época de colegio, cuando la mayoría de sus compañeros de clase se pasaban las largas vacaciones de verano jugando junto al río, June prefería quedarse en la biblioteca, donde estaba fresca, con su mejor amiga, Gayle, y un montón de buenos libros.

La feria de verano de Chalcot era la única excepción que hacía a esa regla. El olor era lo primero que percibía siempre, en cuanto empezaba a subir la colina: esa mezcla embriagadora de palomitas recién hechas y algodón de azúcar que volvía locos a todos los niños y aumentaba sus ganas de llegar. En cuanto percibía ese aroma, June tomaba de la mano a Gayle y las dos se alejaban de sus madres y salían corriendo hacia el campo, donde se ponían a chillar nada más ver los puestos adornados con banderitas: el de los juegos de pescar patitos o darle a la rata, el de los dulces con su llamativa selección de botellas de Panda Pop, y la carpa para los concursos, donde las amas de casa competían entre ellas con sus calabazas o sus tartas.

—Te veo en el bar en media hora —dijo Linda cuando llegaron—. Si ves a Jackson, dile que le he traído la paga.

Linda se alejó, y ella empezó a recorrer la feria intentando mantener la calma mientras la multitud de gente iba y venía a su alrededor. Todo estaba exactamente igual a como lo recordaba: los niños corriendo y jugando al pillapilla entre los puestos, el olor a salchichas quemadas y el zumbido de los viejos altavoces Tannoy. Había una rifa, que organizaba como

siempre el grupo de exploradoras del pueblo, y una mesa con una exposición de animalitos graciosos que había hecho el grupo de tejedoras Teje y cotillea, que se reunía en la biblioteca todos los miércoles. Pero ella miró hacia otro lado cuando pasó junto a ellas; siempre se sentía incómoda si tenía que hablar con los usuarios fuera de la biblioteca, sin su armadura profesional, formada por la chapita de «AYUDANTE DE BIBLIOTECA» y el sello con la fecha. Llegó al final del camino y giró a la derecha, hacia la carpa para los concursos, pero entonces se paró en seco. Justo delante, junto al castillo hinchable, estaba el puesto de venta benéfica de objetos de segunda mano.

Su primer impulso fue darse la vuelta y salir corriendo en dirección opuesta, pero la multitud que tenía detrás era demasiado densa y, sin quererlo, se vio empujada hacia allí. Cuando se acercó, vio la mesa cubierta de la típica colección de cosas raras: un gnomo de jardín, una centrifugadora de ensalada, una pila de muñecas Barbie en diferentes grados de desnudez… Todos los objetos que sus dueños ya no necesitaban y habían donado para la beneficencia.

Su madre siempre decía: «¿Sabes por qué el puesto de los objetos de segunda mano es mi favorito? Porque es el sitio para lo que nadie quiere, para las cosas marginadas. Y a mí siempre me han encantado los parias».

La madre de June se había encargado del puesto durante quince años y siempre conseguía que fuera uno de los que más éxito tenían en la feria. Cuando era pequeña pasaba el rato allí con ella todos los años, comiendo dulces y escuchándola charlar con los clientes. Todo el mundo en el pueblo conocía a Beverley Jones porque era la bibliotecaria, así que siempre había un flujo constante de gente que se paraba en el puesto para saludar o cotillear un poco.

—Pareces una celebridad —le había dicho llena de asombro June a su madre una vez, después de observarla conversar con una señora mayor durante cinco minutos y acordarse de los nombres de todos sus nietos.

—No digas tonterías —le había contestado Beverley—. Mi trabajo algunos días se parece más al de una trabajadora social que al de una bibliotecaria.

Incluso cuando Beverley enfermó de cáncer y no la

abandonaban las náuseas ni los vómitos, después de que otra ronda de quimioterapia asolara su cuerpo, insistió en ocuparse del puesto.

—¿Y quién va a encontrarles una nueva vida a esos trastos si no lo hago yo? —había preguntado mientras su hija empujaba la silla de ruedas por el campo deportivo lleno de baches.

Ese año Beverley estaba demasiado débil para hacer nada, aparte de estar sentada en el puesto, pero casi todas las personas que había en la feria pasaron a saludarla y a darle un abrazo y ánimos.

Tres meses después, su madre falleció.

Y ella no había vuelto a la feria desde entonces.

Empezó a nublársele la vista por las lágrimas. Se giró y se abrió paso a empujones hacia la salida, en dirección contraria a la corriente de gente, mientras notaba que el pánico le atenazaba el pecho. No debería haber ido. Se imaginó las comodidades tan familiares de su casa (las posesiones de su madre, *Alan Bennett* y sus libros) y aceleró el paso.

Cuando pasó junto a la mesa donde pintaban las caras a los niños, oyó una voz que la llamaba detrás de ella.

—¡June!

Durante un segundo se preguntó si podría fingir que no la había oído y seguir corriendo, pero entonces sintió una mano en el hombro y al girarse se encontró a Stanley Phelps, vestido con un traje de *tweed* y corbata.

—Qué alegría verte, muchacha. —Estaba sonriendo, pero su expresión pasó a ser de preocupación en cuanto le vio las mejillas inundadas en lágrimas—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias —respondió limpiándose la cara. Lo último que quería era que uno de los habituales de la biblioteca sintiera lástima por ella.

—Me alegro mucho de haberme encontrado contigo. ¿Has visto la danza Morris? ¿Y has pasado ya por la carpa para los concursos?

—No.

—Oh, pues tienes que ir, este año el listón está bastante alto. Hay una versión en miniatura de los jardines colgantes de Babilonia hecha totalmente con tubérculos. ¿Quieres que te acompañe y te lo enseño?

—La verdad es que ya volvía a casa.

—Pero el concurso de tartas Reina Victoria es dentro de quince minutos y seguro que no te lo quieres perder. El año pasado la mujer que quedó segunda se puso tan furiosa que le tiró la tarta a la cabeza a Marjorie Spencer.

—Gracias, pero…

La interrumpió un alboroto que se produjo a su derecha. Stanley y ella se volvieron y vieron a la señora Bransworth, que llevaba una pizarra con caballete de fabricación casera donde se podía leer: «Protejamos High Street» y «Queremos negocios locales. No a las grandes cadenas».

—¡Están destruyendo nuestro pueblo! —aulló la mujer de repente, lo que provocó que a una niña casi se le cayera el helado que tenía en la mano por la sorpresa—. Hemos perdido a nuestro carnicero, la tienda de ultramarinos, y ahora es la pastelería la que está en peligro.

—Lleva una hora dando vueltas así, gritándole a todo el que quiera escucharla —le dijo Stanley a June en un susurro—. Y también a todo el que no, en realidad.

—El Gobierno regional va a subir los alquileres y le ha vendido los terrenos de nuestro Cinturón Verde a unos malditos promotores inmobiliarios. Tenemos que hacerles entender que no queremos especuladores ni agentes inmobiliarios en nuestro pueblo. ¡Lo que queremos son negocios locales que sirvan a la comunidad!

—Deja de gritar, mujer, que algunos estamos intentando divertirnos —exclamó un hombre.

La anciana se detuvo y le soltó una sarta de improperios.

Stanley se dirigió hacia ellos.

—Vamos, June. Será mejor que intervengamos para evitar una pelea.

Pero ella se quedó petrificada y se sintió atrapada. No podía ayudar de ninguna forma; era demasiado tímida para conseguir que ninguno de los dos la escuchara. La única vez que había intentado evitar una pelea en la biblioteca, solo logró empeorar la situación. Miró a Stanley, plantado entre el hombre que gesticulaba y la señora Bransworth, que tenía la cara muy roja, y no pudo evitar darles la espalda y salir corriendo hacia su casa.

Capítulo cuatro

EL LUNES POR la mañana, abrió la puerta un poco antes de las nueve y entró en el acogedor silencio de la biblioteca. Era uno de sus momentos favoritos del día, antes de que Marjorie y los usuarios llegaran, cuando estaba sola y su única compañía eran los siete mil libros que había en las estanterías. Le gustaba pasear por la sala inhalando el aire denso y relajante y, a veces, cuando cerraba los ojos, se imaginaba que oía a los libros susurrándose sus historias los unos a los otros.

Uno de los primeros recuerdos de sus visitas a la biblioteca de Chalcot era de cuando tenía cuatro años, poco después de que su madre empezara a trabajar allí. El edificio entonces le pareció enorme e imponente cuando pasó bajo la torre del reloj. Al entrar encontró libros por todas partes, mirara donde mirara, y un mostrador tan alto que casi no alcanzaba a ver por encima. Su madre le había dado un carné de la biblioteca, y todavía recordaba la felicidad que sintió cuando le dijeron que se podía llevar a casa doce libros y después ir a cambiarlos por otros nuevos cuando quisiera. Cuando empezó a ir al colegio, June y Gayle se pasaban la mayor parte de las tardes en la sala infantil, jugando y leyendo. Después, en la adolescencia, iba ella sola a hacer los deberes y charlar con su madre; la biblioteca le parecía un refugio tras pasar todo el día en las clases atestadas y bulliciosas del instituto.

Habían pasado más de dos décadas de aquella primera visita y sabía que la biblioteca de Chalcot era bastante pequeña en realidad, incluso comparada con el estándar de las bibliotecas de los pueblos de provincias. Los visitantes se quejaban mucho de la mala iluminación, de que la calefacción no funcionaba bien y de la terrible acústica. Pero para ella el edificio siempre había conservado parte de la magia que había sentido la primera vez. Después de diez años

trabajando allí y de un largo período de recortes en los fondos y recursos, la biblioteca seguía siendo en la mente de June un lugar lleno de maravillas, sobre todo a primera hora de la mañana, cuando la tenía toda para ella.

Empezó su rutina de inicio de jornada: encender ordenadores, sellar y colocar los periódicos del día, poner papel en la impresora. Normalmente disfrutaba de la naturaleza serena y reflexiva de esas tareas, pero esa mañana no era capaz de relajarse. Iba a ser otro día abrasador, y esperaba que las familias decidieran ir al parque o al río en vez de visitar la biblioteca para la actividad de las canciones infantiles. Pero cuando abrió la puerta principal a las diez de la mañana, ya había varios padres con sus hijos pequeños esperando para entrar. También encontró a Stanley.

—Buenos días, muchacha. ¿No hace un día precioso? —Stanley no llevaba sombrero, pero si se hubiera puesto uno, June se imaginó que se lo quitaría un momento de la cabeza para saludarla—. Perdona, pero el sábado te perdí en medio de la conmoción. ¿Te has enterado de que estuvieron a punto de detener a la señora Bransworth por alteración del orden?

—Pero ¿está bien?

—Sí, claro. Ya sabes que le encanta el ajetreo. ¿Te importaría abrirme la cuenta de correo otra vez?

—No, claro —respondió, y fue con él hasta uno de los ordenadores.

Stanley se acababa de hacer una cuenta de correo electrónico para comunicarse con su hijo, que estaba en Estados Unidos, pero no había conseguido acceder a ella ni una vez sin la ayuda de June. Ella tecleó su contraseña.

—Gracias —dijo Stanley—. ¿Estás tú sola esta mañana?

—Sí, Marjorie tiene una reunión, así que me voy a ocupar yo de las canciones infantiles.

Él debió de notar el temblor en su voz, porque la miró con una sonrisa de ánimo.

—Estoy seguro de que lo vas a hacer estupendamente. Guardo el crucigrama para cuando termines.

A las diez y media la biblioteca estaba llena de cochecitos de bebé y el nivel de ruido había subido diez decibelios. Cuando ya no pudo postergarlo más, se dirigió hacia la sala infantil y se asomó por la puerta. La mayor parte del suelo

estaba lleno de niños y adultos, todos mirando hacia delante, donde había una silla solitaria vacía. En la mente de June se coló una imagen inesperada: su madre sentada en esa misma silla, vestida con un peto, y muy relajada mientras tocaba la guitarra y le cantaba a unos niños que la acompañaban encantados.

Agarró el pomo de la puerta, exhaló muy despacio, entró en la sala con la boca seca y se dirigió a la silla.

—Oye, tú no eres Marjorie —dijo un niño que ella reconoció, porque era un destructor de libros en serie.

—Hola a todos, soy June. —Su voz sonó como un graznido.

—Habla más alto, chica, que aquí atrás no te oímos —pidió una de las madres, que siempre se llevaba *thrillers* psicológicos.

—¿Dónde está Marjorie? —preguntó una amiga suya, que escogía siempre novelas románticas de la editorial Mills & Boon a escondidas.

—Me temo que hoy está ocupada —contestó.

Varios niños soltaron exclamaciones de decepción.

—Yo quiero *El camión rojo* —gritó el destructor de libros.

—Sacaremos la caja de juguetes después de la sesión —dijo June para intentar calmarlo.

—Noooo, la canción.

—Oh, perdona. No sé si me la sé. —Oyó un resoplido de irritación y sintió que se ruborizaba—. ¿Y si cantamos *En la granja de Pepito*? Una, dos y tres…

Todos tenían los ojos fijos en ella. Como nadie empezó a cantar, entendió que tendría que ser ella la que les diera el pie. Solo oía el latido de la sangre en sus oídos.

—«En la granja de Pepito…» —Hacía años que no cantaba en público, así que lo que salió de su boca sonó muy bajito y desafinado. Vio a una mujer que no conocía enarcar las cejas y que algunos niños soltaban risitas.

—«Ia, ia, ooo.»

No se había unido nadie para cantar con ella. Se limpió el sudor del labio superior. El corazón le martilleaba en el pecho y, cuando cerró los ojos, se vio otra vez en el instituto, de pie delante de toda la clase, oyendo las burlas y los cuchicheos de sus compañeros adolescentes.

—«En la granja hay una vaca que hace…»

Se produjo un silencio dolorosamente largo hasta que un niño gritó:

—¡Mu!

June vio que había sido Jackson y le respondió con un agradecido:

—«Ia, ia, ooo.»

Entonces se unieron unas cuantas personas más. Para cuando llegaron al segundo verso ya estaba cantando la mayor parte de la gente de la sala y ella pudo bajar la voz.

Después siguieron con unas cuantas canciones infantiles más: *Las ruedas del autobús, La araña pequeñita,* y *Brilla, brilla estrellita.* Pero los niños no dejaban de pedirle canciones que no había oído nunca, sobre astronautas y conejitos dormilones. Cuando tuvo que disculparse por no sabérselas por sexta vez, se dio cuenta de que algunos padres se miraban descontentos.

—¿Te sabes alguna canción infantil actual? —preguntó la madre aficionada a Mills & Boon.

—Perdón, yo no soy quien se ocupa de esto normalmente.

—¿Y qué sentido tiene hacer una actividad para cantar canciones infantiles si no te sabes ninguna?

—Lo siento mucho. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Por favor, no quiero llorar delante de toda esta gente.»

—Es increíble —se quejó la madre de los *thrillers* psicológicos, se levantó y tiró de su hija, que se levantó a regañadientes, para sacarla de allí.

Los otros niños empezaron a revolverse y los padres se pusieron a hablar entre ellos. June miró a su alrededor para buscar algo, cualquier cosa que le sirviera para recuperar la atención de los asistentes. En una de las cajas bajas habían dejado un ejemplar de *La pequeña oruga glotona,* uno de sus cuentos favoritos de cuando era pequeña. Lo cogió y empezó a leer, aunque no la estaba escuchando nadie.

Y cuando llegó a la última página, levantó la vista y se dio cuenta de que todos los que estaban en la sala se habían quedado en silencio, cautivados por el cuento. Hubo una pausa muy tranquila y reconfortante.

—Lee otro —pidió una niña rompiendo el mágico silencio —. Yo quiero *El grúfalo.*

—Lo siento, pero se nos ha acabado el tiempo —anunció, se

levantó y se puso a recoger antes de que nadie pudiera quejarse.

La mayoría de las familias se fueron y June huyó al despacho para tomar un vaso de agua. Todavía tenía el corazón desbocado. Detrás de ella oyó a un par de padres riéndose por lo bajo al salir y se le cayó el alma a los pies al pensar que se estaban riendo de ella. Se sintió aliviada por que Marjorie no hubiera estado allí para presenciar ese desastre, aunque seguro que alguien disfrutaría mucho contándoselo en cuanto tuviera oportunidad. Tenían razón, además. ¿Qué tipo de ayudante de biblioteca no podía ocuparse de una actividad de canciones infantiles porque acababa llorando?

Eran las doce, una hora que marcaba el inicio del rato tranquilo, que coincidía con la hora de comer. Las únicas personas que quedaban en la biblioteca eran Stanley, que dormitaba en su asiento ocultándose tras un periódico, y la señora Bransworth, que estaba merodeando entre las estanterías y murmurando entre dientes. June se sentó tras el mostrador y respiró profundamente varias veces, inhalando el aroma reconfortante de la biblioteca. Cuando era pequeña creía que cada libro tenía su propio olor característico, que era específico de la historia que contaba, y que el aroma de la biblioteca era la combinación de miles de historias diferentes. Una vez le contó esa teoría a su madre y le explicó que la sala infantil olía mejor, porque todo el mundo sabía que los libros para niños tenían historias más interesantes que los de los adultos. Después de aquello, durante meses se dedicaron a un nuevo juego: cada vez que leían un libro juntas, decidían qué olor especial tenía esa historia. *El jardín secreto*, por ejemplo, olía a barro y a rosas, mientras que *Charlie y la fábrica de chocolate* olía a azúcar y a sopa de repollo.

—¿Puedo llevarme estos, por favor?

June levantó la vista y se encontró delante del mostrador un montón de libros muy alto, con unos ojos que asomaban justo por encima, parpadeando.

—Claro, Jackson.

El nieto de ocho años de Linda era uno de sus usuarios favoritos de la biblioteca. Lo estaban educando en casa y desde muy pequeño había ido allí solo, aferrado a su carné

como si fuera su posesión más preciada. Era un lector voraz y ya se llevaba libros indicados para niños del doble de su edad.

—Ah, *El señor de las moscas*, muy buena elección —comentó June al recibir el montón de las manos de Jackson—. Si te gusta este, te va a encantar también *La colina de Watership*.

—Ese ya lo leí cuando tenía siete años. —El niño se limpió la nariz con la manga del jersey morado, que seguro que le había tejido Linda—. ¿Tenéis *Oliver Twist*? Estoy haciendo un trabajo sobre la época victoriana y Stanley me ha dicho que me va a gustar.

—Voy a mirar. —June escribió el título en el ordenador—. ¿Sabes que la biblioteca fue una escuela en esa época? Puedo ayudarte a investigar sobre eso. Seguro que hay alguna foto antigua en el archivo.

—Oh, sí, gracias —contestó Jackson—. ¿Sabías que los victorianos encerraban a los niños huérfanos en orfanatos y ni siquiera les enseñaban a leer ni a escribir? Lo he leído en una enciclopedia que hay aquí.

Linda muchas veces refunfuñaba diciendo que Jackson debería estar en la calle jugando con niños de su edad, en vez de pasar tanto tiempo en la biblioteca. Pero para June ese niño era un alma gemela. Reconocía el brillo de sus ojos en cuanto cruzaba la puerta, esa mezcla de anticipación y emoción ante las promesas que llenaban las estanterías. Y también entendía cómo era sentirse mejor rodeado de libros que de gente y preferir las aventuras y los viajes que había en las páginas que los de la vida real.

Se oyó un estrépito en la puerta y entró corriendo un joven que llevaba un traje que no era de su talla y tenía la cara llena de granos enrojecidos, tantos que se podía hacer un dibujo uniendo los puntos.

—¿Se han enterado ya de la noticia?

—No, ¿qué noticia? —preguntó—. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Ryan Mitchell, soy del periódico *The Dunningshire Gazette*. ¿No han oído el anuncio que ha hecho el Gobierno regional?

—¿Qué dice ese anuncio? —preguntó la señora Bransworth, que se acercaba con grandes zancadas desde la sección de ciencia y tecnología.

—Ha emitido un comunicado de prensa para informar de que van a cerrar seis bibliotecas en el condado. Y la de Chalcot es una de ellas.

June se quedó sin aliento.

—¿Qué?

—Hacía años que amenazaban con hacerlo, pero lo acaban de hacer oficial —continuó Ryan—. Van a realizar una especie de consulta y después tomarán la decisión definitiva.

—¡Canallas! —gritó la anciana con tal fuerza que hizo que Stanley diera un brinco en su asiento.

—He venido para ver si la bibliotecaria quiere hacer alguna declaración —le dijo Ryan a June y sacó el teléfono de su bolsa.

—Lo siento, pero no está. Yo solo soy su ayudante —balbuceó.

De repente notó un mareo y tuvo que agarrarse al mostrador para mantener el equilibrio. ¿Que iban a cerrar la biblioteca?

—¿Y la pueden cerrar así, sin más? —preguntó Stanley—. Muchos necesitamos sus instalaciones.

—Los del Gobierno regional son escoria —siguió despotricando la señora Bransworth entre resoplidos—. Todo esto es por el maldito plan de austeridad. Están cerrando bibliotecas en todo el país.

—Pero ¿adónde voy a ir yo si nos quedamos sin la biblioteca? —se quejó Stanley.

—Ellos dicen que hay bibliotecas más grandes en Winton y en New Cowley —replicó el periodista.

—Pero están muy lejos.

—¿Tú lo sabías? —interrogó la señora Bransworth a June atravesándola con la mirada.

—No… Es la primera noticia que tengo.

—No podemos permitirlo —insistió Stanley.

—Formaremos un grupo de presión. —La anciana dio un puñetazo en el mostrador que sobresaltó a June—. Llevo toda la vida protestando, no voy a dejar que se salgan con la suya sin luchar.

—¿Puedo citarla en el periódico? —preguntó Ryan mientras escribía algo en la libreta.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Todos se dieron la vuelta y encontraron a Marjorie en el umbral, abrazando su bolso como si fuera un escudo.

—Esto es una biblioteca, no el mercado de ganado —continuó—. Se oye el alboroto desde la calle.

—¿Marjorie Spencer? Quería saber si quería hacer alguna declaración para *The Dunningshire Gazette* —intervino Ryan.

—Si no está aquí para alguna actividad relacionada directamente con la biblioteca, me temo que voy a tener que pedirle que se marche.

—Pero ¿puedo…?

—¡He dicho que se vaya!

Parecía que el joven iba a decir algo más, pero al final bajó la cabeza y se fue. La sala se quedó en silencio un momento y June oía hasta su respiración, que sonaba acelerada.

—Bien, vamos a calmarnos todos, ¿vale? —continuó Marjorie—. Acabo de tener una reunión con los representantes del Gobierno regional y me han informado de la noticia. Sé que supone un *shock* para todos, pero no debemos dejarnos llevar por el pánico.

—Para ti es fácil decirlo porque te vas a jubilar dentro de nada —replicó la señora Bransworth con una risa burlona.

Marjorie y ella se llevaban mal desde hacía años, desde que la bibliotecaria acusó a la mujer mayor de haber pintarrajeado una biografía de Margaret Thatcher.

—Como todos sabéis, mi marido es el representante oficial de la localidad y es un gran defensor de la biblioteca —continuó Marjorie—. Va a solicitar que el jueves se organice una reunión con consejeros del Gobierno, a la que pueda asistir el público para hacer todas las preguntas que consideremos necesarias.

—No tenemos mucho tiempo para prepararnos —comentó Stanley.

—Claro que no —gritó la señora Bransworth—. El consejo quiere acabar con esto lo antes posible para que pase desapercibido.

—Estoy segura de que en esa reunión escucharán todas nuestras quejas —intervino Marjorie—. ¿Ahora podéis callaros todos y retomar lo que estabais haciendo?

Marjorie se quedó junto al mostrador hasta que ambos ancianos se alejaron, después se volvió y fue a su despacho.

Cuando lo hizo, June se fijó en que tenía la cara muy pálida.

—Perdona.

Se dio la vuelta para ver de dónde venía la vocecilla y se sorprendió al ver a Jackson todavía delante del mostrador. En medio de la conmoción, se había olvidado de que estaba allí.

—¿Qué pasa, Jackson?

El niño tenía la frente arrugada.

—No van a cerrar la biblioteca, ¿verdad?

June se mordió el labio para contener la emoción.

—No lo sé, lo siento.

Capítulo cinco

—¿LO DE SIEMPRE? —preguntó George cuando June entró en el restaurante The Golden Dragon esa noche.

—Sí, George, por favor.

Él se dirigió a la cocina y ella se dejó caer en una de las sillas de plástico del restaurante chino de comida para llevar. Le iba a reventar la cabeza. En el pueblo se había corrido la voz del anuncio del Gobierno regional y, a lo largo del día, mucha gente se había pasado por la biblioteca para preguntar. Había intentado ser positiva y tranquilizarlos, asegurándoles que todavía no había nada seguro, pero por dentro estaba a punto de desmoronarse. ¿Qué haría ella si cerraba la biblioteca? Tendría que encontrar un nuevo trabajo, lo que tal vez la obligara a vender la casa de mamá, irse de Chalcot y…

Metió la mano en el bolso y sacó un libro, desesperada por tener algo con lo que entretener su cerebro.

—¿June Jones?

Levantó la vista, pero no reconoció al hombre con el pelo alborotado que estaba al otro lado del mostrador. ¿Sería usuario de la biblioteca? Intentó imaginarse qué libros se llevaría, pero no lo tenía claro.

—Soy yo, Alex.

June no había visto a Alex Chen desde que era un adolescente bajito y rechoncho que leía los libros de *Juego de tronos* en el autobús del colegio. Estaban en la misma clase en el instituto y habían hecho juntos algún trabajo. Pero aquel niño no se parecía en nada al hombre que tenía delante: alto, de hombros anchos y con una sonrisa amable.

—Oh… Hola, Alex. ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, gracias. He vuelto para ayudar a mi padre porque le van a operar la cadera. Estaré por aquí unos meses.

—¿Ah, lo van a operar? ¿Cuándo? —No tenía ni idea de que iban a ingresar a George en el hospital, pero la verdad era que la conversación semanal que tenían normalmente se limitaba a: «¿Lo de siempre?», y «Siete cuarenta, por favor».

—El próximo jueves. Qué casualidad que nos hayamos encontrado. ¿Todavía vives aquí?

—Sí, soy la ayudante de la bibliotecaria. —Se quedó mirando a Alex, esperando que no le impresionara mucho su trabajo, pero su cara se iluminó.

—Es genial. Me acuerdo de que, en el instituto, siempre tenías la cabeza metida en un libro. ¿No ganaste el premio de lectura todos los años?

—Todos no, solo tres veces —aclaró y sintió que se ruborizaba.

—Intenté vencerte todas las veces, pero no pude. —Alex se rio—. ¿Me recomiendas algún libro que me pueda gustar?

Cuando la gente se enteraba de a qué se dedicaba, muchas veces le hacían esa misma pregunta. Y en el fondo ella se sentía muy orgullosa de su capacidad de adivinar qué libros le gustarían a una persona.

—Puedo probar. ¿Todavía te gusta George R. R. Martin?

—Oh, Dios, en el instituto era un pringado, ¿verdad? —Alex hizo una mueca—. Me temo que ya no me va tanto la fantasía. Leo sobre todo ciencia ficción y terror.

—No domino mucho esos géneros, pero puedo echar un vistazo para buscarte algo.

—La verdad es que siempre digo que quiero leer otras cosas, pero no sé por dónde empezar. —Alex señaló el libro que tenía ella en el regazo, que había cogido de la mesa de la cocina esa mañana cuando salía para el trabajo—. ¿Qué estás leyendo tú?

—Oh, no creo que sea de tu estilo —dijo intentando guardarlo en el bolso.

—Seguro que sí. Venga, prueba.

June levantó el libro a regañadientes para que Alex viera la cubierta desgastada. Vio la decepción en su cara, estaba segura de ello, pero él supo recomponerse muy rápido.

—¿*Orgullo y prejuicio*? Vale, no lo he leído, aunque sí que devoré *Orgullo, prejuicio y zombis*.

—¿Qué? —Le sorprendió tanto lo que acababa de decir que

no pudo evitar soltar una carcajada—. ¿Cómo puede ser que no haya oído nunca hablar de ese libro?

—Pues es genial. Supongo que el argumento será básicamente como la historia original, solo que en un mundo apocalíptico, en el que las hermanas Bennet son guerreras zombis que saben artes marciales chinas. Wickham, que es un no muerto y sobrevive comiendo sesos de cerdo, está organizando un ejército zombi para invadir Inglaterra y Elizabeth y Darcy tienen que detenerlo. —Alex se quedó callado cuando vio la cara que ponía ella.

—Es el argumento más raro que he oído en mi vida. ¿Me estás tomando el pelo?

—No, te lo juro. Te voy a proponer algo: ¿qué te parece si yo me leo *Orgullo y prejuicio* y tú, *Orgullo, prejuicio y zombis* y después comparamos?

—Gracias, pero no he vuelto a tocar un libro de terror desde el instituto, cuando nos obligaron a leer *Frankenstein* y después tuve que dormir una semana con las luces encendidas.

Alex rio entre dientes.

—Dios, recuerdo cuando lo leímos. ¿Cómo se llamaba aquella profesora de literatura tan aburrida? Sus clases eran insoportables.

La señorita Townsed era la profesora favorita de June, porque siempre le recomendaba libros y se quedaba después de clase para comentarlos con ella, pero no se atrevió a admitirlo delante de Alex.

En ese momento George salió de la cocina con una bolsa.

—Siete cuarenta, por favor.

—Gracias, George. Y que te vaya bien con… —Empezó a decir, pero él ya había vuelto a la cocina.

—Pues me alegro de haberte visto —se despidió Alex cuando ella cogió la bolsa y se dirigió a la puerta—. Si cambias de opinión sobre *Orgullo, prejuicio y zombis,* dímelo. Nunca se sabe, igual te encanta.

CUANDO VOLVIÓ A casa, se sentó delante de la comida china. El pollo con salsa de judías negras siempre había sido el plato favorito de su madre y últimamente siempre iba a pedirlo

para ella los lunes por la noche. Hundió el tenedor y dio un bocado mientras le daba vueltas en la cabeza todo lo que había pasado ese día: la actividad de las canciones infantiles, la noticia del cierre de la biblioteca, la cara cenicienta de Marjorie. ¿De verdad era posible? June era consciente de que se estaban cerrando bibliotecas por todo el país, pero, no sabía por qué, siempre había imaginado que un sitio tan pequeño como Chalcot se iba a librar y que ella tendría trabajo allí durante todo el tiempo que quisiera. Se estremeció, a pesar de que esa noche no hacía frío, y después se sobresaltó cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

—Me acabo de enterar de la noticia —dijo Linda en cuanto ella salió a la puerta, abrió los brazos y abrazó a June—. Pobrecita, debes de estar en *shock*.

—Quieren cerrarla, Linda —balbuceó contra su hombro—. La biblioteca de mamá.

—Pues no se lo vamos a permitir, ¿eh? —Linda la soltó y fue a la cocina—. ¿Ya has pensado en lo que vas a hacer?

June la siguió y volvió a sentarse a la mesa.

—No lo sé. No estoy segura de que yo pueda hacer algo.

—Si tu madre estuviera viva, me la imagino yendo derecha a las oficinas del Gobierno regional y soltándole un discurso a todos los que hubiera allí para que cambiaran de opinión —aseguró Linda.

—Aparentemente, habrá una reunión el jueves.

—Seguro que hay muchas cosas que quieres saber. Anota todas las preguntas que tengas, para que no se te olvide ninguna en la reunión.

June jugueteó un poco con el arroz que había en el plato, pero no contestó. Sí que tenía muchas preguntas, pero no sería capaz de levantarse en medio de una sala llena de gente y hacerlas. Solo de pensar en todos esos ojos fijos en ella se ponía malísima. Dejó el tenedor.

—Ojalá mamá estuviera aquí —dijo en voz muy baja.

—Lo sé, cariño. A mí también me gustaría. —Linda la miró con una sonrisa comprensiva—. Pero tu madre no está, así que en esta guerra vas a tener que luchar tú por ella.

Capítulo seis

JUNE ESTABA OBSERVANDO a una mujer sentada delante de un ejemplar de *Francés para torpes*. Era una usuaria simpática que había empezado a ir a la biblioteca unos cuantos meses atrás; al principio comenzó con *Guía de ruso para principiantes* y después siguió con *Aprende alemán por tu cuenta*. A partir de esas lecturas, ella había concluido que la mujer estaba casada y tenía dos hijos pequeños, pero llevaba una doble vida secreta en la que era una espía. Todos los días, después de dejar a los niños en el colegio, se iba a cumplir las misiones que le encomendaban, como seguir a algún mafioso en Winton o asesinar a un espía ruso que se hacía pasar por turista en Favering. Y cuando le decía a su marido que se iba a casa de su hermana a pasar el fin de semana, lo que hacía en realidad era mantener una tórrida aventura con un agente del MI5 que había…

—¡Menuda estupidez! —La señora Bransworth la miraba por encima del revistero—. Nunca había leído una chorrada igual.

—¿Qué sucede esta vez? —preguntó, y un momento después la mujer le tiró a la cara un ejemplar de *Cien años de soledad*—. Siento que no le haya gustado, señora Bransworth. A mí me encantó.

—He estado pensando que deberíamos unirnos con las otras bibliotecas que también quieren cerrar para hacer una gran campaña. Nos podríamos llamar: «Las seis de Dunningshire».

—Me parece una buenísima idea.

—Y todos los empleados de las bibliotecas deberíais poneros en huelga y montar un piquete —continuó tras estirar todo lo que pudo el cuello para acercar mucho la cara a la suya—. En 1984 pasé seis meses en Gales apoyando a los mineros, ¿sabes? Fue algo brutal, pero no teníamos intención de dejar que la maldita Thatcher asfixiara a aquellas

comunidades. Y tampoco voy a permitir que algo así ocurra aquí.

—Tal vez deberíamos ver primero qué es lo que nos dicen los representantes del Gobierno regional en la reunión —sugirió—. Puede que entren en razón y decidan mantener la biblioteca abierta.

—No es posible que seas tan ingenua. —Sacudió la cabeza, decepcionada—. Cuando yo tenía tu edad, ya me habían detenido tres veces por desobediencia civil. Pero no éramos como vosotros, los malditos *millennials,* con vuestras tostadas con aguacate y los cafés con leche de soja; si nosotros creíamos en algo, estábamos dispuestos a luchar por ello.

La mujer se quedó callada, con una expresión que no le había visto nunca antes. June supuso que tenía la mente llena de recuerdos de las protestas en las que había estado y las personas que había conocido, muchas de las cuales ya no estarían en este mundo.

—Tenemos que luchar —insistió, saliendo de su ensoñación—. Si no lo hacemos, un día tus hijos se despertarán y ya no quedará ni una biblioteca.

Se estremeció solo de pensarlo.

—Ah, justo las dos personas que buscaba. —Stanley se acercó a ellas.

June vio que llevaba un apósito en la cabeza.

—¿Estás bien, Stanley?

Él se tocó el vendaje.

—Oh, no es nada importante, es que me caí anoche. Pero la doctora me ha dicho que no ha visto nunca a un hombre de ochenta y dos años en tan buena forma como yo. —Levantó ambos brazos como un culturista, una pose que resultaba ridícula cuando la hacía un anciano escuálido con pajarita—. ¿Qué se sabe de los ruines planes que tiene el Gobierno regional para este sagrado lugar?

—Le estaba diciendo a June que es nuestro deber democrático luchar por la biblioteca —contestó la señora Bransworth—. Todos tenemos que protestar el jueves y hacer que se nos oiga.

—No podría estar más de acuerdo. Yo he estado pensando en que diré que…

June se alejó. El cierre de la biblioteca parecía ser el único

tema de conversación del día y tenía la sensación de que todo el mundo, igual que Linda, estaba esperando que fuera ella quien liderara la oposición en la reunión. No había dormido nada la noche anterior, preocupada por eso, y en aquel momento estaba a punto de reventarle la cabeza, así que fue a la parte de atrás a por un vaso de agua. Al llegar, vio que se abría la puerta del despacho y salía Marjorie acompañada por una mujer joven, vestida con un traje que parecía caro y un portapapeles en las manos. Tenía el pelo negro y brillante y llevaba un pintalabios llamativo que hacía que le recordara un poco a la señora Coulter, de *La materia oscura.* A June no le habría extrañado que en cualquier momento apareciera un mono dorado y se le encaramara en un hombro.

—Una cosa más —dijo la mujer—. ¿Hay algún espacio exterior?

—Hay un pequeño aparcamiento para el personal en la parte de atrás, que es donde tenemos los cubos de basura —aclaró Marjorie, y la mujer escribió algo.

June se fijó en que tenía unas uñas con la manicura perfecta, pintadas de un rojo brillante a juego con el logo del mismo color con forma de espiral que se veía en su portapapeles.

Marjorie se dio cuenta de que se las había quedado mirando.

—¿Ya has acabado con las publicaciones periódicas?

—Todavía no, perdón. —Se encogió cuando las dos mujeres la fulminaron con la mirada.

Marjorie volvió a centrarse en la mujer y dejó escapar un suspiro exagerado.

—La verdad es que, cada vez que hace falta algo por aquí, me tengo que ocupar yo.

—Creo que ya tengo todo lo que necesito por ahora. Me pondré en contacto con usted si me surgen más preguntas.

Se estrecharon la mano y la mujer se dirigió a la puerta, sin molestarse en decirle nada a June.

En cuanto la mujer se fue, Marjorie se acercó.

—Tengo que hablar contigo de una cosa. Es urgente.

June entró con ella en su despacho y la vio juguetear con la taza que tenía sobre la mesa y que decía: «La mejor bibliotecaria del mundo». Parecía más nerviosa de lo normal.

—¿Estás bien, Marjorie?

—Tengo que hablar contigo de una cosa, pero es *top secret* y me tienes que jurar que no se lo vas a decir absolutamente a nadie.

¿La señora Coulter le habría dicho a Marjorie algo sobre el futuro de la biblioteca? Se preparó para las malas noticias.

—Se trata de la despedida de soltera de Gayle.

A June se le cayó el alma a los pies cuando mencionó a su mejor amiga de la infancia. Gayle era la hija de Marjorie y Brian, y su madre hacía meses que no hablaba de otra cosa que de la futura boda de su hija. La aburrían mortalmente todos los detalles relacionados con ella, desde la proposición a lo grande en las Maldivas hasta la elección de los regalos para los invitados y el drama del *catering*. Al oírla decir aquello, hizo lo que pudo por contener un suspiro.

—¿Cuál es el problema con la despedida, Marjorie?

—Ya te he contado que la van a hacer en el hotel Oakford Park, ¿verdad? Pues anoche estaba hablando con mi amiga Pru, que tiene una hija que trabaja allí, y me dijo que se había enterado de todos los planes para la despedida de Gayle. Quería saber qué me parecía que fuera a haber un… —En ese momento Marjorie hizo una pausa, se ruborizó y bajó la voz—. Un *stripper*. ¡Un hombre desnudo!

—Seguro que será una cosa muy inocente —respondió de la forma más diplomática posible. Una Marjorie histérica era lo último que necesitaba.

—No entiendes la trascendencia que puede tener algo así. Como ya sabes, mi marido es el representante oficial de la localidad y, que esto quede entre nosotras, como su mandato termina el año que viene, están considerando proponerlo como lord teniente, ¿sabes lo que es? El representante de la Corona en el condado. ¡De la reina, nada menos!

June no entendía cuál era la conexión entre ambas cosas, pero decidió que era mejor no decir nada.

—Seguro que será un entretenimiento inofensivo.

—Pero imagínate que se corre la voz de que ha habido un *stripper* en la despedida de soltera de Gayle. Eso podría arruinar la reputación de Brian. No me puedo arriesgar a que ocurra algo así.

—Tal vez deberías decírselo a las damas de honor, entonces

—propuso y miró el reloj. La sala llevaba demasiado rato sin supervisión.

—No servirá de nada. A Tara y a Becky nunca les he caído bien. Seguro que lo harán de todas formas, solo para fastidiarme.

June no dijo nada, pero por una vez creyó que Marjorie seguramente tenía razón. Gayle y ella eran inseparables en el colegio, desde que se hicieron amigas a los seis años gracias a su mutuo amor por Mildred Hubble. Pero cuando pasaron al instituto, Gayle empezó su amistad con Tara y Becky, que creían que los chicos eran más interesantes que los libros y que se vestían como si acabaran de salir de las páginas de una novela de la serie de *Las gemelas de Sweet Valley*. Y Gayle abandonó a June de un día para otro para irse con sus nuevas amigas enrolladas, y empezó a ignorarla en los pasillos y a no hacer nada cuando Tara o Becky se reían de ella en clase.

—No tienes ni idea del dolor de cabeza que supone esto para mí —se quejó Marjorie, ajena a su incomodidad—. Sé que estás soltera y que seguramente tú nunca tendrás que pasar por lo que me toca ahora a mí. Pero créeme: organizar una boda es lo más estresante que existe.

JUNE VOLVIÓ A las revistas que había abandonado un rato antes con la cara ardiendo por culpa de los dolorosos recuerdos del instituto. Marjorie era irritante; siempre le había recordado a la señora Bennet de *Orgullo y prejuicio,* pero lo que acababa de pasar había confirmado sus sospechas, sin dejar lugar a la más mínima duda. Con el futuro de la biblioteca y de sus puestos de trabajo pendientes de un hilo, Marjorie solo estaba preocupada por la estúpida despedida de soltera de su hija. Colocó la revista *Country Living* en el revistero con demasiada fuerza. Nada más hacerlo, vio que Alex se acercaba a ella.

—Sea lo que sea lo que te ha hecho esa revista, seguro que no es para tanto.

Sonrió, a pesar de todo.

—Perdona, es que mi jefa me vuelve loca. —Bajó la voz y miró por encima del hombro para comprobar que Marjorie seguía en su despacho y no podía oírla.

—Pues no te recomiendo trabajar para mi padre. Se comporta como si tuviera que gestionar un país de reducidas dimensiones, no un restaurante de comida para llevar en un pueblo.

—¿Qué tal está?

—Bien, aunque no sé si voy a ser capaz de sacarlo de esa cocina y llevarlo al hospital. —Alex se apartó un poco y examinó la biblioteca—. Dios, hacía años que no pasaba por aquí. Me parecía más grande cuando éramos niños. Y menos… ya sabes… decrépita.

—Hemos tenido problemas de financiación —se defendió mientras veía a Alex fijarse en las persianas viejísimas y polvorientas, las paredes con la pintura desconchada y las mesas astilladas.

—Es muy triste verla así. Tengo muy buenos recuerdos de este sitio. Me encantaba venir a la hora de juegos que organizaba tu madre.

A June se le hizo un nudo en la garganta, como le pasaba siempre que alguien mencionaba a su madre sin previo aviso.

—Ella fue la que me introdujo en la ciencia ficción— continuó Alex—. Me recomendó muchos libros.

—Todavía tenemos una pequeña sección de ciencia ficción, si te apetece echar un vistazo…

—La verdad es que venía en busca de un ejemplar de *Orgullo y prejuicio.*

—¿Estás seguro? —Se quedó mirando a Alex para asegurarse de que no le estaba tomando el pelo—. ¿No prefieres algún otro?

—No, tengo ganas de leer *Orgullo y prejuicio,* la verdad. He oído que es un libro excelente.

Ella encontró un ejemplar en la estantería correspondiente y lo llevó al mostrador. Alex le dio su vieja tarjeta de la biblioteca llena de dobleces.

—Y también tengo un libro para ti —anunció, metió la mano en su mochila y sacó un libro de bolsillo muy gastado —. Ya sé que me has dicho que no te convencen los libros de terror, pero este es especial. Esta autora es una de mis favoritas.

Se quedó tan desconcertada que no supo qué decir. Miró la portada y vio que era *El apartamento del cementerio,* de Mariko

Koike.

—Gracias, Alex, es un detalle.

—De nada. Y gracias a ti por este —dijo con el ejemplar de Jane Austen en la mano mientras se dirigía a la puerta—. Espero que te guste. Pero no lo leas de noche cuando estés sola.

—Si tengo que volver a dormir con las luces encendidas, ya sé a quién echarle la culpa —exclamó en voz demasiado alta, y se sintió muy tonta cuando vio que varias personas se daban la vuelta para mirarla.

Estudió el libro que tenía en las manos. Tenía como mínimo diez años y cuando lo abrió, vio que el nombre «Alex Chen» estaba escrito en la primera página. Sintió la urgente necesidad de acercárselo a la nariz y olerlo, pero lo dejó a un lado del mostrador. Miró hacia la puerta, para ver si Alex seguía allí, y vio una figura encorvada que se aproximaba al mostrador.

—Quiero poner una queja.

Con sus ojos pequeñitos, que recordaban a los de un cerdo, la expresión amargada y la abultada barriga, Vera Cox siempre le había recordado a la tía Sponge de *James y el melocotón gigante.* Iba a la biblioteca varias veces a la semana para llevarse *thrillers* y quejarse de algo, básicamente.

—¿Cuál es el problema, Vera?

—Los niños están otra vez haciendo mucho ruido. No oigo ni mis propios pensamientos.

—Lo siento, pero como ya te he explicado otras veces, no es posible que unos niños tan pequeños estén en silencio. Y no están haciendo nada malo, solo pasándoselo bien en la sala infantil.

Vera frunció el ceño y las arrugas de la cara se hicieron más profundas.

—La culpa la tienen las madres, que los traen aquí y dejan que hagan lo que quieran.

—Yo no diría que eso es así.

—Y otra cosa. ¿Te has enterado de que una familia de inmigrantes se ha mudado a Lower Lane? Los he visto con mis propios ojos esta mañana.

June inspiró hondo.

—¿Puedo ayudarte con algo más?

La anciana sorbió por la nariz.

—Creo que se ha estropeado el baño. No puedo entrar.

Se levantó y fue al baño, contenta de poder alejarse de Vera. La puerta estaba cerrada y ella le dio un empujón.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí dentro?

No hubo respuesta.

—¿Está usted bien? Soy June.

Oyó un ruido al otro lado de la puerta y el sonido del pestillo. La puerta se abrió una rendija y asomó Chantal, una chica de dieciséis años que iba a la biblioteca a hacer los deberes y estudiar. Quería conseguir una beca para ir a la universidad y June a veces la ayudaba con alguna asignatura. Pero ese día tenía los ojos enrojecidos y el rímel corrido.

—Chantal, ¿estás bien?

—No pasa nada —contestó, limpiándose la cara con la manga de la sudadera.

—¿De verdad? ¿Pasa algo en casa?

—No.

—¿Qué es entonces?

—Vas a pensar que soy tonta.

—Claro que no —contestó mientras se llevaba a Chantal detrás de una estantería para que tuvieran un poco de intimidad.

La adolescente estaba jugueteando con una de sus largas trenzas.

—Es que… Tengo un examen de Lengua la semana que viene y sé que voy a suspender.

—Oh, seguro que no. Yo te ayudo a estudiar, si quieres.

—Me ha estado ayudando Stanley, pero me preocupa el examen. Estoy tan nerviosa que sé que, en cuanto vea las preguntas, me voy a quedar en blanco. Tengo tanto estrés que no duermo.

—Lo entiendo, de verdad. —Veía la ansiedad en los ojos de la chica—. Podrías probar alguna técnica de relajación. O encontrar algo que te distraiga para no pensar más en el examen.

—¿Como qué?

—Normalmente sirve leer tu libro favorito, pero seguramente eso es lo último que quieres hacer en esta situación. —Se quedó pensativa—. Ya sé, ¿por qué no vienes

a la reunión del jueves para lo de la biblioteca? Estaría muy bien tener allí a una chica joven para apoyarnos y te servirá de distracción.

—¿Qué reunión?

—La que ha organizado el Gobierno regional para hablarnos del posible cierre. —Los ojos de la adolescente se abrieron de par en par—. Oh, Dios, lo siento, Chantal. Creía que lo sabías.

—¿Que quieren cerrar la biblioteca?

—Es una posibilidad. Todavía no hay nada seguro.

—Pero no pueden, necesito la biblioteca —dijo Chantal levantando la voz—. No puedo estudiar en mi casa, no hay sitio.

—No es definitivo. Nos darán más detalles en la reunión. —June se sintió muy culpable porque la chica ya estaba bastante estresada antes de saberlo—. Seguro que se arreglará.

—¿Y las solicitudes para la universidad? Me prometiste que me ayudarías. Y mamá necesita los ordenadores para pedir las prestaciones.

—¿Por qué no vienes a la reunión el jueves y le cuentas todo eso a los del Gobierno regional?

—No puedo, tengo que cuidar a los gemelos para que mamá pueda salir —reconoció Chantal, y agachó la cabeza. Después levantó la vista y la miró—. ¿Se lo dirás tú por mí?

Sintió una presión en el pecho que ya conocía bien.

—No sé si soy la mejor persona para esa tarea.

—Pero a ti te escucharán. Mi madre y yo necesitamos la biblioteca, June. Tienes que decírselo a ellos, por favor.

Capítulo siete

CUANDO LLEGÓ AL salón parroquial el jueves por la noche, el lugar ya estaba abarrotado. Para que cupieran todos, habían colocado varias hileras de sillas delante de una tarima improvisada. Vio a Stanley sentado en la primera fila, y a su lado estaba la señora Bransworth, que llevaba una camiseta que parecía hecha por ella misma donde ponía «Salvemos nuestras bibliotecas», escrito con un rotulador permanente negro. Linda y Jackson se habían acomodado unas filas más atrás. Miró a su alrededor esperando encontrar a Chantal, pero la adolescente no estaba.

Stanley la vio, la saludó con la mano y le señaló un asiento libre que tenía cerca, pero ella fingió que no lo había visto y se dirigió al fondo de la sala. Todo aquello le recordaba demasiado al instituto, así que se sentó en el rincón más alejado, donde esperaba que nadie se fijara en ella.

Cuando se sentó, vio entrar en la sala a una mujer y dos hombres. Uno de ellos era el marido de Marjorie, Brian, un hombre que solo leía biografías de líderes mundiales.

—Bien, señoras y caballeros —dijo y esperó un momento a que se hiciera el silencio—. Todos conocen la razón por la que estamos aquí esta noche. La semana pasada, el Gobierno regional del condado de Dunningshire anunció que quería reestructurar la red de bibliotecas de la zona. Como seguro que todos saben, nuestra biblioteca es muy importante para mí… —Y en ese momento Brian señaló el centro de la sala y June vio que Marjorie sonreía como el gato de Cheshire—. Por eso solicité que varios consejeros vinieran a hablar con nosotros esta noche, y aquí están. Al final de la exposición podrán hacer preguntas, pero empezaré por presentarles a Richard Donnelly, uno de los consejeros regionales, y a Sarah Thwaite, la responsable de la Consejería de Bibliotecas y Servicios de Información.

June vio que se levantaba el hombre más joven. Tendría treinta y tantos, iba vestido con unos pantalones chinos y una camisa rosa bien planchada, y estaba tan bronceado que parecía que acababa de volver de vacaciones o que se había dado rayos UVA. Daba la impresión de que hacía mucho tiempo que no leía un libro, años tal vez, y de que nunca había pisado una biblioteca. A su lado estaba la mujer, Sarah, que mostraba una sonrisa que no se reflejaba en sus ojos. June aventuró que ella solo leía libros de autoayuda.

—Gracias por las presentaciones, Brian —empezó Richard—. Es un placer ver que ha venido tanta gente para hablar del futuro de la biblioteca de Little Whitham.

Sarah carraspeó y lo fulminó con la mirada, pero Richard continuó sin darse cuenta de su error.

—No quiero andarme por las ramas. Debido a la reducción en la financiación por parte del Gobierno central y al aumento de la presión económica que sufre nuestro Ejecutivo, necesitamos reducir el presupuesto que dedicamos a las bibliotecas en un treinta por ciento en los próximos tres años. Por eso vamos a lanzar este programa de modernización y racionalización del servicio de bibliotecas.

—¿Qué quiere decir con toda esa palabrería? —murmuró alguien cerca de ella.

—Hemos elegido seis bibliotecas en el condado que nos parecen las mejores candidatas para esa reestructuración: Favering, Mawley, Dedham, Little Whitham, Chalcot y Lave-End. Durante tres meses vamos a llevar a cabo un análisis en profundidad del funcionamiento de esas bibliotecas, para comprobar cuáles compensa mantener por su buena relación calidad-precio en el servicio.

—¿Calidad-precio? Es una biblioteca, no un frasco de alubias —comentó una de las señoras del grupo de tejedoras Teje y cotillea, y se oyeron unas cuantas risas por lo bajo.

—Silencio, por favor —pidió Brian.

Richard continuó, sin inmutarse.

—Para ayudarnos a tomar la decisión, hemos contratado a una consultoría de asesoramiento empresarial que se ocupará del análisis de funcionamiento. Examinaran datos como el número de visitas y el de préstamos y, a partir de esas cifras, podremos determinar la rentabilidad de cada una de las

bibliotecas.

—¿Cómo se pueden medir todos los servicios que proporciona una biblioteca en términos de rentabilidad? —June no necesitaba mirar para saber quién había hablado—. Alfabetización, inclusión social, fomento de la lectura en los jóvenes… ¿Esas cosas tienen precio, señor Donnelly?

—Como ya he dicho, abriremos una ronda de preguntas y comentarios al final —repuso Brian—. Siéntese, señora Bransworth, o tendré que expulsarla.

La anciana soltó una risita burlona.

—Gracias, Brian —retomó Richard—. Una vez realizado ese análisis, el Gobierno regional estudiará los informes y tomará una decisión sobre el futuro de cada una de las bibliotecas. Consideraremos tres opciones: la primera será mantener la biblioteca abierta igual que hasta ahora, sin cambios; la segunda será que la biblioteca permanezca abierta, pero bajo gestión de la comunidad.

—¿Qué significa eso? —preguntó una mujer.

—Significa que la comunidad local tendrá que asumir la responsabilidad de la gestión de la biblioteca, incluyendo hacerse cargo de gastos como el alquiler del edificio, los libros y el equipamiento, de forma que no le suponga ningún coste al condado.

—¿Y cómo se hace eso? ¿A base de voluntarios? —preguntó Stanley y se oyeron murmullos en la sala—. ¿Y qué pasará con nuestras bibliotecarias?

—Las bibliotecas comunitarias las gestionan voluntarios que no reciben remuneración —confirmó Richard.

—Entonces no será una biblioteca, ¿no? Solo una sala llena de libros. —La señora Bransworth se había levantado de nuevo—. Para que haya una biblioteca, tiene que haber un bibliotecario, con estudios especializados y años de experiencia. ¿Sugiere usted que alguien como yo podría proporcionar el mismo servicio que un profesional cualificado?

Richard se quedó pálido, a pesar del bronceado.

—La gestión comunitaria no es adecuada para todas las bibliotecas. Por eso, tras el análisis, decidiremos qué bibliotecas podrían beneficiarse de ese modelo de gestión.

—¿Y cuál es la tercera opción? —preguntó Vera.

—La tercera opción es el cierre de la biblioteca, que quedará reemplazada por un servicio de biblioteca itinerante.

En ese momento se alzó un clamor de voces.

—Silencio. ¡Silencio! —gritó Brian, pero nadie lo oyó por encima del estruendo.

—Si no les importa… —Sarah se levantó con una gran sonrisa y esperó a que todo el mundo se callara. Richard volvió a sentarse—. Créanme cuando les digo que no nos gusta nada tener que reestructurar nuestro sistema de bibliotecas. Pero, con los recortes que nos ha impuesto el Gobierno, tenemos que ser pragmáticos. Las visitas a las bibliotecas se reducen año tras año en todo nuestro condado.

—Malditos conservadores —soltó la señora Bransworth—. Ya sabemos lo que pretendéis: acabar con los servicios públicos a base de recortes aquí y allá, para introducir después la privatización o el trabajo voluntario.

Sarah fingió que no la había oído.

—Evidentemente, valoramos la opinión de las comunidades locales y queremos escuchar lo que tienen que decir los residentes. Así que les vamos a pasar un cuestionario donde pueden decirnos qué esperan de su biblioteca. Estos cuestionarios, junto con los informes de los asesores, nos ayudarán a tomar la decisión sobre el futuro de estas seis bibliotecas.

Y dicho eso se sentó y le susurró algo a Richard, que asintió.

—Gracias, Richard y Sarah —retomó Brian—. Ahora es el momento de hacer todas las preguntas. Pero deben mantener la calma y comportarse civilizadamente o pediré que salgan de la sala.

Se levantaron bastantes manos, pero antes de que Brian tuviera tiempo de elegir una, se levantó Vera.

—¿Cómo voy a poder renovar el bonobús?

—Creo que eso se puede hacer *online* actualmente —contestó Richard.

—Pero yo no sé usar un ordenador.

—Seguro que puede hacerlo por teléfono.

—Pero sale una de esas voces automáticas y yo siempre acabo confundiéndome de botón. Por eso voy a la biblioteca y June me lo arregla.

Se encogió al oír su nombre, pero nadie la miró.

—Seguro que alguna amiga puede ayudarla con ese trámite —insistió Richard.

Vera se sentó con cara de disgusto y June sintió lástima por ella. Estaba bastante segura de que esa anciana no tenía amigas a las que pudiera pedir ayuda.

—Siguiente pregunta —dijo Brian y señaló con la cabeza a Jackson.

—Me llamo Jackson Fletcher. Mi madre me educa en casa y voy a la biblioteca todos los días. ¿Adónde voy a ir si cierra?

Sarah puso cara de comprensión.

—Hola, Jackson. Nosotros nos tomamos muy en serio el bienestar de los niños de todo el condado, así que parte de la consulta que vamos a hacer se centrará en comprobar la disponibilidad de servicios para las familias. Si no me equivoco, hay un centro infantil en Winton, junto a la biblioteca de la ciudad.

—Pero eso está a muchos kilómetros de aquí y mis padres no tienen coche. No son buenos para el medio ambiente.

—Puedes coger el autobús.

—Mi padre dice que es muy caro.

—Entonces tal vez tus padres deberían considerar escolarizarte en alguno de los centros de la localidad, como los demás niños de tu edad.

Linda, que estaba a su lado, empezó a levantarse.

—Oiga, un momento…

—Siguiente pregunta —interrumpió Brian—. Usted, señor Phelps.

—Buenas noches, señoras y caballeros —empezó Stanley y se levantó—. Solo quería decir que creo que lo que están haciendo es una absoluta tropelía.

June vio que a Sarah se le torcía un poco la sonrisa.

—Llevan escatimando recursos para la biblioteca desde hace años. Voy allí todos los días y lo he visto con mis propios ojos: han reducido el horario de apertura, el número de libros de las estanterías y están dejando que el edificio se deteriore por falta de mantenimiento. Es cierto que la biblioteca puede estar en horas bajas, pero eso es exclusivamente culpa suya.

—Hemos tenido problemas presupuestarios y…

—Disculpe, señora, pero no he terminado —interrumpió Stanley, y Sarah guardó silencio—. Están ustedes destruyendo este pueblo. Nos reducen los servicios de autobuses, han vendido el terreno del Cinturón Verde a esos promotores inmobiliarios indeseables que acosan a los residentes, y ahora van también a por nuestra biblioteca. ¿Qué va a quedar de Chalcot cuando acaben con él?

—Le aseguro que siempre intentamos hacer lo mejor para las comunidades locales —contestó Sarah—. Pero tenemos que ser realistas. Necesitamos ahorrar dinero.

—Bien, otra pregunta —repitió Brian.

La madre que leía libros de Mills & Boon y que asistió a la actividad de las canciones infantiles se levantó y consultó algo que tenía escrito en un cuaderno.

—Pero ¿esto es legal? He estado investigando y ¿el Gobierno regional no tiene la obligación de proporcionar un servicio de biblioteca, como se establece en la Ley de Bibliotecas Públicas y Museos de 1964?

—Tiene razón. Tenemos la obligación legal de proporcionar un servicio de biblioteca —contestó Sarah, escogiendo las palabras con mucho cuidado—. Pero la ley no define cómo debe ser ese servicio, ni las características que debe tener. Muchas comunidades consideran el servicio de biblioteca móvil como un recurso muy útil.

A la señora Bransworth le estaba costando permanecer en su asiento y parecía a punto de explotar. Brian suspiró y le dio la palabra.

—Pues a mí me parece que todo eso es un montón de gilipolleces.

—¡Ese lenguaje, por favor! —la reprendió Brian.

—Llevo toda la vida luchando contra la injusticia. Estuve en Greenham Common en los ochenta, apoyé a los mineros en Gales y reconozco un chanchullo en cuanto lo veo. Toda esa consulta que dicen que van a hacer es una farsa. Está clarísimo que el Gobierno regional no quiere seguir financiando la biblioteca, ¿así que por qué fingen que nosotros tenemos algo que decir en el asunto?

—Le prometo que todavía no se ha tomado ninguna decisión definitiva sobre el futuro de las bibliotecas —aseguró Richard—. Por eso vamos a contratar a los asesores

empresariales y también queremos oír lo que les preocupa. Solo tomaremos una decisión cuando termine el período de consulta, en la reunión del veinticuatro de septiembre.

—Pues creo que va siendo hora de que demos por finalizada esta reunión —intervino Brian—. ¿Una última pregunta?

June miró a la gente que había en el salón; la mayoría tenían una cara de amarga resignación. Recordó las lágrimas de Chantal y pensó en su madre, que se habría levantado en ese momento y le habría cantado las cuarenta a esos consejeros, enumerando todas las razones por las que la biblioteca era importante. ¿Qué era lo que le había dicho Linda el otro día? «Tu madre no está, así que en esta guerra vas a tener que luchar tú por ella.»

Inspiró despacio y levantó una mano vacilante.

Brian suspiró.

—¿Sí?

Todos los ojos de la sala se fijaron en ella. El corazón le martilleaba en el pecho y, cuando abrió la boca para hablar, no fue capaz.

—Vamos, no tenemos toda la noche —refunfuñó Brian.

—Yo… Nosotros… —empezó a decir.

No se oía nada en el salón, porque todos estaban atentos a lo que tenía que decir. Unas filas más adelante Ryan, del periódico, colocó el teléfono apuntando hacia ella. Detrás de él vio a Marjorie, con cara de abatimiento. Sintió que algo le apretaba las costillas, como si alguien la estuviera estrujando, y solo pudo volver a dejarse caer en la silla y cerrar los ojos.

—Bien, pues si eso es todo, doy por concluida la reunión —oyó que decía Brian. Después le llegó el ruido de las sillas al arrastrarlas por el suelo y el repentino estruendo de voces.

June se quedó sentada, con los ojos cerrados y deseando que se abriera la tierra a sus pies y se la tragara.

Capítulo ocho

LA TARDE SIGUIENTE, June llegó a la hora de inicio de su turno en la biblioteca con la cabeza gacha. Sabía que se había puesto en evidencia la noche anterior. Lo que había pasado era la razón por la que nunca quería hablar en público; después de aquello todos los usuarios de la biblioteca pensarían que era idiota. Pero cuando cruzó la puerta, vio que la sala estaba bullendo de actividad y nadie se fijó en ella.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Stanley, que estaba sentado donde siempre, observando el ajetreo encantado.

—¿No te has enterado? Vamos a formar un grupo de protesta. Y se va a llamar «Abecedario».

—¿Qué?

—Vamos a hacer la primera reunión esta noche en el *pub* The Plough. Yo voy a llevar rollitos de salchicha. ¿Qué vas a llevar tú?

—Stanley, ¿de verdad se va a llamar «Abecedario»?

—Ese no es el espíritu adecuado, muchacha… Las protestas se basan en aunar esfuerzos. Estaba pensado que podría ser el tesorero. Y yo te propondría a ti como secretaria, por supuesto.

—Oh, no creo que pudiera hacer eso.

—No digas tonterías, eres perfecta para ese puesto —afirmó—. ¿No es emocionante? Vamos a enfrentarnos al Gobierno regional todos juntos. Les vamos a demostrar que esta biblioteca está muy viva.

June se sentó tras el mostrador y empezó a revisar una pila de reservas que habían expirado. Estaba muy contenta de que la gente quisiera formar un grupo para defender la biblioteca, por raro que fuera el nombre que habían elegido, pero ella no podría ser la secretaria de ninguna manera, porque eso significaría tener que hablar delante de todos, algo que nunca

sería capaz de hacer. Iría a la reunión, pero se escondería en la parte de atrás y no diría ni palabra.

Vio que la señora Bransworth iba directa hacia ella blandiendo una hoja de papel.

—He hecho carteles sobre la reunión de esta noche para ponerlos en la biblioteca —anunció tirándole uno—. Así todo el mundo que pase por aquí se enterará de lo del ABC.

—La verdad es que ese nombre…

—¿Qué le pasa a ABC? Significa Amigos de la Biblioteca de Chalcot.

June parpadeó varias veces.

—Oh, ya veo.

—Stanley dice que tú vas a ser la secretaria y que él me va a proponer a mí como presidenta. Yo dirigí el Grupo de Apoyo a los Mineros de Chalcot, así que ya sé cómo va la cosa.

—La verdad es que no creo que sea la persona adecuada para ser la secretaria. Tal vez sería mejor que me ocupara de hacer una lista de lecturas, con libros sobre protestas colectivas…

—Puedes hacer eso y ser la secretaria también. Yo voy a organizarlo todo, así que solo tendrás que tomar notas y ocuparte de la parte administrativa más aburrida.

—Pero yo…

—¡June! —gritó Marjorie desde la parte de atrás—. Tengo que hablar contigo. ¡Ya!

Fue al despacho de su jefa con la sensación de ser una alumna traviesa a la que hubieran castigado enviándola al despacho de la directora.

—¿De qué hablabas con la señora Bransworth? —preguntó Marjorie en cuanto estuvieron a solas y con la puerta cerrada.

—De nada.

—¿No será sobre ese grupo que están montando? Porque si era eso, te aviso de que nosotras no podemos tener nada que ver.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Acabo de hablar por teléfono con esa tal Sarah Thwaite, la responsable de la Consejería de Bibliotecas del Gobierno regional. Te reconoció en la reunión de anoche. Y me ha dicho, con total contundencia, que al personal de la biblioteca

no le está permitido hablar sobre la institución que representa, ni sobre sus planes de cierre. Ni una palabra.

—¿Por qué no? ¡No puede prohibirnos eso!

—Tendrías que haber oído cómo me ha hablado, es una mujer horrible. Me ha dicho que su deber era recordarle a todo el personal de la biblioteca que el Gobierno regional es el que paga sus sueldos, y que si se involucran en algún acto de protesta contra los cierres de las bibliotecas, entonces, y cito: «Sus contratos se verán sometidos a revisión».

—Pero ¿eso no es ilegal?

—Llámalo como quieras, pero lo último que necesita esta biblioteca es que te despidan por sacarle los colores a los políticos. Lo siento, pero vamos a tener que agachar la cabeza e intentar que suba el número de visitas.

June vaciló.

—¿De verdad me estás diciendo que no podemos luchar por nuestro trabajo?

—Es justo lo que te acabo de decir. Y no se te ocurra hablarle a nadie de esta conversación. Si la gente te pide que te involucres, tienes que decirles que no quieres. ¿Entendido?

—Sigo creyendo que esto es…

—¿Entendido?

—Sí, Marjorie.

—Bien. Y quiero que quites todos esos carteles sobre la reunión. No podemos dar la impresión de que los apoyamos de ninguna forma.

JUNE SE PASÓ el resto de la tarde intentando evitar las conversaciones sobre la reunión de esa noche que se producían a su alrededor. Una parte de ella estaba furiosa. ¿Cómo se atrevían desde el Gobierno regional a decirle que no podía unirse al ABC, ni pelear por su trabajo? Pero otra parte de ella, la que más odiaba, en el fondo se sentía un poco aliviada. Eso significaba que no tendría que socializar con la gente fuera del trabajo, ni reivindicar nada, ni arriesgarse a pasar vergüenza en público de nuevo. Lo único que quería en aquel momento era irse a casa, ponerse el pijama y esconderse entre las páginas de un libro.

A las cinco menos cuarto estaba ya recogiendo cuando

entró corriendo Chantal.

—Me he enterado de lo de anoche.

—Lo siento, Chantal. Intenté hablar por ti, pero…

—Stanley me ha dicho que estáis formando un grupo para salvar la biblioteca. Me gustaría ayudar con las redes sociales.

—La verdad es que…

—La reunión es a las ocho, ¿no? Te veo allí.

Abrió la boca para decirle que no iba a asistir, pero la adolescente ya se había ido corriendo.

A LAS OCHO menos cinco, June estaba sentada a la mesa de la cocina, mordiéndose las uñas y mirando el reloj. No podía ir a la reunión. Si asistía, se arriesgaba a que la despidieran y las consecuencias de eso le daban tal terror que no se atrevía ni a considerarlas. Se comió un bocado de patata asada casi fría. No estaba en sus manos, no podía ir aunque quisiera.

A las ocho y cuarto, tras morderse tanto una uña que acabó sangrando, se fue al salón. *Matilda* la esperaba en el sofá, en el mismo sitio donde lo dejó la noche anterior. Se había dado cuenta de que, en momentos de estrés, siempre recurría a los mismos libros de su infancia: Roald Dahl, Malorie Blackman, Philip Pullman. Había algo reconfortante en perderse en esas historias que conocía tan bien, novelas que su madre y ella habían compartido en ese mismo sofá. Pero en aquel momento, mientras intentaba concentrarse en la página que tenía delante, su mente no dejaba de volver a la biblioteca de Chalcot. La reunión del ABC ya habría empezado. ¿Quién habría ido? La señora Bransworth, Chantal y algunos de los padres de la actividad de las canciones infantiles. También Stanley, por supuesto. ¿Qué pensaría cuando se diera cuenta de que ella no estaba?

Dejó el libro y subió a la planta de arriba para darse un baño. Nunca había entendido a la gente que decía que un baño le resultaba relajante; a ella siempre le daba calor muy rápido, y cuanto más se decía que se suponía que eso era relajante, más sudaba y más incómoda se encontraba. Pero esa noche necesitaba hacer algo, así que llenó la bañera, echó un gel de baño viejísimo y empezó a desvestirse.

Alan Bennett entró en el baño porque le producía curiosidad

ese cambio sin precedentes en su rutina nocturna, y se enroscó sobre sus pies.

—Lárgate, *Alan* —dijo y lo empujó hacia la puerta.

El gato bufó, saltó a la tapa del inodoro, cubierta con una funda rosa peluda, y se sentó a observarla.

Se metió en la bañera e intentó dejarse envolver por las burbujas, que olían a fresa sintética. Cuando era pequeña, esa bañera le parecía enorme, pero ahora no cabía y siempre se quedaba alguna parte de su anatomía al aire. Intentó tumbarse de lado, pero entonces tenía unas vistas muy poco edificantes de la moqueta marrón. ¿En qué estaría pensando su madre cuando eligió esa alfombra de color fecal para el suelo del baño? Especialmente teniendo en cuenta que la habitación tenía las paredes rosas y la bañera de color verde aguacate.

Aunque ella sabía con exactitud lo que había pensado su madre. A Beverley Jones nunca le habían interesado ni lo más mínimo cosas como el diseño de interiores o la moda. Había pasado toda la vida adornando su casa, y también a su hija, con lo que encontraba en tiendas de segunda mano y mercadillos de organizaciones benéficas, lo que resultaba en una mezcolanza de colores, diseños y épocas. Todas las superficies de la casa seguían cubiertas de los objetos dispares que Beverley se había llevado a casa desde el puesto de segunda mano de la feria. Y en la época en que todas las chicas de su instituto llevaban vaqueros con la cintura baja y camisetas cortas, ella se ponía prendas al azar que pertenecieron a pensionistas que habían fallecido recientemente.

«¿Y a quién le importa qué ropa llevas? Lo que importa no es lo que te pones, Junebug, sino lo que haces», decía su madre siempre que le pedía que le comprara algo más moderno.

Y Beverley siempre fue coherente con lo que decía. June recordaba un momento en concreto, cuando su instituto intentó que todas las chicas llevaran culotes en vez de pantalones cortos holgados para hacer gimnasia, y su madre afirmó que esa norma era sexista y estableció un piquete, formado por una sola persona, en la puerta del instituto.

—Yo soy la bibliotecaria —gritaba Beverley—. Conozco a

todos los padres de aquí y los he ayudado en algún momento a lo largo de los años. Así que creedme cuando os digo que, si les pido que hagan un boicot al instituto, lo harán.

Su madre mantuvo la protesta durante tres días, hasta que el director cambió la norma. June se moría de vergüenza por toda la atención no deseada que recibió entonces, pero también se sintió ridículamente orgullosa de su madre.

Miró a *Alan Bennett*, que seguía acurrucado sobre el inodoro.

—Mamá querría que fuera a la reunión, ¿verdad?

El gato la miró fijamente, sin parpadear.

—Y yo quiero ir a apoyarlos, pero Marjorie me lo ha prohibido. No es culpa mía.

Alan entornó los ojos y bostezó.

—Y, aunque fuera, seguro que me quedaría petrificada y me volvería a poner en ridículo. No tiene sentido, ¿no?

En respuesta, *Alan* se bajó del váter con una agilidad sorprendente para un gato tan mayor, y salió del baño con el rabo tieso. June lo vio marcharse y suspiró. Después salió de la bañera y volvió con Matilda y la señorita Honey.

Capítulo nueve

CUANDO JUNE ABRIÓ la biblioteca el lunes por la mañana a las diez, Stanley ya estaba esperando en la puerta.

—Dios mío, menuda reunión te perdiste el viernes —dijo muy animado cuando entró—. Pero ¿dónde estabas, muchacha?

Se había pasado el fin de semana intentando pensar en una historia convincente.

—Lo siento, es que mi gato se tragó un hueso de pollo y se le quedó atascado en la garganta.

—Oh, vaya. Pero ¿está bien?

June se puso a ordenar unos libros para que Stanley no le viera la cara.

—Sí, ya está bien, gracias.

—Pues permíteme que te ponga al día de lo que ocurrió en la reunión. La señora Bransworth y otra mujer se enfrentaron por lograr la presidencia. Ella ganó por un voto y estuvieron a punto de llegar a las manos. Ojalá hubieras estado allí… Menudo drama. A mí me eligieron tesorero por unanimidad. —Stanley se dio un tironcito de las solapas con orgullo—. Y a ti te designaron secretaria en tu ausencia. La presidenta ya tiene papeleo preparado para ti.

—No creo que pueda hacerlo, Stanley.

—Bobadas. Es algo muy fácil. Solo tomar notas y poco más. Yo te puedo ayudar.

—No es eso. No creo que pueda participar en esta campaña de ninguna forma.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió un poco bajo su atenta mirada.

—Lo siento, pero estoy muy liada para participar en el ABC.

La alegría se esfumó de la cara de Stanley, que se quedó unos minutos callado.

—Tengo que decir que me sorprende, June. Creía… Bueno, no importa. Debes hacer lo que creas que es lo mejor.

—Lo siento, Stanley, pero…

—No hace falta que me des explicaciones. —La miró con una sonrisa tensa y ella sintió una punzada de culpa cuando lo vio alejarse.

Diez minutos después entró la señora Bransworth y fue directa adonde estaba ella.

—¿Dónde estuviste el viernes?

—Lo siento, es que mi gato…

—No importa. Tengo las notas preparadas para ti.

Ella vaciló.

—Me temo que tengo demasiadas cosas que hacer. No puedo unirme al ABC.

La mujer mayor la atravesó con la mirada.

—Por todos los santos, June. Hubo mujeres que se tiraron a los pies de caballos de carreras para que tú pudieras tener los mismos derechos que los hombres, ¿y ahora me dices que te da demasiado miedo luchar por tu trabajo?

—No creo que pueda ser de utilidad —murmuró.

—Eres de mucha utilidad, no me pongas eso como excusa. Lo que pasa es que eres una maldita cobarde. —Se dio la vuelta y se alejó enfurecida, dejándola plantada tras el mostrador con las mejillas ardiendo.

El desfile continuó durante toda la mañana. Cada vez que entraba en la biblioteca alguien que había estado en la reunión, intentaba hablar con ella del ABC. Y en todas las ocasiones tuvo que contemplar la misma decepción en los ojos de los demás cuando les dijo que no iba a participar. A la hora de comer, la mayoría de los miembros del ABC habían desistido en su intento de convencerla para que se uniera. En vez de eso, cada vez que recorría la biblioteca empujando el carrito de las devoluciones, todos los usuarios habituales la recibían con un silencio inusual. Intentó seguir como siempre, pero notaba la mirada furiosa de la señora Bransworth, siguiéndola adonde quiera que fuese, y era evidente y sospechoso que cada vez que entraba en la sala infantil, todos los padres dejaban de hablar. Incluso Jackson se negó a mirarla cuando fue a devolver unos cuantos libros. La única que seguía hablando con ella era Vera, aunque era la última

persona a la que quería oír en aquel momento.

—Entiendo que no quieras involucrarte —dijo Vera escupiendo sin querer migas de galleta—. Este sitio se va al garete. No tiene sentido intentar salvarlo.

June tenía muchas ganas de preguntarle a Vera por qué se empeñaba en seguir yendo con tanta frecuencia a la biblioteca si la odiaba tanto. Pero se mordió la lengua y siguió empujando el carrito.

A las tres y media se abrieron las puertas de par en par y entró Chantal muy decidida.

—¿Por qué no fuiste a la reunión el viernes?

—Lo siento, Chantal.

—¿Te han contado los demás lo que pasó? Yo me he hecho cargo de las redes sociales y a ti te eligieron secretaria. Tal vez en la siguiente reunión puedes intentar…

—No iré a la siguiente reunión.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—No puedo. Lo siento, estoy muy ocupada.

June vio el cambio de expresión en la cara de la adolescente y tuvo que apartar la vista.

—¿Cómo puede ser que no te importe la biblioteca? Eres igual que esos desgraciados del Gobierno regional.

—No es eso. Es que… es complicado.

—No es complicado. Si no te importa, me parece bien. Me da igual. Además, este sitio ni siquiera me gusta.

A LAS CINCO se fue corriendo de la biblioteca. Nunca se había sentido tan aliviada de acabar una jornada de trabajo. No levantó la vista de la acera mientras recorría The Parade, pero notaba que la gente se la quedaba mirando. En cierto momento le pareció oír que alguien murmuraba: «¡Traidora!», pero cuando miró solo vio a una madre joven empujando un cochecito. De todas formas aceleró el paso para llegar cuanto antes a The Golden Dragon.

Cuando entró en el restaurante, suspiró con alivio; podía confiar en que George no querría entablar conversación con ella, ni emitir ningún juicio. Pero ese día encontró a Alex tras el mostrador, canturreando desafinado.

—Hola, esperaba verte por ahí —le dijo como saludo—. Ya

he terminado *Orgullo y prejuicio*.

—Genial. —Lo miró con una sonrisa reticente, esperando que se diera cuenta de que no estaba de humor para charlar.

—Me ha gustado más de lo que esperaba. Algunas partes son un poco lentas, pero me ha caído bien Elizabeth, incluso sin las artes marciales.

—Me alegro de que te haya gustado. ¿Me pones pollo con salsa de judías negras y arroz?

—¿Qué estás leyendo ahora? Me vendría bien que me hicieras otra recomendación.

—Perdona, Alex, pero ¿podrías prepararme el pedido? Es que tengo un poco de prisa.

Él la miró dolido.

—Claro.

Metió el pedido en el ordenador y se puso a limpiar el mostrador. Ella se sentó, inspiró hondo y notó el olor a ajo friéndose. En la pared de enfrente colgaba el retrato de una mujer china con una cara muy seria que llevaba mirando a June con el ceño fruncido desde que empezó a ir a ese restaurante con su madre, cuando era una niña. Pero aquel día la mujer parecía especialmente disgustada.

—Lo siento —le dijo a Alex un minuto después—. No quería ser tan maleducada.

—No pasa nada. Perdona que me haya puesto a parlotear así. Es que me estoy volviendo un poco loco aquí solo.

—Ahora mismo mataría por tener un trabajo en el que tuviera que estar sola.

—¿Van mal las cosas en la biblioteca?

—¿No te has enterado? —preguntó, y Alex sacudió la cabeza—. El Gobierno regional ha amenazado con cerrarla.

—¡No! No tenía ni idea. —Alex la miró consternado—. ¿Y por qué quieren hacerlo?

—Recortes de presupuesto, dicen. La de Chalcot no es la única.

—Pasa lo mismo en Londres. Lo siento, es una mierda. ¿Vas a luchar para evitarlo?

—La gente está haciendo una campaña y han formado un grupo que se llama ABC.

—¿Como el abecedario?

—Ya lo sé —contestó enarcando una ceja—. Son las siglas

de Amigos de la Biblioteca de Chalcot.

—¿Cuándo es la próxima reunión? Me gustaría ayudar mientras esté aquí.

June se quedó mirando a la mujer disgustada del cuadro.

—La verdad es que yo no estoy participando.

—¿Por qué no?

Abrió la boca para darle la respuesta habitual que había pronunciado tantas veces ese día, pero se frenó. ¿Pasaría algo porque le contara a Alex la verdad? Había dicho que había vuelto a Chalcot solo durante unos meses, así que era poco probable que se lo contara a alguien. Y tenía algo que le hacía sentir que podía confiar en él.

—¿Qué ocurre? —la animó.

—Si te cuento algo, ¿me prometes que no se lo dirás a nadie?

—Juramento de *boy scout* —dijo y levantó tres dedos.

Tragó saliva.

—La consejería ha prohibido a todos los empleados de la biblioteca manifestarse en contra de los cierres de las bibliotecas. Si me implico en el ABC, o si me ven ayudándolos, me arriesgo a perder mi trabajo.

—Oh, mierda.

—También me han prohibido contarle a nadie por qué no voy a participar, así que todo el mundo supone que no me importa la biblioteca y ahora me odian. Hoy ha sido todo extremadamente difícil. —Las palabras salieron de su boca como un torrente—. Llevo diez años trabajando en la biblioteca y antes estaba mi madre. No puedo permitir que la cierren. —Se inclinó sobre el mostrador y apoyó la cabeza en las manos.

—Tiene que haber algo que puedas hacer para ayudar.

—Si lo hago, me despiden. Y, aunque pudiera, tampoco es que yo sirva de mucha ayuda —añadió todavía en la misma postura.

—Eso no es cierto —contestó él en un tono comprensivo.

—Lo es. ¿Te acuerdas de lo tímida que era en el instituto? Pues ahora lo soy más, una cobarde total.

Hubo un silencio antes de que Alex volviera a hablar.

—Lo que yo recuerdo es que eras la más lista de la clase y que ayudabas a todos los que se atascaban o no entendían

algo. Todos te querían y te respetaban.

Ella lo miró sorprendida, pero justo en ese momento se oyó el timbre y él tuvo que entrar en la cocina. Volvió a aparecer un momento después con una bolsa de plástico.

—Gracias —dijo June intentando no ruborizarse mientras recogía la comida—. No le vas a contar a nadie lo de la prohibición, ¿verdad? Si alguien se entera, Marjorie me mata.

—Te prometo que tu secreto está a salvo conmigo. Y si quieres hablar en algún momento, ya sabes dónde estoy.

—Gracias, Alex —repitió, y sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas; eran las primeras palabras amables que había oído en todo el día. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Alex no dejó de mirarla. Entonces ella se detuvo y añadió—: Estoy leyendo *Matilda,* por cierto.

—¿El libro de Roald Dahl?

—Sí, es mi heroína favorita desde siempre. Te guardaré un ejemplar en la biblioteca.

YA EN CASA, se sentó para comerse la cena. Se sentía bien por haberle contado a Alex cuál era su situación en la biblioteca; no recordaba la última vez que había tenido a alguien a quien hacerle confidencias. Aunque no tardó en recordar que él regresaría a Londres dentro de poco.

Estaba terminando de cenar cuando oyó que llamaban a la puerta. Cuando la abrió, se encontró a Linda, con un enfadado *Alan Bennett* en brazos.

—Mira a quién he encontrado en mi armario de la ropa blanca otra vez. Creo que se ha hecho pis en mis toallas buenas.

—Oh, Dios, lo siento mucho. Te compraré unas nuevas.

Linda soltó a *Alan*, que entró corriendo en la casa.

—Y ya que estoy aquí… ¿No tendrás todavía el ejemplar de *Jinetes* que le regalé a tu madre? Ya es hora de que Jackson lea su primer libro de Jilly.

—Seguro que está por alguna parte. Conservo todos sus libros.

June llevó a Linda al salón. Pensó en decirle que tal vez ocho años era una edad un poco temprana para leer a Jilly Cooper, pero supuso que Linda no le iba a hacer ni el más

mínimo caso.

—¿De verdad guardas todos los libros de tu madre? —preguntó Linda mientras ella buscaba en la estantería de la letra C.

—Claro. No he tirado ninguna de sus cosas.

—¿Qué? ¿Ninguna?

Encontró el libro y se lo dio a Linda.

—Llevé parte de su ropa a la tienda de segunda mano, pero he guardado todo lo demás. —Vio que algo cruzaba la cara de Linda—. ¿Qué?

—¿No crees que ya podrías deshacerte de parte de sus cosas? Quizá los libros no, pero ¿y alguno de los viejos adornos? —Linda cogió una figurita de porcelana de una niña leyendo un libro y la agitó en el aire—. ¿Este, por ejemplo?

June hizo una mueca.

—Ese me gusta —confesó. Le quitó la figurita a Linda y la volvió a poner en su lugar, en la repisa de la chimenea.

—¿En serio? No es una antigüedad ni nada parecido. Me acuerdo de que Beverley se la trajo del puesto de segunda mano… Creo que se la regalaron.

—Eso da igual, Linda.

—Lo sé, pero tu madre no tenía apego por las cosas. —La mujer señaló los diferentes animalitos de porcelana, las jarras del tipo Toby y los globos de nieve que cubrían todas las superficies de la habitación—. No quiero meterme donde no me llaman, cariño, pero creo que tu madre no querría que lo conservaras todo, como si esto fuera una especie de mausoleo. Habría querido que empezaras de nuevo y adaptaras el espacio para ti.

—Pero yo no quiero adaptarlo. —Pronunció las palabras con más contundencia de la que pretendía y vio que Linda se sobresaltaba—. Quiero decir que me gusta estar rodeada de las cosas de mi madre. Me hacen sentir… segura.

Linda la estudió durante un momento.

—Será mejor que me vaya ya.

—Gracias por traer a *Alan* —dijo, y la acompañó a la puerta. Se sentía mal por haberle contestado así.

—De nada. —Linda cruzó el umbral, pero un momento después se dio la vuelta otra vez—. Solo recuerda que a tu madre nunca le importaron las posesiones materiales, cariño.

Le gustaban esas cosas, pero le interesaba mucho más salir ahí fuera y vivir la vida. Y creo que eso era lo que quería también para ti.

Capítulo diez

JUNE OBSERVÓ AL hombre mientras metía productos en una bolsa de red. Iba a la biblioteca cada pocas semanas, vestido con una gabardina beis y pantalones de pana marrón, y siempre se mostraba tímido pero cortés y se llevaba *thrillers* de Lee Child y John Grisham. Pero ese día le preguntó en voz baja dónde estaba la sección de relaciones personales. Cuando lo acompañó a la estantería que buscaba, él se pasó mucho rato mirando antes de elegir un libro que se titulaba *Los cinco lenguajes del amor: el secreto del amor que perdura*, y lo metió en la bolsa junto a un pastel de carne enlatado y un plátano. Ella decidió que ese hombre trabajaba de cajero en un supermercado y que había vivido solo desde que murieron sus ancianos padres. Siempre había sido demasiado tímido para hablar con las mujeres, pero se había enamorado de una divorciada que trabajaba en la caja de enfrente. Nunca había llegado a saludarla, pero llevaba meses intentando reunir el valor para pedirle salir. Por fin un día se acercaría a ella y le diría…

—Perdona que te interrumpa, pero ¿podrías ayudarme con un problemilla técnico? —Stanley estaba delante del mostrador mirando a June—. Necesito imprimir una cosa, pero no consigo que funcione el condenado aparato.

—Claro —contestó ella y fue con él hasta el ordenador. Stanley era el único miembro del ABC que todavía le hablaba, aunque había dejado de pedirle que lo ayudara con el crucigrama—. ¿Cuántas copias necesitas?

—Veinte, por favor. Es una petición de firmas para la biblioteca.

Ella se mantuvo inexpresiva, pero sintió un gran alivio. Habían pasado cuatro semanas desde que se inició la consulta del Gobierno regional y, hasta el momento, no parecía que el ABC fuera a hacer nada, aparte de un montón de reuniones.

Intentaba escuchar a hurtadillas para enterarse de lo que planeaban, pero siempre dejaban de hablar cuando ella estaba cerca.

—Ha sido idea de la señora Bransworth —comentó Stanley cuando le dio las hojas impresas—. Vamos a dejar copias en el *pub* y en la tienda de Naresh para que todos los del pueblo las tengan a mano.

June miró por encima del hombro para comprobar que Marjorie no estaba cerca y no podía oírlos, y entonces bajó la voz.

—Puedes llevarte esto impreso sin pagar nada.

—Muchas gracias —respondió Stanley, y le sonrió—. Vamos a hacer otra reunión del ABC esta noche. Todavía estás a tiempo de unirte, ¿sabes?

Oh, Dios.

—Me temo que tengo planes esta noche.

—Sé que te pones muy nerviosa cuando hay un grupo de personas, pero no tienes que decir nada. Aunque nos vendría bien tu opinión.

—Lo siento, Stanley. Estoy ocupada.

Él suspiró.

—Muy bien, muchacha.

Volvió al mostrador. No le gustaba nada tener que mentirle a Stanley, que siempre había sido muy bueno con ella, pero si él se enteraba de la prohibición, existía el riesgo de que se lo contara a la señora Bransworth, que después llegara al Gobierno regional la información de que ella lo había contado y entonces…

—¡June!

Hizo una mueca cuando la voz de su jefa resonó en la biblioteca. ¿La habría oído Marjorie hablando con Stanley del ABC?

—¿Sí, Marjorie?

—Tengo que hablar contigo.

Fue al despacho; sentía la boca seca. Pero cuando entró, se encontró a Marjorie sentada tras su mesa con una expresión extraña.

—Hola, June. Siéntate, por favor.

En los diez años que hacía que trabajaba en la biblioteca, nunca había visto a Marjorie utilizar un tono de voz suave

con ella. Tenía que estar pasando algo terrible.

—Por favor —insistió Marjorie y la miró con una sonrisa tensa.

Ella se sentó y se puso todavía más nerviosa.

—Te he pedido que vengas porque necesito tu ayuda en… un asunto personal —empezó—. Y te agradecería la más absoluta discreción. Es sobre Gayle.

June contuvo un gemido; esperaba que no fuera otra cosa relacionada con la boda. El día anterior Marjorie la había hecho sacrificar su descanso para comer para que le buscara empresas locales que le pudieran proporcionar una docena de palomas vivas que pudiera liberar tras los votos matrimoniales.

—¿Qué necesitas que haga? —preguntó con los dientes apretados.

—Como ya sabes, la despedida de soltera de Gayle es dentro de dos semanas. Y, como también te he contado, el plan de llevar a un *stripper* ha hecho que me haya empeorado la úlcera.

—¿Quieres que salga y te traiga más antiácidos?

—No. —Marjorie permaneció callada un momento—. Quiero que vayas a la despedida de Gayle y evites lo del *stripper*.

June soltó una carcajada por la sorpresa.

—¿Qué?

—Escúchame bien. Gayle y tú erais muy amigas, ¿no?

—En el colegio…

—Anoche me dijo por teléfono que varias de sus amigas no podían ir a la despedida y que ahora no tiene suficientes invitadas para las actividades que había planeado.

—Sí, pero…

—Así que le dije que estaba segura de que tú estarías encantada de asistir y ella accedió, porque así le cuadran los números.

Miró a su jefa sin poder creérselo.

—Gayle y yo dejamos de ser amigas cuando teníamos once años y hace mucho tiempo que no la veo. ¿Por qué iba a ir a su despedida de soltera?

—Vamos, las dos sabemos que no tienes vida social. Te lo pasarás bien.

—No, seguro que no, porque… —empezó a decir, pero Marjorie levantó una mano para interrumpirla. Se había acabado la falsa amabilidad.

—June, soy tu jefa y te digo que tienes que ir a la despedida. No puedo arriesgarme a que actúe un *stripper* zarrapastroso, que se corra la voz, que llegue a oídos del comité del lord teniente y eso acabe con la reputación de Brian y la mía. Tienes que evitar que eso pase.

—Pero ¿cómo quieres que lo consiga?

—Ya se te ocurrirá algo. —Marjorie se levantó y fue hasta la puerta del despacho—. Te agradecería que hicieras esto por mí. Es un favor que no olvidaré.

Y se quedó junto a la puerta, como un centinela, hasta que ella salió.

AL ACABAR SU turno, June salió corriendo de la biblioteca. La cabeza no paraba de darle vueltas. Con los años se había entrenado para no pensar en el instituto, ni en Gayle Spencer, pero acababan de volver de golpe a su mente todos los recuerdos que quería olvidar.

June se quedó destrozada cuando Gayle la rechazó tras el primer semestre del instituto. Su respuesta fue encerrarse todavía más en sus libros y apartarse de todos los que la rodeaban. Acababa de darse cuenta de que la gente podía hacer daño, mientras que los personajes de las novelas no. Su madre le suplicó que dejara los libros e hiciera nuevas amigas, pero ella ya había hecho una antes y la cosa no había terminado bien. En vez de eso, decidió mantener un perfil bajo hasta que dejara atrás ese instituto y a Gayle. Las cosas serían diferentes cuando fuera a la universidad, se decía una y otra vez; allí habría más gente y encontraría amigos más parecidos a ella. Hasta entonces tendría a Lizzy Bennet y a Jo March para hacerle compañía.

Pero después de todos esos años, Marjorie esperaba que fuera a la despedida de soltera de Gayle y fingiera que seguían siendo amigas, mientras Tara, Becky y todas las demás se reían de ella a sus espaldas, igual que entonces. Y no solo eso, sino que además también se suponía que debía evitar que actuara un *stripper,* no sabía cómo. Hizo una mueca

de desagrado solo de pensarlo; pasara lo que pasara, necesitaba evitar todo eso.

Aceleró el paso de vuelta a su casa y a *La hija de Robert Poste*. Pero cuando pasó por delante de la panadería, oyó que alguien decía su nombre. Cuando se volvió, vio a Stanley, que salía de la biblioteca, con un brazo en alto. Esperó a que llegara a su altura, rezando para que no tuviera intención de intentar de nuevo que se uniera al ABC.

—Hola, muchacha —dijo cuando llegó a su lado—. Me alegro de haberte encontrado, porque me he atascado con la última definición de hoy y he pensado que tú podrías ayudarme. —Sacó un periódico de una bolsa.

—Stanley, eso es propiedad de la biblioteca. ¿Lo has robado? —preguntó con fingida indignación.

—Es prestado, no robado. Lo devolveré mañana a primera hora.

Ella sonrió y abrió el periódico, encantada de que le pidiera ayuda de nuevo.

—Siete vertical —indicó él—. Protestas de víctimas confusas y furiosas, nueve letras.

Miró el espacio en blanco en el crucigrama, donde ya había algunas letras.

—Creo que es «activismo», Stanley.

—¿Ah, sí? —Él miró el periódico con el ceño fruncido—. Claro, qué tonto. ¿Vas para allá tú también?

Retomaron el camino el uno junto al otro, pero ninguno de los dos habló mientras recorrían The Parade. El comité Chalcot en Flor había estado muy ocupado las últimas semanas y en aquel momento colgaban cestas con flores coloridas de todas las farolas y de los toldos de las tiendas, pero ella no estaba de humor para disfrutarlas. Sintió el peso del incómodo silencio que se cernía entre Stanley y ella, y se recordó una vez más que esa era la razón por la que no entablaba conversación con los usuarios fuera de su trabajo.

—Me acuerdo del día que empezaste a trabajar en la biblioteca, ¿sabes? —dijo Stanley cuando giraron a la izquierda en la oficina de correos y empezaron a bajar la cuesta.

—Pues yo no. Lo tengo todo borroso.

—Estuviste todo el rato callada, como un ratoncito. Creo

que no te oí decir ni una palabra en todo el día. Parecías aterrorizada.

—Lo estaba.

—¿Qué edad tenías?

—Dieciocho.

—Madre mía —exclamó Stanley—. ¿Puedo preguntarte qué te hizo tomar la decisión de convertirte en ayudante de biblioteca?

Se quedó pensativa un momento y después contestó:

—Mi madre se puso enferma cuando yo estaba haciendo la selectividad, y, en vez de irme a la universidad, me quedé para cuidarla. Necesitábamos dinero, así que Marjorie me contrató como ayudante a tiempo parcial, hasta que mi madre se recuperara lo suficiente para reincorporarse a su trabajo. Pero eso no llegó a ocurrir…

Dejó la frase en el aire y Stanley volvió a hablar en voz tan baja que le costó oírlo.

—Y sigues en el mismo sitio, diez años después.

—Lo sé.

Continuaron caminando en silencio, dejaron atrás el campo deportivo, donde June vio a un padre con un niño alimentando a los patos del pequeño estanque. Cuando llegaron a The Golden Dragon, miró por el escaparate para ver si estaba Alex; muchas veces salía para saludarla y hablar un poco de libros, pero ese día no había rastro de él. Stanley siguió en silencio casi hasta que llegaron a la iglesia.

—He conocido a muchos bibliotecarios en mi vida, y creo que tu madre era una de las mejores.

—¿Verdad que era increíble? —contestó sonriendo—. Parecía que todo le resultara fácil. Era como si hubiera nacido para ese trabajo.

—¿Y tú no? Sin duda lo llevas en la sangre.

—Dios mío, no. Me encanta trabajar allí, pero a mí no me sale natural. Soy demasiado tímida y no me gusta nada hablar en público, así que no puedo ocuparme de las actividades, como hacía mi madre. Soy bastante inútil, la verdad.

Stanley enarcó ambas cejas, pero no dijo nada, así que ella continuó.

—A veces creo que la única razón por la que Marjorie no me ha despedido es la lealtad que siente por mi madre. Y

como se va a jubilar en Navidad, solo Dios sabe lo que pasará conmigo después.

—¿Eso es lo que crees de verdad? —preguntó Stanley, y ella asintió—. Querida, Marjorie no te ha despedido porque sabe que, si tú no estuvieras, ese sitio se caería a pedazos. Tú eres el pegamento que mantiene unida la biblioteca de Chalcot.

No pudo evitar echarse a reír.

—Qué tontería. Marjorie es la que hace todo el trabajo duro.

—¿Realmente no lo ves? —El hombre se paró en seco y se volvió para mirarla—. Dime, si tú no estuvieras allí, ¿quién ayudaría a Jackson con todos sus trabajos? ¿Quién escucharía a una anciana solitaria que no hace más que quejarse o ayudaría a la gente con sus prestaciones? ¿Quién haría el crucigrama con un viejo tonto como yo? Todos los días vas más allá de tus obligaciones para ayudar a la gente de la biblioteca.

—Mamá siempre decía que ser bibliotecaria era como dedicarte al trabajo social, así que cualquiera que estuviera en mi puesto haría lo mismo que yo. Y, además, haría muchas cosas que a mí me da demasiado miedo incluso intentar.

Stanley suspiró de forma audible.

—¿Y Jim Tucker?

Hacía años que June no pensaba en el señor Tucker, y solo con oír su nombre se le formó un nudo en la garganta.

Había conocido a Jim poco después de empezar a trabajar en la biblioteca. Entonces todavía abrían los sábados por la mañana y él llevaba allí a sus nietos casi todas las semanas. Nunca le prestó demasiada atención, aparte de fijarse en que siempre parecía un poco cascarrabias e ignoraba a los dos niños cuando le llevaban un libro para que se lo leyera. Una noche, unos seis meses después de empezar a trabajar en la biblioteca, iba de camino a casa cuando vio a Jim sentado en un banco mirando al vacío.

—La tumba de Jim está allí, ¿sabes? —dijo Stanley, interrumpiendo los pensamientos de June. Estaba señalando el cementerio de la iglesia, que estaba al otro lado de la carretera, y entonces ella vio el mismo banco en el que se sentó con Jim, tantos años atrás.

No recordaba cómo empezó la conversación ese día, pero sí que Jim le dijo que el médico le había dado malas noticias y que no estaba bien. Ella le contestó con varios lugares comunes, pero él la interrumpió. «¿Sabes qué es de lo que más me arrepiento?» June lo miró, preguntándose qué demonios estaría a punto de confesar. «De no haberle leído nunca un cuento a mis nietos.»

Inmediatamente le dijo que eso tenía arreglo, que podría leerles uno el sábado y que ella lo ayudaría a escoger un libro. Jim negó con la cabeza y le contó su mayor secreto: que no sabía leer. Dijo que su mujer siempre lo había sabido, pero que había conseguido ocultárselo a los demás durante toda su vida: a sus empleados, a sus amigos y a sus propios hijos. Fue demasiado testarudo y le daba mucha vergüenza, aseguró, y en aquel momento ya era demasiado tarde, así que no podría leérselo nunca.

—Me acuerdo de verte con Jim junto al río —comentó Stanley.

—Era muy orgulloso y no quería que nadie supiera que lo estaba ayudando, así que nos veíamos en secreto cuando yo salía de trabajar.

Las clases duraron nueve meses. Jim tenía una dislexia grave y hasta la palabra más sencilla le causaba confusión. Pero al final, muy poco a poco, comenzó a entenderlo todo.

—Recuerdo que entré en la biblioteca un día, antes de Navidad, y vi a Jim allí —continuó Stanley—. Sus nietos estaban con él y montaban un poco de jaleo. De repente, el viejo Jim sacó un libro de una estantería y se puso a leérselo. No se me olvidará nunca en mi vida la expresión de la cara de esos niños.

June también la recordaba y sonrió.

—El libro era *La historia de Peter Rabbit.* A su nieta le encantaban los conejos, así que Jim estuvo varias semanas practicando con él.

—He estado acordándome mucho de Jim últimamente —comentó Stanley—. Todo esto que ha pasado me ha hecho pensar en la gente que he conocido en este pueblo y en cómo los ha ayudado la biblioteca. Cómo los has ayudado tú. —Vaciló un momento, sin apartar la vista del cementerio—. Eso es lo que más me molesta de todo esto del Gobierno regional.

Esos asesores, con sus calculadoras y sus hojas de cálculo, nunca van a entender que la biblioteca no es solo un edificio lleno de libros. Las bibliotecas son como una red de seguridad que está ahí para atrapar a los que están en peligro de caer y colarse por las grietas. Y estamos luchando para proteger eso.

Se detuvo y June esperó a oír la frase: «Por eso necesitamos que te unas al ABC». Pero cuando miró a Stanley, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. El anciano se apresuró a enjugárselas, y ella apartó la vista para que pudiera conservar algo de dignidad. Cuando volvió a mirar, ya había recuperado la compostura.

—Bueno, ya te he robado demasiado tiempo, muchacha. Ya sé que tienes que ir a alguna parte.

—La verdad es que…

Stanley extendió una mano y se la puso en el hombro.

—Estás ocupada, ¿no te acuerdas? Por eso no puedes venir a la reunión del ABC de hoy.

Se dio la vuelta y enfiló la cuesta, regresando por el mismo camino que habían recorrido. Mientras subía, oyó que murmuraba entre dientes.

—Activismo. Cómo no se me habrá ocurrido…

Capítulo once

EL VIERNES POR la mañana, June estaba preparando la biblioteca para la apertura cuando oyó un golpecito en la puerta. Al abrir, encontró a una mujer fuera con un vestido largo negro y un pañuelo en la cabeza.

—Buenos días. Perdone, pero no abrimos hasta dentro de diez minutos —informó.

La mujer la miró confusa.

—Tiene que esperar diez minutos —repitió mostrándole diez dedos.

—¿Libros de cocina?

Estuvo a punto de decirle lo de los diez minutos otra vez, pero no lo hizo. Marjorie era muy estricta con lo de no permitir la entrada a los usuarios antes de la hora de apertura oficial, pero seguro que podía saltarse las normas por una vez.

—Claro, pase —dijo—. Soy June, la ayudante de la bibliotecaria.

—Leila —respondió la mujer en voz baja.

—Hola, Leila. Los libros de cocina están allí.

—Tartas… por favor —pidió Leila.

—Tenemos muchos libros de repostería. ¿Qué le parece este?

Sacó uno de Paul Hollywood y se lo mostró a Leila, pero la mujer negó con la cabeza, así que las dos se pusieron a estudiar el contenido de la estantería.

—¿Este? —Leila señaló uno que tenía en la cubierta a Mary Berry sonriendo de oreja a oreja.

—A mí no se me da muy bien la repostería, pero Mary Berry es muy popular. Sale en televisión. —Empezó a imitar las tonterías que se suelen hacer en los programas de la tele—. Necesita un carné de la biblioteca y con eso podrá llevárselo a su casa.

Leila la miró otra vez con cara de desconcierto.

—No pasa nada, es fácil, yo puedo ayudarla. ¿Tiene algún documento con su dirección? ¿Su casa?

La mujer asintió y ella la acompañó hasta el mostrador.

Quince minutos después, Leila se llevaba bajo el brazo *La biblia de la repostería*, de Mary Berry, y el carné de la biblioteca, y June sintió una oleada de satisfacción. Pero solo le duró unos diez segundos, hasta que apareció Vera.

—¿Qué quería esa mujer?

—Buenos días, Vera.

—Es la inmigrante de la que te he hablado. ¿Tiene derecho a usar la biblioteca?

—Claro que sí. La biblioteca está abierta a todo el mundo —aclaró con tono firme.

—¿Se ha llevado un libro de cocina?

—Esta semana nos va a llegar el nuevo libro de Stephen King, ¿quieres que te lo reserve?

Vera solo gruñó, se volvió y salió de la biblioteca, apoyando su peso en el bastón.

La vio marcharse. Vera siempre había sido una persona difícil, pero últimamente parecía que su conducta se había vuelto más hostil, y tomó nota mental de comentárselo a Marjorie.

Notó una vibración en el bolsillo y sacó su teléfono. En la pantalla vio el icono que indicaba que había recibido un correo electrónico y, cuando clicó para abrirlo, el estómago le dio un vuelco. Era de Gayle:

> Hola, desconocida:
>
> ¡Hace un montón que no nos vemos! Mi madre me ha dicho que quieres venir a mi despedida, ¡pero qué amable por tu parte! Será en Oakford Park dentro de dos sábados y empezará a mediodía. Tienes que venir disfrazada. El tema es heroínas de películas, y por la noche iremos a la discoteca. Sé que las chicas han planeado unas cuantas cosas un poco locas, así que deja las inhibiciones en casa. Te veo ese día.
>
> Con cariño,
>
> Gayle

Leyó el correo dos veces con una sensación de terror creciente. Eso era peor de lo que se temía: disfraces,

discoteca, cosas locas… Tenía que encontrar una excusa para no ir, aunque eso provocara la ira de Marjorie. Iba a guardarse el teléfono otra vez en el bolsillo, pero se le resbaló de la mano y cayó al suelo. Soltó una maldición entre dientes y se agachó para meterse debajo del mostrador a recuperarlo.

—Hola. Me gustaría llevarme a la bibliotecaria.

Se sobresaltó al oír la voz de Alex y se golpeó la cabeza con la parte de abajo del mostrador.

—¡Ay! —Se sentó y se frotó la cabeza—. Perdona, ¿qué has dicho?

—He dicho que me gustaría llevarme a la bibliotecaria, por favor.

June sintió que se ruborizaba. Abrió la boca para hablar, pero justo en aquel momento Alex le enseñó un ejemplar de *La bibliotecaria*, de Salley Vickers.

—Es para mi tía, que ha venido a vernos.

—Oh, claro —contestó, se levantó y le cogió el libro.

—Acabo de terminar *El gran Gatsby*. Tenías razón, es impresionante —confesó, sin fijarse en que estaba roja—. Aunque menudo grupo más horrible. Es verdad que Gatsby sabía organizar unas fiestas geniales, pero no creo que me hubiera gustado ser su amigo.

June y Alex llevaban un mes intercambiando recomendaciones de libros. Ella le había sugerido algunos de sus clásicos favoritos, desde *Alicia en el país de las maravillas* hasta *Tess, la de los d'Urberville*, y, tras varios intentos fallidos con los libros de terror, Alex había pasado a prestarle títulos de fantasía y ciencia ficción que le encantaban cuando era adolescente.

—¿Qué tal vas con *El hobbit?*

—Bien —contestó aliviada de que volvieran al tema de los libros, con el que se sentía segura—. Nunca pensé que me gustaría Tolkien, pero es estupendo.

—¿No te parece un narrador increíble?

—Ahora entiendo por qué a la gente le gustan las novelas de fantasía; son una forma perfecta de escapar de la vida real.

—¿Siguen yendo las cosas mal por aquí?

Bajó la voz.

—Sí, pero no puedo hablar de eso ahora.

—¿Qué te parece si nos tomamos algo esta noche y me lo

cuentas? —Ella esperó para asegurarse de que no había interpretado mal sus palabras otra vez, pero Alex continuó—: Mi tía me va a ayudar en el restaurante, así que por fin voy a tener una noche libre. Había pensado en ir a Mawley para cambiar un poco de ambiente, y me encantaría que me acompañaras, si tienes tiempo.

June se entretuvo sellando el libro para no tener que responder inmediatamente. Era viernes por la noche, lo que significaba que el *pub* estaría lleno de gente y habría mucho ruido. Además, aparte del tema de los libros, ¿de qué más iban a hablar? Se imaginó el silencio incómodo entre los dos y a Alex bebiéndose la pinta a todo correr para poder librarse de su compañía.

—Esta noche no puedo —dijo entregándole el ejemplar de *La bibliotecaria*.

—Oh, qué pena.

—Lo siento, es que tengo mucho lío. Voy a…

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —Linda estaba detrás de Alex, sonriéndoles a ambos—. ¿Tú no eres el hijo de George? ¡Pero cómo has crecido! Tu padre me ha dicho que eres abogado.

—Eh… sí. Hola… —Alex miró a June para que lo ayudara.

—Es mi vecina, Linda —intervino.

—¿Tu vecina? ¿Eso soy para ti, nada más? —Linda arqueó una ceja—. Y eso que la conozco desde que tenía cuatro años… Era la mejor amiga de su madre. Cuando era pequeña se entretenía correteando por mi jardín totalmente desnuda y…

—¿Vienes a devolver estos libros? —interrumpió June, y señaló los que llevaba Linda en la mano.

—Oh, sí, por favor, cariño. Creo que se me ha pasado la fecha. —Se volvió para mirar a Alex—. Siempre se las apaña para que no tenga que pagar las sanciones.

June vio que Linda no hacía más que guiñarle el ojo desde detrás de Alex, y rezó para no estar tan ruborizada como se sentía.

—Perdonad, pero tengo que irme corriendo —dijo Alex—. Es una pena que no puedas venir esta noche. ¿Tal vez otro día?

—¿Qué dices? Pero si hoy no tiene nada que hacer,

¿verdad, cariño? —aseguró Linda.

—La verdad es que sí —contestó ella fulminándola con la mirada y esperando que captara el mensaje.

—¿Qué? ¿Leer algún aburrido libro ruso? Seguro que te viene bien hacer algo diferente una noche. —June abrió la boca para responder, pero Linda estaba mirando a Alex—. Es muy tímida, seguro que te has dado cuenta, así que hace falta animarla un poco para que haga cualquier cosa. Pero seguro que estará encantada de salir a tomar una copa contigo esta noche, ¿verdad?

Ella quiso resistirse, pero sabía que Linda no iba a rendirse sin luchar.

—Claro, será genial.

—Estupendo —exclamó Alex, aunque parecía perplejo por la conversación que acababa de presenciar—. ¿A las siete en el restaurante?

En cuanto él salió de la biblioteca, Linda miró a June con cara de satisfacción.

—Parece un chico encantador. Y es muy guapo…

—Linda, ¿por qué has hecho eso? —preguntó con un gruñido.

—¿El qué? ¡Pero si querías tener una cita con él! Solo estabas haciéndote de rogar.

—¡No es una cita! Solo me ha invitado a una copa porque le doy lástima y todos sus amigos están en Londres.

—Vale, cariño, no te pases. Y, aunque eso fuera cierto, ¿cuándo fue la última vez que saliste una noche?

No quería responder a la pregunta, así que empezó a escanear los códigos de los libros.

—Linda, este lo has traído cuatro semanas tarde —la regañó mientras le mostraba un ejemplar de *La magia del orden*, de Marie Kondo—. No puedes tener los libros tanto tiempo. Marjorie se pondrá furiosa si se entera de que no pagas las sanciones.

—No te preocupes por esa vieja sargenta. Es un libro muy bueno, deberías leerlo.

June se echó a reír.

—Sé que tengo muchos defectos, pero creo que el desorden no es uno de ellos.

—Pero ese libro no habla solo del orden, trata de cómo

puede mejorar tu vida librarte de las cosas sobrantes. Mira… —Linda le quitó el libro de las manos y empezó a buscar entre las páginas. June intentó ignorar la poca delicadeza con que las pasaba—. Marie dice que, cuando te pones a ordenar tu casa, también te tienes que enfrentar a problemas que has estado ignorando. Cree que una buena organización puede ayudar a una persona a reiniciar su vida.

June intuyó la dirección que iba a tomar la conversación.

—Es muy interesante, Linda.

—He estado pensando en la charla que tuvimos. Estoy segura de que te haría bien hacer una buena limpieza, darle un nuevo aire a tu casa. Yo te ayudo, si quieres. Tal vez podrías deshacerte de unos cuantos de los viejos adornos de tu madre y donarlos para el puesto de segunda mano de la feria.

—Me gusta la casa como está —insistió, evitando la mirada de Linda.

—Claro que sí, cariño. —Las palabras que no se habían atrevido a pronunciar se cernían sobre ellas—. En cuanto a lo de tu no cita con Alex Chen, ¿qué te vas a poner?

Capítulo doce

A LAS SIETE menos diez, June salió de su casa y se dirigió al restaurante de la familia de Alex, intentando ignorar el nudo que tenía en el estómago. Pero ¿de qué demonios iban a hablar? No tenían nada en común: él se había ido a la universidad, era abogado, vivía en la ciudad y solo había vuelto a Chalcot a pasar unos meses; y ella era una ayudante de biblioteca que nunca había salido de su pueblecito. Tal vez, después de una copa, podría fingir que tenía dolor de cabeza y escabullirse.

Cuando se acercó al restaurante, vio que Alex estaba esperándola fuera. Se había cambiado la camiseta desaliñada que solía llevar por una camisa, y en ese momento June se arrepintió de no haberse esforzado demasiado con su apariencia.

—Hola —saludó al verla. June se sorprendió al notar que el estómago le daba un vuelco—. Hay un autobús a las siete y cinco. Si nos damos prisa, lo pillamos.

Fueron hacia la parada mientras Alex comentaba cómo iba la recuperación de su padre.

—Tendría que estar en la cama, en reposo, pero lo he sorprendido intentando hacer yoga esta mañana —dijo justo cuando paró delante de ellos el número 36.

Se subieron y encontraron dos asientos libres hacia la mitad del autobús. Cuando se sentaron, ella se dio cuenta de que Vera, de la biblioteca, estaba sentada enfrente y los observaba con cara de desaprobación. Desvió la mirada y fingió que no la había visto.

—Tengo otro libro para ti. —Alex sacó del bolsillo trasero del pantalón un ejemplar gastado de *El color de la magia*, de Terry Pratchett—. Me enamoré de la serie del Mundodisco cuando tenía nueve o diez años. ¿Has leído alguno?

—No.

—Pues te va a encantar. Están ambientados en un planeta que se encuentra en equilibrio sobre cuatro elefantes, que se apoyan en el caparazón de una tortuga gigante. Y uno de los personajes es un bibliotecario, que es un orangután, y…

Intentó prestar atención, pero no podía dejar de mirar a Vera, que observaba a Alex con los labios fruncidos en una mueca de desaprobación. Pero ¿qué problema tenía esa mujer?

—En estos libros aparece Muerte, que es muy gracioso y uno de mis personajes favoritos de la literatura de todos los tiempos —continuó Alex.

El autobús hizo una parada y Vera se levantó con dificultad del asiento. Cuando se volvió para salir, murmuró algo que June no logró entender. Los dos contemplaron a la anciana mientras avanzaba despacio por el pasillo y bajaba del autobús. Alex guardó silencio hasta que el vehículo cerró las puertas y siguió su camino.

—Pobre señora Cox.

June lo miró sorprendida.

—¿Conoces a Vera?

—Vivíamos en la casa que está al lado de la suya cuando yo era pequeño.

Miró alrededor para comprobar que no había nadie cerca que pudiera oírla, antes de susurrar:

—En la biblioteca es una pesadilla.

—Oh, no seas así… —contestó Alex y frunció el ceño.

—Me amarga la vida con sus quejas constantes. Y estoy bastante segura de que es racista.

—¿Te das cuenta de que es probable que tú seas la única persona con la que habla en todo el día?

—Pero aun así…

—Ha tenido una vida complicada.

—¿A qué te refieres?

—Antes de que mis padres se divorciaran —explicó Alex en voz baja—, los dos trabajaban muchas horas en el restaurante, así que muchas veces me quedaba en casa de Vera después del colegio. Ella me preparaba la cena y dejaba que fueran allí mis amigos para jugar.

—¿Vera? Pero si odia a los niños… Siempre se está quejando de ellos en la biblioteca.

El joven se encogió de hombros.

—No sé toda la historia, solo que Vera y su marido, Fred, querían tener hijos, pero no pudieron por la razón que fuera. Así que más o menos me adoptaron a mí como nieto honorífico. Vera se pasaba muchas horas jugando al fútbol conmigo en su jardín trasero, también me preparaba tartas de cumpleaños e invitaba a todos los niños de nuestra calle.

—Vaya… ¿Y qué pasó?

Alex bajó la voz aún más y ella tuvo que acercarse un poco para oírlo.

—Cuando yo tenía diez u once años, Fred dejó a Vera. Fue de repente: un día estaba cortando el césped y hablando conmigo de si el Manchester United iba a ganar la Champions League y al siguiente se largó. Vera se quedó hecha polvo; recuerdo que hablaba mucho con mi madre y lloraba todo el tiempo. Después Fred le escribió para darle la dirección a la que debía enviarle el correo y le explicó que se había ido a vivir con su amante y los hijos de ambos.

—¿Qué? —gritó y varios pasajeros se giraron para mirarla —. ¡Oh, Dios mío!

—Ya, ¿ves? Resultó que Fred tenía una aventura desde hacía años y había tenido dos hijos con la otra mujer. Había estado llevando una doble vida todo ese tiempo y Vera no tenía ni idea.

—No me lo puedo creer. Pobrecilla.

—Después de eso no me dejó volver a su casa y empezó a quejarse constantemente a mis padres de que hacía mucho ruido. Dejó de hacer repostería y de salir de casa, así que perdió a todos sus amigos. Nos mudamos más o menos un año después, cuando se separaron mis padres, y apenas la he vuelto a ver desde entonces. No sé si me reconocerá todavía.

June pensó en Vera en la biblioteca, con la cara contorsionada y amargada mientras contemplaba las actividades de la sala infantil. Siempre había creído que no le gustaban los niños, pero tal vez había algo más, y era eso lo que le causaba tanta amargura: el dolor.

—Ya hemos llegado —anunció Alex.

June vio por la ventanilla que estaban parando en la calle principal de Mawley.

Bajaron del autobús y cruzaron hacia The Chequers. No

recordaba la última vez que estuvo en ese *pub*, o en cualquier otro en realidad, y en cuanto entró se agobió por el ruido y la cantidad de gente. Pero Alex la llevó a una mesa en un rincón tranquilo y fue a pedir las bebidas. Mientras lo esperaba, volvió a pensar en Vera. Se la imaginó en su casa, preparando una tarta de cumpleaños para el niño de los vecinos, y a Fred entrando con la maleta para decirle que se marchaba. Vera le suplicaría que se quedara, lloraría e intentaría arrebatarle la maleta, pero Fred le diría que…

—Toma. —Alex dejó una copa grande de vino en la mesa—. ¿Te encuentras bien? Parece que estés en otro planeta.

—Perdona, estaba soñando despierta. Gracias por el vino.

—Recuerdo que también te pasaba eso en el instituto —dijo Alex y se sentó enfrente—. Lo hacías mucho en clase de Lengua. Te quedabas mirando al infinito durante un buen rato y, de repente, te ponías a escribir. Tus ejercicios de escritura creativa fueron siempre los mejores de la clase.

—Oh, eso no es cierto —contestó, aunque no pudo evitar sonreír—. Pero sí que me gusta inventar historias, siempre lo he hecho. A veces, mientras estoy en la biblioteca, observo a la gente que viene a sacar libros e imagino cómo es su vida.

En cuanto pronunció aquellas palabras, se arrepintió de haberlas dicho. No le había contado eso a nadie más que a su madre y, al decirlo en voz alta, se dio cuenta de que la hacía parecer idiota.

—Oh, me encanta, vamos a probar —la animó Alex—. ¿Qué te parece aquella mujer de allí?

—Oh, no, mejor no. Solo es una tontería que hago a veces.

—Venga… Aquella mujer del vestido de mariposas, ¿cuál crees que es su historia?

—¿Lo dices en serio?

—¡Sí!

Se dio la vuelta para estudiar a la mujer. Tendría más o menos veinticinco años, llevaba un vestido hasta la rodilla con manga corta estilo años cincuenta, muy bonito, y pintalabios rojo. Iba con un hombre que llevaba una camisa de lino y pantalones chinos. Se quedó pensando un minuto.

—Se llama Hannah. Vive con dos amigas en un piso en el que siempre hay mucha ropa y carcajadas de sobra. Tiene un trabajo de oficina muy aburrido, pero el fin de semana sus

amigas y ella se arreglan y se van a bailar. Sueña con hacer algo creativo, tal vez convertirse en pintora.

—¿Y el chico quién es? ¿Su novio?

—No, pero a ella le gustaría que lo fuera. Llevan quedando varios meses, pero él no acaba de comprometerse con ella.

—¿Por qué no?

—Porque ya tiene una novia formal. Pero ella no tiene ni idea de a qué está jugando.

—Pobre Hannah —exclamó Alex, y sonaba verdaderamente triste—. Creo que ese tipo no es bueno para ella. ¿Te parece peligroso? Tal vez sea un asesino en serie y esta noche ella va a ser su próxima víctima.

June enarcó ambas cejas.

—Yo me he ido por el camino del romance trágico y tú por el del terror truculento.

Alex soltó una carcajada y ella sonrió. Nunca había jugado a eso con nadie.

—¿A quién le puede sorprender que se nos dieran tan bien esos ejercicios de escritura creativa? A mí siempre me ponían un suspenso porque añadía zombis y monstruos. ¿Sigues escribiendo?

—La verdad es que no —confesó, y le dio un sorbo al vino.

—Oh, qué pena. Siempre he pensado que acabarías siendo…

—¿Tú tienes algún *hobby,* Alex? —interrumpió antes de que pudiera terminar la frase.

—Claro que tengo *hobbies* —respondió, y a ella le pareció ver una leve sonrisa asomar a sus labios—. Me gusta ir de escalada y juego al fútbol 5 con un equipo local. Somos malísimos, pero después nos vamos a tomar unas copas y nos lo pasamos genial. Me encanta ir al cine; hay uno independiente estupendo cerca de mi piso de Londres que pone películas antiguas de terror, de los sesenta y los setenta. Y los martes por la noche voy…

Lo escuchó con asombro creciente. Esperaba que dijera un par de cosas, pero ¿cómo podía estar tan ocupado? Le parecía agotador.

—¿Y tú? —preguntó él cuando por fin llegó al final de su lista.

—Yo leo —respondió. Hubo un silencio mientras Alex

esperaba que continuara—. Y me gusta caminar.

—Genial. ¿Has hecho senderismo alguna vez? Yo lo hacía mucho con mi padre cuando era pequeño.

—Claro —dijo. Le dio un trago al vino para ocultar que realmente solo caminaba el trayecto de ida y vuelta al trabajo.

—¿Te gusta viajar? —continuó Alex—. Yo hice viajes de mochilero todos los veranos cuando estaba en la universidad. Fue una pasada.

—¿Qué sitio te gustó más?

—Oh, la pregunta del millón. La India fue fabuloso, pero también me encantó Vietnam. ¿Has estado?

Ella negó con la cabeza. El viaje más largo que había hecho fue la vez que acompañó a su madre a Weymouth.

—Deberías ir, es impresionante. Tiene tanta historia y la comida es…

Asintió mientras lo escuchaba, pero por dentro estaba inquieta. Justo por eso no quería quedar con él esa noche. Ella no tenía nada interesante que contar, ni aficiones divertidas, ni viajes exóticos. Lo único que había hecho durante los últimos diez años era trabajar en la biblioteca y leer libros. Cerró los ojos; deseaba salir corriendo de allí y ahorrarse la humillación de que él se diera cuenta de lo patética que era la vida que había llevado.

—¿June?

Ella abrió los ojos.

—Perdona, ¿qué?

—Te he preguntado si sigues viendo a gente del instituto.

Oh, Dios, había llegado el momento de decirle que no tenía amigos, ni aficiones, ni vida.

—Bueno, la verdad es que… —Se quedó callada porque se le acababa de ocurrir algo—. Voy a ir a la despedida de soltera de Gayle Spencer dentro de un par de semanas.

—¿Gayle? ¿En serio? ¿Qué tal está?

—Bien. Se prometió en las islas Maldivas en Año Nuevo.

—Qué bonito. En el instituto no me pareció que tuvierais relación.

—Hemos sido amigas desde el colegio. —Eso no era del todo mentira, pero sintió que se ruborizaba de todas formas.

—Vaya, no tenía ni idea. Siempre me parecisteis muy

diferentes —reconoció Alex, y ella hizo una mueca al recordar lo bicho raro que era en el instituto.

—Ya, Gayle siempre fue mucho más enrollada que yo —contestó abatida, y le dio otro sorbo al vino.

—La verdad es que a mí la que me parecía enrollada eras tú —confesó Alex—. Las otras chicas solo hablaban de chicos y de fiestas, mientras que tú siempre estabas leyendo libros increíbles e interesantes.

Se quedó tan sorprendida que se atragantó con la bebida.

—¿Estás bien?

—Perdón —dijo mientras tosía.

Alex esperó a que se recuperara.

—Esto igual te suena raro, pero yo siempre tuve una imagen de una vida después del instituto en la que tú ibas a la universidad y hacías un montón de amigos inteligentes y amantes de los libros, con los que tenías conversaciones profundas e intelectuales. —En aquel momento quien se ruborizó fue él—. Perdona, es un poco absurdo, no te cortes y ríete de mí.

Pero June no se rio, sino que sintió que se le caía el alma a los pies. Lo que había descrito Alex era justo lo que soñaba ella: ir a la universidad y por fin hacer buenos amigos, quedarse despierta toda la noche hablando de libros y apoyarse mutuamente a la hora de escribir. Intentó dar otro sorbo, pero se dio cuenta de que tenía la copa vacía.

—¿Quieres otra pinta? —le preguntó June, que se levantó y le cogió el vaso antes de que le diera tiempo a responder.

Fue a la barra. ¿Cómo había podido adivinar con tanta exactitud su sueño para cuando cumpliera dieciocho? En el instituto apenas se conocían; le sorprendía incluso que se hubiera fijado en ella, mucho más que el hecho de que la comprendiera tan bien. Reflexionó un momento sobre esa fantasía, sobre los amigos y la vida que se había imaginado para ella, y después lo apartó todo de su mente.

Cuando llegó a la barra, oyó una repentina explosión de carcajadas detrás de ella y se dio la vuelta para ver de dónde venía. Mierda. Brian Spencer, el padre de Gayle, estaba sentado a una mesa junto a la barra con dos hombres más jóvenes. ¿La habría oído mentir hacía un momento sobre que era amiga de su hija? Brian se reía con la boca abierta y ella

vio un trozo de comida a medio masticar dentro. Hizo una mueca de asco y le dio la espalda para que no la viera. Mientras esperaba a que la atendieran, oyó la voz de Brian, llena de arrogancia y seguridad.

—Es que no entendéis el efecto que puede tener engrasar un poco la maquinaria.

—Y, en este caso en particular, ¿te parece que se podría engrasar? —preguntó uno de sus acompañantes.

—Sí. Aunque tengo que advertiros de que no va a salir barato.

—¿Qué quieres tomar, guapa? —La camarera la miraba con impaciencia.

—Una pinta de cerveza rubia y un vino blanco, por favor.

—Evidentemente, no os puedo prometer nada. —Le llegó la voz de Brian de nuevo—. Pero juego al golf con un par de consejeros y ellos confían en mí. Estoy seguro de que puedo ofrecerles incentivos suficientes para que vean los beneficios que aporta la idea.

—Ya te lo he dicho, Phil… Brian siempre es buena inversión. —Ese hombre sonaba más joven y más pijo—. Quién lo va a saber mejor que yo.

Todos se rieron ante el comentario, con una risa estentórea y grave que los hombres solo utilizan cuando están con otros hombres.

Pagó las bebidas y regresó a su sitio haciendo todo lo posible para evitar que Brian la reconociera. Al pasar junto a ellos, vio de refilón a uno de los hombres que estaba sentado con él; tenía las mejillas rojísimas por el alcohol y el pelo tan rubio que le recordaba a Draco Malfoy, de la saga de Harry Potter.

—¿Y a Marjorie no le importará?

—Oh, no os preocupéis por eso —aseguró Brian—. Yo me ocupo de ella.

Cuando llegó a la mesa, se dio cuenta de que Alex parecía avergonzado.

—Perdona, debes de pensar que soy un tío rarísimo después de que te haya dicho todas esas cosas.

—No, ni mucho menos. Me habría encantado tener la vida que has descrito, pero… las cosas no salieron así.

—¿Y por qué no? Espero que no te importe que te lo

pregunte.

Había derramado un poco de vino en la mesa y se puso a hacer un dibujo con el dedo.

—Siempre quise ir a Cambridge a estudiar Literatura, pero a mi madre le diagnosticaron un cáncer cuando estábamos en el último curso. Ella insistió en que debía ir, así que pedí plaza y me la dieron, pero me permitieron posponer la matrícula para poder cuidarla. Ella murió dos años después.

—Oh, June, lo siento mucho.

—Podría haber aprovechado esa plaza entonces, es lo que mi madre habría querido, pero, cuando ella se fue, la idea de abandonar mi casa me resultó demasiado… aterradora.

—¿Y no te tienta la universidad ahora? Hay unos cursos estupendos para mayores de veinticinco.

June negó con la cabeza.

—No, creo que no es para mí. Además, me encanta la vida que tengo en Chalcot.

—Me alegro mucho. Y tienes mucha suerte de tener un trabajo que te apasiona.

—La verdad es que no me imagino trabajando en otra parte, por eso todo el tema del Gobierno regional me tiene tan agobiada.

—¿Qué tal va la campaña?

—Ojalá lo supiera. Hace un mes del anuncio y el grupo de protesta todavía no ha hecho ningún acto público. Intento enterarme de algo mientras estoy en la biblioteca, pero nadie cuenta nada cuando estoy delante.

—¿Y qué han estado haciendo los del ABC todo este tiempo? —preguntó Alex con el ceño fruncido.

—No tengo ni idea. Aunque encontré esto en la tienda del pueblo el otro día…

Metió la mano en el bolso, sacó un folleto arrugado y lo puso sobre la mesa. En la parte superior decía, en grande y con letra Comic Sans: «Salvemos nuestra biblioteca (por favor)».

—Dios, con esto seguro que no salvan nada —fue la reacción de Alex—. ¿Y qué están haciendo en las redes sociales?

—No lo sé. No tengo redes sociales.

Él sacó su teléfono y escribió algo.

—Seguro que están en Twitter… —Miró fijamente la pantalla—. Ajá, aquí están.

Le pasó el teléfono y ella vio que había un *tweet*.

Amigos de la Biblioteca de Chalcot
@ABC
Únete a nosotros el sábado, 7 de agosto, en el salón *parroquial* para protestar. Habrá rifa, pintura de caras y una actuación del verdadero Colin, el Payaso, que es originario de Chalcot. ¡Todos sois bienvenidos! #salvarbibliotecachalcot

—Bueno, algo es algo, supongo. —Fue a devolverle el teléfono a Alex y, justo en ese momento, apareció en la pantalla un mensaje de WhatsApp.

Ellie
Tengo noticias increíbles. Llámame en cuanto puedas. Besos.

Se le cayó el alma a los pies al ver esa despedida y se sintió imbécil: no era asunto suyo quién le enviaba mensajes a Alex. Él miró el teléfono y sonrió. Mientras, ella le dio un largo trago al vino.

—¿Estás segura entonces de que no hay nada que puedas hacer para ayudar al ABC? —preguntó tras guardar el teléfono.

—No, no puedo arriesgarme. El Gobierno regional me despediría si hago alguna manifestación pública, es tan sencillo como eso.

—¿Y si no es pública? ¿Y si intentas ayudarlos en secreto?

—¿Qué quieres decir?

—Sé que no te puedes arriesgar a que se enteren de que estás involucrada, pero podrías ser la agente infiltrada del ABC.

June soltó una risita.

—No sé si se me daría muy bien ser agente secreta, a pesar de que me leí *Harriet, la espía* tres veces cuando era pequeña.

Pero Alex no se rio.

—Sé que no me vas a creer, June, pero tienes mucho más

que ofrecer de lo que piensas.

—No, la verdad es que no —murmuró.

—¿Sabes? Al leer *Matilda* no he podido dejar de pensar en cuánto me recordaba a ti.

—¿Matilda?

—Está claro que a las dos os gustan los libros, pero Matilda también cuenta con una gran integridad y además le importan las personas. Tú siempre fuiste así en el instituto. —Alex le dio un sorbo a su pinta y continuó—: Creo que necesitas preguntarte: ¿qué haría Matilda?

ESA NOCHE, JUNE durmió muy bien y el sábado por la mañana no se despertó hasta pasadas las nueve. Se quedó tumbada en la cama, repasando lo que había sucedido la noche anterior: la vida emocionante y llena de actividades de Alex, su ridículo comentario sobre que ella era enrollada, el mensaje de WhatsApp…

Bajó a la cocina para prepararse una taza de té. *Alan Bennett* estaba tumbado bajo la mesa e intentó cazarle los pies cuando pasó a su lado, pero ella estaba demasiado distraída para regañarlo. ¿Y lo de Brian y los fragmentos de conversación que había oído en el *pub?* ¿No había dicho algo sobre «ofrecer incentivos a los consejeros»? ¿Y por qué uno de los hombres le había preguntado a Brian por Marjorie? Seguro que estaban hablando de algo relacionado con la biblioteca.

Le dio un sorbo al té y soltó una maldición porque se había quemado la lengua. Si Brian estaba metido en algo turbio que tuviera que ver con la biblioteca, tendría que decírselo a alguien, pero ¿a quién? No podía presentarse en la sede del Gobierno regional y ponerse a hacer acusaciones de ese tipo cuando no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Fue a coger su móvil, abrió Twitter y, tras varios minutos de búsqueda, se enteró de cómo encontrar el perfil del ABC. Se quedó mirando el *tweet* que habían escrito sobre la protesta de la semana próxima y, mientras lo hacía, empezó a formarse una idea en su mente. Pero ¿sería capaz de hacerlo? Era arriesgado, no tenía pruebas, y si alguien leía el mensaje, seguramente creería que ella no era más que alguien que se

aburría mucho.

Dejó el teléfono. Lo mejor sería permanecer al margen.

Entonces recordó las palabras de Alex. «¿Qué haría Matilda?»

Inspiró hondo, volvió a coger el teléfono e hizo clic para registrarse. Unos minutos después ya tenía una cuenta y se puso a escribir un mensaje breve antes de que le diera tiempo a cambiar de idea.

Matilda @MWormwoo8
@ABC Tengo información que podría serles útil

Pulsó el botón para publicarlo y dejó rápidamente el teléfono en la mesa, como si quemara. Cogió *El hobbit* y leyó tres frases antes de volver a mirar la pantalla. Nada. Siguió leyendo, pero no había llegado ni a la mitad de la página cuando tuvo que mirar de nuevo. ¿Quién vería ese *tweet,* Chantal o la señora Bransworth? Y si le respondían, ¿qué les iba a decir?

Necesitaba encontrar algo para distraerse, y si leer no le iba a funcionar, entonces solo le quedaba otra cosa: limpiar.

Se puso una camiseta vieja y empezó por el salón. Se concentró en la tarea y empezó de forma meticulosa por las estanterías, para seguir después con todas las superficies de la habitación. Quitó el polvo a todos los globos de nieve de la estantería que había sobre la tele y continuó con los adornos de porcelana que había sobre la chimenea: la taza conmemorativa del matrimonio de Carlos y Diana que su madre y ella encontraron en un mercadillo, el autobús rojo que trajeron después de una visita a Londres… Le estaba quitando el polvo a la niña de porcelana con el libro cuando oyó que su teléfono pitaba y fue corriendo a mirarlo. «Los Amigos de la Biblioteca de Chalcot te siguen», decía el mensaje. Cerró los ojos un momento; todavía estaba a tiempo de dejarlo estar, aún no era demasiado tarde. Tal vez Brian no estuviera metido en nada turbio. Abrió los ojos y empezó a escribir un mensaje privado.

Creo que Brian Spencer está maquinando algo contra la biblioteca.

Pulsó «Enviar» y se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Un momento después llegó una respuesta.

¿Quién eres?

Una amiga de la biblioteca.
Quiero ayudar.

¿Qué sabes de Brian?

Se reunió con dos hombres y hablaron de engrasar la maquinaria para convencer a los consejeros sobre algo. En un momento de la conversación nombraron a Marjorie Spencer, por eso creo que tiene que ver con la biblioteca.

¿Quiénes eran los hombres?

No lo sé.

¿Qué quieren hacer con la biblioteca?

Tampoco lo sé. Lo siento.

Esperó el siguiente mensaje, pero no llegó nada. Por el tono cortante, supuso que había hablado con la señora Bransworth, pero ¿qué podía hacer ella con esa información? Si se enfrentaba directamente a Brian, él lo negaría todo. Con suerte, los del ABC podrían investigar y encontrar pruebas concretas de lo que estaban planeando. Se preguntó durante un segundo si Marjorie también estaría involucrada, pero apartó la idea inmediatamente. Su jefa tenía muchas cosas malas, pero la madre de June siempre decía que, si cortabas a Marjorie por la mitad, encontrarías escrito «Biblioteca de Chalcot» justo en el centro. Aun así, la vigilaría en el trabajo, por si acaso.

Reanudó la limpieza con energías renovadas. Se sentía muy bien por haber hecho algo por fin para luchar por la biblioteca. Alex tenía razón: no podía apoyar públicamente al

ABC, pero sí ayudarlos en secreto.

Capítulo trece

JUNE LE ENTREGÓ el ejemplar de *Perdida* a la mujer joven y la miró mientras salía de la biblioteca. No la había visto nunca antes y se imaginó que se acababa de mudar a Chalcot porque estaba huyendo. Sus padres eran una pareja respetable de mediana edad con un BMW e iban todos los años a esquiar a Francia, pero de puertas para adentro eran malvados, la trataban mal y controlaban todos los aspectos de la vida de su hija. Así que ella había fingido su secuestro, había enviado una nota de rescate y había dejado pistas falsas para que sus padres no sospecharan. Pero entonces su padre fue a Chalcot por trabajo y la vio en la biblioteca. La esperó fuera y, cuando salió, la siguió hasta un callejón y le dijo, en voz baja y amenazante…

—Necesito un libro nuevo.

—Hola, Leila —saludó June—. ¿Qué te han parecido las recetas de The Hairy Bikers?

—Creo que me gusta más Mary Berry —contestó Leila con timidez.

Iba a la biblioteca al menos una vez a la semana, y todas las veces ella la ayudaba a elegir un nuevo libro de repostería. Había descubierto que su hijo, Mahmoud, traducía las recetas al árabe para ella.

—Te he guardado uno nuevo, ¿quieres verlo?

—Gracias —contestó Leila, y esperó a que se lo trajera.

—Toma.

—Tengo… para ti… —Leila metió la mano en su bolsa y sacó un paquetito envuelto en papel de cocina.

June lo abrió y encontró un dulce con forma de rombo, decorado con pistachos troceados. Tenía un aroma delicioso.

—*Basbousa* —explicó Leila.

—Oh, qué rico. Muchísimas gracias —contestó con un nudo en la garganta.

—Voy a probar con los *scones* ingleses después —dijo Leila. Le dio la espalda y se fue hacia una mesa, con expresión concentrada. June sonrió y dejó la tarta junto al teclado para comérsela luego.

—¿Qué es eso? —preguntó Vera, que asomó su cara arrugada por encima del mostrador.

—Se llama *basbousa.*

Vera señaló con la cabeza hacia Leila.

—¿Lo ha hecho ella?

En las dos semanas que habían pasado desde que Alex le contó el pasado de Vera, se había estado esforzando por hablar más con ella y animarla a que participara en las actividades de la biblioteca, pero, hasta el momento, todos sus esfuerzos habían sido en vano. Al oírla en ese momento, inspiró hondo.

—¿Sabes? Leila tiene muchas ganas de aprender cocina inglesa. He oído por ahí que a ti se te da bien la repostería, así que tal vez le podrías recomendar algún buen libro de recetas.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Vera con cara de suspicacia—. Porque se ha equivocado. Hace años que no hago repostería —contestó con malos modos, se dio la vuelta y se encaminó a su silla. Chocó con Jackson al pasar y al niño se le cayó al suelo el montón de libros que llevaba. June fue corriendo a ayudarlo.

—Jackson, ¿estás bien? —preguntó al agacharse para recoger.

—Sí.

Le dio la *Enciclopedia de Japón.*

—Tu abuela no me ha dicho que tengáis pensado ir de vacaciones.

—No, no nos vamos. Es que estoy haciendo un trabajo sobre Japón. ¿Sabías que lo componen seis mil ochocientas cincuenta y dos islas? ¿Y que en Japón se come más pescado que en ningún otro país del mundo?

—Pues no, no lo sabía.

—Stanley me ha contado que en Japón hacen haikus, que son un tipo especial de poemas con solo tres versos y diecisiete sílabas.

—Qué interesante, Jackson.

—Yo he escrito uno. ¿Quieres oírlo?
—Me encantaría.
Se puso muy erguido y recitó con voz monótona:

Las bibliotecas son barcos.
Los libros, boyas.
Salvémoslas.

June se quedó tan asombrada que no supo qué responder.
—Muy bien. Es muy… profundo.
—¿Te gusta? Lo voy a recitar el sábado en la protesta a favor de la biblioteca.
—Seguro que le va a encantar a todo el mundo. Solo siento no poder estar allí para verte.
Y lo decía de verdad. El acto en el salón parroquial del sábado era lo único de lo que hablaba todo el mundo aquella semana. Ella había logrado enterarse de fragmentos de información escuchando a hurtadillas. Parecía que la señora Bransworth se había puesto en plan Cersei Lannister en *Juego de tronos* y estaba volviendo locos al resto de los miembros del ABC con exigencias de pancartas, altavoces y «una tómbola que estuviera a la altura de la de la feria de verano de Favering». Además, alguien había conseguido convencer a un equipo de noticias locales para que fuera a Chalcot a cubrir el acto. En el pueblo no se hablaba de otra cosa desde entonces.
June estaba encantada de que la campaña a favor de la biblioteca hubiera obtenido algo de publicidad.
Por el rabillo del ojo vio que Marjorie se acercaba a ella con una mirada de determinación.
—Perdona, Jackson, tengo que seguir con mi trabajo. Que te vaya muy bien con tu haiku.
—June, ven un momento —dijo Marjorie cuando llegó a su lado. Siguió a su jefa y las dos se metieron detrás de la estantería de historia local—. Gayle me ha dicho que no le has respondido al correo de la despedida. ¿Por qué no lo has hecho?
Oh, Dios. Aunque había mentido a Alex y le había contado que todavía era amiga de Gayle, lo cierto era que tenía pesadillas por la ansiedad que le causaba pensar en ir a la

despedida. Así que no hacía más que posponer la respuesta.

—Lo siento, Marjorie, es que he estado liada.

—Pues tienes que contestar ya, antes de que Gayle empiece a sospechar que yo te he obligado a ir.

—¿Ahora mismo?

—Vamos, saca el teléfono.

June era consciente de que Marjorie no apartaba los ojos de la pantalla de su teléfono mientras escribía, y rezó para que en ese momento no entrara una notificación de Twitter del ABC. Escribió a toda velocidad: «Gracias, Gayle, me encantaría ir a tu despedida. Te veo el sábado», y pulsó «Enviar».

—No ha sido tan difícil, ¿eh? —contestó Marjorie—. Pero que no se te olvide que no vas para divertirte. Tu objetivo es encargarte de lo que te he dicho.

A LAS CUATRO, la madre de Chantal, Michelle, entró en la biblioteca. June pensó en preguntarle por su hija, que la había estado ignorando desde que se negó a unirse al ABC, pero Michelle estaba muy alterada y soltaba maldiciones ante un ordenador.

—Esos desgraciados del Gobierno regional —dijo, y le dio un golpe al teclado—. Me han enviado un mensaje para decirme que ha salido al mercado una casa, así que lo he dejado todo para venir aquí corriendo, pero cuando por fin he conseguido meterme en la página, la maldita casa ya ha volado.

—¿Otra vez, Michelle? Lo siento mucho.

—¿Y qué voy a hacer si cierra la biblioteca? ¿Es que esperan que todos tengamos ordenador en casa?

—¿Qué tal está Chantal?

—Quién sabe. Está siempre de mal humor; lleva así semanas. No tengo ni idea de qué mosca le ha picado.

June sintió una punzada de culpa; estaba bastante segura de qué era lo que le pasaba a Chantal, y en parte era culpa suya.

—¿Te ha dicho que quiere dejar el instituto? —preguntó Michelle.

—¿Qué? Eso es terrible. ¿Y la universidad?

—Dice que no va a ir. Siempre ha sido una niña muy estudiosa, pero ahora dice que no quiere estudiar más, que prefiere trabajar.

—Oh, no. ¿Le puedes decir que se pase por aquí para que hable con ella?

—Lo intentaré, pero no sé si servirá de algo. Va a ir a eso de la protesta el sábado. Podrías hablar con ella allí.

—Tengo una despedida de soltera el sábado. —Era cierto, pero no hizo que se sintiera mejor.

Michelle cerró la sesión en el ordenador y se levantó para irse.

—¿Esa señora que he visto aquí a primera hora de la mañana era una de las asesoras empresariales?

—¿Quién? —preguntó June.

—La que estaba con Marjorie tan temprano. Iba de camino a la guardería con los gemelos, así que ha tenido que ser antes de las ocho.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era una mujer muy delgada con ropa elegante. Y no era de por aquí, eso seguro.

June se acordó de la mujer que se parecía a la señora Coulter y que había visto con Marjorie allí hacía unas semanas.

—¿Tenía el pelo oscuro y largo?

—Sí. Y parecía un poco altiva.

—¡Mierda! —exclamó, y entonces recordó que estaba hablando con una usuaria—. Perdón.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Nada, espero.

Vio a Marjorie en el otro extremo de la sala. Estaba ayudando a Mahmoud en la sección de obras de referencia, y le explicaba pacientemente algo. Pero ¿en qué estaba metida? Si la señora Coulter era una asesora, ¿por qué Marjorie intentaba ocultarle sus visitas a June y a todos los demás? Estaba ocurriendo algo sospechoso, estaba segura de ello.

June se fue al baño, cerró la puerta y sacó el móvil. Abrió Twitter y escribió otro mensaje privado al ABC de parte de Matilda.

Marjorie Spencer le ha estado enseñando

en secreto la biblioteca a una persona. La vi con una mujer allí hace unas semanas y creo que la misma mujer ha vuelto esta mañana antes de abrir al público. ¿Podría ser una de las asesoras empresariales?

En ese instante, se produjo un ruido, como si alguien estuviera intentando abrir la puerta, y rápidamente le dio a «Enviar». Unos segundos después oyó un pitido fuera. Abrió la puerta y encontró a la señora Bransworth mirando la pantalla de su móvil.

—Maldita sea —exclamó, se dio la vuelta y se dirigió al otro extremo de la biblioteca.

La señora Bransworth fue hasta Stanley, que estaba sentado junto a la ventana, y le enseñó su teléfono. June se moría por oír lo que estaban diciendo, pero si se acercaba demasiado, sospecharían de ella. Así que agarró el carrito de las devoluciones, que había dejado abandonado en medio de la sala, y lo llevó hacia donde estaban los otros. Pero el carrito no tenía muchas ganas de colaborar aquel día y, aunque ella lo empujaba hacia delante, se empeñaba en ir hacia la izquierda. Cuando por fin logró acercarlo a la ventana, solo le llegaron fragmentos de la conversación.

—Creo que tenemos que pasarle esta información a… —decía Stanley.

—Pero ¿cómo sabemos que podemos confiar en la tal Matilda? —contestó la señora Bransworth.

June acercó un poco más el carrito.

—Pero ¿qué importa quién sea? Lo que tenemos que hacer es…

—¡Ay!

Se dio la vuelta y vio a Vera, encogida de dolor.

—¿Qué demonios estás haciendo, niña estúpida? Me has atropellado el pie.

—Lo siento mucho, Vera. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Creo que me has roto un dedo.

—¿Qué pasa aquí? —Marjorie apareció a su lado.

—June me ha atropellado el pie deliberadamente con el carrito —exclamó la anciana.

—Pero ¿en qué estabas pensando, June? —Marjorie la atravesó con la mirada mientras ayudaba a Vera a sentarse en

una silla y a poner el pie en alto.

Ella se mordió el labio.

—Ha sido un accidente.

—Siempre me ha tenido manía —aseguró Vera.

—Deberíamos llamar a una ambulancia —sugirió Marjorie.

—Eso es. Tengo intención de demandar a la biblioteca. Esto es una negligencia grave.

—Por Dios, deja de montar tanto escándalo —le gritó la señora Bransworth, que se acercó—. Va a pasar el autobús dentro de poco. Yo te acompaño al hospital de Winton.

Vera la miró con cara de pocos amigos.

—Creo que será mejor llamar a una ambulancia.

—No seas blanda. El Servicio Nacional de Salud ya tiene bastantes problemas como para enviar una ambulancia por un golpe de nada en un pie. Vamos, levántate, que te ayudo.

Vera abrió la boca para quejarse, pero cambió de opinión, se levantó y fue renqueando detrás de la otra mujer.

—Como si no tuviéramos ya bastantes problemas hoy —murmuró Marjorie cuando las dos se fueron—. ¿Te das cuenta de lo que puede pasar si presenta una queja formal ante el Gobierno regional? June, están buscando excusas para cerrar la biblioteca. Y puede que les hayas servido una en bandeja.

Capítulo catorce

EL DÍA DE la despedida de Gayle, June se despertó a las seis de la mañana empapada en sudor. ¿Por qué le habría dicho a Alex que iba a ir? Si no lo hacía, él se daría cuenta de que le había mentido y que, en realidad, ellas no eran amigas. Pero si iba, tendría que ver a Gayle y a todas esas chicas del instituto, que le daban tanto miedo. Además, seguro que Marjorie la despedía por no evitar lo del *stripper*.

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó gimoteando a *Alan Bennett*, que estaba tumbado al pie de la cama, mirándola con desdén—. Tienes razón, *Alan*, como siempre.

Salió de la cama y abrió el armario. En el correo, Gayle le había dicho que tenía que ir disfrazada como una heroína de película, así que se puso a mirar su ropa en busca de algo que la inspirara. Dos pares de vaqueros negros, una falda negra y cinco blusas blancas idénticas, todo eso para el trabajo. Varias chaquetas de punto grises, también para trabajar. Su único vestido negro, que había llevado al funeral de su madre, y algunas sudaderas y camisetas viejas y descoloridas. ¿Cómo iba a preparar un disfraz con eso?

Se dio la vuelta y examinó la estantería de su cuarto. Ahí tenía la mayoría de sus libros infantiles favoritos, los que la hacían sentir más cómoda y segura. Un libro le llamó la atención.

—¡Eso es, *Alan*! ¡Hermione Granger!

Fue corriendo al cuarto de su madre y abrió el armario. Se encontró un arcoíris de colores, que iban desde un abrigo largo de *patchwork* hasta un vestido de lentejuelas doradas que a su madre le encantaba. No había nada negro o gris en ese armario, solo una prenda, que era la que buscaba June. La vieja túnica de la graduación de la universidad de Beverley, perfecta para un disfraz temático de Harry Potter.

De vuelta en su habitación, June se puso la túnica sobre

una blusa blanca, con su antigua corbata del colegio y una falda negra. Después se miró en el espejo. Solo quedaba arreglarse el pelo. Se soltó la trenza apretada con la que dormía todas las noches y permitió que el pelo cayera suelto. June no recordaba la última vez que había visto esos rizos rebeldes así: todas las mañanas pasaba directamente de la trenza al moño y por la noche hacía justo lo contrario. Pero por mucho que no le gustara nada admitirlo, su melena rizada y espesa se parecía mucho a la de Hermione en las primeras películas.

A las once June se calzó, se colgó el bolso en el hombro y salió al sofocante calor de agosto. Subió despacio la colina, siempre por el lado de la sombra para no sudar demasiado y evitar que el pelo se le disparara aún más. Por suerte, Alex le había dicho que se iba a Londres a pasar el fin de semana, así que no había riesgo de que la viera con ese disfraz ridículo.

Cuando se acercaba al salón parroquial, le llegó el sonido de la música. Era una buena señal; el acto del ABC ya había empezado y la gente había acudido. Redujo el paso mientras pasaba por delante para intentar echar un vistazo al interior.

Había una docena de personas, la mayoría miembros del ABC y sus familiares. Stanley estaba encargándose de lo que debía ser la tómbola: había botellas de vino, mermelada casera y un elefante de peluche con una pinta un poco triste; y Chantal estaba en el puesto de tartas. Para sorpresa de June, Vera también estaba allí, y paseaba por la sala sin señales de lesión en el pie. En la pared del fondo, colgaba una enorme pancarta pintada a mano, pero las cuerdas que la sujetaban se habían soltado y solo se leía: «ad la biblioteca de Chal».

La señora Bransworth estaba cerca de la puerta gritándole a un *walkie-talkie*:

—Aquí Águila, adelante Gorrión. El coro del colegio llegará en diez minutos, repito, diez minutos. ¡Necesitamos más gente, maldita sea!

Pero ¿qué era aquello? Después de todo el trabajo que habían hecho la señora Bransworth y Stanley, tenía delante una de las escenas más tristes que había visto en su vida. Se dio la vuelta y continuó por la carretera, demasiado avergonzada para seguir mirando. Cuando llegó a la parada

del autobús, vio una furgoneta gris aparcada allí cerca, y a una mujer con un traje azul que fumaba apoyada en ella. Le resultaba familiar y estaba intentando recordar qué libros se llevaba de la biblioteca cuando se dio cuenta de que era la reportera de las noticias locales, Tessa no sé qué. Estaba hablando con otra mujer que sujetaba una cámara muy complicada.

—Esto es una pérdida de tiempo —decía Tessa—. No podemos sacar una noticia de aquí.

—¿Quieres que guarde el equipo? —preguntó la operadora de cámara.

—Podemos grabar a los niños cantando, pero nos largamos inmediatamente después.

El autobús llegó a la parada y June se subió. Cuando se sentó, vio a Tessa tirar el cigarrillo a la acera y pisarlo con una expresión de aburrimiento en la cara. Era un desastre. ¿Cómo iban a salvar la biblioteca si ni siquiera lograban salir en las noticias locales?

Eran casi las doce cuando June bajó del autobús en una carretera rural estrecha. Leer *Rebeca* durante el trayecto no le había servido para calmar los nervios. Todavía le quedaba más de un kilómetro y medio hasta el hotel, y pronto notó que tenía el cuerpo empapado de sudor bajo la gruesa túnica de graduación.

Detrás de ella oyó el estruendo de una música de baile y, cuando se giró, vio un coche deportivo descapotable de color amarillo que pasó a toda velocidad por el camino. No había arcén, así que June se echó a un lado como pudo y acabó cayendo boca abajo sobre un seto demasiado crecido. El coche redujo la velocidad, y, cuando June rodó para ponerse boca arriba, vio que se había detenido junto a ella y que el conductor la miraba con cara rara.

—¿Estás bien, guapa? —preguntó y bajó la música. Llevaba una camiseta blanca de tirantes que dejaba entrever un torso musculoso y bronceado.

—Estoy bien, gracias —contestó June mientras intentaba levantarse como si nada.

—¿No sabrás dónde está el hotel Oakford Park, verdad? Me he perdido.

A June se le ocurrió una idea, pero era tan ridícula que

sintió que se estaba poniendo muy roja. No, era demasiado peligroso. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si ese hombre era un asesino en serie? Pero si era quien ella pensaba, sería la respuesta a todas sus plegarias.

—Eh… Me preguntaba… ¿no serás por casualidad… *stripper*? —preguntó sabiendo que tenía la cara del color de las amapolas.

El hombre la miró con una expresión que ella supuso que era de desaprobación, pero estaba claro que se había puesto tanto bótox que no podía elevar las cejas.

—Prefiero el término «bailarín exótico» —dijo con mucho remilgo—. ¿Y tú quién eres?

June contuvo la respiración un momento antes de responder.

—Me llamo Matilda. Yo también voy a la despedida de Gayle.

—Oh, gracias. Llevo veinte minutos dando vueltas buscando el maldito hotel.

—Yo te puedo indicar el camino.

—Genial, sube. Me llamo Rocky.

June se sacudió la hierba de encima y subió al asiento del acompañante.

—Tienes que dar la vuelta.

—¿Estás segura? Vengo de aquella dirección.

—Te lo prometo. Yo te indico.

Él giró el coche con tres maniobras y aceleró por la carretera. June nunca había subido en un descapotable y, cuando el viento le azotó el pelo, empezó a arrepentirse de no habérselo recogido. Rocky empezó a contarle el número que iba a hacer y que había conseguido un nuevo uniforme de policía que le habían enviado desde Estados Unidos y que le había costado más de cien libras.

—Nadie se da cuenta de lo caras que son esas cosas, Matilda. Creen que te compras unos pantalones, les pones un poco de velcro y ya está, pero esto es equipamiento profesional con diseño puntero.

June intentaba no apartar los ojos de la carretera, pero no podía evitar mirar a Rocky de vez en cuando. Tenía la piel del color más extraordinario que había visto en su vida, como una mezcla de caoba y mandarina, y la llevaba cubierta de

algo que supuso que sería aceite. De repente, se inclinó para sacar algo de la guantera y June se apartó bruscamente para que no la rozara.

—Es aquí arriba —dijo cuando cruzaron el puente de Chalcot y recorrieron The Parade, pasando por delante de la biblioteca.

—Creía que era un hotel en el campo.

—Ha habido un cambio de ubicación de última hora. Gira a la izquierda, por favor.

Aparcaron delante del salón parroquial. June se sintió aliviada al ver que la furgoneta de noticias seguía allí, aunque la operadora de cámara ya estaba metiendo unas cajas negras en la parte de atrás.

—¿Es aquí? —preguntó Rocky—. La agencia me dijo que era un evento de alto nivel y esto es un salón zarrapastroso de pueblo.

—Es que a la novia le encanta la biblioteca local, que han amenazado con cerrar. Así que ha decidido hacer un acto de apoyo a la biblioteca a la vez que su despedida. —June sabía que la historia era ridícula, y se dio cuenta de que Rocky tampoco se la creía—. Ha venido hasta un equipo de noticias para grabar tu actuación.

Entonces a él se le iluminó la cara.

—¿Un equipo de televisión? ¿Por qué no me lo has dicho antes? —Salió del coche de un salto y sacó la bolsa del asiento de atrás—. Que empiece la fiesta.

—Muy bien. Cuando entres, pregunta por la señora Bransworth y dile que te envía Matilda.

—¿Tú no entras?

—Tengo que arreglar unos cuantos detalles más de la despedida. Buena suerte.

Bajó del coche y se alejó antes de que ninguna de las personas que estaba en el salón la viera. Cuando llegó a donde estaba la furgoneta, Tessa estaba hablando por teléfono.

—Sí, un desastre total. No tiene sentido ni enviarlo a montar.

June carraspeó.

—Perdone…

—No firmo autógrafos —contestó Tessa sin levantar la vista

siquiera.

—No… Creo que debería entrar otra vez y volver a grabar.

—No tiene sentido, no hay una historia que contar.

—Estoy segura de que se va a poner todo mucho más interesante.

—¿Por qué? ¿Van a hacer animalitos con globos?

—Confíe en mí. No querrá perderse lo que va a pasar ahí dentro.

Tessa frunció el ceño.

—Será mejor que no sea otra pérdida de tiempo. Vamos, Cleo. —Le hizo un gesto con la cabeza a la operadora de cámara, que suspiró y volvió a sacar la cámara de la bolsa.

June se quedó en la parada del autobús porque no quería arriesgarse. Vio a Tessa y a Cleo, que entraban de nuevo. Un momento después, una música atronadora salía de los altavoces del salón, eran los primeros compases de una canción de *rhythm and blues*, e inmediatamente oyó un chillido agudo de sorpresa. June logró ver a Rocky un segundo, cuando pasó delante de la puerta, vestido solo con unos zahones de cuero negro y una gorra de policía estadounidense, y no pudo evitar echarse a reír. Ojalá Alex estuviera allí para ver aquello.

—¿Subes?

Se dio la vuelta y vio que el autobús acababa de parar delante de ella y que el conductor la miraba por la puerta abierta. June subió al vehículo sin dejar de reír entre dientes mientras el autobús arrancaba y se alejaba.

Capítulo quince

CUANDO JUNE LLEGÓ al hotel era más de la una. Llegaba tardísimo. Entró corriendo por la puerta principal, vio de refilón su imagen en un espejo y gimió. Tenía una enorme mancha de grasa en la blusa, de la caída al borde de la carretera, y el viaje en el coche de Rocky había acabado de estropearle el pelo, que en ese momento era como un enorme halo de rizos disparados en todas direcciones. June intentó recolocarlos, pero no había forma. Iba a tener que entrar así. Al menos era una fiesta de disfraces, así que habría más gente que estuviera igual de ridícula que ella.

Al entrar en el bar del hotel, se le cayó el alma a los pies. Había unas veinte mujeres bebiendo champán, y todas llevaban unos disfraces increíblemente glamurosos. Estaba Becky, que iba vestida de Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* y Tara, que se había vestido de Marilyn en *Con faldas y a lo loco*. Y en medio estaba Gayle, con el pelo rubio recogido de una forma muy sofisticada en la parte alta de la cabeza y un enorme vestido de crinolina para representar a una resplandeciente María Antonieta.

—¿Esa es June Jones? —preguntó Tara, y todas se volvieron para mirarla—. ¡No me puedo creer que hayas venido!

June se quedó en la puerta deseando evaporarse y desaparecer.

—Oh, Dios mío, estás igual que en el instituto —exclamó Gayle y se acercó para darle dos besos—. ¡Incluso llevas el uniforme!

—La verdad es que voy disfrazada de…

—¿Dónde vives ahora? —interrumpió Tara.

—¿Estás soltera? ¿Casada? —quiso saber Becky, que se había unido al grupo—. Queremos saber todos los cotilleos.

June se encogió un poco cuando se arremolinaron a su

alrededor. Tuvo un recuerdo repentino de todas esas chicas riéndose de su ropa pasada de moda y del libro que estaba leyendo.

—Eh… Todavía vivo en Chalcot —contestó con una voz temblorosa que reveló su ansiedad.

—¿Y a qué te dedicas? —siguió preguntando Becky.

—Trabajo en la biblioteca.

—No me puedo creer que sigas trabajando para mi madre —respondió Gayle arrugando la nariz.

—Pues yo me alegro por ti —dijo Becky—. Me encantan las bibliotecas. Son muy pintorescas.

—Yo hace años que no entro en una —confesó Tara—. No sé por qué alguien se molesta en ir a esos sitios ahora que se pueden comprar los libros baratísimos *online*.

—¿Y tu vida amorosa? —insistió Becky—. ¿Hay alguien especial por ahí?

La cara de Alex apareció en la mente de June, pero sacudió la cabeza para apartarlo. Le había dicho que se iba a pasar el fin de semana con unos amigos, y desde entonces ella había estado intentando no pensar en la chica del WhatsApp, Ellie.

—No, estoy soltera —confesó, y vio la decepción en la cara de las tres mujeres.

Gayle se fue para atender a otras invitadas y se produjo un momento de silencio incómodo mientras June intentaba pensar en algo más que decir.

—¿Y a qué os dedicáis vosotras?

—Yo soy abogada —contestó Tara—. Y Becky es diseñadora de interiores.

—Diseñadora de interiores barra *coach* —corrigió Becky—. Aunque ahora estoy de baja por maternidad para cuidar a mi hijo Monty.

—Vaya —exclamó June.

¿Cómo habían conseguido tener unas carreras tan impresionantes con solo veintiocho años?

Una mujer disfrazada de Wonder Woman se acercó al grupito.

—Llevo media hora llamando al *stripper*, pero no contesta —le dijo a Tara—. ¿Estás segura de que le diste bien la dirección?

—Claro que sí.

—¿Y qué demonios vamos a hacer? Se supone que tiene que actuar después de la comida.

—Pues se nos tendrá que ocurrir algo —contestó Tara—. Vamos, chicas, es hora de comer —gritó dirigiéndose al resto de la sala, y todas se fueron a la terraza cubierta.

Allí habían puesto una mesa larga con el banquete más impresionante que nadie se pudiera imaginar. Las chicas corrieron para asegurarse unos asientos cerca de la novia. June se sentó en el extremo opuesto de la mesa y se encontró flanqueada por Wonder Woman y alguien que iba disfrazada de Lara Croft.

—¿De qué conoces a Gayle? —preguntó Wonder Woman cuando se sentó.

La rodilla de June empezó a sacudirse y ella la paró con la mano.

—Fuimos juntas al colegio.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy ayudante de biblioteca.

—Ah. —Wonder Woman miró alrededor y se dio la vuelta para hablar con la princesa Leia, que tenía al otro lado.

June miró la mesa. Había bandejas llenas de delicados sándwiches sin corteza, unas tartas que parecían exquisitas y *scones*. No había comido nada desde la tostada del desayuno y su estómago rugió. Se sirvió tres sándwiches, un *scone* y un trocito de tarta de chocolate en miniatura en su platito antes de darse cuenta de que las demás solo se habían servido un sándwich. A su lado Wonder Woman sacó el salmón ahumado del suyo, se lo comió y descartó el pan. Lara Croft y ella estaban enfrascadas en conversaciones con otras personas, pero a June no le importó que la ignoraran. Cuando se acabó el contenido del plato, miró el teléfono. Tenía tres mensajes de Marjorie.

> ¿Qué tal va todo?
> Dime cómo va la despedida, por favor.
> ¿TODO BIEN?

June guardó el teléfono en el bolso y se sirvió más tarta.

—Bien, chicas —empezó a decir Tara mientras le daba unos golpecitos a su copa con una cucharilla—. Vamos a jugar a

algo para romper el hielo, ¿vale? —Esperó a que todo el mundo se quedara en silencio—. La mayoría de nosotras nos conocemos más que bien, pero aquí hay unas cuantas caras nuevas. Así que hemos pensado que sería divertido jugar a «Yo nunca», para que así nos conozcamos todas un poco más… íntimamente.

Se oyeron risas en la mesa y June sintió que se le formaba un nudo en el estómago. No había oído hablar jamás de ese juego, pero no sonaba bien.

—Empiezo yo —se ofreció Tara—. Recordad: si habéis hecho lo que yo digo, tenéis que beber, y si no, pues no. ¿Está claro?

Hubo un murmullo de asentimiento y la mayoría de las mujeres levantó su copa de champán, anticipando lo que estaba a punto de pasar.

—Vale, voy a empezar con una fácil. A mí no me ha detenido nunca la policía.

June miró a las mujeres de la mesa: ninguna bebió, excepto una que iba vestida de conejita de Playboy.

—Faye, ¿qué hiciste? —preguntó Gayle asombrada.

—Exceso de velocidad —confesó encogiéndose de hombros, y todas rieron.

—Mi turno —dijo Becky—. Yo nunca he entrado en el club de la milla de altitud.

Hubo risas y varias mujeres bebieron. June no sabía lo que era, pero estaba segura de que ella no formaba parte de él.

—Yo nunca he engañado a mi pareja —dijo Lara Croft. Se oyeron varias exclamaciones y un número sorprendente de chicas bebieron con aire culpable.

—Yo nunca he estado en Australia —dijo alguien, y muchas bebieron.

June se agarró las manos en el regazo para que no le temblaran.

—Yo nunca he corrido desnuda en público —dijo Wonder Woman, lo que provocó muchas risas.

—Yo nunca he ido de *camping*.

June miró su copa llena y deseó que se dieran prisa y que se acabara rápido.

—A mí nunca me han despedido de un trabajo.

—Yo nunca he tenido relaciones sexuales en un sitio

público.

—Yo nunca he hecho *puenting*.

June cerró los ojos. El corazón le martilleaba en el pecho. ¿Cuándo terminaría aquella tortura?

—Yo nunca he estado de fiesta hasta las seis de la mañana.

—Yo nunca he bailado en una barra.

—Yo nunca he tenido relaciones sexuales.

—¿June?

A June le llevó un momento darse cuenta de que todo el mundo se había quedado en silencio. Cuando abrió los ojos, vio que todas la estaban mirando y se encogió en su asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Gayle.

June asintió sin decir nada.

—¿Has entendido las reglas del juego? —preguntó Tara—. Porque alguien ha dicho en broma que nunca ha tenido relaciones sexuales, y tú no has bebido.

El nudo de la garganta de June se hizo más grande e intentó con todas sus fuerzas aflojarlo.

—Tienes que beber cuando has hecho algo —insistió Tara—. A no ser que sigas siendo virgen.

Una mujer se rio al oír eso, pero todas las demás siguieron en silencio, mirando a June con una mezcla de lástima y horror.

—Yo… Tengo que ir al baño. —Se levantó demasiado rápido y se mareó. Intentó agarrarse al respaldo de la silla, pero la volcó y cayó al suelo con un estruendo mientras ella se daba la vuelta y salía corriendo hacia la puerta.

Capítulo dieciséis

JUNE ENTRÓ EN el baño como una tromba y cerró la puerta del cubículo con el pestillo. Tenía la respiración acelerada e irregular y se sentía como si la estuvieran ahogando. Se arrancó la corbata e intentó soltarse el botón superior de la camisa, pero le temblaban mucho las manos. El lugar era tan estrecho que los codos le chocaban con las paredes mientras se peleaba con el cuello. Justo cuando creía que estaba a punto de caerse redonda, el botón saltó y la camisa se abrió. Notó inmediatamente que se reducía la presión en la garganta; se dejó caer sentada en la taza del váter y metió la cabeza entre las rodillas.

Poco a poco su respiración recuperó la normalidad, pero entonces la embargó una enorme humillación. ¿Cómo podía haber hecho tan pocas cosas en su vida? Nunca había corrido desnuda ni había hecho *puenting,* ni había ido a la discoteca ni se había pasado la noche bailando. Tampoco había estado en Australia, porque no había salido de Inglaterra. Nunca había besado a un hombre, y mucho menos había tenido relaciones sexuales.

Entonces se estremeció al darse cuenta de que los logros de su vida se resumían en una triste frase: su madre había muerto y trabajaba en una biblioteca. Ese era el resumen de sus veintiocho años, el miserable epitafio que escribirían en su tumba.

Se oyó un golpe y June dio un brinco: era el ruido de la puerta del baño al abrirse. Rápidamente levantó los pies y se abrazó las rodillas para que quien hubiera entrado no le viera los pies por debajo de la puerta del cubículo.

—Dios, qué incómodo. —Reconoció la voz de Becky.

—Bueno, tampoco es que me haya sorprendido. Siempre fue un bicho raro en el instituto —contestó Tara—. ¿Te acuerdas de cómo seguía a Gayle a todas partes durante el

primer año, como si fuera un perrito abandonado?

Una de ellas abrió un grifo y se oyó el ruido del agua al correr.

—No sé por qué la habrá invitado Gayle —comentó Becky.

—No lo hizo. Al parecer June le suplicó a la madre de Gayle que consiguiera que la invitara.

—No me digas. Qué pena. ¿Me dejas el pintalabios?

—Claro.

Se produjo un silencio y June contuvo la respiración.

—No sé por qué no ha mentido. Podría haber fingido que ha hecho alguna de esas cosas —apuntó Becky unos minutos después—. ¿Crees que de verdad seguirá siendo virgen?

—No me sorprendería.

—Dios, imagínate: veintiocho años y no haber hecho nada de nada. No sé si tendrá alguna amiga.

—En el instituto no las tenía, así que lo dudo. ¿Quieres un poco de perfume?

—Sí, gracias.

Un fuerte olor floral inundó el aire y June se apretó la nariz para no estornudar.

—¿Te acuerdas de que su madre se puso enferma cuando estábamos con la selectividad? —comentó Tara—. He oído que murió cuando nosotras estábamos en la universidad.

—¿Ah, sí?

—Sí, estoy segura. Y creo que June no tiene más parientes.

—Vaya, es muy deprimente. ¿Volvemos?

—Sí. ¿Has visto lo que lleva Alicia? Tiene una pinta…

June oyó que se cerraba la puerta y las voces se alejaban. Contó hasta veinte antes de salir del cubículo. Todavía se notaba el olor del perfume en el aire, enfermizamente dulce. Se le pegó a la garganta y durante un segundo tuvo la sensación de que iba a vomitar. Miró su reflejo en el espejo: el rímel corrido por las mejillas, el pelo disparado alrededor de la cabeza, como si fuera el de un payaso demente de una película de terror. No podía volver a salir y enfrentarse a todas esas mujeres con sus carcajadas y sus sonrisas de lástima. Tenía que irse de allí, y, cuanto antes, mejor.

Sacó el teléfono y llamó a Linda para que fuera a buscarla, pero entonces recordó que ese fin de semana había ido a visitar a su hija. Suspiró, e iba a guardar el teléfono otra vez

cuando vio un mensaje en la pantalla.

> **Alex Chen**
> Espero que te lo hayas pasado bien en la despedida. Dale la enhorabuena a Gayle de mi parte. Un beso.

Al ver el nombre de Alex, June sintió una oleada de alivio tan grande que, sin pensarlo, pulsó el botón de llamada y se acercó el teléfono a la oreja.

—Alex, ¿puedes hablar? —dijo cuando respondió. Su voz no era más que un susurro áspero.

—Claro. ¿Estás bien?

—No, yo… —June sintió que se le escapaba un sollozo e intentó contenerlo.

—¿Qué ha pasado? —Se notaba la preocupación en la voz de Alex.

—La despedida… es horrible… —Fue lo único que logró decir.

—¿Dónde estás?

—Escondida en el baño.

—Tienes que salir de ahí ahora mismo. ¿Puede ir a buscarte alguien?

June inspiró hondo.

—Alex, siento pedírtelo, pero no tengo a nadie más a quien pueda llamar. ¿Podrías…?

—Al, ¿has visto mi vestido negro por alguna parte?

La voz sonaba joven, ronca y femenina, y June recordó de repente que Alex estaba en Londres.

—Perdona, se me había olvidado que… —murmuró.

—No, no pasa nada. Espera un momento… Ellie, estoy… —Se oyó un ruido cuando Alex apartó el teléfono. June se lo imaginó tapando el micrófono con la mano, pero distinguió las palabras: «Una chica del instituto… vive sola… no tiene a nadie…».

Para ella cada una de esas palabras fue como una bofetada en la cara.

—Perdona —dijo Alex cuando volvió a la conversación—. ¿Qué me estabas diciendo?

June estaba muerta de vergüenza, así que necesitó un momento para encontrar las palabras.

—Nada. Te tengo que dejar.

—No, no pasa nada. ¿Quieres que yo…?

—Perdona que te haya molestado. Adiós.

June colgó, se miró en el espejo y sintió una oleada de repulsión ante la cara patética que se reflejaba allí. Le dieron ganas de chillar por la humillación. ¿Por qué demonios había llamado a Alex cuando estaba con su novia? Se imaginó a los dos riéndose de la chica rara del instituto, que tenía una vida tan trágica que no tenía amigos a los que pedir ayuda. O peor: en vez de reírse, tal vez se estaban compadeciendo de ella.

Conteniendo lágrimas de vergüenza, June metió el teléfono en el bolso y salió del baño.

VOLVIÓ A CASA en taxi y se escondió el resto de la tarde con las cortinas echadas para huir del fuerte sol de agosto. Intentó leer *Grandes esperanzas,* pero cada vez que había una escena con la señorita Havisham, sentía una extraña sensación de identificación, y al final dejó el libro. Empezó a limpiar, pero todos los cuadros y las fotos parecían estar burlándose de ella. «¿Cómo puedes seguir siendo virgen con veintiocho años?», le recriminó la niña de porcelana con el libro cuando June le quitó el polvo. «¿De qué tienes tanto miedo, Junebug?», le preguntaba su madre desde cada una de las fotos enmarcadas. Incluso *Alan Bennett* participó en la burla. «Eres una fracasada. Te has escondido en esta casa, en vez de salir ahí afuera y vivir tu vida», le pareció que le decía cuando le puso su comida.

Esa noche, cuando June estaba tirada en el sofá viendo sin ganas un episodio antiguo de *Cama para cuatro,* oyó que vibraba su teléfono. Era un mensaje de Alex. En cuanto vio su nombre, sintió una punzada de dolor al recordar la conversación telefónica y lo que le había dicho a Ellie: «Una chica del instituto… vive sola… no tiene a nadie…». Alex era la única persona que podía ser lo más parecido a un amigo que tenía, pero estaba claro que él sabía lo triste que era su vida en realidad.

Cogió el teléfono y pulsó en el mensaje:

Alex Chen
Hola, espero que estés bien. Mi padre me acaba de decir que ha visto la protesta a favor de la biblioteca en las noticias locales. ¡No me puedo creer que esos carcas del ABC contrataran a un *stripper*! Pero ha sido un acierto para la campaña. Un beso.

June se incorporó bruscamente. En medio de su autocompasión, no se había vuelto a acordar del acto a favor de la biblioteca de esa mañana. Buscó en el teléfono el canal de noticias locales y pulsó el *play*. Había una noticia sobre una promoción inmobiliaria local, pero June no podía concentrarse en eso, solo estaba deseando que pasara rápido.

Por fin salió en la pantalla Tessa, en medio del salón parroquial.

—El Gobierno regional ha amenazado con cerrar seis bibliotecas del condado de Dunningshire. Pero solo una ha encontrado una forma novedosa de atraer la atención para su causa.

Entonces entró un vídeo en el que salía Rocky con un disfraz de una especie de vaquero sadomasoquista que se movía de forma provocativa en mitad del salón. Había un pequeño grupo de personas con cara de asombro y justo en el centro estaba Jackson, con la boca abierta.

—Solo quedan siete semanas para que termine el período de consultas y los vecinos de Chalcot han conseguido montar una protesta que no ha pasado desapercibida —decía la voz de Tessa.

Después salió la señora Bransworth, todavía con cara de perplejidad.

—Eh… Pensamos que esto llamaría la atención y podría ayudar a nuestra campaña —dijo tartamudeando un poco mientras Rocky se contoneaba y daba vueltas detrás de ella.

A continuación, salió Stanley delante de la biblioteca.

—Solo contamos con una biblioteca pequeña, pero es vital para esta comunidad. La gente la necesita por muchas razones, además de por los libros. Sería una tragedia si el Gobierno regional decidiera cerrarla.

Y volvieron a mostrar una imagen de Rocky, que ya solo llevaba un tanga diminuto. La cámara abrió el plano y se vio

a Vera, sentada delante de él; estaba restregándole algo que parecía nata montada en el pecho, con una mirada de absoluta concentración.

La noticia terminó y June se quedó en silencio, mirando asombrada el teléfono. Había funcionado. La actuación de Rocky había conseguido que la protesta saliera en las noticias. Poco a poco fue apareciendo una sonrisa en su cara, y acabó soltando una carcajada que sobresaltó a *Alan Bennett*, que dormía a su lado.

—Lo he conseguido, *Alan* —dijo mientras el gato la miraba sin entender—. De verdad lo he logrado.

June cogió una foto enmarcada de la mesita que había junto al sofá. Era de su madre, muchos años atrás, delante de la biblioteca de Chalcot. Beverley sonreía con la torre del reloj cerniéndose sobre ella mientras miraba a la cámara con los ojos entornados. June le quitó el polvo al cristal del marco.

—Siento haber sido tan derrotista, mamá —susurró—. Sé que he estado desperdiciando mi vida y que te he decepcionado. Pero voy a intentar cambiar a partir de ahora, te lo prometo.

Capítulo diecisiete

CUANDO JUNE LLEGÓ para empezar su turno de trabajo el lunes por la tarde, encontró a Vera instalada en una de las mesas del interior, contándole a todo el mundo que quisiera escucharla su experiencia con Rocky.

—Pensaba que podía ser espuma de afeitar, pero era nata montada de verdad. La probé —le contaba a un grupo muy animado de señoras del grupo de tejedoras Teje y cotillea.

—La verdad es que fue un espectáculo verlo —reconoció Stanley, que se acercó a June mientras ella estaba ordenando el tablón de anuncios—. Tenía tres disfraces diferentes: de policía, de vaquero y de bombero. Y unos pantalones con velcro, para poder quitárselos de un tirón. Qué idea más conveniente; creo que lo voy a probar con mi traje.

—Stanley, mira esto —dijo Chantal, que se había acercado con su teléfono—. Antes de que saliéramos en las noticias ayer, teníamos ciento once «Me gusta» en nuestra página de Facebook. Pero ahora tenemos casi mil.

—¡Qué maravilla!

—Y la gente no deja de mandar mensajes para preguntar qué vamos a hacer ahora.

—Tenemos que preguntarle a la presidenta. Seguro que tiene algún plan.

—Ya está aquí —anunció Chantal señalando la puerta.

—Ha llegado la heroína del día —exclamó Stanley—. Tres hurras por la señora Bransworth.

—Vale ya —contestó ella, cortante—. Yo no he tenido nada que ver con ese *stripper*. Yo no acepto la explotación sexual en ninguna de sus formas.

—¿Quién lo ha organizado, entonces? —preguntó Stanley.

La mujer bajó la voz y June tuvo que aguzar el oído para enterarse.

—El *stripper* me dijo que lo había llevado a la protesta

alguien que se llamaba Matilda.

Cuando dijo el nombre, a ella casi se le cae el montón de folletos que tenía en la mano, así que se apresuró a darle la espalda al grupo.

—¿Y quién demonios es Matilda? —preguntó Vera.

—Matilda es nuestra informante secreta —reveló Stanley—. Nos envía información a través de «Tweeter».

—Se dice Twitter —corrigió Chantal.

—Eso. Es nuestra espía y nos manda «twits». Ella nos contó lo de Brian Spencer en el *pub* y nos informó de las reuniones secretas de Marjorie con los asesores. Y ahora también ha hecho esto por nosotros.

—Pues, aunque no apruebo sus métodos, esa Matilda nos ha salvado el culo una vez más —reconoció la señora Bransworth—. Ahora tenemos que aprovechar que la cosa está caliente para dar el golpe de gracia.

—¿Y si montamos algo delante de la sede del Gobierno regional? —propuso Stanley—. Podríamos hacer pancartas e inventar eslóganes.

—Sí, como el movimiento por los derechos civiles estadounidense —contestó ella.

—Seguro que estuvo allí también —murmuró Vera entre dientes.

El grupo siguió hablando, pero June se alejó. Una protesta en aquel lugar era una buena idea, pero lo que de verdad necesitaba la biblioteca era que la gente sacara más libros. Habían dicho que iban a basar su decisión en las cifras de préstamos y ella sabía que las de Chalcot eran peligrosamente bajas. Miró a la señora Bransworth, a Stanley y a Chantal, sacó su teléfono y escribió a toda velocidad a través de Twitter un mensaje de Matilda.

—¡Ven aquí ahora mismo! —Desde el otro extremo de la biblioteca, Marjorie miraba con los ojos entornados a June—. Pero ¿qué chanchullo has hecho con lo del *stripper?* —susurró cuando llegó a su lado.

—Lo hice por ti, Marjorie. Era la única forma de evitar que actuara en la despedida.

—Pero en el proceso has desacreditado el buen nombre de la biblioteca de Chalcot. Voy a ser el hazmerreír de todo el mundo en la próxima reunión mensual de directores de

biblioteca —le dijo Marjorie mientras se abanicaba con un libro de bolsillo—. ¿Sabe alguien que lo enviaste tú?

—Nadie. Lo hice de forma anónima.

—Algo es algo, al menos. Si se enteran, a las dos nos pondrán de patitas en la calle.

—Tienes que admitir que ha supuesto una buena publicidad para la campaña a favor de la biblioteca —apuntó June.

—Mmm… ¿Y qué tal la fiesta de Gayle?

—Bien —contestó, rezando para que Gayle no le hubiera contado a su madre lo que había pasado.

—Te agradezco que me hayas ayudado. Y como forma de compensártelo, me voy a asegurar de que te invite a la boda. Solo a la celebración, claro.

—Oh, no es necesario.

—No seas tonta. Sé que estás deseando asistir.

—La verdad es que…

—Se acabó la conversación. Tengo mucho que hacer. —Marjorie le dio la espalda y se fue, pero se acordó de algo y volvió a mirar a June—. Y acuérdate de lo que te he dicho: el Gobierno regional no puede enterarse de que has tenido algo que ver con lo del *stripper,* ni con el ABC. Si se enteran, no podré protegerte.

DURANTE EL RESTO de la semana hizo todo lo que pudo para seguir ayudando al ABC en secreto. Buscó otras campañas a favor de las bibliotecas en otros puntos del país que habían tenido éxito y les envió los detalles utilizando a Matilda. Y cuando Marjorie salió a hacer recados fuera de la biblioteca el miércoles por la mañana, reunió el valor y registró su despacho para ver si descubría algo sobre la señora Coulter, la asesora. No encontró nada, pero el subidón de adrenalina que le había producido esa actividad de espía infiltrada la tuvo con los nervios de punta el resto del día.

El jueves, June estaba ayudando a un usuario con la solicitud *online* del pasaporte cuando oyó una voz que conocía bien detrás de ella. Llevaba evitando a Alex desde aquella desagradable llamada de teléfono, incluso se había saltado su pedido habitual en el restaurante chino del lunes, así que

oírlo de repente tan cerca hizo que se acalorara. Miró por encima del hombro y vio que estaba enfrascado en una conversación con Stanley.

—Y ella ¿te ha dicho algo más? —decía Stanley en voz baja.

—No, solo lo que te conté ayer.

—¿Qué crees que significa? ¿Debería…?

—Perdone, señorita. —El hombre al que estaba ayudando la miraba fijamente—. ¿Qué es lo que tengo que hacer ahora?

—Perdone —contestó muerta de vergüenza.

¿Estarían hablando de la llamada del sábado? Ya era bastante horrible que él se hubiera dado cuenta de lo patética que era, pero se lo había contado a Stanley también. June continuó de espaldas a ellos mientras seguía ayudando al hombre a rellenar la solicitud y rezaba para que Stanley y Alex no se fijaran en que estaba allí.

Pero unos minutos después, sintió que alguien se acercaba a ella por detrás.

—Hola, desconocida.

No se sentía con fuerzas para enfrentar la cara de compasión de Alex, así que mantuvo los ojos fijos en la pantalla del ordenador que tenía delante.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Bien. —Escribió algo en el teclado, confiando en que él no se fijara en que le temblaban las manos.

—No viniste al restaurante al lunes y me preocupaba que…

—Perdona, es que estoy ayudando a un usuario —contestó antes de que pudiera terminar.

Oyó un leve suspiro detrás de ella y un momento después notó que Alex se iba.

Terminó lo que estaba haciendo y volvió al mostrador. Stanley estaba sentado en su silla de siempre y June vio que la miraba al pasar, pero no le dijo nada. En cuanto se sentó, la señora Bransworth entró corriendo por la puerta principal.

—¡Esos desgraciados! —gritó—. ¡Malditos canallas mentirosos y manipuladores!

Todos los que estaban en la biblioteca se volvieron para mirarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Stanley.

—He ido a la tienda para ver cuántas firmas tenía nuestra petición y Naresh me ha dicho que alguien las ha robado.

—¡No! ¿Y en el *pub*?

—Desaparecidas también. Dicen que alguien se las llevó de la barra ayer.

—Oh, Dios mío. Teníamos casi quinientas firmas de apoyo a la biblioteca y se han perdido todas.

—Pues empezaremos otra vez —afirmó ella.

—¿Y si las roban también?

Todos se quedaron callados un momento y June se dio cuenta de que estaban intentando encontrar desesperadamente alguna idea.

—Tal vez deberíamos probar con una de esas peticiones *online* que nos sugirió Chantal —propuso Stanley.

—Supongo que podemos intentarlo —accedió la mujer, aunque no sonaba muy segura.

—No me puedo creer que alguien sea capaz de rebajarse hasta el punto de robar una petición de firmas. —Stanley sacudió la cabeza—. ¿Quién haría algo así?

—Probablemente los del Gobierno regional —contestó la señora Bransworth—. A menos que sea alguien que está más cerca…

Y al decirlo miró a June. Durante un segundo sus miradas se cruzaron, pero ella apartó la vista rápidamente.

—No creas que no me he dado cuenta de que andas merodeando y escuchándonos a hurtadillas —le gritó la anciana tan alto que todos los que estaban en la biblioteca se quedaron callados—. ¿Qué diría tu madre si supiera que estás contribuyendo a que cierren la biblioteca? Eres una deshonra, June. Tu madre se avergonzaría de ti.

Esas palabras fueron como un puñal en su corazón. Por un segundo, estuvo a punto de responder, también a gritos, que ella era Matilda, que los estaba ayudando a luchar, pero, en vez de eso, salió corriendo hacia el fondo de la biblioteca con los ojos llenos de lágrimas.

¿Todo el mundo pensaba eso de ella? ¿También Stanley? Cerró los ojos y se obligó a no llorar. Necesitó varios minutos para recuperar la compostura, pero, cuando regresó al mostrador, la señora Bransworth y Stanley se habían ido a la zona de ordenadores, donde no pudiera oírlos. Al parecer,

iban a preparar una petición de firmas *online,* que estaba muy bien, pero ¿cómo la iba a encontrar la gente del pueblo? La petición en papel la habían dejado en lugares muy frecuentados para que todos la pudieran ver, pero June sabía que muchos de los habitantes del pueblo no se iban a enterar de cómo iba lo de la petición *online.* Si hubiera alguna forma de correr la voz sin que nadie supiera que era ella…

Miró a los dos ancianos otra vez y entonces se le ocurrió una idea. Sintió una oleada de entusiasmo. Sí, eso era justo lo que haría Matilda.

POCO ANTES DE medianoche, June salió de casa con su mochila y bajó la colina en dirección a The Parade. Las calles estaban totalmente vacías a esa hora de la noche, pero aun así había tomado la precaución de llevar ropa oscura y una gorra de béisbol de su madre con la visera muy calada sobre la cara.

El edificio de la biblioteca estaba a oscuras y la torre del reloj no era más que una silueta a la luz de la luna. Comprobó que no hubiera nadie por allí cerca, abrió la puerta y se coló dentro. El interior de la biblioteca estaba negro como el carbón, pero conocía ese espacio como la palma de su mano y fue capaz de sortear las mesas y las estanterías sin chocarse con nada. Cuando llegó a los ordenadores, encendió uno, giró el monitor para que no se viera el destello de luz por la ventana y se puso a escribir.

Una hora después, June salió y cerró la puerta de la biblioteca. La mochila que llevaba a la espalda pesaba más después de su visita, así que se la colgó en los dos hombros y se alejó en dirección a la tienda del pueblo. Al otro lado de la carretera había una persona paseando a su perro por delante del *pub,* silbando bajito, y se ocultó entre las sombras hasta que pasó. Después metió la mano en la mochila y se puso a trabajar.

A LA MAÑANA siguiente, June llegó a la biblioteca a las nueve, como siempre. Solo había dormido dos horas, pero a pesar de ello se puso a canturrear mientras empezaba con la rutina habitual. A las nueve y cuarto oyó que se abría la puerta

principal y entró Marjorie como una tromba.

—¿Has visto lo que hay ahí fuera? —chilló. Esa fue su forma de saludarla.

—¿Qué ocurre, Marjorie?

—¡Han forrado de carteles todo The Parade!

—¿Ah, sí? —exclamó con toda la sorpresa que fue capaz de fingir—. No me he dado cuenta cuando he venido esta mañana.

—Pues no sé cómo no lo has visto. Todas las fachadas de los edificios están forradas con esto. —Marjorie agitó un papel delante de ella y después se lo leyó—. «Si te importan los libros y la educación, firma la petición de la biblioteca de Chalcot… Si crees que todos los niños merecen el mejor principio en la vida, firma la petición de la biblioteca de Chalcot… Si quieres apoyar a los más necesitados de nuestra comunidad…» Etcétera, etcétera. Y debajo está el enlace de la petición *online*.

—Vaya. Han tenido que ser los del ABC —sugirió, intentando permanecer impasible.

—Hay cientos de carteles como este ahí afuera. El pueblo está hecho un asco. He tenido que llamar a Brian, como representante oficial de la localidad que es, y se ha puesto furioso por este desastre.

Cuando Marjorie se fue agitada al despacho, June se volvió para mirar por la ventana de la biblioteca. The Parade estaba llena de gente esa mañana, y había pequeños grupos reunidos delante del *pub* y de la panadería leyendo los carteles que ella había pegado durante la noche. Sacó el teléfono y abrió la nueva petición *online* en defensa de la biblioteca del ABC en un navegador. Setecientas ochenta y nueve firmas, decía la página.

Se permitió sonreír un poco, guardó el teléfono y siguió con su trabajo.

Capítulo dieciocho

OBSERVÓ A UN hombre de veintipocos años, vestido con ropa demasiado abrigada para la estación, que estaba despatarrado en un rincón jugando en el teléfono. Durante la última hora apenas había apartado la vista de la pantalla, enfrascado en el juego que lo tenía tan ocupado. Tenía la piel muy pálida, como si no pasara suficiente tiempo en el exterior, y ella decidió que era un vampiro que se estaba escondiendo en la biblioteca para evitar el sol abrasador. Antes se había comido una bolsa de aperitivos Monster Munch con sabor a rosbif, así que estaba claro que tenía antojo de carne. En cualquier momento iba a tirar su teléfono y acercarse a Vera, que lo miraría alarmada. Entonces se inclinaría, abriría la boca y diría…

—¡Esto es una biblioteca pública, no una casa de citas! —Marjorie sacó a dos adolescentes rojos como tomates del baño—. Sé que hace calor fuera, pero vais a tener que buscar otro sitio. —Los acompañó hasta la puerta y vio cómo salían corriendo agarrados de la mano.

Era finales de agosto y una ola de calor había paralizado Chalcot. Las cestas colgantes con flores de The Parade hacía mucho tiempo que se habían secado, la tienda se quedaba sin helado a las pocas horas de que le trajeran nuevos suministros y habían emitió un bando que prohibía regar con mangueras que estaba volviendo locos a todos los jardineros.

El edificio más fresco del pueblo era la biblioteca; los gruesos muros de piedra y los techos altos hacían que la temperatura en el interior fuera casi soportable. Se había convertido en el lugar más concurrido de la localidad.

Cuando June abría las puertas cada mañana se encontraba a Stanley y a una cola de pensionistas impacientes, que se abrían paso para hacerse con los sitios privilegiados junto a la ventana. Se quedaban allí todo el día, abanicándose con los

folletos que cogían del expositor, quejándose de que tenían los tobillos hinchados y pidiendo vasos de agua. Cuando no estaba atendiendo sus peticiones, tenía que estar en la sala infantil, haciendo de animadora aficionada para una docena de niños inquietos mientras sus padres o cuidadores miraban desganados sus teléfonos.

Marjorie fue al mostrador donde estaba June.

—¿Sigues pensando en ir a Winton esta tarde?

—No sé si podré con este calor. ¿Necesitas que haga algún turno extra?

—No. Necesito tres bandejas plateadas para tartas de la tienda de menaje que hay en la calle principal de Winton. ¿Puedes recogerlas y traérmelas?

—Sí.

—Gayle me acaba de decir que, además de la tarta de boda grande, quiere *cupcakes,* así que tengo que preparar cien, aparte de todo lo demás.

Se entretuvo con el registro de unos libros para no tener que hablar sobre la boda. Solo pensar en la despedida todavía hacía que le doliera todo el cuerpo por la humillación, y ya habían pasado dos semanas.

—Por cierto, ¿sabes en qué están metidos esos Amigos de la Biblioteca de Chalcot? —preguntó Marjorie—. Han estado muy callados desde el incidente de los carteles, y eso es muy raro.

—No tengo ni idea.

—Pues estate atenta. No quiero más sorpresas desagradables.

A MEDIODÍA SALIÓ de la biblioteca, tomó el autobús y se bajó en la calle principal de Winton en medio de la marea de compradores y peatones. Odiaba las multitudes, y más con ese calor, pero agachó la cabeza y se obligó a unirse a la marabunta. Solo tenía que recoger las bandejas para las tartas de Marjorie, pasarse por los grandes almacenes Marks & Spencer para comprar su habitual *pack* ahorro de bragas blancas de cintura alta y después podría ir a la parada del autobús para regresar a casa.

Mientras recorría la calle principal, se fijó en una tienda a

su izquierda que no había visto antes. Tenía la fachada morada y en el escaparate había un maniquí que llevaba ropa interior negra. Era mucho más sofisticada que las cosas que ella se ponía normalmente y seguro que valía el doble. Pero la ventaja era que se evitaría los diez minutos de caminata hasta los grandes almacenes, soportando a aquella multitud. Así que giró a la izquierda y entró en la tienda.

—Hola, ¿puedo ayudarla en algo? —Una chica joven con varios *piercings* en la cara la saludó en cuanto cruzó la puerta.

—Gracias, solo estoy mirando —contestó, y avanzó un poco más, pero la dependienta la siguió.

—Tenemos un quince por ciento de descuento en todos los juguetes, así que ha venido en el momento perfecto.

A June aquello no le había parecido una juguetería. Miró a su alrededor por primera vez y puso los ojos como platos al ver que había docenas de cajas que contenían unos objetos que parecían pintalabios. Cogió uno y estuvo a punto de soltarlo inmediatamente y dejarlo caer.

—Dios, ¿eso es un…?

—Es el Python morado, con siete velocidades. Es uno de los que más se vende.

Estaba tan atónita que no sabía dónde mirar.

—También tenemos una oferta de dos por uno en balas vibradoras. —La mujer le tendió un objeto pequeño y esférico.

—Perdona, creía que era una tienda de ropa interior.

—También tenemos lencería. Está allí. —La dependienta la acompañó a un perchero en el que había colgada una selección de lencería de encaje. June vio con alivio unas bragas blancas que parecían normales y las cogió, pero entonces se dio cuenta de que estaban abiertas por abajo.

—Supongo que no está familiarizada con todo esto. El conejito es un juguete adecuado para principiantes —sugirió la chica, y le mostró una caja que contenía un objeto gigante rosa.

Estaba desesperada por salir de aquella tienda, pero no sabía cómo escapar, sin ser maleducada, de la dependienta demasiado entusiasta, que se acercaba a ella con un objeto plateado con pinta aterradora.

—Me voy a llevar estas —dijo, y le tiró las bragas abiertas.

—Muy buena elección. Tiene un sujetador con agujeros y un liguero a juego, ¿quiere llevárselos también?

—No, con eso es suficiente, gracias.

—¿Quiere hacerse una tarjeta de fidelidad? Tendrá un descuento…

—Nada más, gracias, tengo prisa. Muchas gracias por su ayuda.

Agarró la bolsa morada y salió corriendo de la tienda. Al hacerlo, chocó con alguien que pasaba.

—Pero qué casualidad…

June levantó la vista y se encontró a Linda muy sonriente y con las cejas levantadas.

—Me alegro por ti, cariño.

—Creía que era una tienda de lencería —confesó.

—¿Te has comprado algo bonito? —Linda miró la bolsa que tenía en la mano—. ¿Y es para ti? ¿O es un regalito para Alex?

—¡Déjalo ya! —chilló y Linda soltó una carcajada.

—Oh, ojalá pudieras verte la cara ahora mismo. Vamos, te invito a un té para que te relajes. —La llevó a una cafetería que había al otro lado de la calle—. Escoge una mesa mientras pido el té.

June encontró una junto a la ventana. Nunca había estado en ese café y era un poco cavernoso, con suelos de madera y paredes de ladrillo visto. Había mucha gente sentada a un montón de mesitas, charlando o trabajando con sus ordenadores. Era elegante, pero ella prefería el café alternativo que había al final de la calle, con sus sofás desparejados y su propietario excéntrico.

—Toma, te he traído también un trozo de tarta —dijo su vecina mientras dejaba la bandeja en la mesa.

—Gracias, Linda. Me has salvado otra vez.

—Me alegro de haberte encontrado. Hace días que quiero pasar a verte.

—¿Qué ha hecho *Alan Bennett* esta vez?

—No ha sido él. Vi esto en el escaparate de la tienda del pueblo el otro día y pensé que tal vez te podía venir bien. —Linda buscó en su bolso, sacó una hoja de papel arrugado y se la dio.

¿Tienes libros que ya no necesites? En la residencia de ancianos Cherry Tree House necesitamos desesperadamente libros de segunda mano para nuestros residentes. Aceptamos todos los géneros.

—Creí que sería un buen lugar para algunos de los libros viejos de tu madre —comentó Linda.

—Gracias —dijo y se guardó el papel en el bolso antes de que la otra pudiera continuar.

—¿Qué tal te van las cosas con Alex? ¿Habéis tenido más citas?

—Ya te dije que no era una cita. Solo somos amigos.

—Qué pena. Es muy guapo. ¿Es que no te gusta?

—No —contestó sin atreverse a mirar a Linda a los ojos—. Además, tiene novia.

—¿Estás segura? George no me lo ha comentado y eso que lo he frito a preguntas sobre Alex.

—Segurísima. —June pinchó un trozo de tarta de zanahoria con vehemencia.

—¿Te ha hablado Alex de ella?

—No, pero la he oído por el teléfono.

Linda frunció el ceño.

—Qué raro. Me pregunto por qué se la oculta a todo el mundo. Tal vez sea fea, tonta o algo.

—¡Linda, no digas eso! Seguro que es guapa y lista.

June se imaginó a una mujer alta con el pelo largo y sedoso y una voz profunda con un vestido negro muy sexy. Se la imaginó con Alex, teniendo una cita, riéndose de la chica estúpida de Chalcot que no tenía ni vida ni amigos. Se metió un buen trozo de tarta en la boca.

—Pues es una lástima. Pero hay muchos peces en el mar. ¿Sabes que mi Martin está soltero de nuevo?

June sintió que Linda la miraba muy fijamente. Llevaba intentando emparejarla con su hijo pequeño desde que los dos eran adolescentes. Dio un sorbo al té para no tener que responder y se fijó en el logo que había en un lateral de la taza. A primera vista le había parecido una espiral roja, pero al observar con más detenimiento vio que eran dos ces entrelazadas. Trató de recordar dónde había visto ese dibujo antes.

—¡No! —exclamó, y dejó la taza con un moviemiento

brusco.

—¿Qué? Martin no es tan malo, ¿no?

—Este logo… ¿Es el de esta cafetería?

—Sí, es el logo de Cuppa Coffee.

—Cuppa Coffee… Oh, Dios mío.

—¿Qué ocurre, cariño? Parece que has visto un fantasma.

Se acordó de la mujer que había visto en la biblioteca la semana anterior, la que se parecía a la señora Coulter.

—He visto antes este logo. En el portapapeles de una mujer, en la biblioteca.

—¿Y qué? —preguntó Linda.

—Se había reunido con Marjorie y pensé que era una de las asesoras del Gobierno regional, pero ¿y si no lo era? ¿Y si trabaja para Cuppa Coffee?

—Lo siento, pero no te sigo.

June miró a Linda con los ojos desorbitados.

—Espero equivocarme, Linda, pero creo que Cuppa Coffee está intentando comprar la biblioteca de Chalcot.

Capítulo diecinueve

JUNE LLEGÓ A la biblioteca una hora después. Esperaba encontrar el lugar patas arriba, pero estaba tan tranquilo como siempre. No había rastro de la señora Bransworth ni de Stanley. Cuando miró su teléfono, vio que no había respuesta al mensaje de Matilda que había enviado. Tal vez no lo habían visto todavía…

—Ya era hora —dijo Marjorie, y se acercó a June, que estaba en la puerta—. ¿Me has traído las bandejas para pasteles?

—Perdona, se me ha olvidado.

—Por todos los santos, solo te he pedido una cosa muy sencilla… —Marjorie puso los ojos en blanco—. Ahora tengo que ir yo a por ellas, así que te va a tocar cerrar.

June la vio salir del edificio. ¿De verdad estaba involucrada en una trama para cerrar la biblioteca? Ella se había pasado todo el trayecto de autobús desde Winton pensando en eso. Por un lado, le parecía absurdo: Marjorie llevaba treinta años trabajando en la biblioteca y, por irritante que fuera, siempre había estado dedicada en cuerpo y alma a ese lugar. Pero la había visto con la mujer de Cuppa Coffee y las había oído hablar del edificio. Y también había oído al marido de Marjorie hablando de sobornar a los consejeros para algo. ¿Y si Brian y Marjorie estaban intentando conseguir que cerrara la biblioteca para abrir allí un Cuppa Coffee? Había hablado de todo eso en los mensajes de Twitter que le había escrito al ABC, ¿por qué no estaban allí montando un escándalo?

El resto de la tarde pasó muy despacio. Intentó sumergirse en su trabajo, pero no se concentraba y no paraba de mirar el teléfono. A las cinco se fue el último de los usuarios, y estaba apagando los ordenadores cuando oyó que se abría la puerta.

—Hemos cerrado —dijo, pero cuando se volvió, se encontró a Stanley en el umbral.

June estuvo a punto de contarle todo lo de Cuppa Coffee, pero se acordó de que él no sabía que ella era Matilda.

—No te preocupes por mí, sigue con lo que estás haciendo —pidió Stanley. Se fue hasta su silla, se sentó y dejó una bolsa a sus pies.

—Pero es la hora de cerrar —insistió—. Tienes que irte.

Algo en la expresión serena de la cara de Stanley la estaba poniendo muy nerviosa.

—Me temo que no me voy a ninguna parte, querida.

—¿Qué quieres decir?

Stanley miró a su alrededor.

—¿Está Marjorie?

—No, solo yo.

—Pues en ese caso supongo que te lo tendré que decir a ti.

—¿El qué?

Stanley se incorporó y se quedó muy erguido en la silla.

—A partir de este momento estoy ocupando oficialmente la biblioteca de Chalcot.

June lo miró de arriba abajo.

—¿Qué?

—El ABC tiene un informador que nos ha dicho que Marjorie y Brian están en tratos con una empresa privada para conseguir que cierren la biblioteca. Así que he decidido ocupar la biblioteca hasta que el Gobierno regional se decida a escuchar lo que tengo que decir.

—Pero no puedo dejar que te quedes aquí fuera del horario oficial. Marjorie me mataría.

—Le diré que me escondí en el baño a la hora de cerrar. Así puedes irte a casa ahora y no estarás involucrada.

No supo qué responder. Seguro que la despedirían por no hacer bien su trabajo si dejaba que Stanley permaneciera en la biblioteca. Pero ¿cómo lo iba a sacar de allí? Tenía ochenta y dos años, pero era mucho más corpulento que ella. No podría sacarlo a rastras del edificio.

—No puedes quedarte a dormir aquí. ¿No se os ocurre otra forma de protestar?

Él la miró con una sonrisita triste.

—Perdona, pero no puedo irme y dejar que vendan la biblioteca ante nuestras narices.

Lo miró sin saber qué hacer.

—Pero no puedo dejarte aquí así.

—No te preocupes. Cuidaré este sitio como si fuera mi casa.

—Pero Marjorie…

—No te preocupes por ella —interrumpió Stanley—. A veces hay que infringir las normas si las cosas te importan, June. Y a mí me importa mucho la biblioteca de Chalcot.

Ella se quedó paralizada por la indecisión. ¿Debería llamar a Marjorie para advertirle? Pero entonces ella le exigiría que echara a Stanley o la culparía por todo aquello. Tal vez lo más fácil sería dejar que pasara la noche allí y que Marjorie tratara con él a la mañana siguiente.

Se dirigió a regañadientes hacia el despacho para recoger su bolso. Cuando salió, él seguía en su silla y estaba leyendo el periódico.

—¿De verdad tienes que hacer esto, Stanley?

Él levantó la vista del periódico.

—Me temo que sí, muchacha. Pero no te preocupes, que haré lo que sea necesario para que no tenga consecuencias negativas para ti.

June fue a la puerta y apagó las luces. Entonces miró a Stanley: un anciano con un traje de *tweed.* Y en ese momento le vino una imagen de su madre, de pie junto a aquella misma mesa, ayudando a un usuario. De repente, apartaba la vista de lo que estaba haciendo y la miraba, muy seria.

«¿Qué te da tanto miedo, Junebug?»

Vaciló, con la mano en el picaporte.

«Imagínate: veintiocho años y no haber hecho nada de nada.»

Cerró los ojos y oyó el latido de la sangre en los oídos.

«Tu madre se avergonzaría de ti.»

Abrió los ojos y soltó el picaporte.

«¿Qué haría Matilda?»

Se volvió para mirar a Stanley.

—Me quedo contigo —soltó antes de poder evitarlo.

Él la miró atónito.

—¿Qué?

—Me uno a ti, Stanley. Me quedo también.

—Eres muy amable, pero no hace falta. Estoy perfectamente aquí solo.

—Pero una persona no supone una protesta de verdad,

¿no? Si quieres que el Gobierno regional te escuche, necesitas más gente.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero ¿qué dirá Marjorie si te encuentra aquí? No tienes que arriesgar tu trabajo por un viejo tonto como yo.

Se sintió como si estuviera al borde de un precipicio, mirando desde una altura mareante, y durante un segundo se preguntó si debía dar un paso atrás y salir corriendo para refugiarse en la seguridad de su casa antes de que fuera demasiado tarde. Tragó saliva antes de hablar.

—Stanley, tengo que decirte algo.

—¿El qué?

—La verdad es que… Yo soy Matilda.

El anciano la miró perplejo.

—¿Cómo dices?

—Soy yo la que ha estado enviando esos mensajes por Twitter. Y la que llevó a Rocky al salón parroquial. Y quien puso los carteles por todo el pueblo. Tenía demasiado miedo para hacer algo de forma pública y arriesgarme a perder mi trabajo, pero estoy cansada de vivir con miedo.

—¿De verdad? Madre mía, no tenía ni idea. —En la cara de Stanley apareció una sonrisa—. Pero, de todas formas, June, no es lo mismo ayudar de forma anónima que unirte a lo que voy a hacer aquí. ¿Estás segura de que es lo que quieres hacer?

—Sí, segurísima —aseguró ella y, cuando las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que las decía de verdad —. Esta biblioteca es lo más importante de mi vida y quiero luchar por ella. Sean cuales sean las consecuencias.

—¡Hurra! —exclamó Stanley, y dio un puñetazo al aire—. Entonces que empiece la ocupación de la biblioteca de Chalcot.

Capítulo veinte

JUNE CERRÓ LAS puertas con llave desde dentro y se dio la vuelta para mirar a Stanley, que caminaba arriba y abajo.

—Esto es muy emocionante —exclamó—. ¿No tendrás algo de comer aquí?

Ella fue al despacho y encontró un paquete de patatas fritas con sal y vinagre y unas galletas rellenas de crema un poco rancias. También hizo un par de tazas de té y las llevó a donde estaba Stanley. Él había colocado un par de lámparas en el suelo, detrás del mostrador, y estaba sentado en una silla a su lado. Parecía una extraña especie de fogata.

—Es mejor que nadie sepa que estamos aquí por ahora. Así podemos preparar nuestro ataque sorpresa de mañana —comentó.

—Has leído demasiadas novelas de guerra, Stanley. —June colocó el exiguo pícnic en el mostrador y se sentó a su lado—. ¿Qué crees que va a pasar mañana?

—Pues llegará Marjorie y le prohibiremos la entrada —aventuró, y tomó una galleta—. Supongo que llamará al Gobierno regional, que enviará a alguien. Y entonces le expresaremos nuestras peticiones.

—¿Qué peticiones?

—Les pediremos que se comprometan a mantener abierta la biblioteca con financiación pública.

—Pero no lo van a aceptar.

—Pues nos quedaremos aquí hasta que lo hagan.

—¿Y no vais a mencionar mi teoría sobre Cuppa Coffee?

—No, necesitamos pruebas para poder ir a la policía con ese tema.

Al oír la palabra «policía», sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Crees que vendrán a detenernos?

—Técnicamente no estamos infringiendo la ley si no

causamos ningún desperfecto. Si quieren que nos vayamos, tendrán que ir al juzgado para pedir una orden de desalojo, y eso les llevará semanas.

Se imaginó allí dentro de varias semanas, Stanley y ella, los dos solos, comiéndose los libros para evitar la inanición.

—Parece que sabes muy bien cómo va todo esto. ¿Has ocupado algún otro sitio antes?

—¿Una protesta política? Por todos los santos, no. —Parecía que iba a decir algo más, pero lo único que hizo fue tomar otra galleta.

—¿Y con qué nos entretenemos?

—Pues podemos conocernos mejor. —Stanley se arrellanó en su asiento y envolvió la taza caliente con ambas manos—. Llevo años viéndote en la biblioteca, pero sé muy poco de tu vida fuera de estas cuatro paredes.

—Me temo que no hay mucho que contar.

—No digas tonterías. Empieza por el principio. ¿Naciste en Chalcot?

—No, en Bath, pero nos mudamos aquí cuando tenía cuatro años. Mi madre heredó la casa al morir mi abuelo, y nos vinimos cuando consiguió el trabajo en la biblioteca.

—¿Y tu padre? Creo que no he tenido el placer de conocerlo.

—Yo tampoco.

El sol estaba muy bajo en el cielo y hacía que las estanterías proyectaran largas sombras. June arrancó una diminuta astilla del mostrador.

—Siento oír eso —contestó Stanley un momento después—. ¿Me dejas tomarme la libertad de hacerte otra pregunta?

—Claro.

—¿Alguna vez has sentido que te has perdido algo por no tener padre?

Ella pensaba muy pocas veces en el hombre que la había concebido, así que la pregunta la pilló desprevenida.

—La verdad es que no. Se burlaban un poco de mí en el colegio, pero mi madre era tan estupenda que hizo de madre y de padre.

Stanley miraba al horizonte, perdido en sus pensamientos, y June se puso a examinar la biblioteca en busca de un espacio en el que poder dormir.

—Tengo un hijo —dijo de repente Stanley.

—Lo sé. He visto que le escribes correos.

Cerró los ojos un momento.

—Es un poco más complicado de lo que parece. Hace mucho que no veo a Mark.

—Estados Unidos está muy lejos.

—No, muchacha, me has entendido mal. —Guardó silencio un momento—. No fui muy buen padre. Tenía problemas graves con el alcohol. Mi mujer… mi exmujer… decidió que yo no era bueno para él.

June estaba tan sorprendida que no supo qué decir. Stanley siempre le había parecido un caballero. Era la última persona que se habría imaginado teniendo un problema con el alcohol.

—Me dejaron cuando Mark tenía trece años —continuó Stanley—. Kitty tenía familia en California y los dos emigraron allí. Eso fue hace treinta y dos años.

—¿Y no has visto a tu hijo desde entonces? —Intentó que no se trasluciera en su tono la perplejidad que sentía.

—Fui a visitarlos una vez, un año después de que se fueran. Y él vino a verme cuando cumplió dieciocho. No estaba en muy buenas condiciones entonces y me temo que estropeé las cosas.

—Lo siento mucho. —Extendió una mano hacia él, pero Stanley negó con la cabeza como para rechazar la compasión.

—Fue todo culpa mía. El alcohol y yo no casábamos bien, y tomé muy malas decisiones. Kitty hizo bien yéndose lejos.

—Pero ya no eres así. Ahora podrías ser un padre maravilloso.

—Eres muy amable por decir eso. Y tengo que admitir que por eso le he estado escribiendo. Pero al oírte hablar me doy cuenta de que está mejor sin mí. Mark tiene cuarenta y cinco años ahora mismo y, por lo que sé, le va bien. ¿Por qué iba a querer que formara parte de su vida?

—Stanley, no digas eso. Nuestras situaciones son totalmente diferentes. Mi padre ni siquiera sabe que existo. Tu hijo te conoce y le has estado enviando todos esos correos. Seguro que…

Un golpetazo tremendo en la puerta interrumpió sus palabras. Los dos se tiraron al suelo.

—¿Quién será? —preguntó ella en un susurro—. ¿Crees que habrá venido la policía?

—Voy a ver. —Stanley empezó a gatear por el suelo de la biblioteca.

June se encogió detrás del mostrador, con el corazón martilleándole las costillas. Los golpes no cesaron y se volvieron más fuertes e insistentes. Luego vio el haz de luz de una linterna pasar por delante de las ventanas. Fuera quien fuera, estaba enfadado y desesperado por entrar. Justo cuando estaba a punto de gritar, oyó que Stanley exclamaba «¡Oh!», y abría la puerta. Cuando miró por un lateral, vio a la señora Bransworth, que entraba muy indignada en la biblioteca.

—He pasado por delante y he visto luz dentro. ¿Qué demonios estáis haciendo aquí los dos?

—Estamos ocupando la biblioteca —explicó Stanley—. Y June es Matilda. Ella ha sido nuestra informante todo este tiempo.

—¿Tú eres Matilda? —La señora Bransworth la miró como si se hubiera vuelto loca—. Pero si nunca has mostrado interés por ayudarnos.

—Perdón. Es que el Gobierno regional nos ha amenazado a los trabajadores de las bibliotecas con despedirnos si nos involucramos en las protestas, así que os he tenido que ayudar de manera anónima.

—Maldita sea. Yo que pensaba que eras una esquirola y resulta que eres una de los nuestros. —La señora Bransworth le dio un golpe en el brazo con mucho entusiasmo—. Pues bienvenida a la lucha, hermana.

—Gracias —dijo frotándose el lugar del golpe, que le había dolido.

—Hemos decidido que ya es hora de demostrarle a esos politicuchos que vamos en serio —comentó Stanley mientras los tres se sentaban—. Por eso estamos ocupando la biblioteca.

—Tienes toda la razón. Ya es hora de recrudecer la campaña. Hace años que no participo en una ocupación. —A la anciana le brillaban los ojos.

—Stanley cree que enviarán a la policía —comentó June.

—Pues que lo hagan. Yo me he enfrentado a cañones de

agua, gas lacrimógeno y a diferentes tácticas de contención. Unos cuantos policías rurales no me dan miedo.

—¿Has sentido miedo en alguna de las protestas en las que has participado?

La señora Bransworth la miró con indignación.

—¿Crees que las sufragistas estaban asustadas cuando se encadenaban a las verjas? ¿O que Rosa Parks tuvo miedo cuando la detuvieron en el autobús?

—Pero nosotros no somos como ellas.

—¿Por qué no?

June sintió vergüenza por tener que explicárselo.

—Es obvio que la biblioteca es vital para nosotros y nuestra comunidad, pero ellas protestaban por cosas universales, de enorme importancia, como el voto para la mujer o el fin de la segregación racial.

—Y nosotros luchamos por la igualdad social, la alfabetización y el futuro de nuestros niños. —La anciana le clavó un dedo—. ¿Sabes que en los últimos diez años han cerrado casi ochocientas bibliotecas en este país? Y habrá más si este maldito Gobierno se sale con la suya. Es cierto que nosotros somos un pueblo pequeño, pero esto es más grande que nosotros. Tenemos que luchar por la biblioteca de Chalcot como si fuera la última del planeta.

—Bien dicho —apoyó Stanley, y alzó su taza.

—Y en respuesta a tu pregunta, June, no. Nunca he tenido miedo cuando luchaba por algo que creía que era lo correcto.

—Pues yo estoy aterrorizada —confesó abrazándose las rodillas.

—¿Por qué? ¿Por si te detienen? —La señora Bransworth la miró sin poder creérselo.

—No. Por todo.

Le dio un sorbo al té tibio. Nadie dijo nada y ella inhaló el aroma reconfortante del edificio y de todas las historias que encerraba. Durante un breve momento se permitió imaginar el cierre de la biblioteca (cómo se llevaban los libros y el espacio acababa convertido en una cafetería como aquella en la que había estado horas antes), y la embargó una enorme oleada de tristeza.

—Creo que los recuerdos más felices que tengo son de mi madre y yo juntas.

—Tienes que echarla muchísimo de menos. —Stanley le dio una palmadita en una rodilla.

—Después de morir, el dolor… lo consumía todo. Había dedicado tres años de mi vida a cuidarla y, si ella no estaba, me daba la sensación de que no me quedaba nada. Creo que lo único que me mantuvo en pie fue el trabajo en esta biblioteca.

—El dolor tiene consecuencias extrañas —dijo la señora Bransworth—. Yo perdí a alguien hace mucho tiempo y durante años también perdí el deseo de luchar y de protestar. Solo quería hacerme un ovillo y dormir.

—¿Estuviste casada? —preguntó Stanley.

—No, maldita sea. Nunca les he visto la gracia a los hombres. Pero mi compañera… —Se detuvo. June nunca antes había visto que se quedara sin palabras.

—¿Y cómo gestionaste el dolor?

—Me di cuenta de que si iba por ahí hecha polvo y autocompadeciéndome, no estaba honrando su memoria. Ella me quería porque era feroz, ruidosa y un grano en el culo. Y si no seguía con mi vida, y me ocultaba y me dejaba llevar por el miedo, la estaba decepcionando.

—¿Y qué hiciste?

—Fui a protestar contra el *poll tax*, aquel impuesto local que obligaba a los ciudadanos a contribuir por igual, y acabé detenida en medio de los disturbios. Me pasé tres días en el calabozo.

—Madre mía —exclamó Stanley.

—Pero eso me hizo volver a sentirme viva. Por primera vez desde que ella murió.

June se arrellanó en su silla. ¿Cuándo se había sentido ella viva de verdad? Repasó mentalmente los ocho años que habían pasado desde que había muerto su madre, pero solo vio imágenes de ella en su casa, a solas con sus libros. Eso no era vida, ¿verdad? Y entonces recordó cómo se había sentido cuando vio la noticia sobre lo de Rocky (esa emoción secreta al saber que eso lo había conseguido ella), y la noche que pasó recorriendo Chalcot a hurtadillas para pegar carteles.

—Creo que todos deberíamos descansar un poco —dijo la presidenta, y se puso de pie.

June recogió las tazas y fue a rebuscar en la caja de objetos

perdidos. Encontró un abrigo sin dueño y se lo llevó a Stanley.

—Por si tienes frío —le dijo.

—Gracias, muchacha. Mañana va a ser un día muy largo. Duerme un poco.

La hizo juntar unas cuantas sillas para improvisar una cama mientras la señora Bransworth se hacía una especie de colchón con su abrigo ribeteado con pelo al lado de la estantería de los audiolibros. Se quedó alucinada al ver la facilidad con la que se habían acomodado.

Ella se tumbó en un rincón, junto a la estantería de ficción A-E y cerró los ojos, pero no estaba cansada. Era muy consciente de los ruidos que hacían sus compañeros, de los movimientos y las respiraciones. Se dio cuenta de que era la primera noche que pasaba con otra persona desde que su madre murió. Cambió de postura, pero la mente le iba a mil por hora, así que unos minutos después se levantó y se fue hacia la pila de libros ilustrados del carrito de las devoluciones. Los llevó a la sala infantil y empezó a colocarlos en las estanterías.

Ahlberg, A., Alborough, J., Antony, S. Habían redecorado la sala infantil años atrás, pero June todavía se acordaba de cómo estaba cuando ella era pequeña. Donde estaba el mural, antes había un dibujo de Winnie the Pooh, y habían sustituido el sofá en miniatura que había junto a la ventana por una mesa con sillas.

Campbell, R., Carle, E., Child, L. Recordó a su madre sentada allí, leyendo cuentos a un grupo de niños. Y fue allí también donde ella había leído por primera vez un libro sola, recitando las palabras en voz alta mientras su madre la escuchaba sonriendo.

Dahl, R., Donaldson, J. Años después, cuando su madre estaba en las últimas fases del cáncer y vivía en la residencia para enfermos terminales, insistió en ir a la biblioteca una última vez. Fue un follón tremendo organizar la ambulancia y todo el equipo médico necesario, pero cuando llegaron, June llevó la silla de ruedas de su madre a la sala infantil y las dos vieron a Marjorie dirigir la sesión de canciones infantiles mientras Beverley cantaba con los niños.

Hargreaves, R., Hill, E., Hughes, S. Ese último recuerdo

hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas, así que se acurrucó en el suelo y las dejó caer en medio de la oscuridad. Cada centímetro de aquella habitación estaba cubierto de recuerdos, el ADN de su madre estaba entretejido con la alfombra para los cuentos y los libros gastados. Si se perdía la biblioteca, ella perdería a su madre de nuevo. Y eso era algo que no podía permitir que ocurriera.

Capítulo veintiuno

EN ALGÚN MOMENTO, June se quedó dormida, porque cuando abrió los ojos estaba tumbada en el suelo, tapada con el abrigo que le había dado a Stanley. Ya había salido el sol y unos rayos de luz oblicuos iluminaban los libros de la sala infantil. Se levantó, se desperezó y fue a la sala principal.

—Pero ¿qué…?

Todas las paredes vacías ahora estaban cubiertas con carteles que decían: NO TOQUÉIS NUESTRA BIBLIOTECA y SALVEMOS LA BIBLIOTECA DE CHALCOT.

—Hemos redecorado —anunció la señora Bransworth mientras colgaba otro cartel sobre una foto enmarcada de la reina.

—¿Cuántos hay? —preguntó June.

—Cuarenta y cinco, para ser exactos. Los he hecho todos yo solo en el ordenador —reconoció Stanley muy orgulloso.

Saltó de la silla en la que se había subido.

—¿A qué hora llega la dragona?

—Más o menos a las nueve y cuarto —respondió.

—Bien, tenemos dos horas para prepararlo todo.

—Prepararlo ¿para qué?

—No nos vamos a quedar aquí sentados, tomando té todo el día. Esto es una guerra y tenemos que planear el ataque.

LAS HORAS SIGUIENTES pasaron en un torbellino de actividad. Stanley escribió e imprimió cientos de panfletos sobre la protesta, en los que explicaba por qué estaban ocupando la biblioteca y qué pretendían con ello. Recolocó las mesas para maximizar el espacio y escribió a mano carteles en varios folios, que colgó en las ventanas de la fachada para que los vieran los transeúntes. Tras tanto tiempo en la sombra, solo observando, June se sentía genial al trabajar por fin con la señora Bransworth y Stanley, como parte del equipo.

La anciana estaba examinando la puerta.

—Oye, June, necesitamos algo grande y pesado que no se pueda mover con facilidad.

Miró alrededor y vio el antiguo carrito de las devoluciones. Entre las dos lo llevaron hasta la puerta y la anciana le explicó que serviría de barricada, para atrancar la puerta si las cosas se ponían feas.

—¿Qué quieres decir con que las cosas se pongan feas?

Ella se encogió de hombros y le dijo que localizara a «esa mujer escuálida de las noticias» para ver si quería informar de la ocupación.

A las nueve y diez lo tenían todo listo y estaban esperando tras la puerta cerrada a que llegara Marjorie.

—¿Estás segura de que quieres que te vea aquí? —le preguntó Stanley a June—. Todavía estás a tiempo de esconderte y le diremos que te fuiste anoche.

Ella inspiró hondo antes de responder.

—No, no quiero esconderme más.

—Muy bien —la animó él, y le dio un apretón en el brazo.

—¿Qué le vamos a decir cuando llegue? —preguntó.

—Que no puede entrar hasta que el Gobierno regional acceda a mantener abierta la biblioteca.

—¿Habéis visto alguna vez a Marjorie enfadada? No hay forma de que se vaya a quedar de brazos cruzados.

—Tú tampoco me has visto enfadada a mí —respondió la señora Bransworth, y le guiñó un ojo.

Un momento después vieron a Marjorie cruzando la calle en dirección a la biblioteca con una mirada asesina.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gritó mientras se acercaba—. ¿June?

—Se trata de una protesta política —gritó la señora Bransworth desde el otro lado de la puerta—. Esta biblioteca está ocupada y permanecerá así hasta que accedan a nuestras peticiones.

—¡Pero qué estupidez! Dejadme entrar.

No se movieron.

—¡June, abre la puerta!

Ella lo hizo, solo una rendija.

—Lo siento, Marjorie. No puedo quedarme sentada sin decir nada durante más tiempo.

—Ya sabes lo que significa esto, ¿verdad? —amenazó Marjorie—. No voy a poder protegerte.

Ella asintió y se sintió mal.

—Queremos hablar con un representante político para entregarle nuestras peticiones —intervino Stanley—. Hasta que eso ocurra, no puede entrar nadie. Gracias.

—Oh, por todos los santos. No tengo tiempo para esto. ¿Tenéis idea de lo ocupada que estoy?

—Nos vamos a quedar aquí todo el tiempo que haga falta —aseguró la anciana—. ¡Abajo los recortes en la biblioteca! ¡Abajo el Gobierno regional!

Marjorie los atravesó a los tres con la mirada.

—Muy bien, los llamaré. Pero no os atreváis a estropear nada en mi biblioteca.

Se dio la vuelta y volvió a cruzar la carretera. June cerró la puerta. Le temblaban las manos.

—Primera fase completada —dijo Stanley satisfecho—. Vamos a tomarnos una taza de té, ¿qué os parece?

DURANTE LAS HORAS siguientes, según fue apareciendo gente que quería hacer uso de la biblioteca, June, Stanley y la señora Bransworth se dedicaron a entregar panfletos y explicar lo que estaban haciendo. Algunos parecieron confusos y se fueron, pero la mayoría les mostró su apoyo. A mediodía había unas treinta personas dentro, todas charlando muy animadamente. Algunos habían traído sándwiches de la panadería. June acababa de sentarse a comerse uno cuando oyó un grito de la presidenta.

—¡Los del Gobierno regional están aquí!

Todos se arremolinaron junto a la ventana.

—Mirad, es Richard Donnelly y la tal Sarah —comentó Stanley—. Y también ha venido Brian Spencer. Me pregunto dónde estará Marjorie.

Por encima de las cabezas de los demás vio que el grupo llegaba a la puerta cerrada. Richard tenía los brazos cruzados.

—Está bien, ya han montado este jaleo para conseguir publicidad y nosotros hemos venido. Abran para que podamos hablar —gritó por la ventana.

—No, hasta que accedan a nuestras peticiones —insistió

Stanley, que abrió la puerta una rendija y les pasó un montoncito de panfletos.

La señora Bransworth leyó lo que decían en voz alta.

—Nosotros, los Amigos de la Biblioteca de Chalcot, queremos hacer las siguientes peticiones. Uno: que se comprometan a mantener abierta la biblioteca con financiación completa. Dos: que se garantice la seguridad de la biblioteca en el futuro. Tres: que el edificio no se venda, y menos aún a una multinacional o una cadena. No queremos que las grandes corporaciones invadan nuestro pueblo, queremos proteger los negocios locales independientes. Cuatro…

—Un momento —interrumpió Richard—. Parece que aquí ha habido un malentendido.

—¿Es que niega que el Gobierno regional está pensando en vender el edificio? —preguntó.

—Creo que se han dejado llevar un poco. La consulta todavía está en marcha. No se ha tomado ninguna decisión sobre el futuro de la biblioteca.

—Responda a mi pregunta: ¿han tenido conversaciones con alguna empresa para vender el edificio de la biblioteca?

—No tengo ni idea de qué está hablando —contestó Richard.

June tenía que reconocerlo: o no sabía nada de lo de Cuppa Coffee o era un jugador de póquer excepcional. Pero Brian estaba del color de la remolacha.

—Miren, aquí estamos todos en el mismo lado —dijo Sarah, y se acercó—. Es doloroso para todos, pero tenemos que enfrentarnos a la realidad. Nuestro presupuesto se ha visto reducido de forma drástica y necesitamos asegurarnos de que todos los servicios públicos generen un rendimiento acorde con su coste.

—Y la biblioteca lo hace —respondió Stanley—. Miren toda la gente que la utiliza y los servicios que proporciona.

—¿Pues entonces qué recortamos? —insistió Sarah—. ¿El servicio de la biblioteca o, por ejemplo, el hospital de la localidad? ¿O los colegios? Necesitamos ahorrar en alguna parte.

Hubo un murmullo en el grupo que estaba en la biblioteca.

—Esa pregunta es ridícula —chilló la señora Bransworth y

golpeó el cristal con el puño—. Son los malditos conservadores. No tendría que haber recortes, para empezar.

—Vamos a calmarnos todos, ¿vale? —Sarah levantó las manos en un gesto conciliador—. No hace falta ponerse así. ¿Por qué no nos dejan entrar y hablamos?

—No les vamos a dejar entrar hasta que accedan a nuestras peticiones —repitió Stanley.

—Esto no lleva a ninguna parte —le dijo Richard a Sarah entre dientes—. Tendremos que poner en marcha el plan B.

—Sí, váyanse —gritó la señora Bransworth—. Y no vuelvan hasta que puedan demostrar que la biblioteca estará a salvo.

Todo el grupo se dio la vuelta y se fue, pero Sarah de repente se detuvo.

—Un momento, usted, la que está detrás. ¿Cómo se llama? —dijo señalando por la ventana.

—¿Yo, señora? Me llamo Stanley Phelps.

—No, usted no. La mujer que tiene detrás.

Todo el mundo se giró, y June se dio cuenta de que Sarah la miraba a ella.

—Ella no es nadie —intentó la señora Bransworth.

—Es una trabajadora de la biblioteca, ¿verdad? —preguntó Sarah.

Ella no dijo nada, pero vio que Sarah y Richard se miraban.

—Vámonos de aquí —dijo él.

En el interior de la biblioteca, la gente se apartó de la ventana y retomó sus conversaciones. A June le temblaban las piernas y tuvo que sentarse.

—¿Has visto la cara de Brian Spencer cuando he mencionado lo de que quieren vender el edificio? —preguntó la presidenta—. Parecía a punto de que le diera un ataque.

—¿Cuál creéis que será el plan B del Gobierno regional? —dijo Stanley.

—Supongo que intentarán obtener una orden judicial para que nos desalojen.

—¿Y qué hacemos hasta entonces?

—Podemos hacer algo útil —sugirió la anciana—. No recuerdo cuándo fue la última vez que dieron una mano de pintura a este sitio.

—Puedo ir a la tienda y comprar suministros —se ofreció June, que estaba deseando salir de allí y tomar un poco de

aire fresco.

—No, tienes que comer algo primero —ordenó Stanley—. Parece que esto se va a complicar. Necesitas energía.

A MEDIA TARDE, había más actividad en la biblioteca de la que June había visto nunca. Había corrido la voz de la protesta y había aparecido más gente, y la sala estaba atestada. Todas las sillas estaban ocupadas, había gente de pie charlando y niños correteando entre sus piernas. La señora Bransworth estaba hablando de los méritos del socialismo con un grupo de estudiantes al lado del expositor de las publicaciones periódicas y Stanley estaba sentado en la sala infantil leyéndoles *Los cretinos*, de Roald Dahl, a unos niños. Chantal también estaba, y había traído a varios amigos, y Jackson le iba recitando su haiku a todo el que quería oírlo. Incluso estaba Vera, que hacía las veces de guardia de seguridad junto a la puerta. Miró la sala y sintió una oleada de cariño por todos ellos.

—June, hay algo que deberías ver —gritó Vera.

Cuando llegó a la puerta, vio que Tessa, la periodista, y su operadora de cámara estaban examinando el lugar.

—¿Hoy no hay *strippers*? —preguntó.

—Rocky prefiere que lo denominen «bailarín exótico» —respondió Vera—. Ya le he dicho a June que deberíamos haberlo invitado.

—¿Ha dormido alguien aquí? —continuó Tessa.

—Sí. —June señaló a Stanley y a la señora Bransworth.

—¿Aquellos dos? Cleo, haz un par de planos allí. —Tessa señaló al lugar donde Stanley le estaba leyendo a los niños—. Creo que podemos sacar una buena historia de esto.

June vio que Leila se acercaba a la biblioteca con su hijo Mahmoud, que llevaba una caja de cartón.

—Perdonad, hoy hay un poco de caos aquí —los saludó June cuando llegaron—. Estamos protestando porque el Gobierno regional quiere cerrar la biblioteca.

—Nos hemos enterado —dijo Mahmoud.

Leila lo animó y él le dio la caja a June. Ella abrió la tapa y vio que dentro había varias tartas con una decoración preciosa.

—Tarta Reina Victoria… De chocolate… Y de café —anunció Leila—. Receta de Delia Smith.

—Oh, Leila, no era necesario.

—¿Eso es tarta? —preguntó Vera mirando por encima del hombro de June.

Ella sacó las tartas y las puso en la mesa, y enseguida hubo alrededor un grupo de señoras mayores alabando las delicadas flores de la decoración y sirviéndose trozos generosos. Tessa hizo un gesto con la cabeza y Cleo encendió la cámara para grabarlas.

—Oh, esta tarta Reina Victoria está deliciosa —dijo una de las mujeres.

Vera tomó un trocito de la tarta de chocolate y la olió.

—Pruébala —la animaron las otras mujeres.

Se metió un trocito en la boca, lo masticó y arrugó la cara.

—Muchas gracias, Leila —dijo June—. Ha sido muy amable por tu parte traer tarta.

—Yo… creo que… —Leila frunció el ceño, miró a Mahmoud y empezó a hablar en árabe. Su hijo lo tradujo.

—Mi madre dice que se pondrá triste si cierra la biblioteca. Le gusta venir aquí por los libros de cocina, pero también porque le gusta ver a toda la gente diferente que hay aquí. Y los niños que cantan. Le recuerda a su hogar.

June sintió que se le formaba un nudo en la garganta por segunda vez en veinticuatro horas.

—Dile a tu madre que estamos peleando para salvarla. Y le prometo que hacemos todo lo que podemos.

Capítulo veintidós

A LAS SEIS de la tarde la mayoría de la gente se había ido tras poner excusas para explicar por qué no podían quedarse a pasar la noche. June pensó en su casa, con su cama cómoda y una ración individual de lasaña para microondas esperándola en el congelador. Y entonces vio a Stanley sentado en una silla; parecía agotado.

—¿Por qué no te vas a casa y descansas un poco? —propuso June.

—Gracias, pero no me voy de aquí hasta que el Gobierno regional nos asegure que está a salvo.

—Mamá, ¿puedo quedarme? —le preguntó Chantal a Michelle, que estaba intentando convencer a sus gemelos de tres años para que se subieran en sus sillitas.

—Si a los demás no les importa… Pero no se te ocurra causar ninguna molestia.

Cuando la última visita se fue, June volvió a cerrar la puerta.

—Vaya, hemos juntado el grupo de manifestantes más variopinto que he visto en mi vida —comentó la señora Bransworth mientras miraba a Stanley, a June y a Chantal.

Se pusieron a organizar todo el desastre del día. Cuando la biblioteca se vio un poco más despejada, June sacó su teléfono y le escribió un mensaje a Linda para pedirle que le diera de comer a *Alan Bennett*. Un minuto después le llegó la respuesta.

> ¿VAS A PASAR LA NOCHE CON ALEX?
> QUE NO SE TE OLVIDE LLEVAR UNAS
> BRAGAS LIMPIAS. PODRÍAS LLEVAR
> ESAS TAN GUARRILLAS QUE
> COMPRASTE EN AQUELLA TIENDA.

Soltó el teléfono como si quemara. Vio a Chantal en un

rincón, revisando las sobras de comida.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo cuando llegó a su lado—. Quiero hablar contigo de una cosa.

Chantal siguió rebuscando en las bolsas sin mirar a June.

—Tu madre me ha dicho que no quieres volver a estudiar en septiembre.

La chica encontró un paquete de patatas fritas en el fondo y lo sacó, tirando todo lo demás.

—Solo quería decirte que no dejes que lo que está pasando con la biblioteca afecte a tus estudios. Eres una chica muy inteligente y no deberías renunciar a ir a la universidad.

Chantal por fin se giró para mirarla.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—¿El qué?

—Esto solo es un trabajo para ti. Y si cierra la biblioteca, lo único que tendrás que hacer es encontrar un trabajo nuevo en otra parte, ¿no?

—Eso no es cierto. Mi madre…

—¿Tú no vives sola en Willowmead?

Ella asintió.

—Pues imagínate vivir en una casa con otras seis personas. Una casa tan pequeña que no tienes ni una cama para ti sola, mucho menos un cuarto. Y ahora intenta imaginarte estudiando para los exámenes en ese ambiente. Por eso necesito este sitio, June, porque si no nunca conseguiré sacar la selectividad y me quedaré atrapada en este pueblo de mierda para siempre.

Fue a responder, pero cambió de idea. ¿Qué podría decir que hiciera sentir mejor a Chantal? La adolescente tenía razón: si cerraba la biblioteca habría muchas personas cuyas vidas se verían afectadas para mal, como la suya. Y ella había estado tan agobiada con sus propios problemas que ni siquiera se había parado a pensar en ellos. Apartó la vista de Chantal y miró a Stanley, que estaba sentado ante un ordenador. Él siempre era el primero en llegar a la biblioteca y el último en irse. ¿Dónde iba a pasar el día si cerraba?

Como si hubiera notado que estaba pensando en él, Stanley levantó la vista y le hizo un gesto.

—Venid, están poniendo las noticias locales.

Los cuatro se apiñaron alrededor del ordenador para ver las

primeras noticias, pero no se mencionó la ocupación de la biblioteca.

—Tal vez no han podido montarlo a tiempo —aventuró Stanley.

—Vera tenía razón. Deberíamos haber traído a Rocky —comentó la señora Bransworth.

Pero justo en ese momento apareció Tessa en la pantalla, delante de la biblioteca.

—Primero recurrieron a un *stripper* y ahora el tranquilo pueblo de Chalcot ha dado un paso más en su intento por salvar su biblioteca.

—Mirad, está saliendo nuestra presidenta —exclamó Stanley mientras todos veían las imágenes de la señora Bransworth en la biblioteca atestada.

—Unos pensionistas del pueblo han ocupado la biblioteca a modo de protesta por la amenaza del Gobierno regional de cerrarla —se oyó la voz de Tessa de fondo mientras mostraban las imágenes.

—¡Pensionistas! —chilló la señora Bransworth—. ¿A quién está llamando pensionista esa mujer?

—He venido esta mañana y me he encontrado todo esto —le decía una señora mayor a Tessa—. Vengo todos los miércoles al grupo de tejedoras Teje y cotillea, pero hoy todo ha sido un poco más emocionante.

De repente, Stanley apareció delante de ellas.

—La gente mayor como yo, necesitamos la biblioteca. No tengo ordenador en mi casa, ni siquiera sabía encenderlo hasta que me enseñó June. Si la biblioteca cierra, ¿cómo podré ir a navegar?

—¿Ir a navegar? —preguntó Chantal—. ¿Querías decir navegar por internet?

—Eso es lo de menos —repuso Stanley.

—Empezamos a ocupar la biblioteca anoche —explicó la señora Bransworth a la periodista—. Yo llevo protestando más de cuarenta años. Estuve en Greenham Common en los ochenta y apoyé a los mineros en Gales.

Tessa volvió a ocupar la pantalla.

—Estas personas mayores esperan que su protesta convenza a las autoridades para que protejan la biblioteca del pueblo. Y mientras, aquí hay té y tarta para todo el mundo.

Después pasó a imágenes de Vera y otras ancianas comiéndose las tartas de Leila.

—Esta tarta Reina Victoria está deliciosa —decía una de ellas mientras se relamía.

El programa de noticias volvió al estudio.

June apagó el monitor y todos se quedaron allí plantados, en silencio, mirando la pantalla vacía.

—No puedo creer que me haya llamado «pensionista», maldita sea —se quejó la señora Bransworth.

—He estado muy elocuente —afirmó Stanley—. Pero ¿por qué habré dicho eso de «ir a navegar»?

Chantal tenía el ceño fruncido.

—Ha quedado un poco pobre.

—Oye, tranquilizaos todos —intervino June—. Sé que esa noticia ha quedado un poco sesgada, pero al menos nuestra protesta ha salido en la televisión.

Oyeron que alguien llamaba a la puerta.

—Si es la tal Tessa, dile que se vaya a la mierda —refunfuñó la señora Bransworth.

Stanley fue a ver quién llamaba. Un momento después volvió seguido de Alex, que llevaba dos bolsas de plástico. A June le dio un vuelco el corazón al verlo, pero al momento sintió un peso en el mismo lugar cuando se acordó de su vergonzosa llamada y de la tal Ellie.

—Hola a todos. Os he traído vuestra comida —anunció Alex, y dejó las bolsas en una mesa.

—¿Alguien ha pedido comida china? —preguntó la señora Bransworth, y todos negaron con la cabeza.

—Es para vosotros —insistió Alex.

—¿Gratis?

—Ya la ha pagado alguien.

—Pues a comer. Me muero de hambre.

Todos se reunieron alrededor de la mesa y Alex empezó a sacar recipientes de cartón. La comida les resultó una buena distracción del tema de las noticias.

—Este es para ti —dijo, y le dio a June un recipiente grande con pollo con salsa de judías negras.

—Gracias. —Cogió la cajita sin mirarlo a los ojos.

Abrió la tapa, pero la timidez no le dejó empezar a comer. Durante ocho años se había comido ese plato a solas, en su

casa, con un libro; lo había hecho con prácticamente todas las comidas. Le resultaba raro comer allí, en la biblioteca, con otras cuatro personas charlando a su alrededor. Miró al otro lado de la mesa. La señora Bransworth y Stanley mantenían una animada conversación sobre la noticia de la televisión y Alex le estaba contando a Chantal una historia sobre su época de la universidad que la hacía reír. Todos parecían tan cómodos allí juntos, extendiendo los brazos para coger rollitos de primavera o pan de gambas mientras hablaban. June le dio un bocado a su comida. ¿Cuándo fue la última vez que había comido con otras personas, si no contaba la horrible despedida de soltera? Revisó sus recuerdos, pero se dio cuenta, sorprendida, de que no lo recordaba. ¿Fue antes de que muriera su madre? ¿Cómo era posible?

—Chicos, Facebook se ha vuelto loco —anunció Chantal mirando su teléfono—. Y se han sumado seiscientas firmas a la petición *online*.

—Maravilloso. —Stanley alzó su vaso de agua—. ¡Por los Amigos de la Biblioteca de Chalcot!

—¡Por los Amigos de la Biblioteca de Chalcot! —repitieron todos al unísono, y June se rio a la vez que levantaba su vaso para unirse al brindis.

MEDIA HORA DESPUÉS, estaba tan harta de comer que apenas podía moverse. La señora Bransworth y Chantal estaban recogiendo la mesa mientras Stanley y Alex estaban enfrascados en una conversación, con las cabezas muy juntas. June se desperezó en su silla, disfrutando de la satisfactoria sensación tras una buena comida.

Después de un rato, Alex se levantó.

—Tengo que volver al restaurante. Mi tía me va a matar por haberme ido tanto rato.

—June, ¿por qué no lo acompañas? —sugirió Stanley.

—Gracias, pero estoy bien aquí. —No quería estropear aquella sensación tan agradable teniendo una conversación incómoda con Alex.

—Deberías tomar un poco el aire —insistió Stanley—. No has salido de la biblioteca en todo el día.

—Tiene razón. Para mantener la ocupación, tienes que

estar en buenas condiciones —añadió la presidenta, que apareció a su lado.

Ella abrió la boca para protestar, pero se dio cuenta de que todos la estaban mirando.

—Está bien —cedió.

Era consciente del hecho de que todavía llevaba la ropa del día anterior y que tenía unos rizos sueltos que se le escapaban del moño y le caían sobre la cara.

—Quiero decirte una cosa —anunció Alex cuando empezaron a caminar por The Parade.

—¿Qué he hecho? —preguntó alarmada por el tono de su voz. ¿La iba a regañar por haberlo llamado cuando estaba con su novia?

—¿Por qué no me advertiste sobre *La telaraña de Carlota*? Estuve a punto de echarme a llorar delante de un cliente cuando lo terminé.

Sonrió aliviada.

—Oh. Solo porque sea un libro para niños no significa que no tenga un fuerte contenido emocional.

—Pero ¿por qué el autor mata a Carlota? No voy a ser capaz de volver a hacerle daño a una araña nunca más.

Se rio y sintió que liberaba parte de la tensión de los hombros.

—Además, no he sabido qué leer durante estas últimas semanas porque no tenía tus recomendaciones —protestó Alex—. ¿Dónde has estado metida?

—Perdona. He estado liada.

Hablaron un rato sobre libros mientras seguían por The Parade. Tras más de veinticuatro horas encerrada entre las cuatro paredes de la biblioteca, era estupendo estar en el exterior, respirando el aire fresco de la noche y hablando de otra cosa que no fuera la protesta. Al bajar la colina hacia The Golden Dragon, June se dio cuenta de que cada vez daban pasos más cortos y más lentos.

—Creo que *El cuento de la criada* puede ser una buena opción para que leas ahora —sugirió cuando se acercaron al restaurante—. En cierto modo es ciencia ficción porque…

—Perdona por no haberte ayudado el día de la despedida —interrumpió Alex—. Sé que has estado enfadada conmigo por no estar a tu lado y me siento muy mal por ello.

—No estaba enfadada contigo.

—Pues has estado evitándome.

Ella pensó en la voz de Ellie y tragó saliva.

—Me sentía mal por haberte molestado cuando estabas con tu… con alguien.

—No digas tonterías, quería ayudarte. Sonabas muy alterada.

Ella aceleró el paso.

—No fue para tanto.

—¿Qué ocurrió?

Estuvo a punto de quitarle importancia otra vez, pero se contuvo. Alex ya la había oído en su peor momento, ¿por qué no mostrarle la patética imagen completa?

—Las chicas se pusieron a jugar a algo estúpido en la despedida y yo me sentí muy humillada.

—¿A qué juego?

—Se llamaba «Yo nunca».

—Oh, Dios, lo recuerdo de la época de la universidad. Es una forma garantizada de que todo el mundo acabe borracho.

—En mi caso no, porque yo no había hecho ninguna de las cosas que ellas dijeron. Ni una sola.

—Pero no te machaques por eso —la animó Alex—. Esas chicas siempre han sido superprivilegiadas, así que no deberías sentirte mal por no haber conducido nunca un Ferrari mientras llevabas unos zapatos de Jimmy Choo y bebías Dom Pérignon. —Se rio, pero ella no.

—No eran cosas así, sino otras muy normales que yo no he hecho nunca, como pasar toda la noche bailando o ir de *camping*.

—A mí tampoco me gusta lo del *camping*.

Llegaron al restaurante y June se detuvo.

—No he hecho nada con mi vida, Alex. Desde que murió mi madre, me encerré en mi casa, y me escondí en los mismos libros para no tener que salir y enfrentarme al mundo real.

—Estabas pasando el duelo, June.

—Pero estaba muy aislada, incluso antes de que muriera. —Se volvió para mirar a Alex—. ¿Sabes que te dije que era amiga de Gayle? Pues era mentira. Solo fui a la despedida porque Marjorie la obligó a invitarme. No tengo amigos.

—Vamos, yo soy tu amigo. ¿Y qué pasa con Stanley?

—Stanley es bueno conmigo, pero solo porque me tiene lástima.

—Eso no es verdad, estoy seguro.

—Una de las chicas de la despedida dijo que mi vida era «trágica» y tiene razón. —Tragó saliva—. Mi madre estaría muy decepcionada conmigo.

Se quedaron en silencio un momento y June vio gente en el interior del restaurante. ¿Por qué le estaba contando todo eso a Alex?

—Sabes que eso no es cierto, ¿no? No tendrás cientos de amigos, ni tampoco has ido de *camping,* pero has hecho muchas cosas de las que tu madre estaría orgullosa.

Ella soltó una carcajada breve y amarga.

—No es así. Mi madre quería que cumpliera mis sueños y me hiciera escritora.

—¿Y qué pasa con todo lo que has hecho por la biblioteca?

—¿Qué? El lugar que más quiero en el mundo está amenazado y hasta ayer no había hecho nada más que esconderme entre las sombras, demasiado asustada para asomar la cabeza por encima del parapeto. Si mi madre estuviera aquí, ella habría…

—June, tienes que dejar de compararte con tu madre —la interrumpió Alex—. Tú eres una persona diferente, con otras cualidades. Sí, eres tímida y prefieres quedarte al fondo en vez de gritar desde la primera fila. Pero también eres lista, amable y leal, y yo personalmente creo que eres estupenda.

Alex dejó de hablar y pareció un poco sorprendido por lo que acababa de decir. Se abrió la puerta del restaurante y salió una pareja. Entonces una mujer menuda con el pelo canoso que había tras el mostrador los vio.

—Alex, pero ¿dónde has estado? ¡Te necesito aquí dentro ahora mismo!

—Voy, tía —respondió, y la puerta se cerró. Entonces miró a June—. Lo siento, tengo que volver.

—No pasa nada. —Se quedó callada, con la vista fija en sus pies—. Siento haber estado evitándote, Alex. Es que sentía mucha vergüenza por haberte llamado.

—Y yo siento no haber estado cerca para ayudarte. Ojalá hubiera podido estar apoyándote.

—¡Alex! —gritó la voz de su tía desde el interior.

Volvió a mirarla y se encogió de hombros con impotencia.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Alex.

Lo vio entrar en el restaurante y la puerta se cerró tras él. Miró al final de la cuesta, a la carretera que llevaba a la comodidad de su casa: su cama, sus libros, la soledad.

Y entonces se dio la vuelta y subió la cuesta de nuevo en dirección a la gente que la esperaba en la biblioteca.

Capítulo veintitrés

ESTABA REPARANDO UNOS libros estropeados cuando Alex entró por la puerta de la biblioteca. Sonrió al verlo y su corazón se aceleró. Alex no apartó los ojos de los suyos mientras se acercaba. Cuando llegó a donde estaba, no dijo nada, solo extendió la mano, cogió la suya y tiró de ella para que se levantara con un movimiento perfecto. Se inclinó hacia ella, por encima de la mesa de catalogación, hasta que su cara quedó solo a unos centímetros de la de June. Ella contuvo la respiración, sin atreverse a mover un músculo mientras Alex le acariciaba la mejilla y le susurraba…

—Despierta, Bella Durmiente.

Abrió los ojos y se incorporó desconcertada. Ahí estaba Stanley, sentado en su silla y leyendo el periódico. También Chantal, cogiendo un cruasán de chocolate. Y no podía faltar la señora Bransworth, que le tendía una taza de té.

—No es momento para dormir hasta tarde. Tenemos trabajo.

June tomó la taza y se acercó a Stanley, deseando que nadie viera lo ruborizada que estaba por culpa del sueño.

—Buenos días, querida. —Le sonrió, pero ella vio que estaba muy pálido.

—¿Estás bien?

—Sí, solo tengo un poco de dolor de cabeza. No dormí bien anoche.

—¿Por qué no te vas hoy a casa y descansas?

—Oh, seguro que me encuentro mejor cuando me tome el café. Además, no quiero perderme el drama que vamos a tener aquí. —Señaló a la anciana, que estaba agitando un dedo en el aire.

—Creo que deberíamos poner una queja formal ante Ofcom —gritó ella—. Esa noticia era claramente discriminatoria para la gente mayor.

—Y no pusieron ni una imagen de mis amigos y de mí —señaló Chantal—. Como si no hubiéramos estado allí.

—Exacto. Por eso yo nunca he pagado la licencia de televisión, porque son todos de derechas y…

—Hay alguien en la puerta —interrumpió June señalando fuera, donde había un hombre con unos pantalones con muchos bolsillos y expresión de cansancio. Tenía una cámara sobre el hombro.

—Parece unos de esos periodistas carroñeros —apuntó la señora Bransworth—. Ve a decirle que se vaya a paseo.

—Solo buscará humillarnos otra vez —dijo Stanley.

June se pasó una mano por el pelo y fue a la puerta.

—¿Puedo ayudarlo?

—¿Esta es la biblioteca donde están protestando esos pensionistas? —preguntó el hombre.

—No se trata de una protesta de pensionistas exactamente.

—Pues así es como la llama todo el mundo.

—¿Todo el mundo?

—Se ha hecho viral. Fue *trendig topic* en Twitter anoche.

—¿Qué?

—Mire. —Sacó el teléfono y se lo enseñó.

El *hashtag #protestapensionista* llenaba la pantalla.

—La gente se ha vuelto loca con esto; sus amigos ancianos se han hecho famosos. Sobre todo el señor que habló de ir a navegar.

—A nosotros nos pareció que esa noticia nos hacía parecer un poco… no sé… que era algo un poco tonto.

—No, a la gente le encantan las historias con las que empatizar. Y no soy el único que lo cree. —Señaló por encima del hombro y allí había unos cuantos reporteros más, que se disponían a cruzar la carretera en dirección a la biblioteca—. ¿Puedo entrar y hacerles una entrevista antes de que lleguen todos estos?

—Espere un momento. —June cerró la puerta y volvió con el grupo.

La señora Bransworth estaba en medio de una de sus pataletas cuando llegó ella.

—Espero que le hayas dicho que se meta la cámara donde le quepa.

—La verdad es que no.

June les explicó lo que le había contado el hombre.

—Perdonad, pero ¿qué significa eso de que se ha hecho viral? —quiso saber Stanley—. No suena muy bien.

—Pero si han hecho una representación completamente equivocada de lo que somos —exclamó Chantal.

—Mirad, si queremos tener alguna oportunidad de salvar la biblioteca, necesitamos toda la atención que podamos conseguir —aseguró—. Y si eso significa fingir que esto es «una protesta de pensionistas» para que nos saquen en los periódicos, creo que deberíamos hacerlo. —Entonces miró a Stanley—. Fuiste tú quien empezó con esto de la ocupación. ¿Qué te parece?

Él suspiró.

—No me queda más remedio que estar de acuerdo contigo, muy a mi pesar. Seríamos idiotas si dejáramos escapar esta oportunidad.

—Pero yo no he permitido que me llamen «pensionista» en mi vida —repuso la presidenta. June la atravesó con la mirada y ella frunció el ceño—. Vale. Si es por el bien de la biblioteca, supongo que podré soportarlo una vez más.

—Solo hay un problema —apuntó Chantal—. Si solo quieren ver pensionistas, va a parecer una protesta muy reducida.

Miró a Stanley y a la señora Bransworth.

—Podría llamar a las señoras del grupo de tejedoras Teje y cotillea, para ver si pueden venir.

La presidenta sacudió la cabeza.

—Seguiremos sin ser suficientes. Necesitamos llenar la biblioteca o no lograremos ser noticia.

En ese momento la puerta crujió y se abrió. Todos miraron en esa dirección, llenos de esperanza, pero solo encontraron a Vera, con cara de pocos amigos.

—Acaba de aparecer un minibús —dijo—. Y ha aparcado en la plaza de minusválidos, ¿os lo podéis creer?

—Serán más periodistas —comentó, y miró afuera justo cuando el conductor abrió la puerta del minibús y de él bajó una mujer con el pelo blanco, una chaqueta Barbour y una falda de cuadros escoceses.

—¿Creéis que será de la revista *Saga?* —preguntó Stanley.

Del vehículo siguió bajando un flujo constante de mujeres,

que se ayudaban entre ellas. June salió a saludarlas.

—¿Puedo ayudarlas?

—Me llamo Mary Cooper-Marks. —Se presentó la mujer de la chaqueta Barbour, y le tendió la mano, que June le estrechó—. Vimos su protesta en las noticias de anoche.

—Perdone, ¿quién es usted?

—Somos todas del Instituto de la Mujer de Dornley. Cerraron nuestra biblioteca hace unos años. Una terrible tragedia. Así que cuando vimos su protesta, decidimos venir y echarles una mano.

Las mujeres ya habían acabado de bajar del autobús. Serían al menos quince, y para la mayoría ya había pasado la edad de jubilación.

—¿Han venido a ayudarnos? —preguntó Stanley.

—¿Les parece bien? —quiso saber una de las mujeres del autobús—. Nos ha parecido interesante unirnos a una protesta de pensionistas. Mucho mejor que esas tan escandalosas que salen siempre en las noticias.

—Esto es estupendo —exclamó June—. Y todas ustedes son geniales. ¡Gracias!

—Oye, guapa, ¿podemos entrar o no? —intervino uno de los periodistas—. Tengo que estar de vuelta en Londres para la hora de comer.

—Sí, claro. Adelante todos.

SE PASÓ LA mañana yendo de acá para allá por la biblioteca, ayudando a los periodistas y llevándoles tazas de té a los manifestantes. Algunas de las señoras del Instituto de la Mujer con más energía estaban marchando entre las estanterías mientras agitaban pancartas hechas a mano y entonaban la consigna: «Salvemos la biblioteca de Chalcot». Otras estaban sentadas en diferentes grupitos, hablando con los habitantes del pueblo sobre la biblioteca. June se fijó en que la señora Bransworth y Mary Cooper-Marks se pasaron la mayor parte de la mañana juntas en un rincón, enfrascadas en su conversación. A las diez apareció otro minibús, esta vez lleno de residentes de Cherry Tree House, que también habían visto la noticia.

—Yo venía aquí con mis hijos hace cincuenta años —les

explicó un señor muy mayor mientras se servía uno de los sándwiches que no paraban de hacer Chantal y Stanley—. Es una lástima ver que cierran lugares como este.

—En nuestro pueblo ahora tenemos una de esas bibliotecas itinerantes —comentó una de las señoras del Instituto de la Mujer—. El bibliotecario es un chico muy amable, pero no es lo mismo.

—Yo echo de menos que haya niños jugando en la biblioteca —comentó una de sus amigas.

—¿Por qué no cantamos algo? —propuso una señora en silla de ruedas, que le había dicho a June que tenía noventa y cuatro años—. ¿Alguien se sabe alguna de Vera Lynn?

Cuando los manifestantes empezaron la canción, vio que Leila entraba por la puerta y fue a recibirla.

—Muchas gracias por las tartas de ayer —dijo—. Tuvieron mucho éxito.

—¿Puedo llevarme otro libro?

—Claro.

Fueron juntas a la sección de cocina y revisaron los libros.

—¿Qué te parece este de Nigella Lawson? —le sugirió Comer bien—. A mi madre siempre le gustaron sus recetas.

Leila cogió el libro y estudió la cubierta. Detrás de ella June vio que Vera se acercaba con expresión airada.

—Una pérdida de tiempo —murmuró cuando pasaba a su lado.

Ella sintió una oleada de furia.

—¿Qué has dicho, Vera?

La anciana se paró y repitió en voz más alta:

—He dicho que es una pérdida de tiempo. —Y señaló a Leila, que tenía el libro de recetas en la mano.

—Vera, en esta biblioteca no toleramos ningún tipo de discriminación. Me temo que voy a tener que pedirte…

—Nigella no vale para la repostería —interrumpió Vera—. Se le dan bien los platos salados, pero no sirve para los dulces. —Se acercó a una estantería y sacó un libro antiguo muy usado—. Este es el que necesitas. Un libro de recetas de toda la vida, nada que ver con esas chorradas de los chefs famosos.

Leila no entendió ni una palabra de lo que estaba diciendo Vera y miró a June en busca de aprobación.

—Además, usaste el cacao en polvo equivocado para la tarta de chocolate de ayer —continuó Vera, y habló más alto para ver si así Leila la entendía—. Usaste cacao soluble, pero necesitas uno para repostería. —Metió la mano en su bolso y sacó un bote de cacao en polvo Bournville, que le tendió a Leila. La mujer se apartó, alarmada. Vera se quedó un momento con la mano extendida, después le dejó el cacao Bournville en la estantería y se fue.

A ÚLTIMA HORA de la mañana ya se habían ido todos los periodistas y las cosas se calmaron. June no había tenido un momento de descanso y además le picaban los ojos por la falta de sueño, así que salió afuera y se sentó en un banco enfrente de la biblioteca. Cuando era pequeña, su madre y ella se sentaban en aquel mismo lugar los sábados por la mañana a comer dónuts con mermelada. Sintió una punzada de nostalgia al recordarlo y se giró para mirar el interior por la ventana. La señora Bransworth y Mary Cooper-Marks estaban al lado de la puerta, juntas y hablando con mucha vehemencia. Chantal estaba leyéndoles a un par de señoras de la residencia de ancianos, y la de noventa y cuatro años asentía mientras escuchaba. Vera y Leila estaban sentadas en una mesa junto a la ventana, estudiando un libro de recetas; Vera intentaba explicarle algo y agitaba mucho las manos con energía. June sonrió para sí y cerró los ojos mientras disfrutaba del calor del sol en la cara.

—He pensado que te apetecería una taza de té.

Abrió los ojos y encontró a Stanley, que iba hacia ella con dos tazas en la mano. Le pasó una.

—Gracias. ¿Qué tal tu dolor de cabeza?

—Oh, no es nada.

Se sentó a su lado y permanecieron en silencio unos minutos, disfrutando de la paz y la calma.

—No me puedo creer que hayamos conseguido todo esto —comentó June unos minutos después—. Hasta esta semana, lo más emocionante que me había pasado en la vida había sido ganar el premio de lectura en el instituto.

—La vida puede estar llena de emociones, si te permites vivir un poco. —Stanley señaló al otro lado de la carretera y

ella vio que Alex caminaba por The Parade. Iba mirando la pantalla del teléfono y el pelo le caía sobre los ojos. June volvió a mirar a Stanley y se lo encontró con su sonrisa de dientes un poco separados.

—Alex es un buen chico, ¿verdad?

Ella le dio un sorbo al té.

—Os he visto a los dos juntos en la biblioteca, hablando de libros. Parece que tiene debilidad por ti.

—No digas tonterías…

—El tiempo es precioso, querida. Si tienes alguna intención romántica con respecto a Alex, deberías decírselo.

—Las cosas entre nosotros no van por ahí. Solo somos amigos. Y, además, tiene novia.

—¿Ah, sí? Pues no me lo ha comentado nunca.

—Es muy reservado en lo que respecta a ella, no sé por qué, pero yo sé que existe.

Stanley frunció el ceño.

—June, me disculpo de antemano si me estoy pasando, pero no me gustaría que acabaras como yo, sola y con una vida llena de arrepentimiento. Si se te presenta una oportunidad, deberías aprovecharla, aferrarte a ella y no soltarla.

—No deberías arrepentirte de nada, Stanley. Sé que has cometido errores, pero todavía no es demasiado tarde para cambiar las cosas con tu hijo. ¿Por qué no vas a Estados Unidos a verlo?

—Ojalá las cosas fueran tan sencillas. —Stanley miró también por la ventana de la biblioteca y suspiró—. Pero nunca me voy a arrepentir de lo que he hecho aquí. Ha sido todo maravilloso.

—Y surrealista —añadió June—. No me puedo creer que hayan venido a apoyarnos hoy todos estos desconocidos.

—Oh, yo sí.

—No me malinterpretes, es estupendo. Es que no comprendo por qué las señoras del Instituto de la Mujer han venido a protestar a favor de una biblioteca en la que nunca habían estado antes.

Stanley la miró.

—¿Te he contado por qué decidí involucrarme en la campaña por la biblioteca?

Ella negó con la cabeza.

—Después de que Kitty y Mark se mudaran a Estados Unidos, las cosas se pusieron feas para mí. Ya bebía mucho antes, pero, cuando se fueron, dejé de contenerme. En los siguientes doce meses perdí mi trabajo, mi casa… todo. Cambiaba mucho de sitio entonces: encontraba algún lugar donde dormir un tiempo, hasta que me echaban, como una especie de vagabundo. Incluso viví en una tienda de campaña durante un tiempo.

—Oh, Stanley, cuánto lo siento. Es horrible.

—Pero lo que quería decir es que, acabara donde acabara y por muchos problemas que tuviera, siempre había una biblioteca: un lugar seguro, caliente y seco en el que nadie me juzgaba. Las bibliotecas fueron mi única luz en unos tiempos muy oscuros. Por eso, cuando el Gobierno regional amenazó con cerrar este sitio, fue como si pusieran en peligro todas las bibliotecas en las que busqué refugio y un ataque contra todos los bibliotecarios que han intentado ayudarme en la vida. Creo que es también por eso por lo que ha venido esta gente hoy. Como dice la señora Bransworth, esta protesta no es solo por Chalcot, sino que es por todas las bibliotecas.

June observaba a Stanley mientras hablaba. Durante todos esos años ella había pensado que no tenía amigos, pero él había estado ahí todo ese tiempo, cada día: amable, paciente y leal. ¿Cómo había podido estar tan ciega? Extendió la mano y le apretó una de las suyas a Stanley.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser tú. No sé qué habría hecho sin ti desde que murió mi madre.

Él le dio unas palmaditas en la mano.

—Para eso están los amigos, muchacha. Será mejor que volvamos dentro antes de que se coman todas las galletas rellenas de mermelada, ¿te parece?

Se levantaron y volvieron a la biblioteca. Cuando llegaron, vio a un hombre vestido de forma muy elegante y con un maletín que cruzaba la calle hacia ellos.

—¿Será otro periodista? —aventuró.

—Me temo que la protesta se ha calmado un poco a estas alturas —le dijo Stanley cuando se encontraron con él en la

puerta—. Debería haber visto cómo estaba hace unas horas.

—¿Son ustedes manifestantes?

—Sí, nosotros empezamos la ocupación —explicó Stanley—. Pase, señor.

Cuando cruzaron la puerta, el hombre se quedó parado, metió la mano en el maletín y sacó un sobre de color marrón tamaño A4 que le dio a June.

—Es un aviso de que se ha cursado una orden provisional de desalojo. Todos ustedes tienen veinticuatro horas para abandonar la propiedad o estarán incurriendo en un delito.

Capítulo veinticuatro

—¡MIRAD, SOMOS FAMOSOS!

June se despertó con los ojos vidriosos y dolorida tras pasar la noche debajo de la mesa de Marjorie, y vio a Stanley, la señora Bransworth y Chantal revisando los periódicos. La mujer mayor le pasó *The Guardian*. En la página dieciséis había una foto de la biblioteca bajo el titular: «Unos pensionistas ocupan la biblioteca porque el Gobierno regional del condado de Dunningshire amenaza con cerrar seis».

—Dice más o menos lo mismo en casi todos —comentó Stanley, que señaló los otros periódicos que tenía delante—. Y han invitado a nuestra presidenta a intervenir en la radio.

Miró los periódicos. En uno había una foto de la señora Bransworth, Stanley y ella, sonriendo a la cámara. En otro estaban las señoras del Instituto de la Mujer con sus pancartas.

—Pero no ha servido, ¿no? —dijo Chantal—. Nos van a desalojar hoy.

—No, pero toda esta publicidad nos vendrá bien —contestó June—. Les va a costar mucho más cerrar la biblioteca ahora que ha salido por todas partes. —Miró a Stanley buscando su apoyo, pero él no se atrevió a devolverle la mirada.

El ambiente festivo de los últimos días había desaparecido y lo había sustituido una calma tensa. Se pusieron a limpiar y a ordenar la biblioteca y se aseguraron de que estaba inmaculada antes de que llegaran los políticos. Stanley y Chantal se pusieron a pintar encima de los veinte años de grafitis del baño, mientras la señora Bransworth limpiaba el polvo a las persianas de las ventanas, tanto tiempo olvidadas. Alguien había derramado un poco de café en la moqueta, así que se arrodilló para quitar la mancha. Ninguno de ellos hablaba, todos perdidos en sus pensamientos.

—Ya están aquí —anunció la anciana poco después de

mediodía.

June miró afuera. Delante de la biblioteca estaba aparcando una furgoneta de la policía, de la que salieron media docena de agentes.

—¿Por qué ha venido la policía?

—Por si no nos vamos por nuestra propia voluntad —contestó muy seria la presidenta.—. Se están preparando para pelear.

—Pero ¿nos han visto? —replicó Stanley—. No es que seamos anarquistas. Yo leo *The Daily Telepraph,* por todos los santos.

—Mirad quién más ha venido —señaló June cuando Richard, Sarah, Marjorie y Brian cruzaron la carretera junto a la policía.

Richard estaba hablando con uno de los agentes, que le dio un megáfono. Él pulsó el botón y se oyó un ruido agudo que hizo que todos los que estaban fuera se taparan las orejas. El agente se acercó y le enseñó cómo funcionaba.

Richard se puso el megáfono en la boca y se dirigió a la biblioteca.

—Bien, grupito, se acabó la diversión. Ya han pasado veinticuatro horas desde que se les entregó la notificación. Es hora de que salgan ordenadamente.

Dentro de la biblioteca nadie se movió, solo se quedaron mirándolo por la ventana. June sintió que se le aceleraba el corazón. Por el rabillo del ojo vio a Tessa y a Cleo aproximándose al edificio. Cleo llevaba la cámara al hombro y ya estaba grabando.

—No vamos a ir a ninguna parte hasta que nos prometan que nuestra biblioteca estará a salvo —gritó Stanley por la ventana.

—¿De verdad, Stanley? —susurró June—. Tienen una orden de desalojo. No podemos hacer nada.

—Es nuestra última oportunidad.

—No tiene sentido resistirse. —Volvieron a oír la voz de Richard a través del megáfono—. Si no salen ahora, estarán cometiendo un delito y tendrán que detenerlos.

—Chantal, tú vete —le dijo la señora Bransworth—. Tu madre nos matará si acabas metida en un lío.

Ella dudó, pero asintió.

—Está bien. Buena suerte, chicos.

June abrió la puerta y Chantal salió. Al hacerlo, miró por encima del hombro con una sonrisa vacilante.

—Eso es, vayan saliendo, despacio y tranquilos. —El tono de Richard sugería que estaba disfrutando de su poder—. El resto de ustedes tienen tres minutos para salir o enviaré a la policía.

June miró a Stanley.

—Que termine la ocupación no significa que tengamos que dejar de luchar —aseguró—. Yo estoy en esto contigo y no me voy a rendir. Encontraremos otra forma de protestar.

—Sabes tan bien como yo que esto se ha acabado —contestó Stanley—. El Gobierno regional ni siquiera ha intentado negociar con nosotros en toda la semana. No han mostrado ni el más mínimo interés en escuchar lo que tenemos que decir. Lo único que quieren es sacarnos para poder cerrar este sitio.

—Pero seguro que, después de todo esto, les resulta más difícil cerrarla.

Stanley negó con la cabeza.

—Ojalá tuviera el optimismo de la juventud, como tú, June.

—Dos minutos —gritó la voz de Richard.

—Dios, ese tipo es un cretino —dijo la señora Bransworth—. Stanley, me revienta admitirlo, pero creo que June tiene razón. La ocupación ha terminado y no tiene sentido que nos detengan por ello. Tenemos que encontrar otras formas de mantener viva la lucha.

—Estoy de acuerdo en que no tiene sentido que nos detengan a todos —dijo Stanley—. Vosotras dos deberíais salir ya.

—No van a detener a nadie. Venga, salgamos todos. —La presidenta se dirigió a la puerta—. Ha sido una ocupación estupenda —exclamó y suspiró mientras salía.

—Un minuto —atronó la voz de Richard.

La biblioteca parecía muy vacía. June y Stanley se miraron.

—Vete tú también, querida —insistió—. Estoy bien aquí solo.

—No me voy a ninguna parte sin ti —respondió ella—. Empezamos esto juntos y lo terminaremos igual.

—Eres más testaruda de lo que pareces. —Stanley se dirigió

a la puerta y June sintió un gran alivio.

—Gracias —dijo, y fue tras él—. Vámonos todos a casa a descansar y la semana que viene nos volveremos a reunir para planear qué haremos después.

Él abrió la puerta. Fuera, June vio a Richard, a los policías y al equipo de las noticias.

—Las señoras primero —dijo Stanley.

Inspiró hondo y salió. En cuanto lo hizo, sintió una ráfaga de aire detrás de ella y justo cuando se dio la vuelta, Stanley le cerró la puerta en las narices.

—¡No, Stanley! —gritó e intentó abrir la puerta, pero él ya la había cerrado por dentro y estaba empujando el pesado carrito de las devoluciones para atrancarla.

June miró a Richard y a la policía.

—No lo detengan, por favor. Es que le importa mucho esta biblioteca, nada más.

—Lo siento, señora, pero ya han pasado veinticuatro horas —le dijo uno de los agentes, que se encogió de hombros, como disculpándose—. Ahora está infringiendo la ley porque no ha cumplido la orden de desalojo.

—Pero no es más que un anciano.

El agente le cogió el megáfono a Richard.

—Señor, si no abandona la propiedad inmediatamente, nos veremos obligados a entrar por la fuerza y detenerlo.

Al otro lado de la puerta, Stanley negó con la cabeza.

—Señor, se lo pido una vez más. Abra la puerta y salga voluntariamente.

Stanley no se movió.

—Por Dios, acaben con esto ya, antes de que se convierta en un mártir —murmuró Sarah, y le hizo un gesto con la cabeza a Cleo, que lo estaba grabando todo.

Varios agentes se acercaron a la puerta.

—Todo el mundo atrás —gritó uno.

A June la empujaron hacia atrás, hasta que quedó al lado de la señora Bransworth.

—No le causen ningún daño a la biblioteca —gritó Marjorie desde más atrás aún.

Los agentes se situaron junto a la puerta.

—Vale, yo abro la cerradura y todos empujamos —ordenó uno.

Miró a Stanley por la ventana. Estaba de pie muy erguido, con la cabeza alta, mirándola. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y ella respondió igual.

—Bien; tres, dos, uno… ¡Vamos!

Hubo un repentino apelotonamiento en la puerta cuando todos empujaron. June esperó oír el crujido cuando las puertas cedieran, pero, para su asombro, el viejo carrito aguantó y siguió en su sitio, bloqueando la puerta.

—Vamos, empujad más fuerte —gritó un agente, y se oyó un gruñido cuando aumentaron la fuerza.

El carrito se tambaleó y ella deseó que aguantara, pero la fuerza era excesiva. Se bamboleó una última vez, vacilante, y al final se volcó hacia un lado. Las puertas se abrieron y la policía solo tardó unos segundos en entrar y rodear a Stanley. Uno de ellos se acercó a él y le puso las manos tras la espalda con lo que pareció una fuerza excesiva. June gritó, pero lo perdió de vista en medio de la masa de cuerpos. Durante unos minutos solo vio la espalda de los policías. Después Stanley apareció de nuevo, con un policía a cada lado y las manos esposadas.

—¡Salvemos la biblioteca de Chalcot! —gritó cuando Cleo salió corriendo hacia él con la cámara—. Esta biblioteca supone un salvavidas para muchas personas.

—Metedlo en la furgoneta —dijo uno de los agentes.

—¡No permitamos que el Gobierno destruya nuestras bibliotecas! —gritó Stanley todavía más alto mientras lo acompañaban en medio de la gente.

—¡Ánimo, Stanley! —gritó la señora Bransworth y levantó un puño en el aire—. ¡Abajo los recortes de las bibliotecas!

Los dos policías que escoltaban a Stanley lo levantaron y lo empujaron al interior de la furgoneta, cerraron las puertas y el vehículo se puso en marcha. June lo vio alejarse por The Parade. Todo se había quedado en silencio.

—Bloqueen la biblioteca —pidió Richard, y dos hombres con monos y herramientas se acercaron.

—¿Qué va a pasar con la biblioteca ahora? —preguntó June, pero Richard la ignoró.

—Maldita sea —exclamó la anciana cuando la furgoneta policial giró la esquina—. Stanley Phelps ha vuelto a sorprendernos a todos.

Capítulo veinticinco

La comisaría de policía más cercana estaba en New Cowley. Era un trayecto de media hora desde Chalcot, que ella se pasó imaginando a Stanley encerrado en un calabozo diminuto, rodeado de delincuentes empedernidos. Después lo arrastrarían a una sala de interrogatorios, donde un policía guapo pero con malas pulgas le haría preguntas y, al estrellar el puño contra la mesa, tiraría su vaso de agua. Stanley se negaría a darle los nombres y los datos de los demás manifestantes y eso pondría furioso al policía, que se levantaría y gritaría…

—Siguiente parada: centro de New Cowley.

Bajó del autobús y cruzó la carretera hasta la comisaría. No había nadie en la sala de espera, solo unas cuantas sillas de plástico y una ventanilla en una pared tras la que había sentado un policía de mediana edad que estaba leyendo un libro de Dan Brown.

June se acercó.

—Disculpe…

El policía no levantó la vista de la página.

—¿Sí?

—He venido a ver a Stanley Phelps.

—¿Y usted se llama?

—June Jones. ¿Puedo verlo, por favor?

Entonces la miró.

—¿Es usted su abogada?

—No, soy su amiga.

—Solo los abogados pueden ver a las personas que están bajo custodia.

—¿Tiene abogado?

—Me temo que no puedo revelarle ese detalle.

June miró la placa donde tenía el nombre y le dedicó su sonrisa más agradable.

—Agente Riley, por favor. Se trata de un hombre mayor y no tiene familia. Solo quiero comprobar que está bien.

El agente Riley la miró, sin sonreír.

—Como le he dicho, solo se permiten las visitas entre abogado y cliente cuando alguien está bajo custodia. —Y volvió a mirar la página del libro con las esquinas dobladas.

June se quedó allí un momento, pero cuando quedó claro que él no iba a decir más, fue a sentarse en una de las sillas. ¿Tendría Stanley un abogado? Y, si lo tenía, ¿sería lo bastante bueno para evitar que lo acusaran?

Entonces se le ocurrió algo; fue a sacar el móvil del bolsillo, y se dio cuenta de que no lo llevaba. En medio del caos del desalojo, era posible que lo hubiera olvidado en la biblioteca. Se acercó otra vez a la ventanilla.

—Disculpe otra vez…

El agente Riley apartó los ojos de la página a regañadientes.

—¿Sí?

—¿Me podría prestar su teléfono?

—No es posible, lo siento.

—Pero ¿la gente no tiene derecho a una llamada en momentos como este?

—Eso es para los detenidos, no para los acompañantes.

Comprendió que no iba a ceder, pero entonces se abrió una puerta detrás de él y entró otro agente, que se fijó en June al otro lado de la ventanilla.

—¿No es usted la bibliotecaria de Chalcot?

—Soy la ayudante de la biblioteca —corrigió.

—A veces llevo allí a mis hijos. A mi hija le encantan los libros de Dr. Seuss. Vengo del desalojo ahora mismo.

—Por eso estoy yo aquí también, agente…

—Inspector Parks.

—A mi amigo lo han detenido en la protesta.

—¿El señor Phelps? Acabo de interrogarlo.

—¿Está bien? Estoy tratando de encontrar ayuda. Por eso le estaba pidiendo a su amable colega que buscara un número de teléfono y me dejara el suyo para poder hacer una llamada rápida.

—Claro que sí. Ayuda a la señorita, Riley.

El agente frunció el ceño al ver que le llevaba la contraria delante de ella.

—¿Qué número necesita?

—El de The Golden Dragon, de Chalcot, por favor.

Los dos policías la miraron sorprendidos.

—¿Quiere el número de un restaurante chino? —preguntó Parks.

—Sí.

—¿Quiere pedir comida? ¿Ahora?

Los dos hombres se miraron. Parks sacó su teléfono, buscó el número y se lo dio. Ella llamó con las manos temblorosas. Los dos seguían observándola. June oyó el tono y contuvo la respiración mientras rezaba por que contestara alguien.

—Pues tengo un poco de hambre, ¿sabe? —dijo el agente Riley—. Ya que va a pedir, me vendrían bien unos rollitos de primavera.

—Silencio —pidió June.

—Hola, The Golden Dragon.

—George, soy June.

El hombre gruñó como respuesta.

—¿Lo de siempre?

—No, gracias. ¿Está Alex por ahí?

—Sí, ¿quieres reparto a domicilio? ¿Lo de siempre?

—George, ¿podría hablar con Alex, por favor?

Gruñó otra vez y gritó:

—¡Al!

—Pato Pekín —pronunció el agente Riley sin llegar a emitir ningún sonido desde el otro lado del cristal.

Se oyó un ruido amortiguado en la línea y después la voz de Alex.

—¿Hola?

No sabía si alguna vez en su vida se había sentido tan aliviada de oír una voz.

—Alex, necesito que me ayudes.

—June, ¿estás bien?

—Han detenido a Stanley.

—¿Qué ha pasado?

—No tengo tiempo de explicártelo. ¿Puedes venir a la comisaría de New Cowley?

—Claro. Voy para allá.

June colgó.

—¿Le ha pedido la comida? —preguntó el agente Riley.

—¿En serio?

—Bueno, ya que tiene que venir hasta aquí…

Ella cogió el teléfono y volvió a marcar el número.

MEDIA HORA DESPUÉS, Alex entró corriendo en la comisaría, todavía con el delantal puesto y con una bolsa en la mano. Cuando June lo vio, sintió una necesidad abrumadora de ir corriendo y darle un abrazo, pero se contuvo.

—Ah, genial —exclamó el agente Riley cuando Alex le dio la bolsa. Había sido un poco más amable con ella desde que le hizo el pedido—. ¿Cuánto te debo?

—Nueve veinte —contestó Alex—. ¿Y puedo ver a Stanley Phelps?

—Oye, chico, ya le he dicho a tu amiga que solo puede verlo su abogado. Y no creas que me vas a convencer con el pato Pekín.

—Yo soy abogado —aseguró Alex.

June vio que el agente lo miraba de arriba abajo.

—¿Es broma?

Alex metió la mano en el bolsillo, sacó una tarjeta de visita y se la mostró. El agente la miró y se levantó.

—Bien, pues ven por aquí —pidió, y se dio la vuelta para abrirle la puerta.

—Dime si puedo hacer algo para ayudar —dijo June. Alex asintió y entró.

La sala de espera se quedó vacía otra vez. El agente Riley volvió a su asiento y se puso a comer. Ella se sentó en la dura silla de plástico y se esforzó por ignorar el ruido que hacía al masticar y sorber. No había reloj en la pared, y como no tenía teléfono, no podía saber qué hora era. El único indicador era el rugido de su estómago cuando olió los rollitos y el pato Pekín. De vez en cuando entraba alguien, que recibía la misma bienvenida brusca por parte del agente Riley, pero no había ni rastro de sus amigos.

—¿Por qué quiere el Gobierno regional cerrar la biblioteca a pesar de todo? —preguntó Riley cuando terminó de comer.

—Recortes de fondos.

—Es la que hay en Chalcot, ¿no? La última vez que pasé con el coche por delante estaba en mal estado.

June pensó que tal vez era mejor su silencio hostil.

—No han gastado dinero en ella desde hace años y no hacen más que recortarnos el presupuesto.

—Nos pasa lo mismo a nosotros —confesó enarcando las cejas—. Le hicieron un buen recorte a nuestro presupuesto hace nueve años y desde entonces este sitio se cae a pedazos.

—¿Cree que mi amigo tendrá que quedarse aquí mucho más tiempo?

—Depende.

—¿De qué?

—Veamos… Primero está la negativa de abandonar la propiedad, a pesar de la orden judicial. Y después está la resistencia a la autoridad.

—¡Pero si no hizo nada!

—Parece ser que dio mucha guerra cuando estaba en el furgón.

June enterró la cara entre las manos.

—Oh, Dios.

—Esperemos que ese amigo tuyo abogado sea tan bueno como sus rollitos. Ah, hablando del rey de Roma…

La puerta se abrió y ahí estaba Alex.

—¿Qué ha pasado…? —empezó a decir, pero en ese momento se abrió la puerta otra vez y salió Stanley.

Estaba ceniciento y con el rostro serio. Entonces June no pudo contenerse, cruzó corriendo la habitación y se lanzó a abrazarlo.

—Oh, Stanley, ¿estás bien?

—Claro que sí —contestó un poco avergonzado.

—Vamos afuera, ¿vale? —sugirió Alex.

Se dio la vuelta para despedirse de Riley, pero él había vuelto a enterrar la cara en el libro. Se dio cuenta de que tenía una mancha de salsa de ciruela en la camisa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cuanto llegaron al aparcamiento.

—Nada de nada —contestó Stanley.

—¿En serio? ¿Y los cargos?

—Resulta que el inspector Parks es un enamorado de la biblioteca —explicó Alex—. Ha accedido a dejar que Stanley se vaya con un aviso. Aunque ha pedido que intentes quitarle la sanción a su mujer por devolución tardía de un DVD de

Michael McIntyre.

Estaba tan aliviada que soltó una carcajada.

—Es increíble.

—Y ha sido todo gracias a Alex —confesó Stanley—. Ha estado impresionante ahí dentro.

—A Parks le gusta cómo cocina mi padre. Es un cliente habitual del restaurante —añadió Alex.

—¿Y tú has estado esperando aquí fuera todo este tiempo? —le preguntó Stanley a June—. No hacía falta.

Alex se acercó al coche.

—Tengo que volver al restaurante, lo siento. Mi padre está solo y todavía está de baja, no debería trabajar. ¿Puedo llevaros a Chalcot a alguno de los dos?

—Yo voy a coger el autobús —dijo Stanley. Estaba apoyado en un bolardo y June se fijó por primera vez en lo cansado que se le veía.

—¿Por qué no vuelves con Alex?

—El autobús me vale.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces yo volveré en autobús con Stanley también. Gracias por tu ayuda, Alex.

—No ha sido nada. —Se despidió con la mano, se metió en el coche y se fue.

—Deberías haberte ido con él —comentó Stanley.

—No seas tonto. Mejor voy contigo.

—No hace falta. Soy perfectamente capaz de llegar a casa solo. —Le dio la espalda y se dirigió a la parada del autobús.

June se apresuró a seguirlo.

—No me puedo creer lo que has hecho en la biblioteca. Eres el nuevo héroe de la señora Bransworth —exclamó, pero él no respondió—. ¿Estás bien, Stanley?

—Sí, querida. Solo un poco cansado.

Apareció el autobús y se subieron. Stanley se dejó caer en un asiento al lado de la ventana y cerró los ojos. Parecía lleno de energía durante la ocupación, pero June vio entonces la factura que le había pasado. No hablaron durante el viaje de vuelta a Chalcot y, cuando empezaron a bajar la cuesta que llevaba al pueblo, June se preguntó si Stanley se habría dormido. No sabía dónde vivía y no quería que se pasara de parada, pero tampoco quería molestarlo. Cuando estaba a

punto de tocarle el brazo para despertarlo, Stanley abrió los ojos de repente y se levantó.

—Esta es mi parada —dijo, y se agachó para tocar el timbre.

—¿Vives aquí? —Aún faltaba más de kilómetro y medio para llegar al pueblo, y alrededor solo había campos de cultivo.

El autobús redujo la velocidad y Stanley se levantó para bajarse.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció.

—Estoy bien, gracias.

—Pero no tienes buen aspecto. ¿Por qué no te acompaño a casa?

—He dicho que estoy bien. —June nunca había oído a Stanley utilizar ese tono tan brusco—. Gracias por preocuparte, pero de verdad que estoy bien. Vete a casa y ya nos reuniremos la semana que viene para planificar lo de la biblioteca.

Bajó, y cuando el autobús arrancó de nuevo, June se giró para observar por la ventanilla. El anciano dio unos pasos, se paró para apoyarse en el poste de una valla y después se fue por un camino que llevaba a un campo. Ella volvió a mirar hacia delante. Stanley nunca había sido tan seco con ella, pero tal vez solo era porque estaba cansado tras la ocupación y la detención. Además, no le gustaría que lo siguiera hasta su casa como una acosadora, no era asunto suyo adónde iba…

—¡Pare!

El conductor pisó bruscamente el freno.

—¿Qué ocurre?

—Perdón, pero necesito comprobar que mi amigo está bien. ¿Puedo bajarme aquí?

—Solo puedo permitirle bajar en una parada establecida.

—Por favor, es una emergencia.

El conductor sacudió la cabeza, pero abrió las puertas y June bajó. Corrió por la carretera hasta la parada. Cuando llegó, vio que Stanley iba caminando entre los campos, hacia el bosque que había más allá. Fue tras él, pero avanzaba rápido, así que cuando llegó al bosque, ella ya estaba jadeando. El camino seguía rodeando el campo, pero June había visto que Stanley se colaba entre los árboles. ¿Cómo

podía ser que viviera allí? Creía que no había más que granjas en esa zona; no sabía que también hubiera casas.

Los árboles se cerraron sobre ella cuando entró en el bosque y ocultaron la luz de la tarde. No había camino y se encontró tropezando con raíces y ramas bajas. Los pájaros graznaban en el dosel de hojas que tenía sobre la cabeza, y más de una vez tuvo que agarrarse a una rama para no caer.

—¡Stanley!

Se oyó un alboroto cuando unos pájaros salieron volando, asustados, y su voz resonó entre los árboles. A lo lejos, vio que se colaban unos rayos de sol en la penumbra y fue hacia ellos. De repente resbaló en el suelo mojado y se cayó de costado. Aterrizó en una zarza y soltó una maldición. Fue cojeando hasta la linde del bosque y llegó a un claro, donde se sentó.

Lo primero que pensó fue en lo bonito que era. Estaba en el borde de un pequeño prado con hierba alta y flores silvestres iluminadas por el sol de agosto. Oía agua a su izquierda y, al volverse, vio un pequeño arroyo que corría junto al bosque, con unos diminutos pececitos plateados arrastrados por la corriente. Los ojos de June siguieron el curso del arroyo y entonces la vio. Aparcada a unos treinta metros, bajo la sombra de un gran roble, había una caravana pequeña y decrépita. En un lado crecían unas parras enroscadas, y había una cuerda de tender entre la caravana y un árbol de la que colgaban una camisa y un par de calcetines que se agitaban con la brisa.

—Oh, Dios mío —exclamó entre dientes.

La puerta de la caravana se abrió y salió Stanley, que se quedó en el primer escalón y se desperezó. Su primer instinto fue agacharse para esconderse, pero en ese momento él se giró y la vio. Su expresión permaneció inescrutable y después volvió adentro.

A June se le cayó el alma a los pies. ¿En qué estaba pensando para seguir a Stanley, como si fuera una Nancy Drew de tercera? Él ya le había dejado claro que no quería que lo acompañara a casa, y ahora entendía por qué. Pobre Stanley. Se dio la vuelta para dirigirse de nuevo hacia los árboles, muerta de vergüenza, cuando oyó su voz.

—Supongo que será mejor que pases.

Ella se acercó a la caravana. Cuando llegó a la puerta, se quedó fuera, insegura, hasta que por fin se atrevió a empujarla y entrar. La caravana estaba poco iluminada y necesitó un momento para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. A la izquierda había una estrecha cama individual, muy bien hecha con una sábana y una manta. En la pared del fondo había lo que parecía una cocina y un pequeño fregadero, y al lado había un solo plato y una taza. A la derecha se veía una mesita cubierta de periódicos, junto a la que estaba sentado Stanley, contemplando cómo examinaba la caravana.

—Stanley, yo…

—No tienes que decir nada —la interrumpió—. Esa expresión de tu cara es la razón por la que nunca invito a la gente a que venga aquí.

June intentó recomponer su expresión.

—Es muy bonita. Muy… acogedora.

—Aquí tengo todo lo que necesito.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Doce años. Antes estaba en una parcela al otro lado del pueblo, pero me echaron.

—No tenía ni idea, Stanley. ¿Sabe alguien más que vives aquí?

—Un par de personas, pero no me gusta divulgarlo.

Ella recordó la conversación en la que le dijo que en el pasado se quedó sin casa y estuvo vagabundeando. No se le ocurrió que pudiera seguir en la misma situación. Miró a su alrededor otra vez. A pesar de que era diminuta, casi no había nada allí dentro: ni fotos ni recuerdos de una vida anterior.

—Ojalá me lo hubieras contado.

—¿El qué?

—Esto… Que no tienes casa.

—Sí que tengo casa —replicó, y había un tono de indignación en su voz—. No merezco tu lástima por haber decidido vivir aquí.

—No era lástima —contestó June, aunque sus palabras no convencieron a ninguno de los dos—. Pero ha tenido que ser duro.

—No estoy tan apartado. Hay menos de tres kilómetros hasta el pueblo siguiendo el curso del río. Y pronto voy a

tener nuevos vecinos. —Señaló por encima de su hombro, en dirección a unos árboles que había detrás de la caravana—. Van a construir una nueva urbanización al otro lado de ese bosquecillo. Quieren hacer ochenta pisos y casas. Los promotores me han estado haciendo la vida imposible.

—¿Y cómo obtienes agua y electricidad?

—Cojo agua del arroyo y la hiervo, y tengo una bombona de gas para la cocina y la caldera. Y esto me sirve para dar luz. —Le señaló dos pequeñas linternas de *camping* que había en la mesa—. Además, hay unas instalaciones perfectas y muy limpias en la biblioteca, que utilizo sin ninguna restricción. —Le guiñó un ojo al decirlo y ella no pudo evitar sonreír en respuesta.

—Por eso eres siempre el primero en llegar.

—Y una razón más que tengo para querer proteger la biblioteca, querida.

—Pero ¿el Gobierno regional no tiene la obligación de proporcionarte un sitio donde vivir?

—¿Y que me metan en un piso enano en la planta veinte de un bloque de apartamentos? —Stanley se estremeció—. No, gracias, prefiero vivir aquí.

—¿Y si te pasa algo?

—Llevo muchos años cuidando de mí mismo perfectamente. Y aunque esto no sea el hotel Savoy, al menos aquí no estoy a merced de vecinos cotillas.

No lo dijo con mala fe, pero ella sintió mucha vergüenza.

—Lo siento mucho, Stanley, no debería haberte seguido. Es que estaba preocupada por ti.

—Ya lo sé y te agradezco que hayas sido tan buena amiga. Pero, si no te importa, estoy muy cansado y me gustaría descansar un poco.

—Claro. —Se volvió hacia la puerta, pero se paró allí—. ¿Estás seguro de que estás bien?

—Me recuperaré. Aunque seguro que esto me parece demasiado tranquilo después de pasar estos días entre el jaleo de la biblioteca.

Ella dudó.

—Puedes quedarte en mi casa unos días, si quieres. Tengo habitación de invitados.

—Gracias, June, pero este es mi hogar.

Capítulo veintiséis

JUNE DURMIÓ PROFUNDAMENTE esa noche, porque el cansancio de los últimos días al final hizo mella. Cuando se despertó, se quedó tumbada con los ojos cerrados, atenta para oír las voces de los demás manifestantes, antes de recordar que la ocupación había terminado y que estaba otra vez en casa. Se sentó y contempló las imágenes familiares del dormitorio de su infancia: sus libros favoritos en la estantería, la colcha que le hizo su madre para la cama, su viejo osito que la observaba desde el alféizar de la ventana. Se levantó, se puso la bata y bajó a la planta inferior. *Alan Bennett* estaba sentado junto a la puerta principal y le dedicó un maullido lánguido al verla.

—Buenos días. ¿Me has echado de menos?

Él se dio la vuelta y fue a la cocina. June lo siguió. En la habitación no se oía nada aparte del tictac del reloj. ¿Siempre había tanto silencio en esa casa? Encendió la vieja radio que había en un rincón de la cocina. Se oyó el estruendo de una canción pop demasiado alta, así que la apagó otra vez. Miró el reloj: las diez de la mañana. Era un fin de semana de puente, así que la biblioteca no abriría hasta el martes por la mañana. Eso significaba que disponía de setenta y dos horas antes de que tuviera que ver a nadie; setenta y dos horas de lectura, paz y tranquilidad, a solas.

Pero, aunque en otro momento pasar un puente en casa era algo que le habría llenado de felicidad, aquel día se sentía inquieta. Subió de nuevo, se dio una ducha y se vistió. Desayunó, fregó los platos y limpió el polvo del salón. Estuvo leyendo *En la corte del lobo* durante una hora, pero no podía concentrarse y tuvo que leer la misma página tres veces. ¿Qué estaría haciendo Stanley en ese momento? ¿Estaría solo en su caravana hasta que abriera la biblioteca el martes?

Fue a la cocina y abrió el congelador. Había una lasaña para microondas en una de las baldas, esperándola. Volvió a

mirar el reloj. Setenta y dos horas hasta que abriera la biblioteca. Setenta y dos horas hasta que tuviera oportunidad de hablar con otra persona.

Cogió las llaves y fue a la puerta. Cuando tocó el timbre de la casa de al lado, se dio cuenta de que había salido en zapatillas de andar por casa.

—¡June, pero qué sorpresa más agradable! —Linda abrió la puerta con unos pendientes colgantes, pintalabios fucsia y un delantal que tenía la imagen de una mujer atractiva en bikini.

—Hola. He pensado que tal vez te apeteciera… —Oyó voces dentro de la casa—. Oh, perdona que te haya interrumpido, Linda. No sabía que tenías visita.

—Es solo la familia, que ha venido a comer. Entra y quédate un rato.

—No es nada urgente. Ya vendré a verte mañana —dijo.

Linda la invitaba muchas veces a comer con su familia, pero ella siempre había rechazado su ofrecimiento porque no quería molestar en una reunión familiar.

Se dio la vuelta para regresar a su casa vacía y a su lasaña de microondas cuando oyó una explosión de carcajadas que salían de la casa. June recordó las comidas que había disfrutado en la biblioteca durante los últimos días, compartiendo mesa y comida con los demás, charlando y riendo. Pero la ocupación ya había acabado y tenía que volver a comer sola.

Entonces se dio la vuelta.

—Bueno, Linda, la verdad es que me encantaría comer con vosotros, si te parece bien.

—Claro que sí, cariño. —Linda parecía encantada—. Estoy trinchando la carne. Vete al salón y saluda a todo el mundo.

Aunque la casa de Linda tenía la misma configuración que la suya, su salón no podía ser más diferente. Una enorme televisión de pantalla plana cubría la pared donde June tenía las estanterías, y no tenía adornos ocupando las superficies, solo unas cuantas fotos familiares y alguna que otra vela perfumada. La hija de Linda, Clare, estaba sentada con su marido en un sofá impecable de color crema, y los tres niños estaban tirados en el suelo, jugando a un juego de mesa con el hijo de Linda, Martin. La hija mediana, Elaine, también estaba allí con Jackson, que se levantó de un salto en cuanto

ella entró en la sala.

—¡June, has venido!

—Perdón que os moleste.

—No seas tonta, nos alegramos mucho de verte —dijo Clare, se levantó y la abrazó. Se le veía un bulto prominente debajo de la camiseta, que asumió que debía de ser el hijo número cuatro—. Espero que te quedes a comer. Mamá ha hecho demasiada comida, como siempre. Al ver todos esos platos, cualquiera diría que somos cincuenta.

Acababa de decirlo cuando Linda entró por la puerta y anunció que la comida estaba servida. June se vio atrapada en el ajetreo de la familia, que se levantó para sentarse a la mesa. Entre Linda y Jackson la dirigieron a una de las sillas.

—¿Vino? —preguntó Linda, pero le sirvió una copa antes de que pudiera responder.

Presidía la mesa el rosbif más enorme que había visto en su vida, rodeado de platos con todos los acompañamientos. Todos empezaron a servirse comida hablando sin parar. El plato de June enseguida rebosó de comida, y dejó que el ruido de las conversaciones la envolviera mientras comía. Al otro lado de la mesa, Martin y el nieto mayor estaban contándose chistes subidos de tono y ella se reía a ratos, cuando lograba oír la parte graciosa. A su derecha estaba Linda, que tenía una conversación muy acalorada con Clare sobre la escuela primaria de los niños.

—Es increíble —estaba diciendo Clare—. A la escuela le faltan fondos y no se pueden permitir material escolar para todos los niños. Al final del trimestre pasado recibimos una carta en la que nos pedían a los padres que donáramos cuadernos y bolígrafos, ¿te lo puedes creer?

—Es una vergüenza —contestó Linda.

—Todos esos parlamentarios con sus sueldos con muchos ceros, educados en escuelas privadas, y las públicas no tienen dinero para enseñar a los alumnos adecuadamente. La verdad es que estoy tan enfadada que estoy pensando en escribirle una carta a mi representante en el Parlamento.

—Deberías organizar una protesta como June —sugirió Jackson—. Ahora es una experta.

—¿Ah, sí? —Clare la miró con cara de sorpresa.

—Bueno, yo no diría que soy una experta —dijo ella.

—Oh, sí, ha organizado la ocupación de nuestra biblioteca porque el Gobierno regional quiere cerrarla —explicó Linda—. Ha salido en los periódicos y en la televisión. La biblioteca de Chalcot es famosa.

—Vaya, es una pasada —dijo Martin, que había dejado los chistes para escuchar—. ¿Y cómo fue la ocupación? ¿Dormiste allí?

—Sí, tres noches. Nos desalojaron ayer.

—Muy bien, chica —exclamó Clare—. Hace falta tener muchas agallas.

June sonrió ante el halago.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Martin—. ¿Vais a seguir protestando?

—Claro, tenemos que hacerlo. Se está realizando una consulta que acabará dentro de dos semanas. Tenemos que asegurarnos de que la biblioteca esté lo más llena posible para que suba nuestro número de visitas. Y hay que seguir con la campaña para no dejar de presionarlos.

Se dio cuenta de que todos habían dejado de hablar y la estaban escuchando. Se quedó asombrada por la vehemencia de sus palabras y por las miradas de admiración que le estaba dedicando la familia.

—Pero mira cómo hablas, apenas te reconozco —exclamó Linda con una sonrisa.

—¡Por June! —brindó Clare, y todos hicieron lo mismo con mucho entusiasmo.

EL MARTES POR la mañana, June salió de casa con mariposas en el estómago. A pesar de todas sus bravatas del sábado, estaba aterrada ante lo que se iba a encontrar cuando regresara a la biblioteca. Marjorie estaría furiosa con ella, evidentemente, y seguro que el Gobierno regional le daría problemas. Pero podría volver a ver a Stanley y a los demás miembros del ABC, y juntos planearían la estrategia para la última parte de la campaña. Había estado pensando en eso todo el fin de semana y tenía varias ideas para seguir llamando la atención.

Giró en la esquina para llegar a The Parade cuando vio a Vera delante de la oficina de correos.

—Buenos días, Vera, ¿qué tal estás?

—No me puedo quejar, aunque tengo la cadera…

—Perdona, me encantaría quedarme a charlar, pero tengo que ir a trabajar.

—¿Qué está pasando allí hoy? —preguntó la mujer.

—Marjorie va a dar un curso de introducción a la tecnología esta mañana. ¿Quieres participar?

—No, me refiero a ahora mismo. Hay gente fuera. Y también está ese consejero.

—¿Richard Donnelly?

—Ese que es muy cargante…

—Perdona, Vera, tengo que irme.

Le dio la espalda y salió corriendo hacia la biblioteca. Cuando se acercó, vio a Donnelly fuera, hablando con un hombre y una mujer.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando llegó a su lado.

—Buenos días, señorita Jones —saludó Richard—. Ya me estaba preguntando si tenía intención de aparecer. ¿Ha recibido nuestro correo?

—No, me dejé el teléfono en la biblioteca. ¿Qué pasa?

—Creo que ya hemos terminado —le dijo Richard a los otros dos, que asintieron y se fueron. Entonces miró a June—. El Gobierno regional ha decidido realizar una investigación exhaustiva de los acontecimientos que tuvieron lugar la semana pasada. Entre ellos, la implicación de una empleada pública en la ocupación y el daño que esa acción le ha ocasionado a la biblioteca. Hasta que termine dicha investigación, usted queda relevada de todas sus funciones en la biblioteca de Chalcot.

—¿Qué?

—Está suspendida. Aunque con el sueldo íntegro, por supuesto, hasta que se aclare el papel que ha desempeñado en el asunto y se decida si es necesario tomar más medidas.

—Un momento… ¿De qué daños está hablando?

Richard miró su portapapeles.

—Se produjeron daños en la pintura de la sala principal…

—Colgamos unos carteles durante un par de días.

—Desperfectos en las mesas…

—Esas mesas tienen veinte años, como mínimo.

—Manchas en la moqueta…

Demonios, el café.

—Las limpié yo personalmente.

—Nuestros peritos han estado revisando y dicen que hay que sustituirla en su totalidad.

—Eso es una tontería, solo era una pequeña mancha.

—No voy a discutir este tema con usted, señorita Jones. El Gobierno regional ya ha tomado la decisión, algo que ya sabría si se hubiera molestado en leer el correo. Hasta que termine la investigación, no podrá entrar en la biblioteca ni para trabajar ni por razones personales.

—Todo esto es una locura. No se han producido daños. De hecho, hemos mejorado las instalaciones. ¿Y quién me va a sustituir durante mi suspensión?

—Va a venir alguien de la central para ayudar a Marjorie. Por desgracia no tenemos recursos para sustituirla a tiempo completo, así que hemos recortado el horario de apertura de la biblioteca.

—¡No! Por favor, no lo hagan. Si se reduce el horario, bajará el número de visitas y eso afectará a la consulta.

Richard se encogió de hombros.

—La decisión no está en mis manos, señorita Jones.

Había algo en la forma que tenía de decir su nombre que hizo que se le pusiera la piel de gallina.

—Lo están haciendo deliberadamente, ¿verdad? Buscan que parezca que la biblioteca no va bien porque lo que quieren es cerrarla. ¿Usted también está metido en lo de Cuppa Coffee?

—No tengo ni idea de qué está hablando —contestó Richard—. Y le sugiero que no vaya por ahí haciendo acusaciones como esa. Su conducta irresponsable ya ha supuesto bastantes perjuicios a la biblioteca. —Le dio la espalda y empezó a caminar hacia el edificio.

—Mi teléfono está dentro —dijo detrás de él—. ¿Puedo recogerlo al menos?

Richard suspiró.

—Está bien. Espere en la entrada mientras voy a buscarlo.

Dentro de la biblioteca, todo estaba igual que cuando June salió el viernes, pero algo se veía diferente. Y no eran las persianas, que ya no estaban marrones por el polvo, ni el leve olor a pintura fresca mezclado con los aromas familiares del papel y la madera. Y, sin duda, no era la diminuta mancha de café de la moqueta, que era más pequeña que un libro de

bolsillo. Era el silencio, que parecía diferente aquel día. Tal vez se equivocaba, pero tuvo la sensación de que las historias habían dejado de hablar en susurros entre ellas.

—Tome. —Richard salió del despacho y le entregó su teléfono.

Ella se quedó mirándolo, sin saber qué hacer a continuación.

—¿De verdad tiene que hacer esto? ¿No puede mantener el horario normal de la biblioteca hasta que termine la consulta? Por favor.

Richard se la quedó mirando unos instantes.

—Pero ¿qué creía que iba a pasar? ¿Que podrían poner en evidencia al Gobierno regional en las noticias y que les íbamos a permitir que se salieran con la suya?

—Si están enfadados conmigo, despídanme; no lo duden. Pero no castiguen a toda la comunidad por algo que he hecho yo.

Él soltó una carcajada sin ganas.

—Debería haberlo pensado antes de haber hecho esa maniobra. La reducción del horario de la biblioteca es por usted, no puedo culpar de ello a nadie más.

—Richard, se lo suplico.

—Le sugiero que salga del edificio ahora mismo. Está infringiendo los términos de su suspensión y, si no lo hace, me veré obligado a llamar a la policía.

June miró una vez más la biblioteca. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, así que se volvió y se fue corriendo.

Capítulo veintisiete

SE PASÓ EL resto de la semana escondida en su casa. No podía dormir y no tenía hambre. Intentó leer *Sentido y sensibilidad,* pero ni Elinor Dashwood ni Edward Ferrars consiguieron animarla. Las palabras de Richard no hacían más que repetirse en su mente, en un bucle infinito y doloroso: «Pero ¿qué creía que iba a pasar? ¿Que podrían poner en evidencia al Gobierno regional en las noticias y que les íbamos a permitir que se salieran con la suya?… La reducción del horario de la biblioteca es por usted, no puedo culpar de ello a nadie más».

Caminó arriba y abajo por la casa, como un animal enjaulado. Ojalá hubiera seguido el consejo de Marjorie y se hubiera mantenido al margen de las protestas, dejando que otros lucharan por la biblioteca en vez de involucrarse. ¿Por qué pensó que podría ayudar, cuando en realidad lo único que había conseguido era empeorar las cosas? Y también estaban los miembros del ABC… ¿La culparían cuando se enteraran de que el horario de la biblioteca se había reducido por culpa de su suspensión?

Pero sobre todo pensó en Stanley, solo en aquella caravana oscura. Ya entendía por qué se pasaba todo el día en la biblioteca, sobre todo en los meses de frío. ¿Cómo iba a sobrevivir al siguiente invierno sin la biblioteca? Esos pensamientos la perseguían todo el tiempo, cada minuto que pasaba despierta, y solo paraban cuando bebía tanto vino que se desmayaba.

El viernes por la mañana, cuando se quedó sin alcohol y se comió lo último que quedaba en el congelador, se puso unas zapatillas de deporte y salió de casa. Al llegar al campo deportivo, vio a Stanley sentado en un banco junto al estanque, muy concentrado con un libro. No quería molestarlo, pero, cuando pasó a su lado, él levantó la vista y

le hizo un gesto para que se acercara.

—¡June! Siéntate conmigo. —Le señaló un espacio a su lado y ella obedeció—. ¿Este lo has leído? —preguntó y le mostró la cubierta. Era un ejemplar de la biblioteca de *El rincón de Pooh*—. Era el favorito de Mark cuando era pequeño. Se lo habré leído docenas de veces.

—También era uno de mis preferidos —confesó ella.

Él retomó la lectura y el silencio se alargó hasta que June ya no pudo soportarlo más.

—Stanley, lo siento mucho.

—¿Por qué? —preguntó él sin apartar los ojos de la página.

—Por todo.

—No te entiendo.

June inspiró hondo. Tal vez Stanley no lo había relacionado, pero tenía que ser sincera con él.

—Ha sido culpa mía que hayan reducido el horario de la biblioteca; el Gobierno regional lo ha hecho para castigarme por unirme a la ocupación. Ahora va a bajar la cantidad de visitantes y de préstamos y tendrán la excusa perfecta para cerrar la biblioteca.

Cuando acabó de hablar miró a Stanley, que estaba observándola con una expresión rara.

—¿Has estado escondida debajo de una piedra toda la semana?

—He estado en casa.

—¿Así que no te has enterado de lo que ha pasado?

Lo miró fijamente

—Oh, muchacha, pero si has inspirado una revolución —exclamó Stanley mostrando una enorme sonrisa.

—¿Qué?

—No me puedo creer que no lo sepas. Cuando se corrió la voz de que te habían suspendido, todo el pueblo se rebeló. La gente empezó a ir a la biblioteca furiosa por lo que te habían hecho y preguntando cómo podían ayudar.

Ella sintió que sus mejillas recuperaban el color.

—Entonces me acordé de lo que Matilda, o sea, tú, había dicho sobre que la gente tenía que sacar la mayor cantidad de libros posible —continuó Stanley—. Así que eso ha sido lo que les hemos pedido que hagan. Ojalá lo hubieras visto; todo el mundo se llevó el máximo que le permitía su carné. —

Agitó el libro que tenía en la mano como prueba de que él también había sacado libros en préstamo—. Incluso la gente que hacía años que no usaba la biblioteca está sacando libros. Marjorie no ha podido soportar tanta demanda y las estanterías están medio vacías.

June seguía demasiado asombrada para hablar.

—Y todo por ti, querida. La gente está furiosa porque te han suspendido después de todo lo que has hecho por la biblioteca y por esta comunidad.

—No me lo puedo creer.

—Ya no pueden decir que no se hace uso de la biblioteca. Porque seguro que esta semana la de Chalcot es la biblioteca que más movimiento ha tenido de todas las del condado, seguro.

—Stanley, es increíble.

—Vamos a ir todos a la reunión con el Gobierno regional el día veinticuatro, cuando van a tomar la decisión. Es nuestra batalla final contra los gigantes —dijo con una risita—. Tienes que venir también, June, querida. Te necesitamos allí.

—Allí estaré, claro. —Y sonrió por primera vez en varios días—. Podemos hacerlo, Stanley. Sé que podemos.

CUANDO VOLVIÓ A casa con la compra, todavía estaba sonriendo por las noticias que le acababan de contar. Encontró un ejemplar antiguo de *El rincón de Pooh* en la estantería de su dormitorio y lo sacó al jardín descuidado. Estaba leyendo el último capítulo cuando oyó el timbre de la puerta. Supuso que sería Linda, a la que había estado poniendo excusas muy endebles toda la semana cada vez que le proponía ir a ver cómo estaba. Pero, cuando abrió la puerta, se encontró a Alex en el umbral.

—No me contestas a los mensajes —dijo—. ¿Estás bien?

—Perdona, es que he estado encerrada aquí.

—Te he traído comida —anunció, y le enseñó la bolsa que llevaba—. Lo de siempre y algunos extras.

—Gracias. Pasa. —Lo acompañó a la cocina. Entonces fue muy consciente de la decoración anticuada y de que había adornos de su madre por todas partes—. Perdona por cómo está la casa. Tengo que darle una mano de pintura.

—¡Anda! Hola, amiguito.

Se volvió y vio a Alex agachado para acariciar a *Alan Bennett*, que estaba tumbado en su cesto.

—Oh, mejor no…—empezó a decir, pero llegó demasiado tarde.

Alan bufó y le dio un zarpazo, que alcanzó la mano de Alex.

—¡Ay! —exclamó, y se apartó—. Madre mía, tu gato tiene malas pulgas.

—Perdón, es que *Alan* es un poco antisocial. Adoraba a mi madre, pero siempre me ha odiado a mí.

—Nunca había oído que un gato odiara a una persona.

—Después de la muerte de mi madre, cuando nos quedamos los dos solos, pensé que sería más cariñoso conmigo. Pero han pasado ocho años y sigue siendo un bicho muy gruñón.

Alex se echó a reír y empezó a sacar recipientes de cartón y a ponerlos en la mesa.

—He decidido que ha llegado el momento de que amplíes tu repertorio de platos. La familia de mi padre viene de la provincia de Sichuan, por eso esta es su especialidad. —Abrió un recipiente—. Son berenjenas al aroma de pescado.

—¿«Al aroma de pescado»?

—Y esto son judías verdes con cerdo y chile, uno de mis favoritos.

June cogió un plato, se sentó, Alex le sirvió un poco de berenjena y comió un poco.

—Vaya, está delicioso.

—¿Ves lo que te decía? —respondió él satisfecho—. Ahora prueba la ternera hervida picante, pero solo si te gusta mucho el picante. Mi padre dice que el chile es un antidepresivo natural… —Se quedó callado, algo incómodo—. No quiero decir que tú estés deprimida, pero me he enterado de que te han suspendido. ¿Por qué no me llamaste?

—Perdona. Llevo toda la semana en casa, pensando que todo el mundo debía de estar echándome a mí la culpa.

—Dios, no. Ha sido justo lo contrario.

—Stanley me ha contado que la gente se ha puesto a pedir libros como loca.

—Nunca he visto una biblioteca tan ajetreada. Yo me he llevado doce libros, aunque, como no estabas tú para

aconsejarme, me dejé llevar por el pánico y tengo una selección muy heterogénea. Incluso me traje uno de la saga de los Bridgerton.

Soltó una risita.

—Me alegro de que la gente lo esté haciendo. Si tenemos cifras altas de visitas y de préstamos, al Gobierno regional le costará mucho más justificar el cierre.

—Ojalá fuera tan fácil —comentó Alex.

—¿A qué te refieres?

—Está todo el tema del Cuppa Coffee.

—Pero ¿qué razón pueden dar para cerrar una biblioteca que está claro que se utiliza, y mucho?

—Encontrarán la manera —contestó Alex—. Después de todo, esta consulta es porque buscan ahorrar dinero, no para saber si la biblioteca se usa.

June sintió que toda la positividad que había acumulado esa tarde se esfumaba.

—Ojalá supiéramos qué traman Brian y Marjorie con los de Cuppa Coffee.

—¿Crees que ha llegado el momento de enfrentarte a Marjorie y preguntárselo directamente?

Ella negó con la cabeza.

—No me dirá nada, y menos ahora. Seguro que me odia después de la ocupación. Además, me han prohibido pisar la biblioteca y tampoco puedo presentarme en su casa.

—Yo te ayudo, si hace falta, pero no sé qué puedo hacer —se ofreció Alex.

June comió unas cuantas judías.

—¡Oh, Dios mío, la boda de Gayle! —exclamó, y estuvo a punto de atragantarse con la comida.

—No vas a ir, ¿verdad?

—Puede que sea la última oportunidad que tenga de hablar con Brian y Marjorie.

Alex se mostró escéptico.

—No creo que te lo vayan a confesar todo en la boda de su hija.

—No, pero Marjorie me ha dicho muchas veces que han invitado a lo más granado de Dunningshire. Si voy por la noche, cuando la gente ya se haya tomado unas copas, tal vez a alguien se le escape algo sobre Cuppa Coffee. —Cuando oyó

lo que acababa de decir, reconoció que sonaba ridículo.

Alex la observaba con una expresión preocupada.

—¿Estás segura de que quieres ir después de lo que pasó en la despedida?

¿Lo estaba? Sería mucho más fácil seguir escondida en su casa y no exponerse ni asumir ningún riesgo.

—Sí, estoy segura. Me parece que es mi última oportunidad de hacer algo para salvar la biblioteca.

—¿Cuándo es la boda?

—El sábado que viene.

—Pues yo estaré encantado de acompañarte, si necesitas apoyo moral.

Se quedó tan sorprendida por la oferta que se metió un trozo de ternera en la boca sin pensar. Unos segundos después el picante le explotó en la lengua, era como una bola de fuego, y soltó una exclamación que sobresaltó a Alex.

—Bueno, solo si tú quieres —añadió—. Como amigo, ya sabes… —Se estaba poniendo rojo, pero ella estaba muy ocupada para fijarse mientras se bebía un vaso de agua entero.

—Genial, gracias —dijo intentando no sacar la lengua para buscar algo de alivio.

—Será mejor que me vaya. —Alex se levantó y se dirigió a la puerta—. Ten cuidado con la ternera. Hay trozos que pican mucho. Y el agua no ayuda. Come arroz para calmarlo.

—Gracias.

—Te veo el sábado que viene.

—Vale. Adiós.

June cerró la puerta, volvió corriendo a la cocina y se llenó la boca de arroz.

Capítulo veintiocho

JUNE ESTABA DELANTE de la ventana mirando su reflejo. Se había comprado un vestido, de un color que la dependienta había descrito como «sombra tostada», en una visita a la tienda en un ataque de pánico el día anterior. Tenía un estampado rojo y dorado en la parte de delante que en el probador le daba un aire sofisticado y elegante. Pero en ese momento, bajo la luz implacable de su dormitorio, parecía un paquete de caramelos. Se recogió el pelo en una trenza francesa y bajó a la planta inferior. *Alan Bennett* estaba sentado en el pasillo, mirándola burlón.

—¿Tan mal estoy? Sé que los zapatos no son perfectos…

Miró sus zapatos de tacón negros, que se puso por última vez para el funeral de su madre.

Alan se puso a lamerse el trasero a modo de respuesta.

En la cocina, se sirvió una copa de vino y se sorprendió al comprobar que ya se había bebido la mitad de la botella. ¿Por qué había dicho que iría a esa estúpida boda? Solo pensar que vería de nuevo a todas las chicas de la despedida la había tenido despierta toda la noche. Además, seguro que ya habían descubierto para entonces que fue June quien se llevó al *stripper,* y estarían furiosas. Todo aquello era muy mala idea.

Oyó el ruido de un coche que aparcaba delante, así que se acabó el vino y salió. Alex estaba junto al coche y le abrió la puerta del acompañante. Había cambiado la camiseta y los vaqueros que llevaba siempre por un traje gris muy elegante con una corbata azul eléctrico, y se había peinado hacia atrás el pelo alborotado. June nunca lo había visto tan arreglado, y le dio un ataque de timidez cuando él se quedó mirándola mientras recorría el camino de entrada.

—Estás muy guapa —dijo cuando llegó junto al coche.

Sintió que se ruborizaba y murmuró un gracias mientras se sentaba.

Los dos hicieron el trayecto en silencio, mirando por el parabrisas. June estaba un poco mareada. ¿Por qué se estaban obligando a pasar por aquello? Todavía no sabía lo que les iba a decir a Marjorie y a Brian. Quería pedirle opinión a Alex, pero, cada vez que lo miraba, no era capaz de hablar, no sabía por qué.

Cuando llegaron a la casa de Marjorie y Brian, Alex aparcó en el sitio indicado, un campo habilitado para ello. Había gente aparcando allí desde hacía mucho tiempo, los invitados que habían participado en todas las celebraciones, así que la hierba se había convertido en un espeso barro. Cuando ella salió del coche, se le clavaron los tacones en la tierra.

—¡Ay, ayúdame!

—¿Estás bien? —Alex fue corriendo a su lado del coche.

—Me he hundido —exclamó cuando sintió que sus zapatos desaparecían en el barro.

—Espera, que te ayudo. —Alex la cogió del brazo con cuidado, pero June estaba totalmente clavada.

—Vas a tener que tirar más fuerte —dijo muerta de vergüenza.

La agarró del codo y empezó a dar tirones. Durante un segundo ella se tambaleó, pero entonces sus zapatos se soltaron con un ruido de succión y se cayó encima de él. Alex la sujetó y después le dio la mano para ayudarla a pasar por el barro hasta la carretera. June estaba concentrada en no caerse, pero no podía dejar de notar el calor de la palma de su mano contra la de ella. Cuando llegaron a la carretera, esperaba que Alex la soltara enseguida, pero no lo hizo. Ella sintió una oleada de placer por ese contacto, pero se acordó de Ellie y apartó la mano.

—Mira cómo estoy —exclamó mirando sus zapatos y los tobillos llenos de barro.

—No te preocupes. Fui *boy scout*, así que estoy siempre preparado para todo.

Alex sacó un pañuelo blanco de su bolsillo con un gesto muy teatral y, para horror de June, se agachó y se puso a limpiarle el barro de los pies.

—Déjalo. Ya lo hago yo —pidió, pero él siguió limpiando.

Había algo extrañamente íntimo en que él le limpiara los pies y sintió mucho calor de repente.

—No ha quedado perfecto, pero es lo mejor que puedo hacer —anunció Alex, y se levantó. Los dos se quedaron mirando sus pies y sus zapatos manchados de marrón.

—Gracias —contestó, aunque su voz sonó extraña—. ¿Vamos?

Según se acercaban, les fue llegando el sonido de la música que salía de la casa. Era una imitación del estilo georgiano, con unos setos gemelos podados con forma de animales, que flanqueaban el camino de gravilla, y había dos pilares a cada lado de la puerta.

—Los invitados no pueden entrar en la casa —les explicó un hombre con una chaqueta fluorescente que fue corriendo a interceptarlos—. Solo los invitados VIP pueden entrar, disculpen. Ustedes den la vuelta hasta la parte de atrás.

Rodearon la casa hasta el jardín trasero, donde había una carpa que parecía un flan blanco gigante en medio del césped. Un camarero se acercó con una bandeja con bebidas. June cogió un cóctel que tenía una pinta peligrosa y Alex un vaso de agua. Los invitados estaban desperdigados en grupitos por la hierba, riendo con la ruidosa euforia de la gente que lleva todo el día bebiendo.

—Dios, fíjate en esto —dijo Alex mirando la escena—. Parece sacado de *El gran Gatsby,* y no es un cumplido.

June se echó a reír al oír esa referencia literaria y sintió otra oleada de placer por estar allí con Alex, los dos tan elegantes y bebiendo cócteles. Entonces se acordó de la razón por la que estaban allí.

—¿Entramos en la carpa para ver si Marjorie y Brian están ahí?

Dentro de aquella enorme carpa habría al menos veinte mesas redondas, todas soportando con dificultades el peso de unos enormes jarrones con azucenas de color rosa. Algunos de los invitados más mayores seguían en las mesas, hablando a gritos por encima de la música atronadora. En un extremo había una pista de baile bajo una enorme bola de discoteca. La pista estaba a reventar de gente borracha bailando como loca *Come on Eileen.*

Examinó la sala.

—No veo a ninguno de los dos.

—¿Y reconoces a alguien del Gobierno regional? —

preguntó Alex.

Estaba a punto de decir que no cuando vio a un hombre en el otro extremo de la carpa, hablando con una mujer mayor.

—¡Oh, Dios mío, es él!

—¿Quién?

Volvió a mirar por si se había equivocado, pero no había duda: alto, con la mandíbula cuadrada y el pelo muy rubio, casi blanco.

—Es Draco Malfoy.

Alex no dijo nada, pero cuando June lo miró, lo vio observándola con detenimiento.

—Vale… Creo que no deberías beber más.

—¿Qué?

—Si ya estás viendo villanos de un libro infantil, creo que deberías pasarte al agua.

—¡No! Es el nombre que yo le doy a uno de los hombres que vi con Brian la noche que tú y yo fuimos a The Chequers. Es el que habló de convencer a los consejeros y engrasar la maquinaria.

—Ah, ya entiendo. Pero ¿por qué lo habrá invitado a la boda?

—Supongo que querrá impresionarlo.

—Creo que no nos conocemos. —La mujer que iba disfrazada de Wonder Woman en la despedida de Gayle se situó entre Alex y ella y le tendió una mano a él—. Me llamo Isabelle.

—Hola, yo Alex.

—*Enchantée*, Alex. ¿De qué conoces a la feliz pareja?

—He venido con June.

Isabelle se fijó en ella por primera vez.

—Encantada de conocerte.

—Ya nos conocemos —contestó June y la otra se sorprendió.

—¿Ah, sí? Perdona pero no me acuerdo.

—Estaba sentada a tu lado en la despedida de Gayle.

Isabelle se quedó mirándola, intentando ubicarla, y de repente sonrió.

—¡Oh, Dios mío, pero si eres la virgen!

Soltó una carcajada y ella hizo una mueca. Miró a Alex y vio que aparecía una expresión de sorpresa en su cara, pero la

ocultó rápidamente.

—Dios, me sorprende que hayas venido después de aquello —comentó Isabelle, que no paraba de reírse.

June se obligó a sonreír.

—Nos estábamos preguntando quién es aquel señor de allí. —Señaló al otro lado de la carpa, donde en ese momento Draco estaba en medio de un grupo de personas que no paraban de reírse como locas.

—¿Quién? —preguntó Isabelle.

—El que está en medio del grupo, con el pelo tan rubio.

—¿De verdad me estás diciendo que no sabes quién es? —Los miró a ambos sin poder creérselo—. Es Rupert.

—¿Quién?

—Rupert. ¡El novio! El nuevo marido de Gayle.

Tardó un momento en comprender del todo lo que Isabelle acababa de decir.

—¿Ese es el marido de Gayle?

Isabella la ignoró y miró a Alex con coquetería.

—¿Quieres bailar?

—Un momento. ¿Sabes a qué se dedica el marido de Gayle? —insistió June.

Isabella la miró molesta.

—Pero qué pregunta más rara. Creo que Gayle me ha dicho algo sobre adquisición de propiedades inmobiliarias. —Volvió a mirar a Alex—. Tienes el vaso vacío. Joan, ¿te importaría traernos una copa? Champán, por favor.

Vio que Alex abría la boca para protestar, pero en medio del *shock* simplemente se fue a la mesa de las bebidas, con la mente a mil por hora. Si Draco Malfoy era el marido de Gayle, ¿significaría eso que aquella noche en el *pub* Brian solo estaba teniendo una inocente conversación con su yerno? Entonces ¿por qué hablaban de convencer a los consejeros y engrasar la maquinaria? Cogió otro cóctel y le dio un largo sorbo mientras intentaba encajar las piezas.

—¿Qué tienes en los zapatos? —June se sobresaltó cuando Marjorie apareció a su lado.

—Barro —contestó intentando limpiarlos discretamente con el largo mantel.

—No me puedo creer que hayas tenido la presencia de ánimo para aparecer aquí después del lío que has montado en

la biblioteca —la reprendió Marjorie, arrugando la nariz—. ¿Tienes idea de cuántos dolores de cabeza me has causado? Y encima cuando estoy liada con todo esto… —Señaló la carpa y todo su contenido.

—Es una boda preciosa, Marjorie.

—Los decoradores han metido la pata hasta el fondo. Se suponía que debía haber lazos rosa claro en las fundas de las sillas y han puesto unos de color fucsia. Gayle estaba tan enfadada que ha estado a punto de cancelarlo todo.

June miró los diminutos lazos que le estaba señalando Marjorie.

—Pues quedan muy bien.

Los ojos de su jefa examinaban la carpa y ella se fijó en que no hacía más que retorcerse las manos.

Le dio otro sorbo al cóctel. Ese era el momento, su oportunidad.

—Marjorie, tengo que preguntarte una cosa.

—Oh, no, pero ¿qué están haciendo los del *catering* ahora? —dijo Marjorie cuando dos camareros con uniforme blanco colocaron una enorme bandeja de quesos con varios pisos en una mesa que estaba a su lado—. Se suponía que no había que servir esto hasta las nueve. Y solo son las ocho y media.

—¿Para quién trabaja tu yerno? —preguntó June.

—No lo sé, una empresa estadounidense de alimentos y bebidas. ¿Y por qué han puesto el queso aquí? Tiene que ir en la mesa de allí. ¿Por qué todo el mundo…?

—¿Tiene algo que ver con Cuppa Coffee?

—Y esas uvas no tenían que ser blancas, sino rojas. Dios, qué desastre. Tengo que hablar con el director del *catering*. —Marjorie estaba a punto de irse cuando ella la agarró del brazo. Su jefa la miró asombrada—. ¿Qué haces?

—Marjorie… —A June se le quebró la voz—. ¿Brian y tú tenéis algo que ver con los planes de cerrar la biblioteca?

—¿De qué demonios estás hablando?

—Vi a Brian en un *pub* con Rupert. Creo que estaban hablando de sobornar a unos consejeros para que permitan que alguien compre el edificio de la biblioteca. Y hablaron de ti.

—Eso es una locura. Es que tienes una imaginación, June…

—Y te vi enseñándole la biblioteca a una mujer que tenía

un portapapeles con el logo de Cuppa Coffee. —Vio que su jefa palidecía—. ¿Cómo has podido, Marjorie? Creía que adorabas la biblioteca.

—Claro que la adoro —contestó ella entre dientes—. Pero tú siempre has vivido en tu mundo de fantasía, y eso que acabas de decir es lo más ridículo que he oído en mi vida. Esa mujer a la que le estaba enseñando el edificio era una de las asesoras.

—Entonces ¿por qué tenía el portapapeles con el logo de Cuppa Coffee?

—No tengo ni idea. ¿Tal vez se lo regalaron?

—¿Y por qué volvió a verte en secreto a primera hora de la mañana, antes de que abriera la biblioteca? ¿Qué estás ocultando, Marjorie?

—Mira, Brian me pidió que nadie se enterara de la visita de los asesores precisamente por esta razón, para evitar que la gente se volviera loca con teorías de la conspiración. Pero ahora, si me disculpas, estoy en la boda de mi hija. —Le dio la espalda para intentar irse otra vez.

Ella inspiró hondo.

—¿Brian y tú estáis recibiendo dinero de la empresa de Rupert para ayudarlos a comprar el edificio de la biblioteca y convertirlo en un Cuppa Coffee?

Marjorie se giró de forma brusca con cara de incredulidad.

—¡Esto es indignante! —Levantó la voz y varias personas se volvieron para mirarla.

—Pero ¿qué pasa aquí? —Brian acababa de llegar—. La gente te está mirando, Marjorie.

—June acaba de hacer una acusación muy escandalosa. Dice que Rupert y tú estáis metidos en un chanchullo corrupto para vender el edificio de la biblioteca. Si fuera por mí, la echaría de aquí ahora mismo, pero no quiero montar un… —Marjorie dejó de hablar cuando vio que Brian se había puesto muy rojo, casi morado.

—¿Qué has estado contando por ahí? —le preguntó a June.

—Os vi a Rupert y a ti en un *pub* en julio —explicó ella—. Y oí vuestra conversación.

Brian soltó una carcajada breve y forzada.

—¿Y qué? Un hombre que se va a tomar una pinta con su futuro yerno no es que esté haciendo nada ilegal.

—Había otro hombre allí y tú les dijiste a ambos que podías convencer a los consejeros. Y ellos hablaron de darte dinero.

—¿De qué está hablando, Brian? —preguntó Marjorie.

—Tiene que ver con la biblioteca, ¿verdad? —insistió June.

—Todo esto es una tontería —contestó él.

Se dio cuenta de que la gente que había a su alrededor había dejado de hablar y los estaba escuchando, pero, por extraño que pareciera, no le importaba.

—¿Y qué pasa con esa mujer que enviaste para que Marjorie le enseñara la biblioteca? Trabaja para Cuppa Coffee, ¿verdad?

—¡Me dijiste que era una asesora! —exclamó Marjorie, y agarró del brazo a su marido. Por la expresión de su cara, June tuvo claro que no fingía—. Brian, ¿qué demonios está pasando?

—Calla, cariño —dijo, y se zafó de su mano—. No tengo intención de quedarme aquí oyendo esta sarta de mentiras. Ella no puede probar nada.

—¡Oh, Dios mío! ¡El dinero de la boda! —gritó Marjorie con los ojos desorbitados.

—Pero cariño… —empezó a decir Brian y se acercó a ella, pero su mujer se apartó.

—Te pregunté de dónde había salido ese dinero extra para pagar todo esto y no quisiste decírmelo. Brian, ¿qué has hecho?

—Por Dios, mujer. Te vas a jubilar en Navidad, ¿qué importancia tiene?

—Todo este tiempo me has estado diciendo que me relaje, que tú estabas trabajando entre bambalinas para salvar la biblioteca, ¡y lo que has estado haciendo es procurar que la cierren!

Se había reunido un grupo nutrido de gente para contemplar la escena, así que Brian bajó la voz y habló entre dientes.

—Oye, no puedo influir en la decisión que tome el Gobierno regional sobre la biblioteca. Pero si cierra y la empresa de Rupert compra el edificio, a ti no te causará ningún problema y yo me puedo beneficiar de ello, ¿no lo ves? —Intentó rodearle los hombros a su esposa con el brazo, pero ella se zafó.

—¡Apártate de mí! —No se molestó en bajar la voz.

—Pero ¿cómo esperabas que pagáramos todo esto? —exclamó Brian—. Me dijiste que querías que esta boda fuera la más espectacular que ha visto Chalcot. ¿Tienes idea de cuánto ha costado?

Parecía que Marjorie se esforzaba por no echarse a llorar.

—Yo he hecho la vista gorda todos estos años, pero esto… mi biblioteca…

—Papá, mamá, ¿qué ocurre? —Todos se dieron la vuelta y vieron aparecer a Gayle con un vestido de novia largo adornado con cristales. Rupert iba detrás, con los ojos entornados—. Os hemos oído desde el cenador.

—No pasa nada, mi niña, un pequeño desacuerdo —dijo su padre.

—¿Mamá?

—¿Tú lo sabías? —preguntó Marjorie.

—¿El qué?

—El trato que han hecho tu padre y Rupert. Sobre la biblioteca.

—¿De qué estás hablando? —La expresión confusa de Gayle reveló que tampoco sabía nada.

—Deberíamos hablar de esto en otro momento —intervino Rupert, que tomó del brazo a Gayle e intentó llevársela—. Ahora quiero bailar con mi flamante esposa.

—Han estado maquinando para que cierren la biblioteca y que la empresa de Rupert pueda abrir una cafetería en el edificio. Y todo esto —Marjorie hizo un gesto que abarcaba todo lo que los rodeaba— lo han pagado con dinero sucio que le ha dado Cuppa Coffee a tu padre.

—¿Qué? Papá, ¿es cierto? —preguntó Gayle.

—Oye, ya hablaremos de esto mañana, ¿vale? —dijo Brian—. Creo que a tu madre le están pasando factura los nervios. Ha sido un día lleno de emociones para ella.

Gayle asintió, pero no dejó de mostrarse contrariada.

—Vale ya, Marjorie, deja de montar un escándalo —la reconvino Brian sacudiendo la cabeza, y se alejó—. No es más que una biblioteca de pueblo, no hace falta que…

—¡Una biblioteca de pueblo! —rugió ella con tal intensidad que todos se pararon en seco—. He trabajado en esa biblioteca treinta años, le he dedicado toda mi vida. Y tú

hablas de ella como si no fuera nada. Y mientes, engañas…

June tuvo ganas de salir de allí y quitarse de en medio, pero era como ver un accidente de coche a cámara lenta. Marjorie empezó a mirar a su alrededor con la cara descompuesta. June no sabía qué buscaba hasta que vio que los ojos de su jefa se posaban en la enorme bandeja de quesos que había en la mesa, detrás de ella. Marjorie estiró el brazo y durante un segundo June pensó que iba a coger uno de los cuchillos. Pero eligió un enorme *brie*, el más grande que ella había visto en su vida, se dio la vuelta tomando impulso y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia la cabeza de Brian.

—¡No! —gritó, pero ya era demasiado tarde.

El queso voló por el aire y dio un par de vueltas antes de estrellarse en la cara de Brian. Él se tambaleó, dio un par de pasos hacia atrás y cayó sobre Gayle, que a su vez también perdió el equilibrio. Rupert intentó sujetarla y al final los tres cayeron al suelo. Se produjo un silencio demasiado largo.

—Deberíamos irnos —le dijo Alex al oído.

Ella se quedó mirando la escena un momento más: Gayle en medio de una montaña de seda y encaje color marfil, la cara manchada de *brie* de Brian y el cuerpo de Marjorie, que temblaba de rabia.

June abrió la boca para decir algo, pero sintió que Alex le tiraba de la mano y la arrastraba hacia la multitud, así que se volvió y lo siguió. Cuando se alejaban, oyó que Gayle gritaba:

—¿Cómo has podido hacerme algo así? ¡El día de mi boda!

Capítulo veintinueve

SE ALEJARON DE la boda lo más rápido posible, con el coche de Alex sufriendo los baches de los caminos rurales y asustando con los faros a los conejitos que de repente surgían en la oscuridad. A June no dejaba de darle vueltas la cabeza por el alcohol y se encontraba mal. No había pretendido provocar una escena como aquella. La pobre Marjorie… Llevaba un montón de tiempo planificando todo lo que tenía que ver con ese día y ella lo había estropeado.

—¿Esa mujer era tu jefa? —preguntó Alex cuando llegaron a las afueras de Chalcot.

June asintió.

—Dios, no sabía que era ella.

—¿A qué te refieres? —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla para intentar controlar el mareo. No debería haber bebido tanto.

—¿Te acuerdas de cuando fui a llevaros comida durante la ocupación de la biblioteca y nadie sabía quién la había encargado y pagado? Pues fue ella.

—¿Qué? —Abrió los ojos de golpe y miró a Alex—. ¿Marjorie nos envió la comida?

—Vino al restaurante por la tarde y pagó en efectivo. Yo no la reconocí, solo asumí que sería otra de las manifestantes.

—¡Oh, no! —Se cubrió la cara con las manos—. Y yo he pensado todo el tiempo que ella también estaba metida en la trama para destruir la biblioteca, y resulta que nos estaba apoyando en secreto.

Aparcaron delante de la casa de June y Alex apagó el motor.

—¿Estás bien? Te veo muy pálida —dijo.

—He estropeado la boda.

—No ha sido culpa tuya. Ha sido todo por Brian.

—Y tengo náuseas.

Alex la miró con cara de pánico.

—Voy a ayudarte a salir del coche.

Corrió al otro lado y le abrió la puerta. Ella intentó caminar sola, pero estaba demasiado mareada, así que dejó que Alex la acompañara hasta la puerta. Buscó la llave en el bolso, pero no la encontró.

—Deja que lo haga yo. —Le cogió el bolso, sacó la llave y abrió la puerta—. ¿Quieres que entre y te dé un vaso de agua?

—No hace falta, estoy bien. —Se apoyó en el marco de la puerta para no caerse—. Lo siento. Es que no he comido nada.

—¿Estás segura de que estás bien?

Miró a June con unos ojos tan llenos de bondad que ella sintió que se quedaba sin aliento. ¿Qué habría hecho sin Alex esa noche? De hecho, ¿qué habría hecho sin él durante los dos últimos meses? Entonces recordó las palabras de Stanley durante la ocupación, lo que dijo sobre aprovechar las oportunidades.

—Tengo que volver a casa —anunció Alex.

Se acercó a June para darle un abrazo de despedida y, cuando lo hizo, ella se acercó también. Sus labios se estrellaron con tanta fuerza que incluso les chocaron los dientes. June se agarró a sus hombros para no caerse, cerró los ojos y esperó el beso.

Pero no pasó nada.

Cuando abrió los ojos de nuevo, Alex la estaba mirando con una expresión de absoluto terror.

—Yo… será mejor que me vaya —dijo, y se apartó.

—Alex…

—Te veo pronto.

Y en un segundo llegó al coche, abrió la puerta y subió. Ella oyó el ruido del motor y el coche alejarse, pero se quedó en el umbral viéndolo marchar.

Cuando dobló la esquina y desapareció de la vista, June se dobló y vomitó en un parterre.

JUNE ABRIÓ LOS ojos y los cerró de nuevo. Se quedó tumbada en una oscuridad autoimpuesta y evaluó los daños. Le latía la

cabeza y tenía un sabor ácido en la boca. Bajó la mano y se tocó el vestido, lo que significaba que se había desplomado en la cama con la ropa puesta. Fragmentos de la noche anterior aparecieron en su mente: Marjorie gritando, la expresión de Gayle, el queso *brie* volando por el aire como un disco olímpico… Gimió y escondió la cabeza en la almohada. Se quedó tumbada ahí hasta que la llamada de la naturaleza se volvió apremiante y tuvo que levantarse.

En el baño se miró en el espejo. Tenía rímel corrido alrededor de los ojos y la piel muy pálida. Se tomó dos cápsulas de paracetamol y volvió al dormitorio. Pasó al lado de *Alan Bennett*, que estaba en el pasillo.

—¿Qué he hecho? —le dijo al gato, pero él cerró los ojos y fingió estar dormido.

Cuando volvió a despertarse, el dolor de cabeza se había reducido. Estiró la mano hacia el teléfono para mirar la hora y vio que tenía cuatro llamadas perdidas de Alex. Al ver su nombre, a June la asaltó un recuerdo: su intento de que la besara en medio de la borrachera y su cara de terror al apartarse. Sintió una oleada de vergüenza. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Stanley se había equivocado: era evidente que Alex no sentía nada por ella. Y, además, ¡tenía novia, por Dios! Tiró el teléfono al suelo, enfadada, y volvió a cerrar los ojos, pero la imagen de esa cara de horror estaba grabada en su retina.

Estuvo el resto del día dormitando. Se despertaba en medio de la maravillosa ignorancia, pero un momento después recordaba el dolor, que volvía en oleadas. ¿Qué habría pasado en la boda después de que ella se fuera? ¿Gayle y Rupert se habrían pasado el resto de la velada disfrutando de su felicidad de recién casados? ¿O habría terminado todo en una enorme discusión, con gritos, lágrimas e invitados que huían, comentando en voz baja que había sido la peor boda a la que habían ido? ¿Y qué habría pasado con la pobre Marjorie? June había pasado todo ese tiempo convencida de que ella estaba decidida a destruir la biblioteca, y al final su jefa no tenía ni idea de lo que estaba haciendo su marido. Escondió la cabeza bajo la almohada e hizo todo lo que pudo por volver a dormirse.

La despertó el sonido del timbre. Estaba oscuro y la única

luz que se veía era la de la farola que había delante de su dormitorio. ¿Quién demonios podía ser a esa hora de la noche? Rodó y cerró los ojos, pero el timbre siguió sonando. Cogió el teléfono, que estaba bajo la cama, donde lo había tirado esa mañana. Había seis llamadas perdidas de Alex y un mensaje: «LLÁMAME LO ANTES POSIBLE, POR FAVOR». Con una sensación nada agradable se levantó, se puso la bata y bajó a la puerta. Al abrirla vio a Alex.

—Lo siento —dijo antes de que le diera tiempo a decir nada—. No debería haber intentado besarte.

—June…

—Me da mucha vergüenza. Fue el alcohol. No sabía lo que hacía. Sé que no me ves de esa forma.

—June…

—¿Podemos olvidar lo que ha pasado?

—June, es Stanley.

—¿Qué pasa con él?

—Stanley… ha muerto. Lo siento.

Capítulo treinta

LOS DOS SE sentaron a la mesa de la cocina, tomando tazas de té con mucho azúcar, mientras June escuchaba lo que Alex tenía que contar: «Lo encontró en su caravana alguien que paseaba a su perro. La policía cree que falleció hace un par de días».

A June le pasó por la cabeza la imagen de Stanley yaciendo solo en aquella pequeña cama individual, esperando a que alguien lo encontrara, y se tapó la boca con la mano para contener un sollozo.

—El inspector Parks vino al restaurante a decírmelo —explico Alex—. Le van a hacer la autopsia, pero no hay indicios de nada sospechoso.

Ella se estremeció y se envolvió mejor en la bata.

—Debería haberme dado cuenta de que no estaba bien. Tendría que haber sido una amiga mejor.

—No podrías haber hecho nada.

—No es cierto. —Miró a Alex—. Sabía que vivía solo en esa caravana. Me enteré después de la ocupación de la biblioteca, pero estaba tan enfrascada en mis propios problemas que no hice nada. Tal vez si hubiera contactado con servicios sociales o…

—June, para —la interrumpió—. No te machaques así. Yo también sabía dónde y cómo vivía.

—¿Ah, sí?

Lo vio revolverse en el asiento.

—Hace tiempo que lo sé, pero Stanley me hizo prometer que no se lo contaría a nadie.

—No lo entiendo. ¿Cómo te enteraste? —preguntó, pero Alex estaba perdido en sus pensamientos y no respondió.

Se quedaron sentados en silencio unos minutos.

—Le hemos decepcionado —aseguró—. No debería haber estado viviendo de esa forma.

—Creo que estaba contento allí. Y la biblioteca era su segunda casa.

Unas lágrimas empezaron a correr por las mejillas de June.

—Tengo que salvar la biblioteca. Stanley luchó por ella con todas sus fuerzas. No puedo decepcionarlo otra vez.

Alex extendió la mano sobre la mesa y le cogió la suya. Sintió una oleada de calor y dejó la mano allí un momento, notando su contacto reconfortante y seguro. Entonces recordó su huida en pleno ataque de pánico la noche anterior y la apartó.

—Es tarde, deberías descansar. —Cuando Alex se levantó, su silla chirrió al arrastrarla por el suelo, y June hizo una mueca de dolor.

—Gracias por venir a decírmelo en persona, te lo agradezco. —Sabía que debería acompañarlo a la puerta, pero no tenía energía suficiente.

Alex se detuvo al llegar a la puerta de la cocina.

—Ay, casi se me olvida. —Metió la mano en la mochila y sacó un libro. Volvió y lo dejó en la mesa. June vio que era *El rincón de Pooh*—. Me lo ha dado Parks. Ha dicho que lo encontró en la cama de Stanley. Es de la biblioteca.

A LA MAÑANA siguiente, June salió de su casa a las diez. Solo había un lugar donde quería estar ese día, aunque era el único donde no tenía permitida la entrada. Mientras se dirigía a la biblioteca, con su antigua torre del reloj cerniéndose sobre The Parade, sintió que la embargaba una oleada de emoción. Recordó acercarse a ese edificio cuando era niña, de la mano de su madre, con una gran sensación de anticipación por las maravillosas historias y aventuras que se iban a encontrar allí dentro. Recordó todos los días que había hecho ese mismo trayecto para ir a trabajar, cuando la biblioteca había sido un consuelo, algo que le trasmitía seguridad. Pero ese día lo único que sentía era una tristeza abrumadora. Nunca más iba a abrir la puerta y encontrarse a Stanley esperando al otro lado, sonriendo y hablándole del tiempo. Nunca podría volver a charlar con él mientras colocaba las devoluciones en las estanterías o a ayudarlo con el crucigrama.

Chantal fue la primera persona que vio al entrar.

—¿Te has enterado? —preguntó con los ojos enrojecidos—. Stanley estuvo aquí el jueves, hablando del ABC y de la campaña. Estuvo sentado justo ahí…

Chantal miró la silla donde siempre se sentaba Stanley y ella también. Esa mañana estaba vacía, aunque alguien había dejado *The Daily Telegraph* muy bien doblado en el asiento.

—He oído que lo encontraron en una caravana en el límite del pueblo, y que no tenía ni calefacción ni electricidad. ¿Te lo puedes creer?

—Era muy reservado —dijo June, comprensiva.

—Era como un abuelo para mí —añadió Chantal con los ojos vidriosos por las lágrimas.

June oyó una voz familiar a su izquierda y al volverse vio a Marjorie saliendo de su despacho. Se preparó para el ataque, pero solo la miró con una sonrisa cansada.

—Me he enterado de lo de Stanley… —empezó a decir.

—Claro, es lógico que quieras estar aquí —concedió Marjorie.

—¿Qué tal la boda de tu hija? —preguntó Chantal.

Marjorie apretó la mandíbula.

—Preciosa, gracias.

—Acabo de terminar este y es una vergüenza. No entiendo por qué la gente lee esta bazofia.

Todas se volvieron y vieron a la señora Bransworth entrando por la puerta y blandiendo un ejemplar de *Hamlet*. Se quedó parada cuando las vio a las tres reunidas.

—¿Qué ocurre? ¿Es que hay noticias del Gobierno regional?

Nadie dijo nada, así que June tomó la palabra.

—Me temo que tengo malas noticias. Stanley ha muerto.

Vio que daba un respingo.

—¿Estaba aquí?

—No.

—¿Solo?

June asintió y la mujer cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, tenía una mirada de determinación.

—Todos sabéis lo que tenemos que hacer.

—Aún quedan unas cuantas semanas de consulta —apuntó—. Creo que deberíamos hacer una protesta delante de la sede del Gobierno del condado e intentar que mucha gente

joven participe esta vez. Tal vez incluso podamos hacer un día de huelga en el colegio.

—Les voy a mandar mensajes a mis amigos del instituto —dijo Chantal.

—No sé si tiene mucho sentido. —Todos miraron a Marjorie, pero ella se fijó en June—. Tenías razón. Brian por fin me lo confesó todo ayer, aunque primero tuve que amenazarlo con dejarlo.

La señora Bransworth frunció el ceño.

—¿De qué estáis hablando?

—Me temo que no todo se está haciendo de forma limpia —explicó Marjorie—. Una cadena de cafeterías tiene en el punto de mira este edificio y ha pagado a mi marido para que los ayude. Han hecho una oferta económica ridícula por este lugar y no hay forma de que el Gobierno regional la rechace.

—¡Seréis canallas! —gritó la señora Bransworth—. ¡Tú y ese maldito marido tuyo…!

—Marjorie no ha tenido nada que ver —interrumpió June —. Le sorprendió tanto como a los demás cuando se enteró.

—Si es algo turbio, ¿no podemos acudir a la policía? —preguntó Chantal.

—No creo que podamos probar nada —continuó Marjorie —. Han tenido mucho cuidado: no hay correos electrónicos, ni pruebas de las conversaciones, ni ningún rastro. Mi marido, por lo visto, es más inteligente de lo que parece.

—Pero te lo ha confesado a ti —repuso.

—Pero lo negará —concluyó Marjorie—. Aunque a mí me da igual si lo detienen y lo meten en la cárcel. Yo ya estoy harta de ese hombre y sus malditas mentiras.

—Marjorie… —June necesitaba desesperadamente disculparse por lo que pasó en la boda, pero Marjorie ya les daba la espalda.

—Tenemos que denunciarlo a la policía —insistió Chantal —. No podemos dejar que se salgan con la suya.

—Tienes razón, Chantal, pero eso no salvará la biblioteca. —La señora Bransworth sacudió la cabeza—. Hacen falta meses para investigar esas cosas y para entonces ya habrán tomado una decisión sobre este lugar. Y aunque la empresa de cafeterías no pudiera hacerse con este sitio, lo comprarían otros.

—¿Entonces qué? ¿Es que nos vamos a rendir? —presionó Chantal—. Después de todo lo que hemos hecho, ¿de verdad lo vamos a olvidar?

—Tenemos que ir a la reunión del Gobierno regional en la que van a votar lo de la biblioteca —dijo June—. Stanley lo sugirió, así que tenemos que presentarnos allí y obligarlos a que nos escuchen. Es nuestra última esperanza.

JUNE SE PASÓ el resto de la mañana en la biblioteca. Le habían bloqueado el acceso a la red, pero se mantuvo ocupada con las peticiones de los usuarios y ordenando las estanterías. Ayudó a una mujer a solicitar por internet el subsidio para la vivienda, y después vino un niño con dislexia al que ayudó a elegir unos cuantos libros. La hacía sentir bien estar allí otra vez, entre las estanterías y la gente, con un objetivo en la vida. Pero de vez en cuando oía que alguien entraba arrastrando los pies o silbando y miraba, esperando ver la cara sonriente de Stanley. Entonces se acordaba y sentía el dolor de la pérdida una vez más.

La biblioteca cerraba a la una y fue entonces cuando June se encontró a solas con Marjorie. Mientras su jefa estaba ocupada con papeleo en el despacho, ella se sentó ante uno de los ordenadores de uso público en los que Stanley había pasado muchas horas. Abrió el buscador y escribió una dirección web. Cuando le pidió la contraseña, se quedó parada. ¿Era ilegal entrar en la cuenta de correo de otra persona? Stanley le había dicho cuál era su contraseña muchas veces, así que no es que estuviera hackeándola. Los dedos de June se quedaron parados sobre el teclado, pero al fin la escribió.

La bandeja de entrada estaba vacía, no había nada allí. Clicó en los elementos enviados y estaban igual. Entonces pinchó en «Borradores» y la pantalla se llenó de docenas, o incluso cientos, de mensajes. Todos con la misma dirección y con asuntos como «Saludos desde la lluviosa Inglaterra» o «Novedades sobre la batalla por la biblioteca». Necesitó un momento para entender lo que había pasado y, cuando lo hizo, sintió un peso en el corazón.

Stanley había escrito todos esos correos a su hijo, pero

nunca había reunido el valor para enviarlos.

El mensaje más reciente lo escribió el jueves, cuatro días antes. Tuvo que ser el último día que Stanley pisó la biblioteca. June lo señaló con el cursor. Quería leer las palabras, escuchar la voz de su amigo una vez más. ¿Cómo estaría? ¿Se encontraría mal? ¿Estaría contento?

Se quedó mirando la pantalla un momento más y después escribió algo y apagó el ordenador. No tenía derecho a leer correos que no eran para ella.

ESA NOCHE JUNE pensó en hacer pasta con pesto para cenar, pero en el último minuto decidió ir a The Golden Dragon. Cuando entró, encontró a George tras el mostrador.

—¿Lo de siempre?

—Hola, George. ¿Me pones berenjena al aroma de pescado, arroz al vapor y judías verdes con cerdo y chile?

Él la miró perplejo, enarcó una ceja y fue a la cocina. Un momento después apareció Alex.

—He visto el pedido y he pensado que tenías que ser tú. ¿Qué tal estás?

—Bien. He ido a la biblioteca esta mañana.

—¿Y cómo ha ido?

—Horrible… y a la vez genial. ¿Crees que deberíamos organizarle un funeral a Stanley? No sé quién podría hacerlo si no.

—Creo que la abogada de Stanley se está ocupando de ello.

—¿Stanley tenía abogada? —June no pudo ocultar su sorpresa.

—Hablé con ella ayer y parece ser que su pariente más cercano es su hermana, así que está intentado localizarla antes de organizar nada más.

A ella no le gustaba nada la idea de que Stanley se quedara en alguna morgue por ahí, solo.

—Necesita una despedida adecuada.

Los dos se quedaron en silencio.

—June, tengo que decirte algo —anunció Alex.

Ella estudió el mostrador de formica. ¿Sería sobre su humillante intento de darle un beso después de la boda? ¿O iba a admitir por fin que tenía novia? Fuera lo que fuera, era

lo último que quería oír en ese momento.

—Llevo un tiempo con ganas de decírtelo, pero, con todo lo que ha pasado, no he tenido oportunidad —empezó Alex.

—No hace falta que digas nada.

—Pero no quiero que te enteres por otra persona. Yo…

—Te veo bien, George —exclamó June cuando vio salir de la cocina al padre de Alex con la bolsa de su pedido—. ¿Qué tal está tu cadera?

—Bien, así que no sé por qué Al sigue aquí —refunfuñó George—. No hago más que decirle que ya puede volver a Londres.

—Papá…

—El médico me ha dicho que la cadera está bien. ¿Por qué sigues aquí, estorbando? —Le dio una palmada airada a su hijo, aunque se notaba que era con cariño.

—¿Cuánto te debo? —preguntó mientras buscaba el monedero en el bolso.

—Nueve cincuenta.

Ella le dio un billete de diez libras, cogió la comida y salió corriendo del restaurante antes de que Alex tuviera tiempo de decir nada más.

JUNE EVITÓ EL restaurante, y también a Alex, durante el resto de la semana. Tampoco fue a la biblioteca. El viernes recibió un correo del Gobierno regional. Cuando lo abrió encontró un breve mensaje de una persona de Recursos Humanos en el que le recordaban los términos de su suspensión. También decía que la investigación sobre la ocupación estaba en curso y que se pondrían en contacto con ella cuando fuera preciso para comunicarle el resultado.

Esa noche, mientras iba a la tienda a comprar algo para cenar, June oyó que alguien la llamaba desde el otro lado de la calle. Era la señora Bransworth y agitaba las manos por encima de la cabeza.

—Llevo toda la semana buscándote —dijo cruzando la calle hasta donde estaba e ignorando los coches que tenían que frenar en seco a su paso—. ¿Dónde demonios te habías metido?

—Por ahí, ya sabes. —La verdad era que no había salido de

casa. Estaba leyendo *Tan poca vida* y no le estaba sirviendo para mejorar su humor, precisamente.

—El funeral de Stanley ya tiene fecha. Alex, del restaurante chino, me ha dicho que será el viernes veinticuatro a las dos de la tarde, en el crematorio de Winton.

—¡Pero es el mismo día que la reunión del Gobierno regional!

—Lo sé. Le pregunté a Alex si no se podía cambiar la fecha del funeral, pero me ha dicho que no cree que sea posible. La hermana de Stanley solo va a estar aquí un día.

—Yo tengo que ir al funeral.

—Stanley está muerto y metido en una caja, no le importará.

June hizo una mueca de dolor.

—Pero tú haz lo que te parezca mejor —rectificó la anciana. Se dio la vuelta y cruzó la calle de nuevo, provocando que varios conductores se pusieran a gesticular frenéticos una vez más.

Capítulo treinta y uno

JUNE ESTABA DELANTE del alto e imponente edificio de piedra mirando al cielo. Unas nubes grises lo cubrían y amenazaban lluvia, pero ella se había olvidado el paraguas. Miró alrededor para ver si alguien más se acercaba, pero no se veía a nadie. Así que iba a tener que ser de esa forma: tendría que hacerlo sola. Miró la hora: eran las dos menos diez. Intentó ignorar el nudo de su estómago y entró.

Ya había estado en aquella sala una vez, ocho años atrás, y estaba justo como la recordaba. Los paneles de madera que cubrían las paredes, el olor a cera de abeja y el silencio permanente y pesado. Pero mientras que la última vez aquello estaba a rebosar, con todos los asientos ocupados y gente de pie junto a las paredes, ese día estaba desierto. El ataúd de Stanley estaba en el mismo estrado, en el fondo de la sala, pero mientras que el de su madre estaba cubierto de flores de todos los colores, el de Stanley estaba totalmente desnudo. No había ni flores ni fotografías, nada que recordara a la persona que había dentro.

June recorrió el pasillo central intentando controlar la respiración. Cuando se acercó, vio a una persona menuda en la primera fila, tan quieta que no la había visto en un primer momento. La mujer tenía el pelo canoso y estaba sentada muy erguida dándole la espalda. Tenía que ser la hermana de Stanley.

—Disculpe. —La voz de June resonó en la fría sala.

La mujer la miró. Era mayor, tendría más de ochenta años. Llevaba un traje de lana azul marino pasado de moda con una blusa abrochada hasta el cuello. Tenía las manos, pálidas y arrugadas, agarradas y apoyadas en el regazo.

—Soy June Jones, era amiga de Stanley. Siento su pérdida.

La mujer se quedó mirándola con unos ojos grises y acuosos y después volvió a mirar hacia delante sin decir nada. June

no sabía qué hacer, así que se sentó en una fila al otro lado del pasillo. Las dos se quedaron allí, sentadas, en silencio. Solo se oía el tictac del reloj que había al fondo de la sala, que contaba los segundos con la precisión de un metrónomo. June intentó acompasar su respiración con el reloj para luchar contra el abrumador deseo de darse la vuelta y salir corriendo de allí.

—Hola.

Dio un brinco. Alex estaba de pie en el pasillo, a su lado, vestido con traje y con una corbata negra.

—Has venido.

—Claro —contestó, y se sentó a su lado.

Durante los siguientes minutos unas cuantas personas más fueron entrando en la sala. Ella reconoció a una mujer del grupo de tejedoras, un par de padres de la sala infantil y una o dos personas que habían participado en la ocupación de la biblioteca. Al final entró un hombre por una puerta lateral que fue directo a donde estaba la hermana de Stanley. Llevaba una hoja de papel.

—¿Ya ha llegado todo el mundo? —preguntó.

La anciana asintió y él fue a colocarse tras un atril que había al lado del ataúd.

—Señoras y caballeros, soy Guy Willson, el oficiante del funeral de Stanley Phelps. Antes de comenzar, unas cuantas advertencias. Primero, les ruego que silencien sus móviles. Segundo…

Se oyó un fuerte ruido al fondo de la sala.

—Perdón por llegar tarde. El maldito tráfico.

June se giró y encontró a la señora Bransworth recorriendo el pasillo, seguida de Chantal, Vera y Jackson.

—Creía que no iba a venir —le susurró June cuando se sentó.

—Al final he decidido que, aunque el viejo canalla no va a saber que estoy aquí, me apetecía despedirme.

—La abuela Linda nos ha traído en coche —explicó Jackson, y se sentó al otro lado de June—. Ha dicho que tú me cuidarías.

—Me pregunto si habrá bufé después —comentó Vera.

El oficiante carraspeó.

—Bien, si ya estamos todos, creo que podemos empezar.

Dijo unas palabras sobre el servicio y aclaró que la hermana de Stanley había solicitado que no hubiera música. Después dio un breve discurso sobre Stanley: datos como su fecha de nacimiento, dónde nació y habló de sus padres y su hermana. Dijo que Stanley había trabajado como auditor independiente durante muchos años y que había muerto de una hemorragia cerebral. No mencionó ni a Kitty ni a Mark, ni tampoco nada que tuviera que ver con la biblioteca. June no reconoció al hombre que describió.

—Como el servicio ha sido bastante corto, ¿alguien quiere decir unas palabras sobre Stanley? —El oficiante miró a la hermana, que no se había movido ni un milímetro durante toda la ceremonia. Ella negó muy brevemente con la cabeza.

—¿Alguien?

June miró al pequeño grupo y pensó en todas las cosas que le gustaría decir sobre Stanley, sobre el hombre maravilloso y el gran amigo que fue. Quería darle las gracias por todo lo que había hecho, no solo por la biblioteca, sino también por ella a nivel personal. Sentía que Alex la miraba, esperando. Ella miró a la hermana de Stanley, que seguía con la vista fija al frente, tiesa como una vara.

—¿Estás bien? —susurró Alex.

Ella se miró las manos, que tenía en el regazo, y vio que le temblaban. De hecho le temblaba todo el cuerpo y le castañeteaban los dientes. Cerró los ojos y se concentró en serenarse.

—Oh, por todos los santos…

June abrió los ojos y vio a la señora Bransworth dirigiéndose al atril. Se detuvo al llegar e inspiró hondo.

—Yo no soy persona de discursos y no me gustan nada los funerales, así que seré breve. Pero Stanley se merecía algo más que esta patética despedida. —Al decirlo, fulminó con la mirada a la hermana. June no le veía la cara, pero sí notó que sus hombros se tensaban.

—Hace unos quince años que conocía a Stanley, pero, para ser sincera, nunca le presté mucha atención. Siempre me pareció demasiado burgués con su traje de *tweed* y su manía de leer ese periodicucho de derechas. Pero resultó que no se debe juzgar por las apariencias.

»Durante los últimos meses el Stanley Phelps tan manso que

yo había conocido demostró que en realidad era un león. Un hombre capaz de luchar por lo que creía y dispuesto incluso a que lo detuvieran por sus convicciones. Un verdadero camarada que peleó hasta su último aliento por proteger algo que sabía que era importante, no solo para él sino también para los demás. —Se le quebró la voz y carraspeó antes de seguir—. Si podemos aprender algo de la vida de Stanley, debería ser que nunca es tarde para encontrar nuestra propia voz, para levantarnos y gritar hasta desgañitarnos contra las injusticias. Porque si todos tuviéramos solo un poquito del coraje y la humanidad de Stanley, este mundo sería un lugar mejor, sin duda.

Dejó de hablar y a June le dieron ganas de aplaudir, pero se oyó un fuerte chirrido cuando alguien arrastró una silla. Vio que la hermana de Stanley se había levantado y se apoyaba en un bastón. Alex se levantó de un salto y fue a ayudarla, pero la mujer lo rechazó sin decir nada. Todos la vieron darse la vuelta y recorrer muy despacio el pasillo central, sin mirarlo. Cuando llegó al fondo de la sala, abrió la puerta y dejó que se cerrara dando un golpe al salir. El ruido resonó como un disparo en el silencio de la sala.

Capítulo treinta y dos

JUNE SE QUEDÓ en su asiento hasta que todos se fueron y entonces se acercó al ataúd. Lo tocó y sintió la madera bajo los dedos.

—Adiós, Stanley —murmuró—. Siento no haber salido a hablar hoy, pero gracias.

Metió la mano en el bolso y sacó el ejemplar de la biblioteca de *El rincón de Pooh* que Stanley leía. Miró la cubierta antigua y descolorida y el protector de plástico amarillento y agrietado, y dejó el libro sobre el ataúd, donde deberían haber estado las flores.

Afuera, la señora Bransworth, Vera, Chantal, Jackson y Alex la estaban esperando dentro de un taxi negro que tenía las ventanillas empañadas por culpa de la lluvia.

—La hermana se ha largado —comentó la señora Bransworth cuando June subió—. Pero qué vieja bruja más desgraciada.

—Espero que mi funeral dure más que este —dijo Vera.

—Se nos ha ocurrido ir a The Plough para brindar por su memoria —explicó Alex mientras salían del aparcamiento.

June iba mirando a través de la ventanilla cubierta de gotas de lluvia. Vio que llegaban a la rotonda y tomaban la salida que volvía a Chalcot. Así que eso había sido todo. Se había despedido de Stanley y ya solo quedaba sentarse a esperar la decisión que resultara de la reunión del Gobierno regional, totalmente impotente una vez más.

A menos que…

—¡Pare el taxi!

—¿Qué ocurre? —preguntó Alex, y todos se giraron para mirarla.

—No sé si os parecerá una locura, pero, si nos damos prisa, ¿creéis que todavía podemos llegar a la reunión antes de que voten?

—Empezó hace media hora. No nos dejarán entrar —dijo Vera.

—Tal vez no. Pero deberíamos intentarlo al menos, ¿no?

—¡Abrochaos los cinturones! —gritó Alex justo cuando el conductor pisó el freno e hizo un giro de ciento ochenta grados en medio de la carretera.

Todos los que había en el vehículo aplaudieron.

—Písele. Que le den al límite de velocidad —gritó la señora Bransworth cuando casi se saltaron un semáforo en rojo.

—Adelantaos vosotros, que ya os alcanzaré —dijo Vera cuando aparcaron delante de la sede del Gobierno regional. Salieron del taxi y corrieron bajo la lluvia hacia el edificio.

—¿Dónde es la reunión del comité? —le preguntó June a la mujer que estaba en recepción cuando entraron bruscamente por las puertas.

—En el salón principal, pero ya hace rato que empezó —respondió la mujer, aunque ya subían todos las escaleras corriendo.

Cuando se acercaron al salón, June vio a un guardia de seguridad joven junto a la puerta. Levantó la vista, alarmado, cuando los vio correr por el pasillo hacia donde estaba él.

—Lo siento, pero la reunión empezó hace una hora —les dijo cuando llegaron a la puerta—. Llegan tarde. No pueden entrar.

—Por favor. Necesitamos asistir —le suplicó.

—Me temo que son las normas.

—¿Por favor, señor? —pidió Jackson con su vocecita más inocente.

El guardia negó con la cabeza. No podía tener más de dieciocho años.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada.

—¿Y si te damos veinte libras? —intentó Chantal.

La señora Bransworth se acercó para leer el nombre que llevaba escrito en una plaquita.

—Escúchame, Sam Tucker. Te voy a denunciar por prohibirme el ejercicio de mis derechos democráticos.

—Yo solo hago mi trabajo. —Se apartó un poco—. Apártense de la puerta, por favor, para que no interfieran en la reunión.

Todos se dieron la vuelta para marcharse por donde habían

venido.

—Al menos lo hemos intentado —dijo Alex.

—No me puedo creer que hayamos estado tan cerca —reconoció la señora Bransworth sacudiendo la cabeza.

—Un momento. —June se volvió bruscamente y miró al guardia—. ¿Has dicho que te llamas Sam Tucker?

El joven asintió y ella se dirigió hacia él.

—No sé si será mucha casualidad, pero ¿eres pariente de Jim Tucker?

—Era mi abuelo —dijo Sam con cara de confusión.

—¿Quién demonios es Jim Tucker? —preguntó la señora Bransworth.

—Sam, ¿tu abuelo te llevaba cuando eras pequeño a la biblioteca de Chalcot? —insistió June.

Su expresión pasó a ser de terror.

—Sí, ¿por qué?

—Sé que esto te va a sonar raro, pero ¿te acuerdas de cuando empezó a leerte cuentos?

Sam la miró con los ojos muy abiertos.

—Aprendió a leer cuando yo tenía nueve años. Pero ¿de qué va todo esto?

—Yo me llamo June y soy la ayudante de la bibliotecaria de Chalcot. Soy quien enseñó a leer a tu abuelo.

La cara del joven se iluminó.

—¿Tú eres June Jones? —Ella asintió y él se echó a reír—. Eres una heroína en mi familia. Mi abuelo hablaba de ti constantemente y decía que eras increíble.

Ella sonrió.

—Tu abuelo se esforzó mucho por aprender a leer y lo hizo por tu hermana y por ti.

—¡Cuando le cuente a mi madre que te he conocido no se lo va a creer! ¿Todavía trabajas allí?

—Sí, pero ahí está el problema. La biblioteca de Chalcot está en peligro. Ahora mismo, en esa sala, el Gobierno regional está votando para decidir si cierran nuestra biblioteca y otras cinco.

Sam parecía horrorizado.

—Por eso tenemos que entrar. Queremos intentar evitar que cierren la biblioteca.

—Pero, si os dejo entrar, sabrán que he sido yo y perderé

mi trabajo.

—¿No hay otra forma de entrar? ¿Otro acceso?

Se quedó pensando.

—Hay un palco en la sala, arriba. Está cerrado por mantenimiento ahora mismo, así que no hay nadie.

June le sonrió.

—Sam, eres un encanto. Tu abuelo estaría orgulloso.

El chico se ruborizó.

—Bajad por aquí, subid las escaleras y cruzad la puerta que dice «Prohibido el paso». El palco es la puerta roja de la derecha.

Corrieron por el pasillo y subieron las escaleras. Cuando llegaron a la puerta que ponía «Prohibido el paso», Alex se detuvo.

—No podemos entrar todos. Llamaremos mucho la atención.

El grupo mantuvo una breve discusión y acordaron que entrarían June y la señora Bransworth. Las dos cruzaron la puerta y recorrieron el pasillo hasta la puerta roja.

—¿Lista? —susurró la señora Bransworth.

Ella asintió.

Empujaron la puerta y se colaron dentro. June oyó las voces que llegaban desde abajo.

—Podemos estar todo el día debatiendo este tema, pero los números hablan por sí solos —decía un hombre con una voz fuerte y con tono nasal—. Las visitas a la biblioteca han bajado un catorce por ciento en cinco años y los préstamos el veintiuno por ciento en el mismo período, a pesar del reciente repunte. Yo mantengo que esta biblioteca es la candidata perfecta para el cierre.

Miró a la señora Bransworth y vio el mismo miedo que sentía ella. ¿Estaban hablando de Chalcot?

—Pero las cifras de visitantes y préstamos han bajado en todas las bibliotecas del condado, incluso las más grandes —repuso una voz femenina—. Y, en este caso, el coste por volumen de esta biblioteca es bastante bajo en comparación con otras. Además, la respuesta de la comunidad local demuestra que la biblioteca cuenta con un enorme apoyo popular.

June se asomó por el borde del palco, intentando ver el

piso de abajo, pero no lo consiguió.

—Hay otros factores que tenemos que considerar —insistió el hombre—. Como demuestra el informe de los asesores, esta biblioteca necesita unos trabajos de acondicionamiento importantes que deberían hacerse en los próximos dos años, si sigue en funcionamiento.

—Parte de ese acondicionamiento ya se ha hecho —intervino otra voz, y se oyó un murmullo de risas en la sala.

—Están hablando de nosotros —le susurró la señora Bransworth al oído a June.

El hombre continuó.

—Propongo que, en vez de mantener la biblioteca abierta y hacernos cargo de las obras, la cerremos y consideremos darle otro uso a las instalaciones. Podría resultar un activo importante para el Gobierno regional en estos tiempos de problemas económicos.

—Esos desgraciados de Cuppa Coffee —exclamó la señora Bransworth, y June le dio un suave codazo para que se callara.

—Gracias, consejero Pyke. ¿Alguien más quiere añadir algo antes de la votación? —preguntó una voz femenina con tono de autoridad—. ¿Sí, consejero Donnelly?

June sintió que toda la sangre abandonaba su rostro. Richard Donnelly.

—Gracias, señora presidenta. Me gustaría tratar los recientes acontecimientos que se han producido en esta biblioteca y que, como bien sabemos todos, han tenido bastante repercusión a nivel local e incluso nacional.

Ella notó algo en la mano y al mirar vio que era la señora Bransworth, que la había agarrado.

—Aunque todos los que estamos aquí apreciamos la pasión que han mostrado las comunidades locales en relación con este tema, no podemos ignorar el hecho de que los manifestantes de Chalcot se embarcaron en una actividad ilegal con la ocupación de las instalaciones, que resultó en daños importantes en dicha biblioteca.

—Yo tenía entendido que no se había presentado ninguna denuncia por este asunto —interrumpió la presidenta—. ¿Me han informado mal?

—No, es correcto. Pero sí se produjeron alteraciones

importantes en el interior de la biblioteca —continuó Richard.

—Ese maldito mentiroso —murmuró la señora Bransworth —. Lo voy a matar.

—Lo que me preocupa es que, si votamos que la biblioteca se mantenga abierta, puede dar la impresión de que el Gobierno regional ha sido coaccionado por la realización de este tipo de protestas en Chalcot. Y me preocupa el mensaje que eso podría enviar a cualquier otro grupo de presión local que pudiera surgir.

—¿Está diciendo que deberíamos cerrar la biblioteca de Chalcot como… castigo por sus protestas? —preguntó la voz femenina de antes.

June no tenía ni idea de quién era, pero le dieron ganas de darle un abrazo.

—No, Alicia, claro que no —contestó Richard—. Pero creo que no deberíamos perder de vista la imagen que daría.

—Gracias, consejero Donnelly —dijo la presidenta—. Si nadie tiene nada más que decir, creo que deberíamos votar para decidir el futuro de la biblioteca de Chalcot.

June notó el ruido atronador de la sangre en los oídos. Estaba pasando: iban a votar; el futuro de la biblioteca de su madre estaba en juego.

La biblioteca de Stanley.

La suya.

—¡Un momento!

June se puso de pie y miró hacia la sala que había debajo. Un montón de cabezas se levantaron para mirarla y sintió vértigo.

—Yo necesito decir algo.

—Pero ¿cómo ha accedido ahí arriba? —preguntó un hombre con la cara roja, señalándola—. Que suba ahora mismo el personal de seguridad.

—Lo siento, pero no se permiten preguntas fuera del orden del día —repuso la presidenta.

—Por favor… Me llamo June Jones y soy la ayudante de la biblioteca de Chalcot.

—Si se trata de su suspensión, señorita Jones, ya hemos decidido que recupere su puesto —dijo la presidenta.

—No es eso.

Sintió que se mareaba. Pero ¿qué estaba haciendo? Esa era la típica locura que habría hecho su madre, pero era imposible que June pudiera hablar delante de toda esa gente. Tenía la mente en blanco y se quedó mirando al techo que tenía por encima de su cabeza, abovedado y dorado. Cerró los ojos y recordó las palabras de la señora Bransworth durante la ocupación: «Nunca he tenido miedo cuando luchaba por algo que creía que era lo correcto». También pensó en su madre protestando delante de las puertas del colegio, un piquete formado por una sola persona. Cruzó por su mente una imagen de Stanley, sonriéndole muy tranquilo desde el otro lado de la puerta de la biblioteca cuando la policía fue a desalojarlo.

Abrió los ojos y miró la sala que tenía debajo.

—Hoy he ido al funeral de un amigo, Stanley Phelps. Si alguno de ustedes ha estado alguna vez en la biblioteca de Chalcot, seguro que lo habrá visto allí. Iba todos los días vestido con traje a leer el periódico en su asiento favorito. Era un hombre callado, educado y discreto.

Vio que Richard Donnelly la fulminaba con la mirada desde abajo. Tragó saliva.

—Cuando amenazaron con cerrar nuestra biblioteca, Stanley empezó a participar en la campaña para salvarla. Fue a todas las reuniones y se presentó voluntario para ser el tesorero del grupo. Y un día decidió ocupar la biblioteca.

—Era un luchador —gritó la señora Bransworth, que estaba a la altura de las piernas de June.

—Yo tuve el privilegio de ser amiga de Stanley, y gracias a nuestra relación he llegado a entender por qué la biblioteca era tan importante para él. A pesar de su apariencia elegante y su comportamiento amable, Stanley tuvo un pasado complicado.

Se oían gritos a lo lejos que se iban acercando. Sam debía de estar de camino hacia allí.

—Stanley hizo cosas de las que se arrepentía profundamente y perdió a gente que amaba. Pero me dijo que, por muy mal que hubieran ido las cosas, por muchos errores que hubiera cometido, siempre había un lugar al que podía ir, donde nadie lo juzgaba y todos lo trataban con respeto y bondad. Describía las bibliotecas como una red de

seguridad que siempre había estado ahí para evitarle la caída.

—Pero ¿dónde demonios están los guardias de seguridad? —exclamó Richard Donnelly.

—Stanley me ayudó a entender algo que no tiene precio: las bibliotecas no son solo libros. Son lugares en los que un niño de ocho años descubre las maravillas del mundo y en donde una mujer de ochenta puede ir para tener un contacto humano que es vital. En donde una adolescente puede encontrar el espacio tranquilo que tanto necesita para estudiar y donde una inmigrante recién llegada encuentra una nueva comunidad. Las bibliotecas son lugares donde todo el mundo, ricos y pobres, vengan de donde vengan, se pueden sentir seguros. Donde tienen un acceso a la información que les sirve de impulso.

Oyó que se abría una puerta detrás de ella, y unos pasos que se aproximaban.

—Una biblioteca itinerante traerá libros, pero no puede ser el corazón de una comunidad. Por eso les pido que, cuando voten sobre el futuro de estas seis bibliotecas, piensen en la gente como Stanley que hay ahí fuera. Tal vez no son conscientes de ello ahora, pero, sin las bibliotecas, todos sufriremos.

Se produjo un silencio desconcertante. June sintió una mano en el brazo y al volverse encontró a Sam a su lado. Detrás de él había dos hombres que no paraban de jadear.

—Lo siento, pero tiene que irse ahora mismo —anunció.

Miró a la sala de debajo. Todo el mundo seguía mirándola. Se encontró con la mirada de una mujer de pelo oscuro que con mucha discrección levantó el brazo y le mostró el pulgar hacia arriba. Cuando sintió que Sam le tiraba del brazo, se giró y dejó que la sacara de allí.

Capítulo treinta y tres

—¡TRES HURRAS POR Stanley!

Estaban en The Plough, comiendo el bufé que les preparó el dueño cuando llegaron.

—Estoy impresionada por el discurso que has dado —reconoció Vera, con un jerez en una mano y un pastel de cerdo en la otra—. Ojalá hubiera visto la cara de Donnelly. Seguro que estaba furioso.

—No sé si habrá servido para algo, pero me alegro de haber dicho algo —afirmó June—. Me he pasado demasiado tiempo con miedo de decir lo que pienso.

—Eres fantástica —aseguró la señora Bransworth, y le dio una palmadita en la espalda.

—Vera también ha estado impresionante —intervino Alex.

La aludida sonrió.

—Les he dicho: tengo ochenta años y peso más de cien kilos y no les voy a dejar pasar sin pelear. ¿Y sabéis qué? Ese chico de seguridad, el tal Sam, me ha guiñado el ojo y le ha dicho a los consejeros que no podían maltratar a una anciana.

—Muy bien, Vera —la felicitó el joven.

—A Stanley le habría encantado poder estar allí hoy —comentó Chantal, y todos guardaron silencio.

—Estaba en espíritu, gracias al discurso de June —afirmó Alex.

Vera asintió:

—No podrán votar el cierre de la biblioteca ahora, ¿verdad?

—Nos enteraremos dentro de poco —dijo June—. Por ahora centrémonos en la celebración de la vida de Stanley. ¿Os acordáis de que hacía el crucigrama del periódico a lápiz y después lo borraba para que Marjorie no le regañara?

Todos se echaron a reír.

—A mí me recomendaba libros para leer —aportó Jackson.

—Y a mí me ayudaba a estudiar —añadió Chantal—. Se pasó muchas horas explicándome la Revolución rusa.

—Sí, pero no tenía ni idea de cómo utilizar un ordenador —reconoció la señora Bransworth con una sonrisa—. La pobre June… Creo que la he oído decirle por lo menos cien veces lo que había que hacer para iniciar sesión en el correo.

Ella sonrió, pero pensó en todos esos correos que no había enviado.

—¿Os acordáis de la entrevista para las noticias en la que dijo que utilizaba los ordenadores de la biblioteca para ir a navegar? —Alex sacó su teléfono, buscó el vídeo y todos se rieron al ver ese fragmento.

—Oye, tiene más de doscientas mil visualizaciones —exclamó Chantal—. Stanley era una estrella de internet y no lo sabía.

Bebieron un poco más y siguieron compartiendo sus historias favoritas sobre Stanley. Un rato después, June se escabulló y se sentó a una mesa de las que había fuera. Había dejado de llover y el sol se asomaba poco a poco entre las nubes de finales de septiembre. Se sintió vacía después de todo lo que había pasado ese día. ¿Por qué no habían tenido noticias del Gobierno regional? Habían pasado cerca de dos horas desde que Sam, que no hacía más que pedir disculpas, los había expulsado de la sala. Seguro que la reunión ya había terminado.

—¿Te importa que te acompañe?

June levantó la vista y se encontró a Alex un poco más allá.

—No, claro.

Se apartó un poco y él se sentó en el banco mojado, a su lado.

—Te felicito por tu discurso.

—Me he sentido como una idiota allí de pie, con todo el mundo mirándome.

—Pero lo has hecho. Te has puesto en la palestra y te has enfrentado a lo que más miedo te da en el mundo.

Los dos se quedaron callados un momento.

—June, tengo que decirte algo.

Miró a Alex, que estaba muy serio.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. Aunque creo que el momento… no es el

mejor.

—¿De qué estás hablando?

—Hay algo que llevo un tiempo intentando decirte y necesito hacerlo ya.

A June se le cayó el alma a los pies. El día ya había sido bastante duro y de repente esto.

—No necesitas explicarme nada. Lo entiendo.

—No lo creo, June.

—Sí, Alex. Sé lo de Ellie.

Él giró la cabeza para mirarla.

—¿Lo de Ellie? ¿Cómo?

—Hace meses que lo sé.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Stanley?

—No, vi un mensaje suyo en tu teléfono, y me di cuenta de que estabais juntos cuando te llamé a Londres. ¿Por qué no me has dicho que tenías novia?

—Un momento, Ellie es mi…

—¿Sabe que intenté besarte? —preguntó June, y se encogió un poco—. Siento haberlo hecho, Alex, estaba fuera de lugar. Estaba borracha y fue un terrible error.

El silencio se alargó unos segundos.

—¿Un error?

—Claro que sí. Yo no te veo de esa forma. Eres mi amigo, pero no me gustas ni nada por el estilo. —Ella soltó una carcajada forzada y al instante deseó no haberlo hecho. Había sonado completamente falsa.

Miró a Alex; esperaba ver una expresión de alivio, porque ya estaban todas las cartas sobre la mesa. Pero él miraba fijamente su pinta, con una cara de derrota absoluta. Cuando volvió a hablar, lo hizo sin mirarla.

—June, lo que tengo que decirte es que regreso a Londres.

Se sintió como si alguien le hubiera dado una patada de kárate en el pecho y se hubiera quedado sin aire.

—Mi padre ya está mejor y no necesita mi ayuda en el restaurante, así que tengo que volver al trabajo.

—Claro —contestó, tratando de mantener un tono de voz tranquilo.

—Se me ha acabado mi temporada sabática y tengo que volver a trabajar el lunes, así que regreso mañana. Siento decírtelo de esta forma tan precipitada, pero cuando he

intentado contártelo en otras ocasiones, has cambiado de tema.

—Me alegro por ti, Alex. Seguro que estás deseando recuperar tu vida.

Desvió la mirada hacia el otro lado de la calle, donde estaba la biblioteca. Siempre había sabido que Alex tendría que irse en algún momento, pero no esperaba que esa noticia le fuera a doler tanto. Cerró los ojos y se esforzó por no llorar delante de él.

Cuando volvió a abrirlos, vio una silueta que pasaba corriendo por delante de la biblioteca, con un enorme bolso colgando en un costado.

—Oye, ¿esa no es Marjorie? —Se levantó y la saludó con la mano—. ¡Marjorie! ¡Marjorie! Va a entrar en el *pub*.

June corrió hacia el local y dejó a Alex sentado en el banco. Llegó junto al grupo justo cuando lo hacía su jefa. Todos dejaron de hablar.

—¿Qué noticias hay? —quiso saber June.

Marjorie se agachó, jadeando por el esfuerzo.

—Por Dios, suéltalo ya —pidió la señora Bransworth.

Marjorie se irguió.

—La reunión acaba de terminar. Han tomado una decisión.

—¿Y?

—Van a cerrar las seis bibliotecas, incluida la de Chalcot.

June se quedó mirándola; estaba perpleja.

—¿Qué?

—Las cerrarán dentro de ocho semanas. Vamos a tener una biblioteca itinerante que vendrá una vez cada quince días.

—Hemos perdido —murmuró Chantal.

—Después de que se llevaran a June, se ha formado un alboroto en la sala. Han estado debatiendo sobre Chalcot media hora más, pero al final la votación ha quedado veinticinco a veinticuatro a favor del cierre.

—Dios mío —exclamó Vera.

—Pero eso no es todo. Al final han hablado de que el Gobierno regional negociará con inversores privados sobre la adquisición del edificio de la biblioteca de Chalcot, con intención de venderla para compensar parte del déficit presupuestario. Parece que Cuppa Coffee se hará con el edificio al final.

June sintió que algo en su interior se hacía añicos.

—Se acabó.

Todos se miraron desconcertados y en silencio. Jackson estaba sentado con la cabeza entre las manos, y había lágrimas corriendo por las mejillas de Chantal.

—Yo solo me alegro de que Stanley no esté aquí para ver esto —dijo la señora Bransworth con voz queda.

Capítulo treinta y cuatro

Dos meses después

CUANDO JUNE LLEGÓ a la biblioteca, había una furgoneta del condado aparcada en la entrada y dos hombres vestidos con mono estaban apoyados en ella. Su respiración en medio del frío de noviembre creaba nubes de vaho. Entró en el edificio y encontró a Marjorie hablando a gritos por teléfono.

—Pero eso es ridículo, ya te dije ayer que no podíamos arreglárnoslas sin ellos… No me importa que los necesiten en New Cowley, nosotros todavía tenemos una biblioteca que gestionar aquí. —Colgó el teléfono con un fuerte golpe.

—¿Qué pasa hoy? —preguntó June.

—Los expositores giratorios. ¿Te puedes creer la cara que tienen? Les he dicho a esos dos payasos que, si se atreven a tocar cualquier cosa de mi biblioteca, soy capaz de usar la violencia contra ellos, así que será mejor que no lo intenten.

—Solo hacen su trabajo, Marjorie.

—Pero todavía estamos abiertos, hasta las cinco de la tarde de mañana. ¿Cómo se supone que voy a llevar una biblioteca si me falta la mitad del equipamiento?

Fue a la parte de atrás y colgó el abrigo. Llevaban así toda la semana. El lunes se habían llevado el sofá de la sala infantil y tuvo que esconderse en el baño para que nadie la viera llorar, y el martes vinieron a buscar varias estanterías. El miércoles volvieron a por el carrito de las devoluciones, y June y Marjorie vieron desde la ventana cómo los hombres intentaban cargarlo en la parte de atrás de la furgoneta, pero el carrito tenía otros planes y no dejaba de girarse hacia el *pub*. Los operarios no dejaban de soltar maldiciones por la frustración. Fue la primera vez que June se rio con ganas en semanas.

Preparó dos tazas de té y le llevó una a Marjorie.

—¿No se te ha olvidado que hoy me voy a la hora de

comer, no?

—No. —No había apartado la vista de la furgoneta, que observaba a través de la ventana.

June se fue a encender los ordenadores. Se sentía mal por dejar a Marjorie sola con tanto trabajo por hacer, pero no tenía otra opción. Esa tarde, por primera vez en su vida, tenía una entrevista de trabajo. Era para un puesto de ayudante de biblioteca en Kent. Llevaba preparándose toda la semana, lo que le había servido para distraerse del dolor que sentía cada vez que pensaba que iban a cerrar la biblioteca al día siguiente.

—Son las diez —le dijo Marjorie desde donde estaba—. ¿Vas tú a abrir?

June fue a la puerta y abrió la cerradura. Jackson había sustituido a Stanley a la hora de ser el primero en llegar cada mañana. Cuando abrió la puerta se lo encontró en el escalón, envuelto en un grueso abrigo de lana y con una bufanda para protegerse del frío.

—Buenos días —dijo, y fue directo al mostrador.

—Buenos días, Jackson. Hace frío hoy, ¿eh?

El chico se quitó una mochila que llevaba cargada al hombro y la apoyó en el suelo con un ruido contundente. Al abrirla sacó doce libros y los puso en el mostrador.

—Quiero devolver todos estos, por favor.

—Claro. ¿Te ha gustado *El guardián entre el centeno*? ¿Qué te ha parecido Holden Caulfield?

—Estaba bien, gracias. —Jackson metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó otra cosa que puso sobre los libros —. También debería devolverte esto.

June miró y vio el carné de la biblioteca de Jackson, gastado y con las esquinas dobladas, tan usado que casi no se veía lo que tenía escrito.

—No tienes que devolverlo. Te hará falta para la biblioteca itinerante.

—Gracias, pero no sé si la voy a usar.

—¿Qué quieres decir? —Intentó que no se notara el pánico en su voz—. Sabes que puedes pedir libros y la biblioteca itinerante te los traerá una vez cada quince días.

—No sé si quiero utilizar ese autobús biblioteca —dijo encogiéndose de hombros—. No va a ser lo mismo, ¿verdad?

—No, claro, no será exactamente lo mismo, pero aún podrás…

—Me tengo que ir. Vamos a visitar a mi tía abuela Pauline. Tiene osteoporosis. ¿Sabes que es una enfermedad que debilita los huesos y por eso se rompen con más facilidad?

—¿Ah, sí?

—Lo busqué en la enciclopedia —explicó. Después le dio la espalda y salió.

June vio cómo se marchaba y se mordió el labio. Se había prometido que no iba a volver a llorar esa semana, sucediera lo que sucediera.

La mañana pasó volando. Como la biblioteca estaba a punto de cerrar, parecía que todos los del pueblo querían hacer uso, y ella no hacía más que ir de acá para allá ayudando a la gente con sus dudas. A mediodía estaba recolocando unos libros en las estanterías cuando oyó que alguien gritaba su nombre desde el otro extremo de la sala. Eran la señora Bransworth y Chantal, que se acercaban a ella con prisa.

—¡Ahí estás!

—Hola, chicas —dijo June, que se alarmó al ver la expresión de determinación en el rostro de las dos.

—¿A qué hora tienes que irte? —preguntó la señora Bransworth.

—A las doce y media, ¿por qué?

Chantal miró su reloj.

—Solo nos queda media hora, será mejor que nos demos prisa.

—¿De qué estáis hablando?

—¿Qué te vas a poner para tu entrevista de trabajo? —preguntó la anciana.

—Eh… esto. —Señaló sus pantalones para trabajar y la blusa blanca.

—¿Ves lo que te decía? —le dijo Chantal a la señora Bransworth, y puso los ojos en blanco.

June las miró a ambas.

—¿Qué está pasando?

—No puedes ir a una entrevista de trabajo así —aseguró Chantal—. Te voy a hacer un minicambio radical mientras la señora Bransworth te hace una preparación exprés para la

entrevista.

—¿Ah, sí? —No se había dado cuenta de que ellas sabían lo de su entrevista de ese día.

—Sí —afirmó la señora Bransworth—. Vamos, tenemos mucho que hacer.

La acompañaron hasta el baño y durante los siguientes veinte minutos June se dejó hacer de todo por Chantal, que se lanzó a por su pelo y su cara con una variedad de herramientas. Mientras, la mujer mayor la acribillaba con una andanada de preguntas endemoniadas. Cuando terminaron, June estaba agotada, y eso que no había hecho la entrevista todavía. Se levantó y se plantó delante de ellas mientras la examinaban.

—No está nada mal —reconoció Chantal.

—Yo diría que hemos hecho un buen trabajo —contestó la otra con un asentimiento de satisfacción—. Mírate en el espejo.

Se giró hacia el espejo del baño y soltó una exclamación. Habían sustituido su ropa sencilla y adecuada para trabajar por un vestido alegre de estampado floral, ajustado en la cintura con un cinturón. Le habían soltado el pelo del moño, Chantal había conseguido domesticar todo su volumen y ahora le caía sobre un hombro formando unas ondas sueltas preciosas. Y ya no tenía la piel tan pálida, sino que se le veía un tono rosa en las mejillas y parecía que sus ojos resplandecían.

—Vaya, estoy…

—Estás preciosa —concluyó la señora Bransworth.

June las miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No llores, que se corre el rímel! —gritó Chantal.

—Vale. —Sonrió—. Muchas gracias a las dos. Me habéis convertido en otra persona.

—No eres una persona diferente —contradijo la señora Bransworth—. Eres la misma June que hemos visto siempre todos nosotros. Solo que ahora la ves tú también.

—¿No te estarás volviendo sentimental? —preguntó ella riendo.

—No soy sentimental, solo te estoy dando…

Chantal miró a June y enarcó las cejas.

—Va a seguir así mucho rato. Será mejor que te vayas a la

entrevista, ¡buena suerte!

Capítulo treinta y cinco

—MUCHAS GRACIAS POR venir, June. Nos pondremos en contacto contigo.

El hombre le estrechó la mano. Cuando se volvió y fue hacia la puerta, sintió una oleada de alivio. Las preguntas habían sido un paseo en comparación con el interrogatorio de la señora Bransworth. Y, aunque ella probablemente no tenía experiencia suficiente para trabajar en una biblioteca tan grande, al menos había hecho toda la entrevista sin ponerse en evidencia.

Fue a la estación, subió al siguiente tren y se sentó en un vagón atestado para el largo viaje de vuelta a casa. Cuando el tren empezó a moverse, metió la mano en el bolso, sacó el libro y se quedó mirando la imagen de la cubierta. Era el retrato de una mujer de piel pálida de estilo Regencia, con el pelo castaño y rizado recogido en un moño. Llevaba un vestido blanco de corte imperio que estaba manchado con una salpicadura de sangre de color rojo vivo. En la cara, donde debería haber estado la boca y la barbilla, había desaparecido la piel y quedaban al aire unos dientes siniestros y esqueléticos. *Orgullo, prejuicio y zombis* era el título.

June había reservado ese libro en la biblioteca de Favering en verano, pero estaba prestado y no se lo trajeron. Se había olvidado totalmente de él hasta que el día anterior abrió una caja verde con las nuevas entregas y encontró un ejemplar entre la pila de libros reservados. Su primer instinto fue volver a guardarlo, pero algo la detuvo y al final lo cogió. En ese momento abrió la tapa y empezó a leer la primera página. «Es una verdad universalmente reconocida que un zombi que tiene cerebro necesita más cerebros…»[*]

Cuando pararon en la estación de Winton, ya había llegado a una escena en Netherfield en la que los zombis se comían a todos los sirvientes durante el baile del señor Bingley. Se bajó

del tren y tomó el autobús a Chalcot, que la dejó en The Parade. Pero en vez de girar a la izquierda en la oficina de correos, siguió y fue por la siguiente calle. Llevaba un tiempo haciendo el camino más largo para ir a su casa, y había sustituido su visita semanal al restaurante chino por un arroz con verduras casero. Se decía que era porque necesitaba comer más sano, pero lo cierto era que notaba una punzada en el pecho cada vez que pasaba por delante de The Golden Dragon. Alex no estaba. Stanley tampoco. Y, después del día siguiente, la biblioteca desaparecería también. Por mucho que le costara admitirlo, lo único que le quedaba en Chalcot era una casa llena de recuerdos.

Recorrió el camino de entrada, abrió la puerta verde y entró.

—*Alan*, ya estoy en casa —saludó, se quitó los zapatos y colgó el abrigo.

Fue al salón y encendió la luz. La habitación estaba exactamente igual que cuando se fue aquella mañana, e igual que había estado todos los días de los últimos ocho años. Las mismas fotos antiguas en la pared, con las caras de Beverley y June sonriendo desde un montón de marcos. Los mismos adornos de porcelana sobre la repisa de la chimenea y los mismos libros en las estanterías. Se acercó y acarició la hilera de lomos. Encontró el viejo ejemplar de su madre de *Guerra y paz,* lo sacó y lo hojeó. Había un punto de libro más o menos hacia la mitad, que se había quedado ahí tras su último intento de leerlo a principios de verano. A su madre le encantaba ese libro, pero aunque le costara aceptarlo, ella no lo iba a terminar nunca.

Entonces se acordó de algo y volvió a la cocina. Sobre la encimera había un montón de folletos viejos que le metían por debajo de la puerta, casi todos de restaurantes de comida a domicilio a los que nunca había hecho un pedido. Rebuscó en la pila hasta que encontró lo que buscaba: un trozo de papel rosa arrugado.

> ¿Tienes libros que ya no necesites? En la residencia de ancianos Cherry Tree House, necesitamos desesperadamente libros de segunda mano para nuestros residentes. Aceptamos todos los géneros.

June conocía bien ese lugar. Marjorie o ella iban una vez

cada quince días allí para cambiar los libros de la biblioteca que tenían los residentes. Era un precioso edificio eduardiano, con enormes ventanales y un jardín muy bien cuidado. Linda y su madre siempre bromeaban diciendo que cuando fueran mayores iban a vivir allí juntas; beberían ginebra y les tirarían los tejos a los señores mayores. Durante la ocupación de la biblioteca, habían participado algunos de los residentes de Cherry Tree House. Se acordaba especialmente de una señora de noventa y cuatro años que estuvo entreteniendo a todo el mundo cantando canciones de Vera Lynn.

Encontró una vieja caja de cartón bajo el fregadero y se la llevó al salón. Volvió a coger *Guerra y paz,* se lo acercó a la nariz, cerró los ojos e inhaló el olor a humo y a polvo. Permaneció así un momento, con el libro pegado a la piel, y después, sin mirar, lo metió en la caja vacía.

June avanzaba rápido y de forma metódica. La ayudante de biblioteca que había en ella tomó el control. Pronto llenó la caja, así que subió a la planta de arriba y encontró varias más, que no tardaron en estar hasta arriba también. Como no tenía ningún otro sitio donde meter los libros, empezó a hacer pilas en el suelo, donde los ordenó por géneros.

Después fue a por la repisa. Cogió el adorno de la niña leyendo un libro y lo examinó. Recordaba el día que su madre lo había llevado a casa desde el puesto de segunda mano. Ella tendría siete u ocho años. «Nadie la quiere, pobrecita. Creo que se parece un poco a ti, Junebug, así que vamos a darle una nueva vida en nuestra casa», dijo su madre.

Apartó esa figurita y se decidió por un autobús londinense de porcelana que envolvió en una página de una ejemplar viejo de *The Gazette. Alan Bennett* estaba sentado en el sofá y la miraba con curiosidad.

—Para la siguiente feria de verano —le explicó—. Alguna persona puede darles un nuevo hogar.

Cuando hizo una pausa para beber agua, se quedó sorprendida al ver que eran más de las diez y que llevaba trabajando casi cuatro horas. Examinó el caos del salón, nunca había estado tan desordenado: todo el suelo estaba cubierto de pilas de libros para Cherry Tree House y paquetitos envueltos en periódicos para el puesto de segunda mano. De repente se sintió agotada. No había cenado, así que

fue a la cocina y se preparó un sándwich de queso. Mientras comía, revisó el correo de ese día sin prestarle mucha atención. Había un folleto de un nuevo restaurante chino en Favering que puso en la pila que ya tenía, sintiéndose culpable. Debajo estaba el periódico *The Gazette.* June estaba a punto de dejarlo por allí para seguir envolviendo cuando un titular le llamó la atención: «Cuppa Coffee renuncia a la compra de la biblioteca tras la intervención de la policía». Firmaba la noticia Ryan Mitchell y había una foto diminuta de su cara llena de granos.

La multinacional de bebidas de la que forma parte Cuppa Coffee ha retirado su oferta para comprar el edificio de la biblioteca de Chalcot. El Gobierno regional de Dunningshire se enfrenta a acusaciones de corrupción en relación con esa adquisición.

Como hemos informado anteriormente, una investigación exclusiva realizada por este periódico ha encontrado extractos bancarios que demuestran que el representante oficial de la localidad de Chalcot, Brian Spencer, ha recibido pagos en su cuenta personal procedentes de Lombart Inc. Fuentes cercanas al Gobierno regional, que quieren permanecer en el anonimato, han informado a *The Gazette* que el dinero que recibió el señor Spencer estaba destinado a sobornar a consejeros regionales para que apoyaran la adquisición. *The Gazette* se ha puesto en contacto con el señor Spencer, que no ha querido hacer comentarios.

El mes pasado, el Gobierno regional de Dunningshire realizó una investigación interna después de que se le presentaran pruebas de esta trama de corrupción. Nuestras fuentes afirman que han solicitado la ayuda de la policía en dicha investigación.

El portavoz de Lombart Inc. ha declarado que la decisión de la empresa de retirar su oferta por el edificio de la biblioteca de Chalcot no tiene nada que ver con la investigación policial en curso.

«Hemos encontrado un edificio en Mawley que tiene una ubicación mejor, así que se ha decidido abrir el nuevo Cuppa Coffee allí», ha explicado el portavoz a este periódico.

La responsable de la Consejería de Bibliotecas del Gobierno regional de Dunningshire, Sarah Thwaite, ha confirmado que continúan en marcha los planes de cierre y que el Gobierno busca otras opciones para el edificio en el que se encuentra la biblioteca actualmente:

«La decisión de cerrar la biblioteca de Chalcot se ha basado solamente en los resultados del análisis que ha hecho una empresa de asesoría empresarial independiente y no ha tenido nada que ver con la posible adquisición del edificio por parte de Cuppa Coffee. Por

tanto, la biblioteca cerrará el 19 de noviembre, como estaba previsto.»

June tiró el periódico. Con lo ocupada que había estado esa tarde, no había pensado ni una vez en la biblioteca, pero, después de leer eso, la realidad volvió para desanimarla de nuevo. Salían noticias como esa en el periódico todas las semanas, que solo servían para alimentar los cotilleos del pueblo, ninguna había cambiado nada. A pesar de todo lo que habían hecho, la biblioteca cerraría al día siguiente.

Bostezó; le quedaba una última carta: un sobre blanco ordinario con su nombre y dirección impresos en el anverso. Lo abrió y sacó una carta breve también impresa.

Estimada señorita Jones:

Me pongo en contacto con usted para informarla de que figura usted como única beneficiaria del remanente del patrimonio del difunto señor Stanley William Phelps, según se establece en su testamento. Está adjunta una copia de la cláusula, por si desea consultarla.

Me pondré en contacto con usted de nuevo cuando se haya completado el trámite de reparto de la herencia y pueda comunicarle lo que le corresponde.

Atentamente,

E. Davis

Leyó la carta varias veces porque le preocupaba que sus ojos cansados la estuvieran engañando. ¿Qué podía ser ese «remanente del patrimonio»? Había visto dónde vivía Stanley; estaba claro que no tenía más posesiones que aquella caravana. Y si ese era todo su patrimonio, había sido muy amable por su parte, pero ¿qué demonios se suponía que iba a hacer June con ella?

Capítulo treinta y seis

A LA MAÑANA siguiente, a las seis y media, June se puso un abrigo, una bufanda y las botas de goma y salió de su casa antes de que amaneciera. Fue por el camino largo, el que evitaba el restaurante chino, y giró a la derecha para llegar a The Parade. Todavía no había abierto ninguna de las tiendas y había muy poco movimiento. Unos cuantos coches, conducidos por gente que iba a trabajar con cara de sueño, eran la única señal de vida que se veía.

Caminó un poco más despacio al pasar por delante de la biblioteca. Marjorie llegaría dentro de unas horas para abrir la puerta por última vez. Y poco después empezarían a aparecer los habituales: Vera y Leila para mirar juntas libros de cocina, familias para utilizar la sala infantil y la señora Bransworth para quejarse de lo último que había leído. Dejó atrás la biblioteca, siguió hasta el puente y después continuó por el camino que trascurría junto al río.

Cuando había caminado más de kilómetro y medio, miró el teléfono para comprobar la ruta y siguió. Encontró una cerca, la cruzó y después se puso a andar campo a través. Había un estrecho sendero, dibujado por las pisadas que lo habían recorrido durante años, y se preguntó si lo habrían hecho los pies de Stanley. Al llegar al extremo de un campo, cruzó una carretera angosta y se dio de bruces con una enorme valla metálica que bloqueaba el acceso a los campos que había más allá. En un lateral había un cartel que ponía ALEXANDER PROPERTIES. Miró por un hueco. Era muy temprano para ver si había empezado alguna obra o no, aunque en la penumbra distinguió excavadoras y palas aparcadas junto a una caseta de obra. También había algo que parecían los cimientos de unas casas nuevas. June caminó siguiendo la valla unos quinientos metros, más o menos, hasta que de repente se acabó y se encontró con unos setos. Se coló por un hueco y

continuó en paralelo al lateral de la obra, hasta el bosquecillo que había en un extremo.

Cuando salió de entre los árboles, se sintió aliviada al ver que la caravana seguía allí, aunque en aquel momento le pareció más decrépita que antes. Al acercarse, observó que había una zarza trepando por un lateral y ortigas acumuladas alrededor de las ruedas. Sobre la puerta se veía una telaraña perfecta, que brillaba bajo la primera luz de la mañana.

¿De verdad iba a entrar? La noche anterior le pareció una buena idea; dado que la caravana era de su propiedad, debería asumir la desagradable tarea de limpiarla y vaciarla. Pero se quedó en la puerta, sin poder cruzarla. Allí había muerto Stanley y, hasta que lo habían encontrado, su cuerpo abandonado había permanecido dentro durante cuarenta y ocho horas. Nadie sabía en qué estado estaría la caravana después de permanecer vacía dos meses. Durante un segundo sintió la tentación de irse, pero se obligó a girar el picaporte. Esa caravana era lo que su amigo llamaba hogar y él había querido que ella se la quedara, aunque no tuviera ni idea de por qué. Reunió fuerzas y entró.

Lo primero que le llamó la atención fue el olor. Era peor de lo que había imaginado: un hedor enfermizo a podredumbre que le provocó una arcada. Las cortinas estaban echadas y la caravana en total oscuridad, así que sacó del bolsillo el teléfono y encendió la linterna. Contuvo la respiración, dio un paso más y vio en el fregadero los restos de lo que debió de ser la última comida de Stanley, que se habían convertido en una masa pútrida y semilíquida. Metió la mano en la mochila y sacó un par de guantes de goma y una bolsa de basura, que se había llevado de casa. Se puso los guantes, cerró los ojos y metió la mano en el fregadero. Extrajo la masa viscosa y el plato en el que estaba, y lo tiró todo a la bolsa. Hizo lo mismo con una sartén cubierta de una gruesa capa de moho que había junto al fregadero. Salió y dejó la bolsa fuera.

Después abrió las cortinas y las dos diminutas ventanas para que entrara la luz y el aire fresco de la mañana en la caravana. Así pudo ver mejor el espacio, que era prácticamente como lo recordaba. A la izquierda estaba la estrecha cama individual, muy bien hecha, y al lado estaba colgado el traje de Stanley, con la chaqueta bien colocada y

los pantalones doblados debajo. Al contemplar esas prendas tan humildes, colocadas con tanto esmero, se le hizo un nudo en la garganta, así que se giró para no seguir viendo la cama. La mesita estaba cubierta de montones de papeles, igual que la última vez que estuvo allí. Reconoció unos panfletos de los que habían hecho durante la ocupación y algo que parecían las actas de una reunión de los Amigos de la Biblioteca de Chalcot. Se puso a examinarlos, preguntándose qué iba a hacer con todo aquello, cuando vio un sobre a un lado de la mesa. Lo cogió, pero estuvo a punto de soltarlo al instante por la sorpresa. En el anverso había unas pocas palabras: «June Jones, a entregar en la biblioteca de Chalcot».

Con manos temblorosas se llevó el sobre afuera y se sentó en el escalón de la entrada de la caravana. Lo abrió y sacó una fina hoja de papel. La carta estaba escriba a mano, con unas líneas muy juntas. La fecha del encabezamiento era el nueve de septiembre, un día antes de la muerte de Stanley.

Mi queridísima June:

Espero que te encuentres bien cuando leas esta carta. Me imagino que te habrá sorprendido recibirla y me disculpo por ello. Pero permítele este atrevimiento a un viejo como yo, porque hay algunas cosas importantes que quiero contarte yo mismo mientras pueda.

A principios del verano yo no estaba «muy bien de la olla», como dicen los jóvenes. Pero me enorgullezco de lograr que esas cosas no se me noten; una infancia en internados de Inglaterra proporciona un entrenamiento excelente para la total represión de las emociones. La verdad es que el peso de la culpa por todo lo ocurrido en mi pasado acabó casi consumiéndome. Y si le añadimos la cantidad nada desdeñable de presión a la que me he visto sometido por culpa de los malditos promotores inmobiliarios, el resultado es que acabé teniendo pensamientos muy desesperados.

Entonces nuestros amigos del Gobierno regional anunciaron que querían cerrar la biblioteca y todo cambió. Ya hemos hablado largo y tendido sobre el gran afecto que siento por las bibliotecas, no solo la de Chalcot, sino todas en general. Esos lugares me han salvado la vida más veces de las que estoy dispuesto a reconocer. Por eso sentí que esta era mi oportunidad de salvar una, para devolver todo lo que habían hecho por mí. Mientras escribo esta carta no sé en qué acabará nuestra batalla, pero temo no llegar a averiguarlo. De todas formas, pase lo que pase, sé que hemos luchado todo lo que hemos podido.

Pero la campaña a favor de la biblioteca no es lo único que ha

cambiado mi vida, June. Tú también lo has hecho. Sé que te vas a ruborizar y que no lo reconocerás, como es tu costumbre, pero la amistad que me has demostrado, la ausencia de juicios cuando te hablé de mi pasado y el optimismo ante el futuro que demuestras, me han ayudado a liberarme de parte de la culpa con la que cargaba. Nunca me perdonaré por la forma en que traté a mi mujer y a mi hijo, pero tú me has permitido sentir cierta felicidad (y me atrevo a decir que también esperanza), y por ello te estaré eternamente agradecido.

Pero hablemos de los acontecimientos más recientes. Ayer fui a ver a mi abogada para firmar mi testamento. Te aseguro que me resultó tan raro como sorprendente te habrá parecido a ti. Nunca he tenido nada de valor que legar, y la verdad es que tampoco tenía nadie a quien dejárselo. Por eso te preguntarás qué ha cambiado. Hace un tiempo le mencioné de pasada a nuestro querido George Chen que esos malditos promotores me estaban presionando, porque querían hacerse con el terreno en el que tengo aparcada mi caravana. Él me sugirió que me pusiera en contacto con su hijo, Alex, que como bien sabes es un abogado colegiado. Alex, a su vez, me puso en contacto con una conocida suya, Eleanor Davis, que domina el tema de la prescripción adquisitiva. No te voy a aburrir con los detalles, pero resulta que, como llevo viviendo tanto tiempo aquí, tengo derecho a reclamar la propiedad. Nos ha llevado a la señorita Davis y a mí más de un año arreglar todo el papeleo y hacer los infinitos trámites, pero hace unos días nos enteramos de que por fin soy el propietario legítimo del terreno que ahora llamo hogar.

Pero, desafortunadamente, no voy a tener mucho tiempo para disfrutarlo. La caída que sufrí hace un par de meses, con su consiguiente visita a Urgencias del hospital de Winton, me reveló que tengo un nefasto tumor en el cerebro. Los maravillosos médicos de la Seguridad Social se ofrecieron a hacerme muchas pruebas y tratamientos, pero eso habría implicado pasar largos períodos en el hospital, y de todas formas no me podían proporcionar una solución a largo plazo. Así que elegí invertir el tiempo que me queda en la lucha por mi querida biblioteca. Pero los dolores de cabeza han empeorado mucho en los últimos días y temo que el sueño definitivo de la muerte se esté acercando más rápido de lo que esperaba. Por eso te escribo ahora, porque en estas horas finales me produce una inmensa satisfacción y un gran alivio saber que voy a poder dejarte algo, mi queridísima amiga.

Le he dado instrucciones a mi abogada para que venda el terreno a los promotores. No sé si pagarán mucho por este trocito de tierra llena de matojos, pero espero que te quede algo de dinero después de pagarlo todo. La única petición que te hago es que consideres utilizarlo para irte de Chalcot y ver un poco de mundo. Una vez vi fotos del Clementinum de Praga, que tiene una biblioteca barroca

con magníficos frescos. O seguro que te encantaría la Rose Reading Room de la Biblioteca Pública de Nueva York. Hagas lo que hagas con el dinero, rezo para que sirva para darte un nuevo comienzo en la vida, querida June.

Ha llegado la hora de despedirme y darte las gracias de nuevo por la bondad que me has demostrado.

Tu amigo,
Stanley

June levantó la vista del papel y parpadeó bajo la luz de primera hora de la mañana. Recordó que Stanley había entrado en la biblioteca unos meses atrás con un apósito en la cabeza, y que él aseguró que solo era un arañazo. Y era cierto que se quejaba a veces de dolores de cabeza. Pero ¿un tumor cerebral? Seguro que podrían haberlo operado para extirpárselo, o al menos hacerle un tratamiento de quimioterapia para alargar su vida. ¿Y por qué no se lo había dicho durante alguna de las largas conversaciones que habían mantenido? Solo pensar en que él sabía que iba a morir pero no se lo dijo a nadie, hizo que le diera un escalofrío.

Miró el campo, con su hierba alta cubierta de rocío. Se estaba muy tranquilo allí, sin tráfico ni ninguna de las perturbaciones del mundo exterior, solo el sonido de los pájaros y el viento entre los árboles. Esa paz desaparecería pronto, cuando los buldóceres de los promotores entraran y lo llenaran todo de cemento para construir cualquier monstruosidad. Entonces ya no quedaría rastro de la vida de Stanley.

Sintió una vibración en el bolsillo y sacó el teléfono. En la pantalla salía un número desconocido. Respondió y se acercó el teléfono al oído, sin dejar de mirar la hierba.

—Hola, ¿hablo con June Jones? —preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo.

—Disculpe que la llame tan temprano. Es que yo… maldita sea… Un momento, he derramado café sobre un libro. Mierda, un segundo…

Reconoció a David, el hombre bajito y nervioso que había conocido en la entrevista de trabajo del día anterior. Durante toda la conversación, él tuvo pegada una pegatina infantil en el pelo canoso y June se pasó todo el rato pensando si debería

decírselo o no.

—Ya está, disculpe. Solo quería acabar con esto antes de que aquí empiece la vorágine.

«Ha llegado el momento. El “gracias, pero no es lo que estamos buscando”.»

—Hablé con mis colegas ayer y todos estamos de acuerdo en que usted será una incorporación fantástica al equipo. Así que estoy encantado de ofrecerle el puesto de ayudante de biblioteca a jornada completa. Nos gustaría que empezara lo antes posible, si puede ser.

June parpadeó.

—¿En serio? Oh, es increíble, muchas gracias.

—Genial. Le enviaremos por correo electrónico el contrato y todos los detalles. Estoy deseando que empiece a trabajar con nosotros. —Y colgó.

Detrás de ella arrancaron las excavadoras y su chirrido metálico exterminó el silencio. A tres kilómetros de allí, los primeros usuarios de la biblioteca no tardarían en llegar para aprovechar el último día. Y, en su casa, un montón de cajas con las pertenencias de su madre la estaban esperando para que se las llevara. Ya no le quedaba nada que la retuviera en Chalcot. Pero por primera vez en su vida, esa idea no la aterraba.

Se levantó, cerró la puerta de la caravana y se alejó hacia los árboles. Mientras caminaba, volvió a mirar la carta de Stanley. Escaneó la hoja con la mirada y se paró en una línea que había leído antes sin darle importancia.

«Alex, a su vez, me puso en contacto con una conocida suya, Eleanor Davis».

Algo encajó en su mente y se paró en seco. Sacó su teléfono y buscó hasta encontrar el número que quería. Al otro lado, el receptor de la llamada respondió al tercer tono.

—Hola, soy June. ¿Estás ocupado? Tenemos que hablar.

Capítulo treinta y siete

ERAN MÁS DE las tres cuando llegó a la biblioteca.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Marjorie, que estaba detrás del mostrador. O más bien donde antes estaba el mostrador y en ese momento ya no quedaba más que una silla.

—Lo siento, me ha surgido algo —se disculpó.

—¿Te puedes creer que se han llevado los ordenadores y las mesas? ¡Son unos buitres! ¡Unos auténticos buitres!

June miró a su alrededor. Habían desaparecido todas las mesas y había cajas apiladas en un rincón, esperando para llenarlas de libros. Unos cuantos usuarios paseaban por delante de las estanterías medio vacías, con cara de confusión.

—Podrían haber esperado al menos a que cerráramos las puertas a las cinco —se quejó Marjorie y sacudió la cabeza.

—Hola, June —saludó Chantal, y se acercó—. No dejo de pensar que me voy a despertar y descubriré que todo esto solo ha sido un mal sueño.

—Lo sé, Chantal.

—Leila y yo hemos ido a la biblioteca de Winton esta mañana —comentó Vera, que venía de la sección de cocina—. Es un lugar muy triste, grande e impersonal. Buscábamos una receta para la tarta de cumpleaños de Mahmoud.

—¿Ah, sí?

—Va a cumplir quince años la semana que viene y Leila me ha invitado a comer con toda su familia. Le he prometido que le voy a hacer una de esas tartas arcoíris —confesó Vera.

—Pero qué mierda más grande ha sido este libro.

June se volvió y vio a la señora Bransworth cruzar la puerta, agitando *Harry Potter y la piedra filosofal.*

—Un montón de chicos superprivilegiados y un poco de magia. Una bazofia absoluta. Ah, hola, June. ¿Qué tal la

entrevista?

—Me fue bien, gracias. Me han dado el puesto.

—Qué buenas noticias —exclamó Chantal sonriendo—. ¿Cuándo empiezas?

—Me han dicho que lo antes posible.

—Me alegro de que algo bueno haya salido de todo este asunto del cierre de la biblioteca —dijo la señora Bransworth—. Stanley se habría alegrado mucho por ti.

—Hablando de Stanley… Tengo noticias. —Sintió todas las miradas fijas en ella y tragó saliva—. He encontrado una carta suya esta mañana.

—¿Una carta de Stanley? —Jackson asomó por la puerta de la sala infantil—. ¿Y qué decía?

—Al parecer había hecho testamento.

—¿Y qué demonios tenía para dejar en herencia? —preguntó Marjorie—. El pobre hombre ni siquiera contaba con una casa.

—En su carta, Stanley me dice que descubrió que tenía derecho a reclamar la propiedad del terreno en el que estaba viviendo y que había tomado la decisión de vendérselo a los promotores que lo querían.

—¿Y por qué demonios iba a hacer eso? —quiso saber la señora Bransworth—. Él odiaba a esos promotores. Le habían hecho la vida imposible.

—Es que hay más. Stanley sabía que iba a morir.

—Oh, Dios santo… —exclamó Vera, y se santiguó—. Me acaba de dar un escalofrío.

—Tenía un tumor cerebral, pero no quiso tratárselo. Creo que decidió vender el terreno porque sabía el destino que le esperaba.

—El pobre desgraciado —dijo la anciana sacudiendo la cabeza—. ¿Y qué tienes tú que ver en todo eso?

June sintió que se ruborizaba.

—Pues, no sé por qué, pero Stanley decidió dejarme el dinero a mí.

—Oh, eso es estupendo. —Marjorie sonrió—. Siempre tuvo debilidad por ti.

—¿Y qué vas a hacer con él? —preguntó Vera.

—Si yo fuera tú, me largaría de este pueblo —refunfuñó Chantal.

—Podría hacerlo. Pero he tenido otra idea.

El teléfono de June pitó. En la pantalla surgió un mensaje de texto con una sola palabra: «Hecho».

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Bransworth.

—Es un mensaje de Alex.

—Por todos los santos, me importa un comino tu vida amorosa. Nos estabas hablando del testamento de Stanley.

—Es que sigo con lo de Stanley. En su carta también decía que Alex le había puesto en contacto con una abogada, una mujer que se llama Eleanor. He llamado a Alex esta mañana y me ha dicho que es su compañera de piso, Ellie, y que ella se ha estado ocupando del testamento de Stanley y la venta del terreno.

—Sí, ¿y? —insistió la señora Bransworth.

—Alex dice que Stanley esperaba conseguir entre diez y veinte mil libras por el terreno. Pero resulta que los promotores estaban desesperados por hacerse con él y le han ofrecido a Ellie casi cien mil libras.

—¿Por un trozo de tierra llena de maleza? Es una locura.

—Aparentemente quieren construir un complejo de ocio de lujo y el terreno de Stanley es fundamental para el proyecto.

—¿Y todo ese dinero va a ser para ti? —preguntó Marjorie.

—Hay que pagar algunos gastos, pero Alex dice que recibiré la mayor parte.

Chantal la miró con los ojos muy abiertos.

—Piensa en todo lo que vas a poder hacer con tanto dinero.

—He decidido que solo hay una cosa que quiero hacer con él. —June miró a su alrededor y después al grupo que tenía delante—. Quiero este edificio.

—¿Qué? —exclamó Marjorie.

—La venta a Cuppa Coffee se ha cancelado y el Gobierno regional buscaba otra alternativa para él, así que Alex ha contactado con ellos para tratar la posibilidad de un arrendamiento. De eso iba el mensaje que me acaba de enviar.

—Pero ¿qué vas a hacer con él? —preguntó Jackson—. No quieres vivir aquí, ¿no?

—No —explicó June—. Quiero mantenerlo como biblioteca.

—¿Es que te has vuelto completamente majara? —dijo

Marjorie mirándola fijamente—. Creo que se te ha olvidado que han cerrado las instalaciones. Mira cómo está este sitio. —Señaló la sala medio vacía.

—Vengo de ver a Sarah Thwaite y al presidente del Gobierno regional —continuó June.

—¿La van a salvar? —Vera le agarró el brazo a June—. Dime que han cambiado de opinión.

—Me temo que no. La decisión sobre la biblioteca es definitiva. No van a seguir invirtiendo dinero en ella.

—¡Desgraciados! —exclamó la señora Bransworth.

—Pero han accedido a considerar que se pueda reabrir como biblioteca comunitaria. El pueblo tendrá que recaudar los fondos necesarios para gestionar la biblioteca por su cuenta. Pero, si demostramos que podemos hacerlo, el Gobierno regional nos alquilará el *stock* de libros y toda la tecnología y seguiremos formando parte del servicio de bibliotecas.

—¿Entonces seguiremos teniendo una biblioteca de verdad en Chalcot? —preguntó Chantal—. Eso sería…

—Un momento. —La señora Bransworth levantó ambas manos para frenarlos a todos—. Una biblioteca comunitaria no es una biblioteca de verdad. No habrá bibliotecarios, solo voluntarios. Y, lo que es más importante, no deberíamos tener que gestionarla nosotros. Pagamos impuestos para que el Gobierno regional nos proporcione ese servicio.

—Lo sé y estoy totalmente de acuerdo —June intentó calmarla—. Pero ellos no nos lo van a proporcionar, ¿verdad? Lo único que están dispuestos a ofrecernos es una biblioteca itinerante que pase por aquí cada quince días. Ya sé que no va a ser una biblioteca de verdad, como la de antes, pero al menos habrá un espacio en el pueblo donde poder estar y también sacar libros.

—Yo estaré encantada de ayudar a gestionarlo —se ofreció Marjorie—. A partir de hoy estoy oficialmente jubilada. Y he echado de casa a ese marido quejica que tenía, así que tengo mucho tiempo libre.

—Pero si yo creía que querías que cerraran este sitio —reconoció la señora Bransworth—. No has mostrado ningún interés en salvar la biblioteca hasta ahora.

Marjorie miró al suelo.

—He sido idiota. Me asustaban demasiado las consecuencias para involucrarme y además creí a Brian cuando me dijo que estaba trabajando en secreto para salvarla. Al menos ahora tengo la oportunidad de compensarlo.

—Yo ayudaré también —anunció Vera—. Podríamos vender tartas para recaudar dinero.

—Y yo podría escribir más poemas sobre nosotros —sugirió Jackson.

—¿Y el Gobierno regional nos dejará hacerlo? —le preguntó Marjorie a June.

—Tendremos que presentar un proyecto sobre cómo vamos a gestionar y financiar la biblioteca —explicó—. Pero Sarah y la presidenta han dicho que nos dan un plazo de seis meses de moratoria, en el que no aceptarán ninguna otra oferta por el edificio.

—Va a ser muchísimo trabajo —comentó Marjorie—. Y no tengo intención de tener una biblioteca de segunda en mi pueblo. Si lo hacemos, lo haremos bien.

—June, ¿estás segura de que eso es lo que quieres hacer con el dinero? —insistió Chantal—. Piensa en todas las posibilidades que te ofrece.

—No es mi dinero en realidad, ¿sabes? Creo que, si Stanley hubiera sabido cuánto pagarían por el terreno, lo habría usado para esto. Lo que más deseaba él era salvar la biblioteca y ahora puede hacerlo en cierta forma.

—Sigo pensando que es una vergüenza —recalcó la señora Bransworth con el ceño fruncido—. Pero tienes razón, le debemos a Stanley hacer todo lo posible por mantener abierto este sitio.

—¿Y qué vas a hacer tú, June? —quiso saber Marjorie—. ¿Te vas a quedar a ayudarnos?

Ella no respondió al instante. Pensó en la oferta de trabajo en una biblioteca grande y con muchos recursos. Y en su casa, con todas las posesiones de su madre metidas en cajas. Incluso, durante un segundo, le pasó la imagen de la cara de Alex por la cabeza, pero la apartó.

—¿Y bien? —insistió Marjorie—. ¿Estás con nosotros o no?

Capítulo treinta y ocho

Siete meses después

JUNE RECORRIÓ DESPACIO el camino de entrada. Por la ventana vio las viejas cortinas rojas, descoloridas por el sol. Había malas hierbas asomando entre los adoquines del camino y se agachó para arrancar una. Su madre siempre había mantenido el jardín de la entrada inmaculado, con geranios plantados flanqueando el camino, pero ella lo había ido descuidando con los años.

—¿Puedo ayudarla?

Había aparecido detrás de ella una mujer joven, con una bolsa de la compra en cada mano y un niño con el pelo rizado asomando tras sus piernas.

—He venido a ver a Linda.

—Vive al lado, en el número diez.

—Gracias.

June se quedó parada un momento. ¿Debería decirle quién era? Toda la correspondencia la habían llevado los abogados, así que nunca había llegado a ver a aquella mujer.

—Esta es mi casa —anunció el niño, que salió de detrás de su madre y se quedó mirándola. Tendría unos cuatro años, la misma edad que ella cuando se mudaron a aquella casa.

—Es muy bonita —contestó.

—Ese es mi dormitorio. —Señaló la ventana más alta de la parte delantera, donde estaba el antiguo dormitorio de June —. Y las paredes son rosas, mi color favorito.

—Vamos, Danny, tenemos que preparar la comida —dijo su madre. Se despidió de ella con un gesto de la cabeza y acabó de recorrer el camino hasta la puerta.

Pero el niño no se movió.

—También tenemos jardín —añadió—. Y tengo un columpio.

—Qué bien suena eso. ¿Puedo hacerte una pregunta,

Danny?

El niño asintió muy serio.

—¿Te gusta leer cuentos?

—Sí. Ya sé leer yo solo y eso que no he empezado el colegio de mayores todavía.

—¿Te puedo contar un secreto? —Se agachó para quedar a su altura—. En el desván de tu casa, al fondo, detrás del depósito de agua, hay una caja de libros que antes pertenecían a una niñita que vivió en esta casa.

Danny la miró con los ojos como platos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. A ella también le encantaba leer y los dejó allí para el siguiente niño o niña que viniera a vivir aquí. Así que ahora son tuyos.

—Vamos, Danny, date prisa —insistió su madre desde el interior.

—¿Y qué libros son? —preguntó.

—Tendrás que ir a verlos —lo animó, y el niño sonrió—. Adiós, Danny, me alegro de haberte conocido.

—¡Adiós! —Salió corriendo, pasó a su lado y entró en la casa. Después oyó que gritaba—: ¡Mamá, hay unos libros para mí en…!

Entonces la puerta se cerró y no se oyó nada más.

Sonriendo para sus adentros, recorrió el camino de entrada, fue al número diez y llamó a la puerta. Oyó el sonido del timbre, que conocía tan bien, y no tardó en abrirse la puerta y aparecer Linda, resplandeciente con un chándal verde esmeralda y la sombra de ojos a juego.

—¡June! —Linda le dio un abrazo—. Pero ¿qué te has hecho en el pelo, cariño? Estás muy glamurosa.

Ella se tocó el pelo, porque todavía no se había acostumbrado a la sensación. Solo hacía un mes que había reunido el valor para cortárselo y desde entonces lo llevaba en una media melena rizada, demasiado corta para poder recogérselo en un moño como antes.

—Pero bueno, pasa, estás en tu casa —dijo Linda, y June fue con ella a la cocina—. ¿Qué tal fue tu cumpleaños?

—Me lo pasé muy bien, gracias. Salí a cenar con Katja y unas amigas del trabajo.

—¿Y qué tal está esa compañera de piso tan guapa que

tienes?

Linda había conocido a Katja cuando fue a verla en marzo. Las dos habían congeniado al instante y se quedaron bebiendo ginebra hasta las dos de la madrugada, con Linda contándole a Katja toda una serie de historias vergonzosas de la infancia de June.

—Está muy bien.

—¿Y el trabajo?

—Bien. La biblioteca no para nunca, hay muchísimas actividades diferentes todas las semanas. Yo me he centrado en enseñar a leer y también he formado un club de crucigramas crípticos.

—Oh, suena genial. Anda, mira quién ha venido a saludar.

Señaló la puerta con la cabeza y, cuando se volvió, encontró a *Alan Bennett*, que entraba pavoneándose en la cocina.

—*¡Alan!* —Se agachó y le acercó la mano.

El gato se quedó parado y ella pensó durante un segundo que le iba a dar un zarpazo, pero entonces el gato agachó la cabeza y la restregó contra su mano.

—Hola, viejo amigo —murmuró y se le quebró la voz—. Yo también te he echado de menos.

—*El pequeño lord Fauntleroy* se ha adaptado perfectamente —explicó Linda—. Le he comprado una cama muy elegante para el salón, pero a él le gusta dormir encima de mis toallas del armario de la ropa blanca. Y le encanta jugar con Jackson cuando viene. Lo deja acariciarlo y se porta como un bendito.

—Está feliz aquí —respondió mientras le rascaba la oreja al gato—. Nunca lo he visto tan contento.

—Oye, antes de que se me olvide, esto es para ti. —Linda le entregó un sobre que tenía en el alféizar—. Hay ciento veintiocho libras del último mercadillo de segunda mano y de lo que sacó Martin de tu mesa y tus sillas.

—Muchas gracias, Linda.

—¿Estás segura de que quieres donar todos los adornos de tu madre al puesto de segunda mano de la feria? No es hasta el fin de semana que viene, así que estás a tiempo de cambiar de idea.

—Estoy segura. Sé que eso es lo que querría mi madre.

—Muy bien, cariño.

Antes de mudarse, Linda y ella pasaron tres días vaciando su casa. Los muebles habían ido a varios mercadillos, y en la residencia Cherry Tree House se alegraron mucho de recibir el montón de libros. June solo guardó unas pocas cajas. *Matilda* y *En el rincón de Pooh* estaban en ese momento en la estantería de su nueva habitación, al lado de la niña con el libro de porcelana.

Linda preparó sándwiches para las dos y salieron al jardín a comérselos.

—Se está de maravilla aquí fuera —reconoció June, admirando los parterres de flores de todos los colores.

—Deberías ver lo que han hecho con tu antiguo jardín en la casa de al lado —explicó Linda—. Le han quitado las malas hierbas y han instalado un columpio para el niño. Lo oigo reír al otro lado de la valla y me recuerda a cuando tú eras pequeña.

—He visto al niño y a su madre hace un momento, en la puerta. Parecen agradables.

—Son una familia preciosa.

June le dio un bocado al sándwich, se arrellanó en su asiento y dejó que el sol le calentara un poco la piel. Había temido el momento de ver a otra familia viviendo en la antigua casa de su madre y por eso había estado retrasando su visita a Chalcot. Pero ya estaba allí y no había sido para tanto.

—¿Vas a ir a eso de la biblioteca? —preguntó Linda.

—Sí, creo que sí. Aunque me pone un poco nerviosa volver a entrar allí. No sé qué me voy a encontrar.

June había intercambiado correos con la señora Bransworth y Marjorie al principio, pero cuando se solucionó todo el tema del alquiler del edificio, los mensajes se habían ido espaciando y ella tampoco quiso molestarlas. Hacía meses que no sabía nada de la biblioteca cuando, de repente, la semana anterior, recibió una invitación al acto de apertura que habían organizado aquella tarde.

—¿Y tienes algún otro cotilleo que contar? —preguntó Linda—. ¿Y ese chico del trabajo del que me hablaste?

—Salimos un par de veces, pero creo que yo no le gustaba de verdad. —La realidad era que fue June la que no tenía interés porque no podía dejar de pensar en otra persona, pero

no quiso reconocérselo a Linda.

—Pero ¿te has adaptado bien a ese sitio nuevo? —quiso saber Linda—. He estado preocupada por ti.

Sonrió.

—Me ha llevado un tiempo acostumbrarme, pero ahora por fin me siento en casa.

—Tu madre estaría encantada, cariño. Siempre quiso que dejaras Chalcot y echaras a volar.

—Lo sé.

—Y ya sabes que aquí tienes tu casa cuando quieras —aseguró, y extendió la mano para apretar la de June—. *Alan Bennett* y yo somos tu familia. Que no se te olvide nunca.

LA PRIMERA PERSONA que vio June cuando cruzó la puerta de la biblioteca fue a la señora Bransworth, que estaba detrás del mostrador atendiendo a una usuaria.

—¿Marian Keyes? ¿Está segura de que quiere llevarse este? —Examinó el libro con suspicacia—. Yo he leído uno de los suyos y era una mierda.

—A mí me gustan mucho, la verdad —respondió la mujer, y recuperó el libro.

—Como quiera —respondió la anciana con las cejas levantadas. Entonces vio a June—. Anda, mirad quién asoma por ahí.

—Hola, señora Bransworth —saludó—. No me puedo creer que la hayan puesto de cara al público.

Ella soltó una carcajada y le dio un puñetazo suave en el hombro.

—Me alegro de volver a verte, amiga. ¿Qué te parece lo que hemos hecho con este sitio?

Se dio la vuelta para mirar la biblioteca y se preparó para la dolorosa oleada de nostalgia. Pero la sala estaba casi irreconocible, nada que ver con la última vez que la vio. Habían quitado las estanterías del fondo para instalar un mostrador con una cafetera, y la mitad del espacio lo ocupaban unas mesitas redondas que en ese momento estaban llenas de gente que charlaba. Vera estaba detrás del mostrador, ocupándose de la caja, y a su lado Leila servía trozos de tarta. Los ordenadores estaban en la parte de

delante, y el despacho de Marjorie se había convertido en un almacén. Junto a la puerta había un carrito nuevo y flamante. Habían redecorado la sala infantil también, y vio a Jackson allí con una chapita que decía BIBLIOTECARIO INFANTIL VOLUNTARIO. Pero lo que más le llamó la atención fue la enorme foto enmarcada que había en la pared. Se hizo durante la ocupación, y en ella estaban Stanley, June y la señora Bransworth delante de la biblioteca, bajo una enorme pancarta que decía: SALVEMOS LA BIBLIOTECA DE CHALCOT. Todos tenían los brazos sobre los hombros de los otros y sonreían a la cámara. Al ver a Stanley, se le hizo un nudo en la garganta.

—Está muy diferente —reconoció.

—Ha sido una lucha encarnizada. Casi no recaudamos el dinero suficiente, pero Marjorie nos consiguió un mecenas rico justo a tiempo.

—¿Está Marjorie por aquí?

—Claro. No habría podido deshacerme de la vieja sargenta aunque hubiera querido. —La señora Bransworth le señaló el almacén.

Cuando se acercó, oyó a su antigua jefa riñendo a un señor mayor.

—Sí que queda más bonito organizar los libros por colores, Donald, pero el sistema de clasificación decimal de Dewey lleva décadas perfeccionándose para ser de lo más eficiente. Así que a ver si la próxima vez lo usas, por favor.

—Hola, Marjorie —saludó.

—Cualquier día voy a matar a alguien —murmuró ella cuando el voluntario se fue—. Todos creen que saben más que nadie y me están volviendo loca. Dios, cómo te echo de menos.

June estaba segura de que era la primera vez que su jefa le decía algo bueno.

—La biblioteca ha quedado impresionante.

Marjorie arrugó la nariz.

—No es lo mismo, ni podemos hacer ni la mitad de las actividades, pero estoy orgullosa de lo que hemos conseguido. Sobre todo con lo que nos ha costado recaudar el dinero.

—¿Y estás trabajando de forma voluntaria?

—La verdad es que me pagan un sueldo por trabajar media jornada. Todo gracias a nuestro mecenas.

—¿Qué mecenas?

—¿No lo has conocido aún? Está allí.

Marjorie señaló al otro lado de la sala, a un hombre que estaba hablando con Chantal. Era alto, llevaba un traje que parecía caro y tenía el pelo oscuro salpicado de canas. Levantó la vista, vio a June mirándolo e inmediatamente cruzó la biblioteca con grandes zancadas.

—¿Tú eres June?

Ella asintió. Había algo que le sonaba en aquel hombre, pero no tenía ni idea de dónde lo había visto antes.

—Me alegro mucho de conocerte —dijo, y la miró con una sonrisa cariñosa. Tenía un poco de acento, aunque no pudo identificar de dónde era—. Me han dicho que ya no estás vinculada a la biblioteca, así que pensé que no iba a tener oportunidad de conocerte.

Tenía los ojos azules y la mirada intensa. June sintió que se ruborizaba. Era muy guapo.

—Perdone, pero ¿quién es…?

—¿Me podéis prestar atención todos? —La voz de la señora Bransworth resonó en la biblioteca y ella esperó a que se hiciera el silencio.

Tanto June como el hombre se volvieron para mirarla.

—Para los que no me conozcan, soy la presidenta de los Amigos de la Biblioteca de Chalcot. Durante los últimos siete meses, los ABC hemos luchado con uñas y dientes para mantener abierta esta biblioteca. Los canallas del Gobierno regional del condado de Dunningshire nos han puesto dificultades en cada paso del camino y hemos estado a punto de tirar la toalla varias veces. Así que es un placer poder contar con vosotros hoy, en la inauguración de nuestra biblioteca comunitaria.

Se oyeron exclamaciones de júbilo en la sala.

—No me voy a alargar mucho, pero hay unas cuantas personas a las que necesito darles las gracias. Primero, a mis compañeros del ABC. Gracias a Chantal y a Jackson, que han aportado una dosis muy necesaria de juventud, y a Vera y Leila por ocuparse de la cafetería. Y un agradecimiento especial a Marjorie: tú y yo hemos tenido nuestras diferencias a lo largo de los años, pero es solo gracias a tu experiencia y a todo tu trabajo que todos podemos estar hoy aquí.

June miró y vio que los cinco mencionados estaban juntos, sonriendo.

—También quiero darle las gracias a nuestra abogada, Ellie Davis, que ha trabajado gratuitamente para ayudarnos con todos los aspectos legales del asunto. Odio a los abogados en general, pero Ellie es una de las buenas.

La señora Bransworth señaló a una mujer rubia y guapa, y June sintió que se le caía el alma a los pies. Así que esa era la compañera de piso de Alex… Habían intercambiado correos por el asunto del testamento de Stanley y el alquiler, pero no la había visto nunca. Era preciosa.

—¿Dónde está June? —preguntó entonces la señora Bransworth.

Ella levantó la mano tímidamente hasta que la vio.

—Bien, cualquiera que haya estado en la antigua biblioteca recordará a June, que era tan tímida que no se atrevía ni a espantar una mosca. Pero lo que muchos no sabéis es que ella ha sido una de las mayores defensoras de este lugar desde el principio. Yo se lo hice pasar muy mal durante mucho tiempo, pero reconozco que si no hubiera sido por ella, ahora estaríamos en medio de un Cuppa Coffee. Así que, June, sé que tienes un nuevo hogar y una nueva vida, pero siempre serás una de los nuestros, un verdadero miembro de los Amigos de la Biblioteca de Chalcot. Gracias.

Sonrió, demasiado emocionada para hablar.

—Y hay una última persona a la que quiero darle las gracias, y es a nuestro mecenas, que se ha comprometido a ayudarnos a financiar los costes de funcionamiento de la biblioteca en el futuro. Él nos salvó cuando quedó claro que nuestros esfuerzos por recaudar dinero no serían suficientes.

June miró a su lado y vio que el hombre guapo sonreía. En ese momento sintió que se le paraba el corazón. Los ojos azules y brillantes. Los dientes un poco separados.

La señora Bransworth carraspeó.

—Señoras y caballeros, únanse a mí para dedicarle un agradecimiento enorme a nuestro pilar, el hijo de nuestro Stanley, a quien tanto echamos de menos… Mark Phelps.

Todos aplaudieron, pero June estaba demasiado perpleja para moverse. El hijo de Stanley estaba allí, en Chalcot, ayudando a la biblioteca. ¿Cómo era posible?

El aplauso se interrumpió cuando Mark se dirigió a la parte delantera.

—Gracias por sus amables palabras, señora Bransworth. Solo quiero decir algo muy breve, si no les importa.

La sala se quedó en silencio, esperando a que hablara. Mark necesitó un momento para reunir fuerzas.

—Como muchos de ustedes saben, mi padre y yo llevábamos años distanciados, algo que yo siempre he lamentado. —La voz de Mark sonaba débil y a June le costaba oírlo—. Cuando me enteré de la muerte de Stanley, el año pasado, la persona que me escribió incluyó en el mensaje los datos de acceso a su cuenta de correo electrónico. Me pareció un poco raro, pero cuando la abrí, encontré doscientos dieciocho mensajes dirigidos a mí. Pero nunca envió ninguno.

—Dios mío, todas esas horas que pasó Stanley sentado delante del ordenador… —exclamó alguien, pero Marjorie le mandó callar.

—Sus correos eran extraordinarios: divertidos, sinceros y a la vez desgarradores. En muchos de ellos hablaba del amor que le tenía a la biblioteca de Chalcot y de la batalla que libraba para evitar su cierre. Escribía con mucha pasión sobre este lugar, sobre por qué era importante para él, y me trajo a la mente muchos recuerdos bonitos. La verdad es que, incluso en los peores momentos, cuando las cosas entre mi padre y yo estaban muy mal, él me llevaba a la biblioteca local y allí le encantaba leerme cuentos: las historias de Winnie de Pooh y de Roald Dahl. Incluso hacía voces. Creo que esos fueron los momentos más felices que pasamos juntos.

Mark vaciló y June vio que estaba intentando controlar sus emociones.

—Algo que me llamó la atención de sus correos fue el cariño con que escribía sobre una persona en concreto, alguien que siempre le había mostrado bondad y compasión, que había sido una verdadera amiga para él desde mucho antes de que surgiera la amenaza a la continuidad de la biblioteca. —Mark se miró las manos un segundo, el dolor estaba escrito en su cara. Cuando volvió a levantar la vista, sus ojos la buscaron—. June, nunca me perdonaré no haber contactado con mi padre cuando aún estaba vivo, sobre todo

ahora que sé las condiciones en las que vivía. Pero me produce un gran consuelo saber que, en los últimos años de su vida, tú te preocupaste por él y le demostraste tu amistad incondicional. Te quería como a una hija.

Ella sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y no se molestó en contenerlas.

—Todo lo que escribió Stanley sobre ti me recordó que las bibliotecas no las conforman los libros, sino los bibliotecarios. Y por eso, aunque mi padre no pueda estar aquí para verlo, quiero que su legado sea que aquí, en Chalcot, siempre haya un bibliotecario que reciba un sueldo, alguien que pueda ayudar a la gente como June lo hizo con mi padre.

Dejó de hablar y en la sala resonó un estruendoso aplauso. June también aplaudió y le sonrió a Mark, aunque necesitó un momento para darse cuenta de que esos vítores y aplausos eran para ella.

EL RESTO DE la tarde pasó volando. June habló con Mark, y también hubo vino y risas mientras charlaba con los antiguos usuarios para ponerse al día. Se había pasado mucho tiempo intentando no pensar en la biblioteca de Chalcot, ni en Stanley, así que en aquel momento estaba disfrutando al compartir historias y recuerdos felices sin sentir una punzada de dolor.

—Vera y yo nos ocupamos del café —le contó Leila y le dio un trocito de *baklava*.

—Todo el dinero que conseguimos se invierte en sufragar los gastos de la biblioteca —añadió Vera—. No he estado tan ocupada en mi vida.

Se volvió para servir a un cliente con una sonrisa.

—Yo voy a empezar la universidad en septiembre —dijo Chantal—. Marjorie me ha ayudado con las solicitudes de plaza. Voy a estudiar Trabajo Social.

—Oh, Chantal, cuánto me alegro —exclamó, y le dio un abrazo.

—Ven, hay un fotógrafo de *The Gazette* fuera que quiere hacer una foto de grupo —informó la señora Bransworth, agarró a June y la llevó a la salida.

Los Amigos de la Biblioteca de Chalcot se habían reunido

delante del edificio. También había un montón de curiosos mirando.

—¿Ya están todos? —El fotógrafo se acercó la cámara a la cara.

—Sigo pensando que deberíamos haber invitado a Rocky —afirmó Vera.

—Vale. ¡Digan «patata»! —pidió el fotógrafo.

—¡Abajo el Gobierno conservador! —gritó la señora Bransworth.

—Por Dios, ¿es que no descansas nunca? —preguntó Marjorie.

—Jamás. Mary y yo vamos mañana al norte, a una protesta. Otro Gobierno regional que quiere cerrar bibliotecas.

—¿Mary? —preguntó June.

—Últimamente la señora Bransworth pasa mucho tiempo con aquella señora del Instituto de la Mujer de Dornley —le susurró Vera—. Creo que es una de esas les…

Pero June no oyó el resto de lo que dijo Vera, porque en ese momento vio una silueta conocida detrás del grupo de gente. No había visto a Alex desde el día del funeral de Stanley, nueve meses atrás, pero en cuanto apareció, el estómago le dio un vuelco. Sus miradas se cruzaron, él sonrió y ella fue a su encuentro.

—Hola, desconocida —saludó cuando llegó a su lado—. ¿Qué tal estás? Me gusta lo que te has hecho en el pelo.

—Tengo que hablar contigo —anunció June.

Alex la miró alarmado.

—¿Qué he hecho ahora?

—Por fin he acabado *Orgullo, prejuicio y zombis* y tengo unas cuantas salvedades en cuanto a la trama.

En la cara de Alex se formó una enorme sonrisa.

—Pero ¿qué dices? Si es un libro increíble, mucho mejor que el original de Jane Austen, que es muy aburrido.

Los dos se echaron a reír y June sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿No ha quedado impresionante este sitio? —comentó Alex—. Y Ellie me ha dicho que ha venido el hijo de Stanley. Te estará resultando muy raro.

—Todo esto ha sido absolutamente surrealista.

—Me han dicho que ya no trabajas aquí.

—No, me he ido de Chalcot. Ahora trabajo en una biblioteca de Kent.

—Vaya, es fantástico —exclamó Alex, y después frunció el ceño—. ¿Y por qué no me has respondido a los mensajes?

—Perdona, iba a hacerlo, pero…

June no terminó la frase porque no sabía qué decir. «Me daba mucha vergüenza haber supuesto que Ellie era tu novia y haberme comportado como una tonta. Creía que no querrías saber nada de mí después de volver a tu vida de antes»… Inspiró hondo.

—Necesito decirte una cosa.

—¿Qué?

—Durante la ocupación, Stanley me dijo que debía aprovechar las oportunidades, o si no acabaría triste, sola y con una vida llena de arrepentimientos.

Alex enarcó ambas cejas.

—Vaya, es un consejo durísimo.

—Creo que él sabía que había algo que yo quería hacer, aunque entonces yo no era consciente aún.

—Aun así… ¿No te parece que decirle a alguien que va a acabar sola y triste es un poco excesivo? Quiero decir que estaba proyectando sus…

June suspiró. Así no era como se había imaginado aquella conversación.

—Alex, no has entendido lo que quería decir —lo interrumpió—. Se refería a ti.

Ella vio que su expresión pasaba de la indignación a la sorpresa. Se ruborizó y por una vez dio la impresión de que no sabía qué decir.

—Intenté eso de «aprovechar la oportunidad» una vez, después de la boda —continuó ella para llenar el silencio—. Pero eso… bueno, ya sabes lo que pasó. Fue un desastre.

Alex parecía avergonzado.

—Perdona, es que no me esperaba que me besaras. Y estabas tan borracha que no quería aprovecharme de ti.

—No hace falta que te disculpes, estaba fatal. Y me sentí muy culpable porque creía que tenías novia.

—Intenté decirte que Ellie solo era mi compañera de piso.

—Ya, ahora lo sé. Y lo siento.

—No, soy yo el que lo siente. Ojalá hubiera podido contarte

entonces lo que Ellie estaba haciendo para ayudar a Stanley a conseguir la propiedad del terreno, pero él nos hizo prometer que no se lo contaríamos a nadie. Me sentía muy mal ocultándote cosas.

—No pasa nada, lo comprendo. Y es increíble todo lo que Ellie hizo por él.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Se quedó callado un momento y June vio que estaba sopesando algo—. Después del funeral de Stanley, me dijiste que te arrepentías de haberme besado y que fue un error. ¿Lo crees de verdad?

Ella se encogió un poco.

—Creía que no te interesaba. La verdad es que no era capaz de soportar otro rechazo.

—Oh. Yo pensé que lo decías de verdad.

—No, fue justo lo contrario. Yo… —Dudó. Estaba muy bien eso de aprovechar las oportunidades, pero ¿y si lo había entendido todo mal? Podría ponerse en evidencia delante de Alex y… Se frenó y lo miró a los ojos—. Me he sentido atraída por ti desde que volviste a Chalcot, Alex, pero por muchas razones tenía demasiado miedo para decirte nada. Por eso me gustaría saber si querrías salir conmigo algún día.

Alex no respondió inmediatamente, y June sintió un calor que se extendía por todo su cuerpo. Quería cerrar los ojos y que la tragara la tierra, pero se obligó a seguir mirándolo. No era capaz de descifrar su expresión y, cuando vio que se movía, durante un terrible momento pensó que estaba a punto de darse la vuelta e irse. Pero lo que hizo fue acercarse. Ella sintió que sus manos la buscaban y que acercaba mucho la cara, hasta que sus labios se encontraron con los de ella. Durante un instante se quedaron así, unidos, y solo era capaz de sentir a Alex, sus labios y la sensación de su corazón latiendo con fuerza junto al suyo.

—Por todos los santos, buscaos una habitación.

El sonido de la voz de la señora Bransworth devolvió a June a la tierra bruscamente. Alex y ella se separaron y encontraron a todo el mundo sonriéndoles.

—Ya era hora —exclamó Chantal—. Todos habíamos hecho apuestas a ver cuándo os ibais a juntar vosotros dos.

June sintió que se ruborizaba y miró a Alex, que estaba un poco desconcertado.

—¿Por qué estáis todos ahí plantados? —Marjorie se acercó al grupo—. Tenemos una biblioteca llena de gente que atender, por Dios. —Miró a June—. ¿Ves lo que te decía? No me sirven para nada.

—¿Estás segura de que no podemos convencerte para que vuelvas a Chalcot? —preguntó la señora Bransworth.

June miró a su alrededor. Había cestas colgadas delante de la biblioteca y las flores amarillas contrastaban con las paredes de ladrillo rojo. Junto a su querida biblioteca estaba la tienda del pueblo, donde había comprado cientos de platos para microondas a lo largo de los años. Y al otro lado de la carretera, el banco donde se sentaban su madre y ella los sábados por la mañana, cuando era pequeña, a comer dónuts con mermelada.

—Me encanta Chalcot, pero no voy a volver. He empezado una nueva vida y estoy contenta. —June miró a Alex, que le sonrió.

—No me puedo creer que nos hayas abandonado por una biblioteca grande y lujosa —exclamó Marjorie sacudiendo la cabeza.

—La verdad es que tengo noticias —anunció.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

Todos miraron a June, que se irguió un poco.

—Siempre he soñado con ir a la universidad y convertirme en escritora, pero cuando murió mi madre, mi sueño se fue con ella. Ahora me he dado cuenta de que ha llegado la hora de dejar de vivir atenazada por el miedo y asumir algunos riesgos. Así que me he matriculado en un curso universitario para mayores de veinticinco años, aunque solo por las tardes, y he vuelto a escribir.

—Oh, June, eso es estupendo —respondió Alex—. Stanley estaría muy orgulloso de ti. Y tu madre también.

—Pues que no se te olvide enviarnos un ejemplar de tu libro en cuanto lo escribas —pidió la señora Bransworth—. Solo espero que sea mejor que el resto de bazofia que hay aquí dentro. Pero qué montón de basura… Sigo pensando en devolver mi carné como forma de protesta.

June miró a Alex, que puso los ojos en blanco y se echó a reír.

—¿Estás ocupada esta noche o te apetece cenar conmigo?

—preguntó cuando los dos se fueron, mientras caminaban por The Parade, alejándose de la biblioteca.

—Me parece una buena idea —dijo, y le cogió la mano—. He oído que hay un restaurante chino estupendo que hace una ternera hervida picante espectacular.

—Suena genial. Pero oye, June Jones, necesito que rebusques en tu cerebro para recomendarme un libro…

Agradecimientos

CUANDO ERA PEQUEÑA, iba a la biblioteca local prácticamente todas las semanas y sacaba seis libros. Allí fue donde descubrí *Matilda*, donde fui conociendo las sagas de Santa Clara, Nancy Drew y Point Horror, y de donde saqué mi primera novela de Jilly Cooper. Por eso tengo que empezar por darles las gracias a todos los bibliotecarios que alguna vez me recomendaron un libro o dedicaron un momento a preguntarme qué me había parecido algo que había leído. Sin ellos, *La última biblioteca* no existiría.

Mientras escribía este libro, hablé con muchos bibliotecarios, defensores de las bibliotecas y voluntarios, que compartieron generosamente conmigo sus historias y experiencias. Les debo un agradecimiento especial a Sylvia Davis, Krystal Vittles, Dawn Finch, David Wolstenholme, Jim Brooks, Mary Palmer y Rashid Iqbal. Y gracias también a Lotte Pitcher, por su extraordinaria habilidad con los crucigramas, y a Abigail Palmer-Page, por sus valiosísimos consejos sobre asuntos técnicos.

Gracias desde lo más profundo de mi corazón a mi increíble agente, Hayley Steed, por creer en mí y en June desde el principio y por todo su apoyo, entusiasmo e infinita paciencia. Tengo mucha suerte de tenerte en mi rincón. Gracias también a todos los de la agencia Madeleine Milburn, sobre todo a Liane-Louise Smith, Georgina Simmonds y Sophie Pélissier, el *dream team* de los derechos.

A mi maravillosa editora en el Reino Unido, Sarah Bauer, que recreó la biblioteca de Chalcot en su sala de reuniones la primera vez que nos vimos y que me ha fascinado desde entonces por su pasión, su visión y su habilidad para la repostería. Y gracias al brillante equipo de Bonnier Books, que ha trabajado tanto para conseguir mostrarle al mundo esta novela, especialmente a Katie Lumsden, Jess Tackie,

Clare Kelly, Jenna Petts, Felice McKeown, Katie Meegan, Alex May, Laura Makela y todo el equipo de ventas.

En Estados Unidos, le debo un agradecimiento profundo al equipo de Berkley, por enamorarse de June y de ese grupo de excéntricos usuarios de biblioteca ingleses. Gracias a mi fabuloso editor, Kerry Donovan, que ha sido un maravilloso defensor del libro, y también a Bridget O'Toole, Elisha Katz, Diana Franco, Tara O'Connor, Christine Legon, Dan Walsh y Mary Baker por cuidar tan bien de *La última biblioteca* al otro lado del Atlántico.

Gracias también a los primeros Amigos de la Biblioteca de Chalcot, mis compañeros de clase en la Faber Academy, por el ánimo en los días malos y las celebraciones regadas con *prosecco* en los buenos. Un agradecimiento especial para Hannah Tovey, Tamzin Cuming, Sophie Binns, Bryan Glick, Ben Ross y Lissa Price por haber leído los primeros borradores y darme su opinión sincera. Y a Richard Skinner, nuestro profesor, cuyo mantra «sigue escribiendo» todavía resuena en mis oídos cada vez que tengo problemas con una escena.

Finalmente, un agradecimiento enorme y un poco emocionado a mis padres y a mi hermano, por llenar mi infancia de magia y por animarme a contar historias al final del jardín. A Bethany, por darme ánimos cuando los necesitaba y asegurarse de que nunca me tomara demasiado en serio. A Olive y Sid, por hacerme reír siempre y por haber tenido tanta paciencia (la mayor parte del tiempo) durante este último año tan loco, mientras sufría para escribir un libro y educaros en casa al mismo tiempo. Y a Andy, por creer en mí cuando esto solo parecía un sueño imposible, por darme el tiempo y el espacio para intentarlo con todas mis fuerzas y por no quejarse nunca por las pilas de libros que habían invadido nuestra casa. Este es para ti.

Nota

[*] Traducción de Camila Batlles Vinn, Umbriel, Barcelona, 2009.

MAEVA

Título original: *The Last Library*
© Freya Kocen, 2021
© de la traducción: Puerto Barruetabeña Díez, 2024

© MAEVA EDICIONES, 2024
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Diseño de cubierta: © Caroline Gioux sobre imágenes de AdobeStock

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 9788410260016

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales